

LA  
PROFECÍA  
DE LAS  
HERMANAS

MICHELLE ZINK

Lectulandia

Las siniestras circunstancias que rodean la muerte de su padre enturbian la vida de las gemelas Lia y Alice Milthorpe. El misterio se instala entre las sombrías paredes de Birchwood, y el recelo que siempre habían sentido la una hacia la otra se acrecienta tanto que acaban convirtiéndose en enemigas.

Una habitación oscura, un espeluznante ritual, la inexplicable aparición de una extraña marca en la muñeca de Lia, su ardiente pasión por James, el hallazgo de un libro de origen desconocido...

**¿Desvelarán las jóvenes protagonistas el enigma de la profecía que durante generaciones ha enfrentado a unas hermanas con otras?**

Lectulandia

Michelle Zink

# La profecía de las hermanas

Saga: La profecía de las hermanas - 1

ePub r1.0

macjaj 13.07.14

Título original: *Prophecy of the Sisters*  
Michelle Zink, 2009  
Traducción: María Teresa Marcos Bermejo  
Ilustraciones: Leah Palmer Preiss

Editor digital: macjaj  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO I

LA  
PROFECÍA  
DE LAS  
HERMANAS

MICHELLE ZINK

*A mi madre, Claudia Baker.  
Por apostar por mí.*



Quizás no me haya percatado de la lluvia porque parece lo más apropiado. Cae a cántaros, un manto de hilos plateados precipitándose contra el duro suelo, casi invernal. Aún sigo de pie a un lado del ataúd, sin moverme.

Estoy a la derecha de Alice. Siempre estoy a la derecha de Alice y a menudo me pregunto si ya sería así en el vientre de nuestra madre, antes de que nos echaran llorando al mundo una tras otra. Mi hermano Henry está sentado al lado de Edmund, nuestro cochero, y de tía Virginia, ya que sentarse es todo cuanto Henry es capaz de hacer con sus piernas inválidas. Ha costado algo de trabajo subir a Henry con su silla al cementerio de la colina para que pudiera presenciar el entierro de nuestro padre.

Tía Virginia se inclina para dirigirse a nosotras entre el repiqueteo de la lluvia.

—Deberíamos irnos, niñas.

El reverendo se ha marchado hace rato. No sabría decir cuánto tiempo llevamos plantados en el montículo de tierra donde reposa el cuerpo de mi padre, puesto que he estado refugiada bajo el paraguas de James, una silenciosa barrera protectora que me sirve de minúsculo amortiguador frente a la evidencia.

Alice nos hace señas para que nos marchemos.

—Lia, Henry, vamos. Volveremos cuando haga sol y pondremos flores frescas en la tumba de papá.

Yo nací primero, aunque solo unos minutos antes, pero siempre ha quedado claro que es Alice quien manda.

Tía Virginia se dirige a Edmund asintiendo con la cabeza. Rodea a Henry con los brazos y se da la vuelta para emprender el paseo de regreso a casa. La mirada de Henry se cruza con la mía por encima del hombro de Edmund. Henry tan solo tiene diez años, aunque es mucho más maduro que la mayor parte de los chicos de su edad, y en las oscuras ojeras de mi hermano se refleja la pérdida de nuestro padre. Una punzada de dolor me saca de mi letargo para instalarse en algún lugar en mi corazón.

Puede que Alice sea quien mande, pero yo siempre me he sentido responsable de Henry.

Mis pies no van a moverse, no van a alejarme de mi padre, frío y muerto bajo la tierra. Alice mira atrás. Sus ojos se encuentran con los míos entre la lluvia.

—Estaré con vosotros en un momento —tengo que gritar para hacerme oír, y ella asiente despacio, se da la vuelta y reanuda la marcha por el sendero en dirección a Birchwood Manor.

James toma mi mano enguantada en la suya y siento un enorme alivio cuando sus fuertes dedos se cierran sobre los míos. Se acerca más para hacerse oír entre la lluvia.

—Me quedaré aquí contigo el tiempo que quieras, Lia.

Tan solo puedo asentir mientras contemplo cómo se filtran las lágrimas de lluvia bajo la lápida de mi padre y leo las palabras grabadas en el granito:

Thomas Edward Milthorpe,

amado padre.

23 de junio de 1846 - 1 de noviembre de 1890

No hay flores. Pese a las riquezas de mi padre, es difícil encontrar flores en nuestro pueblo, al norte de Nueva York, estando tan cerca el invierno, y ninguno de nosotros ha tenido la entereza o la voluntad necesarias para disponer que se compraran a tiempo para el modesto entierro. De pronto me siento avergonzada por esta falta de previsión y echo una ojeada al cementerio familiar en busca de algo, cualquier cosa, que le pueda dejar.

Pero no hay nada. Tan solo unas cuantas piedrecillas tiradas bajo la lluvia, que forma charcos en la tierra y la hierba. Me agacho para coger unas cuantas piedras cubiertas de tierra y mantengo la palma de la mano abierta bajo la lluvia hasta que los cantos quedan limpios.

No me sorprende que James sepa lo que pretendo hacer, aunque no lo he dicho en voz alta. Somos amigos de toda la vida y desde hace poco, algo más, mucho más. Avanza al frente con el paraguas, ofreciéndome cobijo mientras doy un paso hacia la sepultura y abro la mano para dejar caer las piedras a lo largo de la base de la lápida de mi padre.

Se me sube la manga con el movimiento, dejando al descubierto un pedazo de la extraña mancha, el irregular círculo que brotó en mi muñeca durante las horas que siguieron a la muerte de mi padre. Le echo una mirada furtiva a James para ver si se ha percatado. No lo ha hecho. Me tapo bien el brazo con la manga y coloco las



piedras en una pulcra fila. Aparto mi pensamiento de la mancha. En él no hay espacio para ambas cosas, el dolor y la preocupación. Y el dolor no se hace esperar.

Me alejo contemplando las piedras. No son tan hermosas ni alegres como las flores que traeré en primavera, pero son todo cuanto puedo ofrecer. Me cojo del brazo de James y me doy la vuelta para marcharme, confiando en que me guíe hasta casa.



No es el calor del fuego del salón lo que me mantiene en el piso de abajo mucho después de que se haya retirado a descansar el resto de la familia. Mi habitación tiene chimenea, como la mayor parte de las habitaciones de Birchwood Manor. No, estoy sentada en el oscuro salón, tan solo iluminado por el resplandor del fuego que se extingue, porque no tengo ánimos para subir las escaleras.

Aunque hace tres días que murió mi padre, hasta ahora me he mantenido bastante ocupada. Ha sido necesario consolar a Henry y, aunque tía Virginia se haya encargado de los preparativos del entierro, me parecía justo echar una mano. Eso es lo que me he estado diciendo a mí misma. Pero ahora, en el salón vacío, acompañada tan solo del tictac del reloj de la chimenea, me doy cuenta de que únicamente he estado evitando el momento de subir las escaleras y pasar por delante de los aposentos vacíos de mi padre. El momento en que tendré que admitir que realmente se ha ido.

Me levanto rápidamente antes de perder el coraje, concentrándome en poner los pies, calzados con zapatillas, uno delante del otro, mientras subo la serpenteante escalera y atravieso el pasillo del ala este. Cuando paso de largo por la habitación de Alice y luego por la de Henry, mis ojos se sienten atraídos por la puerta del final del pasillo. La habitación que fue en su día el aposento privado de mi madre.

La habitación oscura.

De niñas, Alice y yo hablábamos de la habitación susurrando, aunque no sé cómo nos dio por llamarla la habitación oscura. Puede que fuera porque el fuego siempre está encendido en las habitaciones de techos altos durante nueve meses al año y solo las habitaciones deshabitadas se quedan completamente a oscuras. Sin embargo, incluso cuando mi madre vivía, la habitación parecía oscura, por eso se recluyó en ella meses antes de su muerte.

Continúo hasta mi habitación, donde me desvisto y me pongo un camisón. Estoy sentada en la cama, cepillándome el pelo para darle lustre, cuando unos golpes en la puerta me detienen en mitad de la operación.

—¿Sí?

Me encuentro con la voz de Alice al otro lado de la puerta.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

—Pues claro.

La puerta se abre con un chasquido y, al hacerlo, se introduce una ráfaga de aire más frío procedente del pasillo. Alice la cierra enseguida, se dirige a la cama y se sienta a mi lado tal como hacía cuando éramos niñas. Nuestros camisones, lo mismo que nosotras, son casi idénticos. Casi, aunque no del todo. Los de Alice siempre se confeccionan con seda fina a petición suya, mientras que yo siempre he preferido la comodidad a la moda y llevo franela en cualquier época excepto en verano.

Extiende una mano reclamando el cepillo.

—Déjame.

Le entrego el cepillo tratando de no mostrar mi sorpresa mientras me doy la vuelta para que pueda acceder a la parte posterior de mi cabeza. No somos la clase de hermanas que se entretienen cepillándose una a la otra el pelo por la noche o compartiendo secretos.

Mueve el cepillo en largas pasadas, empezando por la coronilla y deslizándolo hasta las puntas. Al contemplar nuestro reflejo en el espejo en lo alto de la cómoda, resulta difícil creer que alguien sea capaz de distinguirnos. A esta distancia y bajo el resplandor del fuego parecemos exactamente iguales. Nuestros cabellos tienen el mismo brillo castaño bajo la débil luz. El ángulo de nuestros pómulos, la misma inclinación. Sin embargo, sé que hay sutiles diferencias que son inconfundibles para aquellos que nos conocen bien. Está la ligera redondez de mi rostro, frente a los contornos más afilados de mi hermana, y la lúgubre introspección en mis ojos, que contrasta con el travieso brillo de los suyos. Es Alice quien resplandece como una joya bajo la luz, mientras yo rumio, pienso y me asombro.

El fuego crepita en el hogar de la chimenea y yo cierro los ojos, permitiendo que se aflojen mis hombros mientras sucumbo al relajante ritmo del cepillado de mis cabellos. La mano de Alice continúa alisando la parte alta de mi cabeza, mientras prosigue:

—¿Te acuerdas de ella?

Mis párpados se abren de pronto. Se trata de una pregunta rara y durante un instante no estoy segura de cómo contestar. Solo teníamos seis años cuando nuestra madre murió a causa de una inexplicable caída desde el precipicio que se encuentra cerca del lago. Henry había nacido unos pocos meses antes. Los médicos ya habían dejado claro que aquel hijo tan largamente deseado por mi padre jamás podría hacer uso de sus piernas. Tía Virginia siempre decía que mamá nunca volvió a ser la misma después de nacer Henry, y las dudas que rodearon su muerte aún perduran. No hablamos de ello ni de las indagaciones que siguieron.

Tan solo puedo ofrecerle la verdad.

—Sí, pero solo un poco. ¿Tú también?

Titubea antes de contestar, cepillándome todavía el pelo.

—Creo que sí. Pero solo así, de pronto. De vez en cuando, supongo. A menudo me pregunto por qué recuerdo su vestido verde, pero no el sonido de su voz cuando leía en voz alta. Por qué puedo ver con claridad el libro de poemas que dejaba sobre la mesa del salón y no recordar a qué olía.

—A jazmín y... a naranjas, creo.

—¿Así es como olía? —su voz es un murmullo a mis espaldas—. No lo sabía.

—Dame. Me toca.

Me giro para coger el cepillo. Ella se da la vuelta, complaciente como una niña.

—¿Lia?

—¿Sí?

—Si supieras alguna cosa de mamá..., si recordases alguna cosa, algo importante, ¿me lo contarías? —el tono de su voz es bajo, nunca la he oído tan insegura.

Se me atraganta el aire con esa extraña pregunta.

—Sí, por supuesto, Alice. ¿Y tú?

Se queda dudando, únicamente se escucha en el cuarto la débil pasada del cepillo por su sedoso pelo.

—Supongo que sí.

Deslizo el cepillo por su pelo, recordando. No a mi madre. Ahora mismo no. A Alice. A nosotras. Las gemelas. Recuerdo la época anterior al nacimiento de Henry, antes de que nuestra madre se recluyera a solas en la habitación oscura. Antes de que Alice se volviera reservada y rara. Lo natural sería volver la vista atrás, a nuestra infancia, y suponer que Alice y yo estábamos muy unidas. Entre las evocaciones más cariñosas, recuerdo su respiración suave en la oscuridad de la noche, su voz susurrante en la negrura del cuarto que compartíamos. Trato de recordar nuestra proximidad como algo reconfortante, de ignorar la voz que me recuerda nuestras diferencias, existentes ya entonces. Pero no funciona. Si soy sincera, he de admitir que siempre hemos recelado la una de la otra. Aun así, era a su mano suave a la que me agarraba alguna vez antes de dormirme, y suyos los rizos que apartaba de mi hombro cuando dormía demasiado cerca de mí.

—Gracias, Lia —Alice se da la vuelta y me mira a los ojos—. Sabes, te echo de menos.

El calor de mis mejillas aumenta bajo su escrutadora mirada y la cercanía de su rostro al mío. Me encojo de hombros.

—Estoy aquí, Alice, como siempre.

Sonríe, aunque con un deje de tristeza y complicidad. Inclínándose, me rodea con sus delgados brazos, tal como hacía cuando éramos niñas.

—Y yo también, Lia. Igual que siempre.

Se pone en pie y se marcha sin decir ni una palabra más. Me quedo sentada en el

borde de la cama bajo la escasa luz de la lámpara, tratando de asimilar su inusual tristeza. No es propio de Alice estar pensativa, aunque con la muerte de papá supongo que todos nos sentimos vulnerables.

Las reflexiones sobre Alice me permiten eludir de momento el tener que echar un vistazo a mi muñeca. Me siento cobarde mientras trato de encontrar el coraje necesario para remangarme la manga del camisón. Para contemplar de nuevo la mancha que apareció después de que encontraran el cuerpo de mi padre en la habitación oscura.

Cuando por fin me remango diciéndome que lo que tengo seguirá estando allí tanto si lo miro como si no, debo apretar los labios para ahogar un grito. No es la mancha de la zona inferior de mi muñeca lo que me sorprende, sino lo mucho que se ha oscurecido desde esta misma mañana. Lo nítido que se ha hecho el círculo, aunque aún no acierto a comprender las protuberancias que lo abultan, dando un aspecto irregular a los bordes.

Lucho contra una oleada de creciente pánico. Me parece que debería haber alguna solución, debería hacer algo, contárselo a alguien, ¿pero a quién podría contarle una cosa así? Antes hubiera acudido a Alice, ¿a quién si no podría confiarle un secreto así? Sin embargo, no puedo ignorar la distancia cada vez mayor que nos separa y que me hace recelar de mi hermana.

Me digo que la mancha desaparecerá, que no hay necesidad de contarle a nadie algo tan extraño cuando seguramente habrá desaparecido en unos cuantos días. Instintivamente pienso que me estoy mintiendo, aunque trato de convencerme de que tengo derecho a creerlo en un día como este.

El día en que acabo de enterrar a mi padre.



La débil luz de noviembre extiende sus dedos por la habitación cuando Ivy entra sigilosamente transportando una jarra de agua caliente.

—Buenos días, señorita —deposita el agua en el lavabo—. ¿La ayudo a vestirse? Me incorporo apoyándome sobre los codos.

—No, gracias. No hace falta.

—Muy bien.

Abandona la habitación con la jarra vacía en la mano.

Aparto las mantas, me encamino hacia el lavabo y remuevo el agua con la mano para enfriarla antes de lavarme. Cuando termino, me seco las mejillas y la frente y me miro en el espejo. Mis verdes ojos son insondables, están ausentes y me pregunto si es posible cambiar de dentro afuera, si la tristeza puede irradiarse hacia el exterior a través de las venas, de los órganos y de la piel para que todos la contemplen. Sacudo la cabeza ante este pensamiento morboso y observo en el espejo mi pelo color castaño, que cae suelto sobre mis hombros.

Me quito el camión, saco unas enaguas y unas medias de la cómoda y comienzo a vestirme. Estoy ajustándome la segunda media al muslo cuando Alice entra de repente sin llamar.

—Buenos días.

Se deja caer pesadamente sobre la cama, mirándome con ese arrebatador encanto tan exclusivo de Alice.

Aún me sorprenden sus naturales vaivenes, que pasan del resentimiento apenas disimulado al pesar o a la franca despreocupación. Sin embargo, no deberían sorprenderme, pues Alice siempre ha sido voluble en sus cambios de humor. Pero su rostro no muestra rastro alguno de tristeza ni de la melancolía de anoche. En honor a la verdad, aparte de su sencillo vestido y de la ausencia de joyas, no parece tener un aspecto diferente al de siempre. Después de todo, tal vez sea yo la única que cambia

de dentro afuera.

—Buenos días.

Me apresuro y me sujeto la media, sintiéndome culpable por haber estado holgazaneando tanto rato en mi cuarto mientras mi hermana ya está lista y en pie. Me encamino al armario para buscar un vestido y para eludir unos ojos que siempre parecen estar observando los míos fijamente.

—Deberías ver la casa, Lia. Todo el servicio va vestido de luto por orden de tía Virginia.

Me vuelvo a mirarla y me percato del rubor de sus mejillas y de algo parecido a la excitación en sus ojos. Reprimo mi disgusto.

—Muchos sirvientes observan el periodo de luto, Alice. Todos querían a papá. Estoy segura de que no les importa presentarle sus respetos.

—Sí, bueno, ahora tendremos que quedarnos en casa durante un tiempo interminable y aquí se aburre una tanto. ¿Crees que tía Virginia nos dejará asistir a clase la semana que viene? —continúa sin esperar una contestación—. ¡Claro, a ti te trae sin cuidado! Estarías encantada de no volver jamás a Wycliffe.

No me tomo la molestia de discutir. Es bien sabido que Alice adora la civilizada vida de las chicas de Wycliffe, donde asistimos a clase dos veces por semana, mientras que yo siempre me siento allí como un animal exótico al que miran con lupa. La veo de pronto en la escuela, rutilante bajo los efectos de las sutilezas del protocolo social y me la imagino como a nuestra madre. Debe ser cierto que soy yo quien encuentra placer en el silencio de la biblioteca de papá y que solo Alice es capaz de conjurar el brillo de los ojos de nuestra madre.



Pasamos el día en el silencio casi absoluto del crepitar del fuego. Estamos acostumbradas al aislamiento de Birchwood y hemos aprendido a entretenernos solas entre sus sombrías paredes. Se trata de un día lluvioso como otro cualquiera, salvo por la ausencia de la poderosa voz de papá retumbando desde la biblioteca o del olor de su pipa. No hablamos de él ni de su extraña muerte.

Evito mirar el reloj, temiendo el lento paso del tiempo, que aún se me haría más lento si observase su evolución. Hasta cierto punto funciona. El día pasa más deprisa de lo esperado, las breves interrupciones de la comida y la cena me ayudan hasta que llega la hora de poder abandonarme al sueño.

Esta vez no me miro la muñeca antes de meterme en la cama. No quiero saber si la mancha sigue ahí. Si ha cambiado. Si es más intensa u oscura. Me deslizo en la

cama y me hundo en la oscuridad sin ningún otro pensamiento.

Me encuentro en ese estadio intermedio en el que nos sumergimos antes de que el mundo se desvanezca en el sueño, cuando escucho el susurro. Al principio tan solo me llaman por mi nombre, invocándome desde algún lugar lejano. Pero el susurro crece convirtiéndose en una multitud de voces, todas murmurando frenéticamente, tanto que apenas logro entender alguna palabra. Crece y crece reclamando mi atención hasta que ya no puedo ignorarlo ni un segundo más. Hasta que me siento en la cama, mientras resuenan aún en las cavernas de mi mente las últimas palabras susurradas, «La habitación oscura», lo cual no resulta del todo sorprendente. Desde la muerte de mi padre no he dejado de pensar en la habitación oscura. Él no debería haber estado allí, en la habitación que invoca más que ninguna otra el recuerdo de mi madre, su amada esposa difunta.

Y, sin embargo, estaba allí en esos últimos momentos, mientras la vida escapaba de su cuerpo como un espectro.

Deslizo los pies en las zapatillas y me encamino hacia la puerta. Escucho un instante antes de abrirla y echar una mirada al pasillo. La casa está oscura y silenciosa. No se oyen pisadas de los sirvientes en las habitaciones de arriba ni abajo, en la cocina. Debe ser bastante tarde.

Todo esto lo constato en unos segundos, pero de modo casi imperceptible. Lo que atrae mi atención, lo que hace que se me erice el vello de los brazos y de la nuca es la puerta, abierta tan solo una rendija, al final del pasillo.

La puerta de la habitación oscura.

Ya es bastante extraño que solo esté abierta la puerta de esta habitación, pero más extraño aún es el débil resplandor que se filtra por el estrecho hueco que queda entre el marco y la puerta.

Bajo la vista hacia la mancha. Ensombrece mi muñeca incluso en la oscuridad del pasillo. «¿No es esto lo que me he estado preguntando? —pienso—. ¿Será la habitación oscura la clave de la muerte de mi padre o la causa de mi mancha?». Es como si me estuviesen convocando ahora a ese lugar, llamándome para darme las respuestas que tanto tiempo llevo buscando.

Camino sigilosamente por el pasillo, cuidando de levantar los pies para no arrastrar la suela de las zapatillas por el suelo de madera. Cuando llego a la puerta de la habitación oscura, estoy confusa.

Hay alguien dentro.

Una voz dulce pero apremiante llega desde el interior de la habitación. No se trata del frenético murmullo que me ha convocado aquí. Ni de las voces inconexas de una multitud. Dentro hay una sola persona susurrando.

No me atrevo a empujar la puerta para abrirla por miedo a que cruja. En vez de eso, me inclino y me asomo a la habitación por la abertura. Me resulta difícil

orientarme a través de una rendija tan estrecha. Al principio no hay más que siluetas y sombras, aunque enseguida distingo la dominante blancura de las sábanas que cubren los muebles, la oscura masa que sé que es el armario de la esquina, y la figura sentada en el suelo, rodeada de velas.

Alice.

Mi hermana está sentada en el suelo de la habitación oscura, su cuerpo envuelto en el resplandor de la suave luz amarilla de las velas. Murmura como si estuviera susurrándole a alguien a su lado, aunque desde donde estoy no veo ni un alma. Está sentada sobre las rodillas dobladas, con los ojos cerrados y los brazos a ambos lados.

Exploro la habitación con cuidado de no tocar la puerta, no sea que cobre vida y se abra aún más. Pero no hay nadie más allí. Nadie salvo Alice, que murmura para sí misma como en una especie de extraño ceremonial. Pero incluso eso, ese oscuro rito que hace estremecer de miedo todo mi cuerpo, no es lo más extraño de todo.

No, es el hecho de que mi hermana está sentada con la alfombra enrollada a sus espaldas, una alfombra muy desgastada que lleva en la habitación desde siempre, que yo recuerde. Está sentada, como si lo hubiese hecho con la misma naturalidad en incontables ocasiones, dentro de un círculo grabado en el suelo. Bajo la luz de las velas, los ángulos de su rostro son prácticamente irreconocibles, casi duros.

El destemplado frío del pasillo se cuela a través del fino tejido de mi camión. Retrocedo un paso, los latidos de mi corazón se aceleran tanto en mi pecho que temo que Alice pueda escucharlos desde el interior de la habitación oscura.

Cuando me doy la vuelta para emprender la marcha por el pasillo, tengo que reprimir las ganas de correr. Pero, en lugar de eso, camino pausadamente y me meto en mi habitación, cierro la puerta tras de mí y me refugio en el abrigo y la comodidad de mi cama. Permanezco despierta largo rato, tratando de alejar de mi mente la imagen iluminada de Alice en el interior del círculo y los murmullos de su voz dirigidos a alguien que no estaba allí.

A la mañana siguiente me levanto cuando la luz entra a raudales por la ventana y me remango la manga del camión por encima de la muñeca. La mancha se ha oscurecido aún más, el círculo se ha hecho más grande y es más prominente.

Y hay algo más.

Bajo la cruda luz del día parece bastante evidente de qué se trata eso que rodea al círculo. Paso un dedo por la mancha, protuberante como una cicatriz, siguiendo el trazado de la serpiente enrollada sobre sí misma alrededor de los bordes del círculo hasta que su boca devora su propia cola.

El Jorgumand.

Pocas chicas de dieciséis años lo conocerán, pero yo reconozco el símbolo por los libros de mitología de mi padre. Me resulta al mismo tiempo familiar y aterrador. ¿Por qué ha aparecido ese símbolo en mi piel?



Durante un instante tan solo me planteo contárselo a tía Virginia. También ella ha sentido dolor y preocupación por la muerte de papá. Al ser nuestra única pariente viva, ahora depende de ella nuestro bienestar. No voy a añadir otra preocupación más a las que ya tiene.

Me mordisqueo el labio inferior. Es imposible pensar en mi hermana sin recordarla en el suelo de la habitación oscura. Decido preguntarle qué estaba haciendo. Dadas las circunstancias, se trata de una pregunta lógica. Y luego le mostraré la marca.

Tras vestirme, salgo al pasillo dispuesta a buscar a Alice. Espero que no esté paseando por los jardines, tal como acostumbra desde niña. Será mucho más fácil localizarla si está tomando el sol en su rincón favorito del patio que buscarla por los campos y bosques que rodean Birchwood. Mientras me doy la vuelta para alejarme de mi cuarto, mis ojos se vuelven con disimulo hacia la puerta cerrada de la habitación oscura. Desde aquí tiene el mismo aspecto de siempre. Hasta es posible imaginar que mi padre aún está vivo en la biblioteca y que mi hermana nunca ha estado arrodillada en el suelo de la habitación prohibida, amparada en el misterio de la noche. Aunque lo haya estado.

Antes de ser plenamente consciente de ello, mi mente ya está preparada. Cruzo apresuradamente el pasillo. No me paro a pensarlo ante el umbral de la puerta de la habitación, sino que apenas tardo unos segundos en abrirla y entrar.

La habitación está tal como la recuerdo, las cortinas corridas para no dejar pasar la luz del día, la alfombra de nuevo en su sitio, sobre el suelo de madera. En el aire se percibe una extraña energía latente, una vibración que parece bullir por mis venas. Sacudo la cabeza y el sonido casi desaparece.

Me dirijo a la cómoda y abro el cajón de arriba. No debería estar sorprendida de encontrar aquí las cosas de mi madre, aunque en cierto modo lo estoy. Durante la mayor parte de mi vida, ella no ha sido más que una idea. En cierto modo, la fina seda y los encajes de sus enaguas y de sus medias la hacen parecer muy real. De pronto puedo verla, una mujer de carne y hueso, vistiéndose para empezar el día.

Me obligo a mirar entre su ropa interior en busca de algo que pudiera explicar la presencia de mi padre en la habitación a la hora de su muerte: un diario, una antigua carta, cualquier cosa. Al no encontrar nada, hago lo mismo en los otros cajones, sacando cosas y buscando hasta el fondo. Pero no hay nada. Nada, salvo el forro de papel del cajón, que hace tiempo que perdió su aroma.

Me apoyo ligeramente contra el tocador e inspecciono la habitación en busca de otros escondites posibles. Me dirijo a la cama, me arrodillo, levanto la colcha fantasmal y me asomo debajo. Está todo impecable, sin duda las criadas han limpiado el polvo y las telarañas durante la última ronda de limpieza.

Mi mirada se posa en la alfombra. La imagen de Alice en el interior del círculo

está grabada en mi memoria. Sé lo que vi, pero no puedo evitar echar un vistazo. Para estar segura.

Camino hacia la alfombra y estoy al borde de ella cuando comienza a zumbarme la cabeza, a cerrarse la vibración sobre mis pensamientos, mi visión, hasta que creo que voy a desmayarme. Se me entumescen las puntas de los dedos y comienzo a notar un irritante cosquilleo en los pies que se extiende hacia arriba, hasta que temo que ambas piernas se me aflojen definitivamente.

Y entonces comienzan los susurros. Son los mismos susurros que escuché anoche antes de venir a la habitación oscura. Pero esta vez son amenazantes, como si me exhortaran a marcharme diciéndome que vuelva atrás. De mi frente brota un sudor frío y comienzo a temblar. No, a temblar no. A estremecerme. Me estremezco con tanta violencia que me castañetean los dientes antes de caerme al suelo delante de la alfombra. Mi instinto de conservación me grita que me marche, que me olvide definitivamente de la habitación oscura.

Pero tengo que comprobarlo por mí misma. Tengo que hacerlo.

Mi mano se mueve y se agita frente a mis ojos hasta que alcanza el borde de la alfombra. Los susurros aumentan de volumen hasta que el zumbido de múltiples voces se convierte en un grito dentro de mi cabeza. Me obligo a seguir adelante, a agarrar la esquina de la alfombra con unos dedos que apenas son capaces de cerrarse sobre el delicado tejido.

La echo atrás y cesan los susurros.

Ahí está el círculo, lo mismo que anoche. Y pese a que los susurros se han acallado, la reacción de mi cuerpo ante el círculo se vuelve más violenta aún. Creo que voy a vomitar. Sin el abrigo de la oscuridad compruebo que son recientes las hendiduras donde la madera ha sido extraída para formar el círculo. No se trata de un vestigio de la estancia de mi madre en la habitación oscura, sino de algo mucho más reciente.

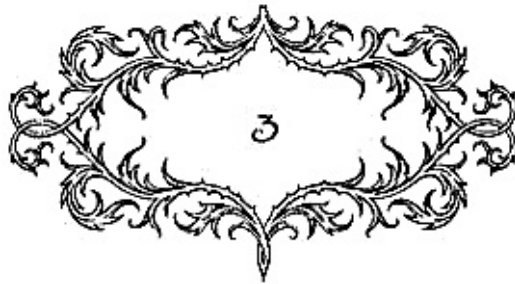
Vuelvo a colocar la alfombra encima del círculo y me alzo sobre mis tambaleantes piernas. No voy a dejar que eso me ahuyente de la habitación. De la habitación de mi madre. Me obligo a ir hacia el armario tal como había planeado, aunque he de rodear la alfombra, pues mis pies no pueden, no permiten que me acerque demasiado.

Abro las puertas del armario y efectúo una rápida inspección, a sabiendas de que no es tan concienzuda como debería ser y de que ya no me importa tanto. Ahora sí que tengo que salir de la habitación.

En cualquier caso, dentro del armario no hay nada digno de mención. Algunos vestidos viejos, una capa, cuatro corsés. Lo que trajo a mi padre a esta habitación es tan inexplicable como el porqué de la presencia de Alice aquí anoche y lo que ahora me ha traído a mí al mismo lugar.

Camino alrededor de la alfombra dirigiéndome hacia la puerta lo más rápido posible sin echar a correr. Cuanta más distancia pongo entre mí y la alfombra, entre mí y el círculo, tanto mejor me siento, aunque no bien del todo.

Cierro la puerta tras de mí con más fuerza de la que debiera. Me apoyo contra la pared y expulso la bilis que ha surgido en mi garganta. No sé cuánto tiempo permanezco allí de pie, recuperando el aliento, esforzándome por contener esos síntomas físicos, pero durante todo ese rato cosas aterradoras invaden mi mente.



El día es como un diamante, maravillosamente cálido, pero sin llegar a ser sofocante. Henry está sentado en su silla junto al río, con Edmund. Es uno de los lugares favoritos de Henry y, aunque yo era pequeña, recuerdo bien la construcción del estrecho sendero de piedra que conduce casi hasta la orilla del agua. Nuestro padre lo construyó cuando Henry apenas era un bebé al que le gustaba el sonido de las piedras lanzadas al agua. No es raro encontrarse a Edmund y a Henry a orillas de la corriente del agua, tirando piedras y haciendo pequeñas apuestas secretas que tía Virginia tiene prohibidas, aunque las pasa por alto.

Doy la vuelta a la casa y me alivia ver a Alice en el patio, fuera del invernadero. Además de los amplios espacios abiertos que rodean la casa por todos lados, el invernadero acristalado es su lugar favorito, pero está cerrado de noviembre a marzo a causa del frío. Durante esos meses, a menudo te la encuentras en el patio envuelta en una manta y sentada en una de las sillas de fuera, incluso en días que yo encuentro desagradablemente fríos.

Tiene las piernas estiradas, los tobillos cubiertos por las medias, y enseña bastante más de lo que se considera apropiado en cualquier lugar excepto dentro de los confines de Birchwood Manor. Su rostro, de nuevo suave y redondeado, en contraste con las duras aristas de anoche, está cara al sol, con los ojos cerrados. La sombra de una sonrisa juguetea sobre sus labios, que están curvados hacia arriba en una expresión que lo mismo podría ser de malicia que de bienestar.

—¿Por qué estás ahí de pie observándome fijamente, Lia?

Me ha sobresaltado su voz y el modo en que su rostro permanece imperturbable. No he hecho ningún ruido, me he detenido en el césped antes de pisar las piedras que habrían anunciado mi llegada. Y aun así sabe que estoy aquí.

—No estaba observándote, Alice. Solo te estaba mirando. Pareces tan feliz...

Los tacones de mis botas resuenan en el patio mientras camino hacia ella y trato

de ocultar el tono de acusación que empieza a delatar mi voz.

—¿Y por qué no iba a estar feliz?

—Me preguntaba por qué lo estarías, Alice. ¿Cómo puedes ser feliz en un momento como este?

Mi rostro se enciende de ira y de pronto me alegro de que tenga los ojos cerrados. Como si hubiese leído mi mente, abre los ojos y se concentra en mi cara.

—Papá ya no está en el mundo material, Lia. Está en el cielo con mamá. ¿No es ahí donde querría estar?

En su expresión hay algo que me desconcierta, una sombra de tranquilidad y de felicidad que no parece precisamente adecuada tras la reciente muerte de nuestro padre.

—Yo... no lo sé. Ya perdimos a mamá. Creo que a papá le habría gustado quedarse y cuidar de nosotros.

Ahora que lo he dicho en voz alta suena algo infantil y una vez más pienso que Alice es la más fuerte de las dos.

Vuelve la cabeza hacia mí.

—Estoy segura de que aún cuida de nosotros, Lia. Y, además, ¿por qué íbamos a necesitar protección?

Me percató de las cosas que no ha dicho. No sé a qué se refiere, pero apuntan a algo oscuro y de pronto estoy asustada. De repente sé que no voy a preguntarle a Alice lo que estaba haciendo en la habitación oscura ni voy a enseñarle la marca, aunque no puedo expresar con palabras la razón.

—No tengo miedo, Alice. Le echo de menos, eso es todo.

No me contesta, otra vez ha cerrado los ojos frente al sol y se ha instalado en su pálido rostro una expresión de calma. No queda nada por decir ni nada por hacer excepto darse la vuelta y marcharse.

Cuando regreso a la casa, sigo el sonido de las voces procedentes de la biblioteca, sin conseguir entender lo que dicen, pero son voces masculinas y me quedo escuchando durante un minuto disfrutando de sus vibraciones de barítono antes de abrir la puerta. James levanta la vista cuando entro en la habitación.

—Buenos días, Lia. No estaríamos haciendo demasiado ruido, ¿verdad?

Su saludo revela cierta impaciencia y me doy cuenta de inmediato de que desea decirme algo en privado.

—No, para nada —digo sacudiendo la cabeza—. Es agradable volver a escuchar ruidos en el despacho de papá —el señor Douglas está escudriñando la cubierta marrón de un grueso volumen con una lupa—. Buenos días, señor Douglas.

Alza la mirada y parpadea como para aclarar su visión antes de asentir amablemente.

—Buenos días, Amalia. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Estoy bastante bien, señor Douglas. Gracias por preguntar y gracias por continuar con la catalogación de los libros de mi padre. Deseaba tanto ver esta tarea terminada. Le habría hecho feliz saber que el trabajo continúa.

De nuevo asiente sin sonreír y el silencio se impone en la habitación con la pena compartida de los amigos. Siento alivio cuando el señor Douglas se muestra preocupado, aparta la mirada y revuelve por ahí en busca de algo que parece haber perdido.

—Bueno... ¿dónde estará ese maldito libro de contabilidad? —aparta papeles a un lado a un ritmo cada vez más frenético—. ¡Ah! Creo que lo dejé en el carruaje. Vuelvo en un momento, James. Sigue tú.

Se da media vuelta y se marcha de la habitación.

James y yo nos quedamos de pronto rodeados por el silencio que deja la marcha de su padre. Llevo mucho tiempo sospechando que el interminable trabajo de catalogación de la biblioteca tenía que ver tanto con el deseo de mi padre de vernos juntos a James y a mí como con sus constantes adquisiciones para la colección. Lo mismo que con sus opiniones respecto a las mujeres y el intelecto, mi padre no era un conformista en lo referente a las diferencias sociales. Nuestros vínculos con los Douglas se basan en un afecto sincero y en una común afición por los libros antiguos. Pese a que en el pueblo hay gente que indudablemente cree que esa amistad es impropia, mi padre jamás dejó que las opiniones de los demás influyeran en la suya.

James extiende su mano para coger la mía y atraerme con delicadeza hasta él.

—¿Cómo estás, Lia? ¿Puedo hacer algo por ti?

La preocupación en su tono de voz, el brusco interés aguijonean las lágrimas en mis ojos. De pronto me inundan la tristeza y el alivio al mismo tiempo. A salvo en compañía de James, me doy cuenta de la tensión de mis constantes precauciones en torno a Alice.

Niego con la cabeza y carraspeo un poco antes de atreverme a hablar.

—No. Creo que solo será cuestión de tiempo acostumbrarse a la ausencia de papá.

Trato de sonar firme, pero las lágrimas se derraman sobre mis mejillas. Me cubro la cara con las manos.

—Lia, Lia —aparta mis manos y las sujeta entre las suyas—. Sé lo mucho que tu padre significaba para ti. Ya sé que no es lo mismo, pero yo estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Lo que sea.

Sus ojos se derriten en los míos, y el *tweed* de su chaleco acaricia mi vestido. Una familiar oleada de calor se abre paso desde mi estómago hasta los más lejanos recovecos de mi cuerpo y hasta esos secretos lugares que aún no son más que una distante promesa.

Muy a su pesar, retrocede un paso, se endereza y se aclara la garganta.

—Es posible que quizás algún día mi padre se acuerde de sacar el libro de

contabilidad del carruaje, aunque para nosotros es una suerte que siempre se le olvide. ¡Ven! Deja que te enseñe lo que he encontrado.

James tira de mí y me veo a mí misma sonriendo a pesar de las circunstancias, a pesar de que sus dedos casi están tocando mi marca.

—¡Espera! ¿De qué se trata?

Deja caer mi mano cuando extiende la suya hacia la estantería al lado de la ventana, tras un montón de libros apilados en espera de ser catalogados.

—Esta mañana he descubierto algo interesante. Un libro que adquirió tu padre, en el que ni me había fijado.

—¿Qué libro?

Mis ojos se iluminan cuando queda a la vista el negro volumen.

—Este —lo sostiene frente a mí—. Lo encontré un par de días después de... —sin saber cómo referirse a la muerte de mi padre, sonrío con tristeza y continúa—: Bueno, lo puse detrás de los otros para poder enseñártelo antes de catalogarlo. Estaba en un panel oculto en la parte trasera de uno de los estantes. Mi padre, como siempre, estaba buscando sus anteojos y no lo vio. Tu padre... Bueno, es obvio que tu padre no quería que nadie supiese que estaba aquí, aunque no estoy seguro de por qué. Pensé que querías verlo.

Cuando poso la mirada sobre el libro, noto cierta tensión, como si lo reconociese, aunque estoy segura de que no lo he visto en toda mi vida.

—¿Puedo?

Extiendo la mano para cogerlo.

—Por supuesto. Te pertenece a ti, Lia. O... pertenecía a tu padre y supongo que ahora te pertenece. Y a Alice y a Henry, claro.

Aunque esto se le ocurre en el último momento. Me entrega el libro.

En mis manos el cuero se nota fresco y seco, la cubierta está decorada con un dibujo cuyas figuras en relieve apenas noto bajo mis dedos. Es muy antiguo, eso es evidente.

Consigo hablar, aunque el libro me tiene demasiado fascinada como para levantar la vista hacia James.

—¿Qué es?

—Ahí está la cosa. No estoy seguro. Nunca había visto nada igual.

La cubierta suspira y cruje cuando la abro, pequeños fragmentos de cuero se esparcen en el aire por debajo del libro como partículas de polvo a la luz del sol.

Curiosamente, no hay más que una página cubierta de palabras, que vagamente identifico como latín. De repente siento no haber prestado más atención a las clases de idiomas en Wycliffe.

—¿Qué es lo que dice?

Se inclina rozándome el hombro mientras examina la página.

—Dice: «*Librum Maleficii et Disordinae*» —me mira a los ojos—. ¿Más o menos? *El libro del caos*.

—¿*El libro del caos*? —sacudo la cabeza—. Mi padre jamás lo mencionó y yo conozco su colección tan bien como él.

—Lo sé. Y tampoco creo que se lo mencionara nunca a mi familia. A mí no, seguro.

—¿Qué clase de libro es este?

—Bueno, recordé que tenías problemas con el latín, así que me lo llevé a casa e hice una traducción. Estaba seguro de que querrías saber más.

Un brillo destella en sus ojos con estas últimas palabras, que interpreto como una pequeña broma con respecto a mi inagotable curiosidad.

Entorno los ojos, sonriendo, solo para fingir exasperación ante James.

—Qué más da, ¿qué dice?

Se vuelve a mirar el libro y carraspea antes de comenzar.

—Empieza así: «Perduró la humanidad a través del fuego y la concordia hasta el envío de los guardianes, que tomaron como esposas y amantes a las mujeres del hombre, provocando Su cólera».

—¿Es una historia? —pregunto sacudiendo la cabeza.

James hace una pausa.

—Eso creo, aunque nunca la había oído.

Paso la extraña página. No sé lo que estoy buscando, pues está claro que no hay nada más.

—A partir de ahí —añade antes de que yo empiece a hacer preguntas— continúa diciendo: «Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante: una, la guardiana; otra, la puerta. Una, vigilante de la paz; otra, trocando magia en devoción».

—Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante... No entiendo.

—Creo que es una metáfora. Sobre los fluidos del nacimiento. Creo que se refiere a unas gemelas. Como tú y Alice.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. «Como tú y Alice».

«Y como mi madre y tía Virginia, y antes de ellas su madre y su tía», pienso.

—¿Y lo de la guardiana y la puerta? ¿A qué se refiere?

Se encoge un poco de hombros cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Lo siento, Lia. Sobre esa parte no se me ocurre nada.

La voz del señor Douglas surge del fondo del vestíbulo y nos volvemos para mirar la puerta de la biblioteca.

—¿Has traducido toda la página?

—Sí. Yo... Bueno, en realidad lo anoté para ti.

Se mete la mano en el bolsillo justo cuando la voz del señor Douglas se escucha



al otro lado de la puerta, proporcionándonos un amable aviso de su llegada.

—Muy bien, Virginia. ¡Un té estaría muy bien!

Poso una mano en el brazo de James.

—¿Me lo puedes llevar al río más tarde?

El río es nuestro lugar de encuentro habitual, aunque normalmente no para algo tan serio como un libro.

—Bueno... Sí. ¿Cuando hagamos un descanso para comer? ¿Puedes encontrarte conmigo a esa hora?

Asiento con la cabeza y le entrego el libro cuando su padre entra por la puerta.

—¡Ah, aquí está! Ya ves, James, tal como dije. ¡Con la edad estoy perdiendo el juicio! —exclama el señor Douglas blandiendo en el aire un libro de contabilidad forrado en cuero.

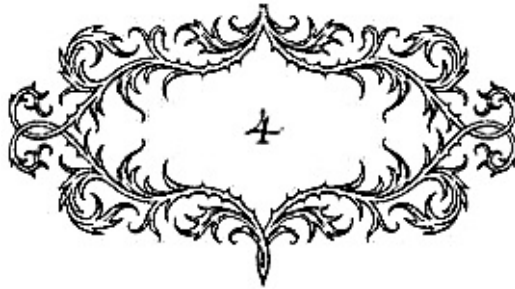
—Bobadas, papá —dice James con una sonrisa radiante—. Simplemente estás demasiado ocupado, eso es todo.

Apenas escucho a medias sus bromas. ¿Por qué estaría el libro escondido en la biblioteca? No era propio de mi padre guardarse para él solo un hallazgo tan raro e interesante, aunque únicamente se me ocurre que tendría alguna razón para hacerlo.

Y yo tengo mis propias razones para querer saber más.

No puede deberse solo a la casualidad que encontrarán muerto a mi padre en el suelo de la habitación oscura o que poco después yo me descubriese la marca, que viese a mi hermana en medio de su espeluznante ritual y que haya llegado a mis manos este extraño libro perdido. No estoy segura del significado de todo ello o de qué relación tienen esos sucesos, aunque estoy convencida de que la tienen.

Y quiero averiguarlo.



Henry y Edmund ya no están en el río. Edmund siempre ha sido muy protector con Henry y ahora que nuestro padre se ha marchado sin duda lo será más aún. El aire está frío, un presagio del invierno que está por llegar, y preocuparse por Henry es un hábito para todos nosotros.

Sigo el sendero hasta el final en dirección al río, pisando los tablones de madera y abriéndome paso hacia la roca que descansa al amparo de un gigantesco roble. La calma se apodera de mí cuando me acomodo sobre la roca que James y yo decimos que es nuestra. Aquí se tiene la impresión de que nada malo o aterrador puede pasarte y cuando oigo aproximarse a James, casi me he convencido a mí misma de que todo está en orden.

Le sonrío cuando se acerca y le miro a la luz del sol mientras se detiene frente a mí. Me coge de la mano y con una sonrisa tira de mí para ponerme en pie.

—Lo siento. Estábamos terminando con la colección de *Historia de la religión*. Mi padre quería completarla antes de parar a comer. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Me atrae hacia él, aunque con una delicadeza recién estrenada, como si la muerte de mi padre me hubiese vuelto más frágil. Y supongo que así es, aunque no me gustaría admitirlo delante de nadie. Únicamente James me conoce lo bastante bien y me ama lo suficiente como para reconocer mi dolor aunque mi aspecto por fuera sea el mismo.

Sacudo la cabeza.

—No, no demasiado. De todos modos, esperarte en este sitio me resulta agradable. Es un lugar que me recuerda a ti mientras te espero.

Inclina la cabeza y coloca un dedo sobre mi rostro, delineándolo desde los rizos sueltos de mi sien, bajando por el ángulo prominente de mi mejilla y cruzando la curva de mi mandíbula.

—A mí todo me recuerda a ti.

Posa sus labios sobre los míos. El beso es suave, aunque no necesito la fuerte presión de sus labios para sentir la urgente atracción de su cuerpo por el mío. Se echa hacia atrás, tratando de protegerme, de no presionarme en estos días estando tan reciente la muerte de mi padre. No existe una forma elegante de decirle que presione cuanto quiera, que su boca y su cuerpo son las únicas cosas que me mantienen aferrada a una realidad que jamás me había cuestionado hasta estos últimos días.

—Sí, bueno... —se endereza con firmeza—. Ven. Me he traído las anotaciones sobre el libro.

Se agacha, se coloca sobre la roca y yo me acomodo a su lado, la falda del vestido se me arruga cuando roza la tela áspera de sus pantalones. Se saca el libro de la chaqueta junto con una hoja de papel doblada. Alisándola sobre su muslo, agacha su dorada cabeza sobre las letras inclinadas que cubren la página de arriba abajo.

—Se trata de una historia antigua, si se fía uno del libro.

—¿Qué clase de historia?

—Un cuento sobre ángeles o... demonios, me parece. Toma, puedes leerlo tú misma.

De nuevo se inclina sobre la roca y me tiende el libro y sus notas.

Durante un breve instante no me apetece leerlo. Me pregunto si no habrá alguna manera de ignorarlo. De seguir adelante sin más, tal como he hecho siempre, fingiendo que nada de eso existe. Pero no dura mucho. Incluso ahora siento los engranajes de una enorme maquinaria invisible girando a mi alrededor. Seguirán dando vueltas haga lo que haga. No sé cómo, pero lo sé.

Agacho la cabeza sobre la reconfortante escritura de James, extrañamente conjugada con el horror de unas palabras que no son suyas:

Perduró la humanidad a través del fuego y la concordia  
hasta el envío de los guardianes,  
que tomaron como esposas y amantes a las mujeres del hombre,  
provocando Su cólera.  
Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante:  
una, la guardiana; otra, la puerta.  
Una, vigilante de la paz;  
otra, trocando magia en devoción.  
Expulsadas del cielo, las almas se perdieron  
mientras las hermanas continúan la batalla  
hasta que las puertas reclamen su regreso  
o el ángel retorne las llaves del abismo.  
Avanzará entonces el ejército a través de las puertas.  
Samael, la bestia, a través del ángel.  
El ángel, guardado solo por un tenue velo protector.  
Cuatro marcas, cuatro llaves, círculo de fuego,  
emergidos del primer aliento de Samhain  
bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur.

Dejad que la puerta del ángel se abra sin las llaves,  
que pasen las siete plagas y no retornen.

Muerte.

Hambre.

Sangre.

Fuego.

Oscuridad.

Sequía.

Ruina.

Abre tus brazos, señora del caos,  
que la confusión de la bestia fluya como un río,  
pues todo estará perdido cuando las siete plagas se inicien.

Me he fijado en la rareza de este libro, que solo tiene una página. No sé tanto de libros como James, pero hasta yo me doy cuenta de lo inusual que es poseer un libro encuadernado y con una sola página impresa.

—¿No tendría que haber más? Aquí no hay nada. Nada más después de esa historia. Da la impresión de que debería haber algo más. Algo que relatara lo que sucede después...

—Yo pensé lo mismo. Dame, te lo voy a enseñar.

Se acerca el libro de manera que queda colocado entre los dos, una parte sobre sus piernas y otra sobre las mías, y pasa la única página.

—Mira aquí.

Señala el espacio donde las páginas se unen al lomo.

—No veo nada.

Se saca una lupa del bolsillo, me la entrega y tira de las páginas que me está mostrando.

—Míralo de cerca, Lia. Resulta difícil verlo a la primera.

Sostengo la lente encima de la zona que señala con el dedo, colocando mi rostro apenas a unas pulgadas de la página. Y entonces veo las marcas del desgarrón, tan limpias que, después de todo, no son huellas de desgarro. Es como si alguien hubiese cogido una cuchilla y hubiese cortado limpiamente del libro las páginas que contuvo alguna vez.

—Aquí había páginas —digo levantando la vista.

Él asiente.

—¿Pero por qué las arrancarían de un libro tan antiguo? Seguro que es valioso.

—No lo sé. He visto muchos libros a los que les han hecho cosas raras y que han quedado estropeados, pero cortar las páginas así es un sacrilegio.

Percibo como una pérdida las páginas que jamás he visto.

—Tiene que existir alguna copia más en algún sitio —al cerrar el libro, miro la cubierta y luego el lomo en busca de indicios acerca del editor—. Aunque esta fuese la única impresión, el editor debería tener una copia, ¿no?

Antes de contestar, aprieta los labios.

—Me temo que no es tan sencillo, Lia.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

Sus ojos se desvían hacia el libro, aún en mi mano, rozándolo de pasada.

—Aún no... Aún no te he contado lo más extraño de todo sobre el libro.

—¿Quieres decir que hay algo más extraño que la misma historia?

—Mucho más extraño —asiente con la cabeza—. Escucha, ya sabes por tu padre y por mí que los libros están plagados de indicios. Los caracteres de impresión, la tinta, incluso el cuero que se emplea y el tipo de encuadernación nos dicen de dónde viene un libro y lo antiguo que es. Prácticamente todo cuanto se necesita saber de un libro puede ser descubierto estudiando lo suficiente el libro en sí mismo.

—¿Y? ¿De dónde viene este libro?

—De eso se trata. Los caracteres de impresión son muy antiguos, pero que yo sepa no están documentados. El cuero resulta que no es cuero, sino algún otro material que no he visto nunca —da un suspiro—. No soy capaz de encontrar una sola pista sobre su origen, Lia. No tiene ningún sentido.

James no está acostumbrado a los misterios que no puede resolver. Veo la aflicción en su rostro, pero no puedo hacer nada para aliviarla. No tengo más respuestas que él.

De hecho, tengo muchos más interrogantes de los que él podría plantear.



Al regresar del río encuentro a Henry sentado solo frente al tablero de ajedrez en el salón. La visión hace que se me forme un nudo en la garganta y trato de recobrar la compostura antes de que me vea. Sus días van a estar vacíos sin poder entretenerse jugando al ajedrez o leyendo con papá frente al fuego. Ni siquiera podrá tener la distracción de la escuela, puesto que papá se encargaba él mismo de darle clases, dedicando horas a enseñarle bastantes más materias de las que suelen considerarse necesarias.

También de este modo aumentó nuestro padre mi educación y la de Alice, introduciéndonos en todo tipo de mitologías y filosofías. Incluso nuestra asistencia a Wycliffe dos días a la semana era un compromiso —si se puede llamar así— entre papá, que se creía capaz de desempeñar un trabajo mejor en lo que a nuestra educación se refería, y tía Virginia, que argumentaba que nos beneficiaríamos en el aspecto social al relacionarnos con chicas de nuestra misma edad. Por supuesto, Alice y yo tenemos la ventaja de haber tenido durante dieciséis años la influencia de

nuestro padre. Podemos continuar nuestra educación independientemente del currículum de Wycliffe si queremos, ¿pero qué pasará con Henry?

Me trago mis temores sobre su futuro y entro en la habitación con toda la despreocupación y la energía que soy capaz de reunir. Sus ojos se iluminan cuando le pregunto si le gustaría tener compañía y nos ponemos a leer por turnos en voz alta *La isla del tesoro*, con Ari ronroneando contra mi pierna como si supiese que necesito que me reconforten. Ese sencillo placer me permite olvidar, aunque tan solo por un rato, todo lo que está sucediendo a mi alrededor.

No es demasiado tarde cuando terminamos, pero estoy cansada. Le doy las buenas noches y dejo a Henry cerca del fuego con su libro.

Me encuentro a la mitad de las escaleras cuando escucho la voz de Alice proveniente de la biblioteca. Aunque no es un espacio vedado para nadie, no recuerdo la última vez que Alice pasó un rato allí. Mi curiosidad se impone y, mientras me dirijo hacia allí, Alice habla en un tono de voz tan suave que al principio se me ocurre que está hablando consigo misma. Pero me basta tan solo un instante para darme cuenta de que no está sola. Su voz se acopla al timbre más grave de una voz masculina y cuando llego a la puerta entreabierta de la biblioteca me quedo sorprendida al ver a James sentado en un sillón de respaldo alto junto a la mesa de lectura.

Ya resulta bastante raro encontrarse a Alice en la biblioteca, pero más raro aún es encontrarla conversando en privado con James. Es cierto que mantienen una agradable aunque distante amistad, dada la vecindad de nuestras familias y mi relación con James, pero nunca ha habido nada más. Jamás he presenciado nada que indique algún tipo de atracción ni inocentes coqueteos entre ellos, aunque el sentimiento que me invade al verlos juntos se aproxima peligrosamente a la aprensión.

Permanezco callada, observando y esperando, hasta que Alice se encamina despacio hacia la parte trasera del sillón en el que está sentado James. Desliza un dedo a lo largo del alto respaldo del sillón, sin tocar aún la nuca de James.

—Creo que debería interesarme más por la biblioteca ahora que papá se ha ido —dice con un seductor tono de voz, como un ronroneo.

James se endereza en su sitio, mirando al frente, como si ella no hubiese faltado al más mínimo decoro en ese mismo instante.

—Sí, claro, la tienes bajo tu propio techo. Puedes utilizarla cuando quieras.

—Cierto. Pero no sabría por dónde empezar —está muy quieta detrás de él, con las manos suavemente posadas sobre los hombros de James, el corpiño de su vestido justo detrás de su cabeza—. Quizás tú puedas ayudarme a seleccionar el material más apropiado para mis... intereses.

De pronto James se pone en pie, se dirige hacia un escritorio y se entretiene en

revolver los papeles que hay encima.

—Ahora mismo estoy bastante ocupado con la catalogación. Estoy seguro de que Lia estaría dispuesta a ayudarte. Conoce la biblioteca y cuanto contiene mejor que yo.

James le da la espalda a Alice. Él no ve la expresión que cruza su rostro, pero yo sí. Veo su rabia y coincide con la mía. ¿En qué estará pensando? Ya he tenido bastante y entro en la habitación atravesándola apresuradamente. Ella se sorprende de verme, aunque no se avergüenza, tal como yo esperaba. James levanta la mirada cuando me ve.

—Lia —dice—. Quería terminar un par de cosas aquí, pero mi padre tiene otro cliente. Iba a regresar para recogerme —se saca el reloj del bolsillo y lo consulta antes de proseguir—... en cualquier momento.

Se sonroja, aunque seguramente no tiene ningún motivo para avergonzarse, pues ha sido mi hermana quien se ha comportado tan mal.

Me aseguro de calmar mi voz antes de comenzar a hablar:

—Es perfectamente comprensible. Estoy segura de que mi padre estaría encantado con tu diligencia —obligándome a esgrimir una sonrisa pétrea, vuelvo mi atención hacia mi hermana—. Lo cierto, Alice, es que James tiene bastante razón; si tienes interés en las colecciones, no tienes más que preguntar. Estaré encantada de ayudarte a escoger alguna cosa.

Me detengo antes de cuestionar su comportamiento, pues no quiero darle la satisfacción de verme paranoica e insegura.

Ella inclina la cabeza, me mira a los ojos y estudia mi rostro antes de hablar.

—Sí, bueno, puede que lo haga. Aunque me tranquiliza saber que James está aquí con toda su experiencia en caso de que tú no estuvieses... disponible.

—No te preocupes —le digo, muy segura—. Pienso estar disponible para ti o para quien sea en cualquier momento.

Durante un incómodo instante permanecemos de pie una frente a la otra, entre nosotras el sillón de orejas. Veo tan solo el contorno de James y es un alivio para mí que permanezca callado.

Por fin, Alice me dedica una breve sonrisa.

—Bueno, tengo que ocuparme de un par de cosas. Ya os veré a los dos más tarde —añade mirando deliberadamente por encima de mi hombro a James.

La veo marchar, pero no le digo nada a James acerca del incidente. Quiero disculparme por la horrible conducta de Alice, pero tengo la cabeza llena de preguntas cuyas respuestas no estoy segura de querer saber.



A la mañana siguiente, mi hermana se mantiene callada de camino al pueblo. No le pregunto por qué, aunque los silencios de Alice son excepcionales. En esta ocasión, su silencio es un eco del mío. Le lanzo una mirada a hurtadillas por el rabillo del ojo, observando la curva de su mandíbula y los rizos que rebotan sobre su nuca mientras inclina la cabeza hacia la ventana del carruaje.

El carruaje da una sacudida al detenerse y Alice se endereza en su asiento, alisándose la falda y mirando en mi dirección.

—¿A qué viene esa cara de pena, Lia? ¿Acaso no es agradable escaparse de la melancolía de Birchwood? ¡Dios sabe que ese caserón deprimente nos estará esperando al final del día!

Pronuncia las palabras de buen humor, aunque noto la tensión en su voz, la reconozco en la cuidadosa puesta en escena de su rostro. Es la versión teatral de Alice, la de quien ha estado ensayando cuidadosamente su papel.

Sonríó cuando Edmund abre la puerta del carruaje.

—Señorita.

—Gracias, Edmund.

Espero en la acera mientras Alice sale del carruaje. Como siempre, ni se molesta en hablar con Edmund.

Él se gira hacia mí antes de marcharse:

—Estaré de vuelta al terminar el día, señorita.

No sonrío muy a menudo, aunque ahora lo está haciendo, así que me pregunto si habrá alguien, aparte de mí, que se percate de ello.

—Sí, por supuesto. Adiós, Edmund —me doy prisa para alcanzar a Alice mientras se dirige hacia las escaleras principales de Wycliffe—. Al menos podrías ser amable, Alice.

Alice se gira en redondo y me obsequia con una despreocupada sonrisa.



—¿Y eso por qué? Edmund lleva años trabajando para los Milthorpe. ¿Crees que decirle «por favor» o «gracias» hace más fácil su tarea?

—Puede que solo un poco más agradable.

Es una vieja polémica. La forma en que Alice trata a los sirvientes de Birchwood es claramente desagradable. Y, además, a menudo su rudeza se extiende a la familia, en especial a tía Virginia. La hermana de mi madre no se lamenta en voz alta, pero cuando mi hermana la trata como a una niñera con pretensiones percibo el resentimiento que refleja su rostro.

Alice suspira exasperada, me coge de la mano y tira de mí escaleras arriba en dirección a la puerta de Wycliffe.

—¡Por el amor de Dios, Lia! ¡Vamos de una vez! Vas a conseguir que lleguemos tarde.

Mientras subo las escaleras a trompicones detrás de mi hermana, mis ojos se desvían hacia la librería de los Douglas, que está instalada debajo de la escuela. James es tres años mayor que yo y ha terminado su formación académica. Sé que estará trabajando en la tienda y desearía poder abrir la puerta y hablar con él, pero no tengo ocasión de hacerlo ya que estoy siendo obligada a entrar en el vestíbulo de Wycliffe. Alice cierra la puerta y se frota las manos enguantadas para entrar en calor.

—¡Señor, qué frío hace! —se desabrocha el abrigo, observando mis dedos quietos—. ¿Quieres darte prisa, Lia?

No se me ocurre ningún otro sitio en el que me apetezca estar menos que en Wycliffe. Pero Edmund ya se ha marchado, así que me obligo a mover las manos y cuelgo mi abrigo al lado de la puerta. La señora Thomason viene apresuradamente hacia nosotras desde el fondo del edificio con aspecto de estar tan enfadada como nerviosa.

—¡Llegan con retraso a las oraciones de la mañana, señoritas! Si se dan prisa, aún pueden pasar sin montar demasiado escándalo —me da un empujoncito en dirección al comedor, como si yo lo necesitase más que Alice—. He sentido mucho su pérdida. El señor Milthorpe era un buen hombre.

Sigo a Alice hasta el comedor, apresurándome para mantener su paso decidido. A través de las puertas, las voces de las otras chicas se coordinan al unísono mientras recitan la oración de la mañana. Alice empuja una de las pesadas puertas y entra de inmediato. Ni siquiera se preocupa de no hacer ruido y a mí no me queda más remedio que seguirla mansamente, preguntándome cómo mantiene la cabeza tan alta y la espalda tan tiesa mientras nos convierte a ambas en un espectáculo.

La señorita Gray baja la voz cuando Alice entra, consiguiendo que la mayor parte de las chicas nos miren de soslayo con los párpados cerrados. Alice y yo nos deslizamos en nuestros asientos frente a la mesa y nos unimos al murmullo de palabras del resto de las chicas. Cuando todo el mundo ha dicho «amén», treinta

pares de ojos se abren para inspeccionarnos. Algunas lo hacen de una forma que creen disimulada, pero otras, como Victoria Alcott y May Smithfield, no se molestan en ocultar su curiosidad.

—Alice, Amalia, me alegra teneros de vuelta con nosotras. Sé que hablo en nombre de todo el mundo en Wycliffe cuando digo que hemos sentido mucho vuestra pérdida.

La señorita Gray permanece de pie delante de la mesa mientras pronuncia su ensayado discurso y se sienta solo cuando murmuramos nuestro agradecimiento.

Emily y Hope, las chicas que tengo enfrente, evitan mi mirada. Nunca he sido una hábil conversadora e, indudablemente, la muerte contribuye a que sea una incómoda compañía. Examino la servilleta que tengo sobre el regazo, los relucientes cubiertos plateados junto a mi plato, la mantequilla que se solidifica sobre mi tostada. Cualquier cosa antes que las incómodas miradas de las demás chicas. Evitan mirarme a los ojos.

Todas excepto una.

Solo Luisa Torelli me mira abiertamente, regalándome una breve sonrisa que interpreto como una condolencia aun desde el otro lado de la mesa. Luisa siempre se sienta sola, las chicas de Wycliffe siempre se las arreglan para dejar vacíos los asientos a su lado. Las otras chicas murmuran de ella porque es italiana, aunque con sus rizos negros como el azabache, sus labios color cereza y sus exóticos ojos negros, creo que se trata más bien de envidia. No parece importar que ahora me toque a mí ser marginada por algo bastante más normal, la novedad de ser una huérfana que ha perdido a ambos padres en extrañas circunstancias. De repente parece que tenemos más cosas en común que diferencias y me pregunto si tal vez Luisa y yo no terminaremos haciéndonos amigas a la larga.



El señor Douglas ha adquirido un viejo texto en francés. Nos han dividido en dos grupos y nos han enviado a la librería de los Douglas como parte de nuestros estudios de traducción. Me gustaría hacer algún comentario sobre el libro con James, pero está trabajando en la trastienda con su padre, el resto de las chicas y la señora Bacon, nuestra acompañante.

En apenas un rato he completado los párrafos que me habían asignado y estoy de pie frente a la estantería más cercana al escaparate echando un vistazo a las novedades llegadas de Londres, cuando escucho una conversación secreta proveniente de una de las otras estanterías. Al inclinarme hacia atrás, aún oculta por

la sombra de la altísima estantería, veo a Alice susurrándole algo apresuradamente a Victoria. Alice sella su boca con un gesto duro que significa que ya ha tomado una decisión y que no va a cambiar de opinión se diga lo que se diga, tras lo cual miran a su alrededor y se escapan de la tienda como si fuese la cosa más natural del mundo.

Me cuesta unos instantes darme cuenta de lo que acaban de hacer. Cuando por fin reacciono, empiezo a preocuparme y a la vez me siento extrañamente dolida por no haber sido incluida en lo que han planeado, sea lo que sea.

No me lleva tanto tiempo como debiera tomar una decisión que podría meterme en un buen lío. De haber habido una segunda acompañante, me lo habría tenido que pensar dos veces, pero en la señora Bacon se puede confiar especialmente por una cosa: su propensión a quedarse rápida y profundamente dormida casi siempre que las chicas de Wycliffe nos encontramos a su cuidado.

Me dirijo a la puerta con la secreta intención de comportarme como si tuviera cualquier justificación para salir de la librería.

—Ejem.

Cierro los ojos un instante con la esperanza de que sea James quien me ha pillado escabulléndome, porque seguramente no me delatará. Pero cuando me doy la vuelta es Luisa Torelli, apoyada en una de las estanterías, quien me observa tímidamente desde debajo de sus oscuras pestañas.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta tranquila con las cejas levantadas.

No hay amenaza en su expresión, tan solo inquietud, vagamente disimulada por la burlona sonrisa de su boca. Probablemente debería sopesar la decisión de incluirla en este asunto, pero Alice se ha marchado y no quiero perder su rastro mientras me quedo allí decidiendo qué hacer.

—Sí —vuelvo la cabeza hacia la puerta—. ¿Te vienes?

Una deslumbrante sonrisa cruza su rostro mientras asiente con la cabeza y da un brinco hasta la puerta como si llevase años esperando la invitación. Es más atrevida que yo, ya está fuera de la tienda y trotando calle abajo mientras yo cierro tras de mí la puerta con cuidado. Cuando la alcanzo, me está esperando a medio camino de la esquina.

Reanuda la marcha sin quitarle los ojos de encima a mi hermana, que se bate en retirada con Victoria a su lado.

—Supongo que vamos en esa dirección, ¿no?

Asiento con la cabeza empezando a asumir la magnitud de nuestra infracción.

Luisa no parece darse cuenta.

—¿Adónde van?

—No tengo ni idea —le respondo, mirándola y encogiéndome de hombros.

Su risa es musical y resuena en el aire cuando un caballero se vuelve a mirar.

—Maravilloso. Es una auténtica aventura.

Evito sonreír. Luisa no se parece en nada a lo que yo me imaginaba.

—Sí, una que nos va a meter en un buen lío si nos pescan.

Su boca se abre con una pícaro sonrisa.

—Bueno, al menos tendremos a Victoria Alcott de nuestra parte.

Alice y Victoria han llegado a un edificio no muy diferente del que alberga Wycliffe. Detienen su marcha y conversan mientras lanzan miradas a la puerta donde desembocan las escaleras. No he pensado en la reacción de Alice cuando se dé cuenta de que la hemos seguido, pero ya no se puede hacer nada ni hay ningún sitio donde esconderse. Se queda boquiabierto cuando Luisa y yo nos acercamos.

—¡Lia! ¿Qué... qué haces aquí?

Una furia contenida inunda el rostro de Victoria.

Levanto la barbilla, negándome a ser intimidada.

—Vi cómo te marchabas. Quería saber adónde ibas.

—Si se lo cuentas a alguien —amenaza Victoria—, algún día te arrepentirás. Tú...

Alice le lanza a Victoria una mirada de reproche antes de dirigirse a mí con una expresión inquisitiva.

—No lo contaré, Victoria. ¿No es así, Lia? —no es una pregunta que requiera respuesta y prosigue—: De acuerdo, entonces. Vamos. No disponemos de todo el día.

Ni siquiera le dedican una mirada a Luisa. Es como si no estuviera allí. Mientras las seguimos escaleras arriba, me doy cuenta de que Alice no ha contestado a mi pregunta. No interrumpe sus zancadas hasta que llegamos a lo alto de las escaleras y se inclina para golpear una puerta de madera tallada con una enorme aldaba en forma de león. Nos balanceamos inquietas sobre nuestros pies hasta que escuchamos el sonido de unas pisadas que se aproximan.

Luisa le tira a Alice de la manga.

—¡Viene alguien!

—Ya lo hemos oído, Luisa —dice Victoria entornando los ojos.

Un destello de ira ilumina los ojos color ónice de Luisa, pero antes de poder defenderse se abre la puerta. Casi en el mismo instante nos topamos con la oscura mirada de una mujer apostada en el umbral de la puerta.

—¿Sí?

Nos evalúa de una en una con los ojos, como para comprobar quién de nosotras es la alborotadora. Yo debería señalar a Victoria, pero no tengo ni ocasión ni coraje.

Alice se pone muy derecha, adoptando su actitud más arrogante.

—Buenos días. Hemos venido a ver a Sonia Sorrensen.

—¿Puedo preguntar quién la reclama? ¿Y con qué objeto?

La mujer tiene la piel de color caramelo oscuro, los ojos ligeramente más claros, casi de color ámbar. Me recuerda a un gato.

—Nos gustaría que nos dedicase una sesión, si hace el favor.

La actitud de Alice es autoritaria, como si la mujer no tuviese derecho a cuestionarla, pese a que Alice no es más que una muchacha que no debería andar por la calle sin alguien que la acompañe.

—Muy bien —responde la mujer, enarcando apenas las cejas—. Pueden pasar al recibidor. Iré a ver si la señorita Sorrensen tiene tiempo para recibirlas —sostiene la puerta abierta mientras entramos de una en una haciendo crujir nuestras faldas y recogiéndonoslas alrededor de las piernas al pasar por la estrecha entrada—. Esperen aquí, por favor.

Asciende por una sencilla escalera de madera y nos deja en un perfecto silencio únicamente interrumpido por el tictac de un reloj que está fuera de nuestra vista, en una habitación al fondo del vestíbulo. El deseo de escapar me comprime el pecho cuando me doy cuenta de que nos hallamos en una casa extraña, con quién sabe qué personas allá arriba y sin que nadie en el mundo sepa dónde estamos.

—¿Qué hacemos aquí, Alice? ¿Qué lugar es este?

La sonrisa de Alice es fría y dura. Percibo en ella el placer que encuentra en saber cosas que los demás desconocen.

—Estamos aquí para ver a una espiritista, Lia. Alguien capaz de hablar con los muertos y ver el futuro.

No me queda tiempo para sopesar las razones de Alice para querer conocer el futuro. Captamos voces procedentes de la habitación que está encima de nosotras y nos miramos unas a otras en el concurrido vestíbulo. Enarcamos las cejas en una muda interrogación cuando unos pasos suenan pesadamente en la tarima por encima de nuestras cabezas.

La mujer se asoma desde lo alto de las escaleras haciéndonos señas para que subamos.

—Pueden venir.

Alice se abre paso la primera. Victoria y Luisa la siguen por las escaleras sin dudar. Solo cuando Luisa llega al tercer escalón y se vuelve hacia mí, me doy cuenta de que no me he movido.

—Vamos, Lia. Todo esto es muy divertido.

Me trago mi repentino miedo y sonrío a modo de respuesta. Subo tras ella por los estrechos escalones y cruzo una puerta a la derecha del rellano.

La habitación está a oscuras y los estores de las ventanas bajados, de modo que apenas una pizca de luz asoma por los bordes del marco. Pero la muchacha que se encuentra sentada a la mesa está completamente iluminada, rodeada de velas que arrojan una luz titilante sobre su piel cremosa. Sus cabellos relucen a pesar de la escasa claridad que entra por las ventanas cubiertas y, aunque la habitación está llena de sombras, puedo distinguir la curva de su mejilla e incluso desde el umbral de la

puerta estoy segura de que sus ojos son azules.

—La señorita Sorrensen no se encuentra muy bien a causa del tiempo —la mujer que nos ha traído a la habitación lanza una mirada acusadora a la chica—. Solo puede ofrecerles una breve sesión.

—Gracias, señora Millburn —la voz de la muchacha es un murmullo dirigido a la mujer mayor, que cierra la puerta a sus espaldas sin responder—. Por favor, siéntense.

Alice y Victoria se dirigen hacia la mesa con cautela y toman asiento frente a la chica. En cuanto a mí, me siento tan atraída por ella que me coloco a su derecha. Luisa se sienta a mi lado, cerrando el círculo desaparejo.

—Gracias por venir. Soy Sonia Sorrensen. ¿De modo que han venido a celebrar una sesión?

Inclinamos las cabezas sin saber qué decir. En Wycliffe no nos han preparado en ninguna clase para tan extravagante ocasión.

Nos mira a los ojos de una en una.

—¿Hay alguien con quien les gustaría contactar, algún mensaje que esperan recibir?

Victoria es la única que habla.

—Quisiéramos averiguar qué sabe usted del futuro. Nuestro futuro.

No puede sonar más inmadura y me pregunto si me acordaré de evocar su voz temblorosa la próxima vez que se dirija a alguien en Wycliffe de malos modos.

—Bueno... —Sonia nos mira a cada una de nosotras antes de posar sus ojos primero en Alice y luego en mí—. Puede que tenga un mensaje para usted.

Los ojos de Alice se encuentran con los míos en la oscuridad. Por un instante me parece atisbar una fría indignación en ellos, pero lo descarto rápidamente. No estoy pensando con claridad. La escapada prohibida y la extraña casa —probablemente, extraña a propósito con el fin de facilitarle a Sonia su tarea— distorsionan la realidad. Inspiro profundamente.

—Juntemos las manos —Sonia extiende las suyas a ambos lados. Las manos se entrelazan hasta que solo queda la mía por unirse a la de Sonia para completar el círculo. Cuando la extiendo cuidando de ocultar mi muñeca, su mano se posa fresca y seca sobre la mía—. He de pedirles silencio. Nunca sé qué es lo que voy a ver o a escuchar. Actúo por voluntad de los espíritus, y algunas veces no desean reunirse conmigo. No deben hablar a no ser que se dirijan a ustedes.

Sus ojos parpadean y luego se cierran.

Observo detenidamente los rostros distorsionados y ensombrecidos que circundan la mesa. Veo en ellos vestigios de las chicas que conozco, aunque aquí ninguna de ellas tiene el mismo aspecto que a la luz del sol. Al no tener que hacer nada más que mirar a Sonia, van cerrando los ojos una a una. Al final, yo también cierro los míos.

La habitación está tan herméticamente cerrada que no puedo oír ni un ruido, ni

cascos de caballos ni gritos desde las calles de más allá ni siquiera el tictac del reloj de la casa, que se encuentra debajo de nosotras. Tan solo el rumor de las inspiraciones y espiraciones de Sonia. Me acompaño a ellas —inspirar, espirar, inspirar, espirar— hasta que no estoy segura de si es su respiración o la mía la que marca los segundos y los minutos.

—¡Oh!

El sonido surge del asiento que está a mi lado y pego un brinco cuando de repente mi mirada se posa en el rostro de Sonia. Ya tiene abiertos los ojos, aunque parece encontrarse muy lejos.

—Hay alguien aquí. Un visitante —se me queda mirando—. Está aquí por usted.

Alice mira a su alrededor frunciendo la nariz. Yo lo huelo un instante después. Humo de pipa. En realidad, no es más que un recuerdo, pero un recuerdo que llevo en el alma, diga lo que diga mi cabeza.

—Desea decirle que todo va a salir bien —Sonia cierra los ojos durante un instante, como tratando de ver algo que no se puede ver con ellos abiertos—. Quiere que sepa que... —y ahí se detiene. Se detiene y abre los ojos de par en par, sorprendida, contemplándome a mí antes de volver la vista hacia Alice y regresar de nuevo a mí. Su voz es un murmullo de secretos susurrados—. Chsss... Saben que están aquí.

Empieza a sacudir la cabeza, murmurando como para sí o para alguien que se encuentra muy cerca, aunque está bastante claro que no nos habla a nosotras.

—No... No, no, no. Vete ya —dice con suavidad, como si estuviese negociando con un niño caprichoso—. Vete. No soy yo. Yo no soy ella. No te he llamado a ti —su voz, que ha mantenido en calma hasta ahora, se quiebra con la tensión de su equívoco comportamiento—. Es inútil. No van a escuchar. Han venido para... —se vuelve hacia mí y baja la voz hasta convertirla en un susurro, como si temiese que alguien pudiera escuchar lo que dice—: Han venido por usted... por usted y por su hermana.

Está perfectamente lúcida, me mira directamente a los ojos con tal nitidez que resulta imposible tomarla por loca, aunque por sus palabras sería fácil hacerlo.

El silencio se acrecienta en la habitación. No sé cuánto tiempo permanecemos sentadas en medio de ese sorprendente silencio hasta que por fin Sonia parpadea y mira a su alrededor como si acabase de darse cuenta por primera vez de dónde está. Cuando me ve, se endereza en su asiento contemplándome fijamente con una mirada llena de acusación y temor.

—Usted no debería haber venido.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué... qué quiere decir?

Insiste en mirarme a los ojos e incluso bajo la luz titilante de las velas veo que son azules, tal como pensaba. No el intenso azul océano de los ojos de James, sino un

azul tan desvaído como el hielo que se forma en las zonas más profundas del lago en invierno.

—Lo sabe —dice con suavidad—. Tiene que saberlo.

Sacudo la cabeza, negándome a mirar a las demás chicas.

—Ahora deberían marcharse, por favor.

Se retira de la mesa con tanta prisa que su silla cae al suelo.

Conmocionada, levanto la vista hacia ella, petrificada en mi asiento.

—¡Bueno, menuda sarta de tonterías! —Alice alza la voz rompiendo el sobrecogedor silencio—. Venga, Lia. Vámonos.

Se pone en movimiento tirando de mí para levantarme de la silla y girándose con frialdad hacia Sonia, quien aún permanece de pie con tal espanto en la cara que casi me vuelvo a quedar inmovilizada otra vez.

—Gracias, señorita Sorrensen. ¿Qué le debemos por la sesión?

Sonia sacude la cabeza, agitando sus rubios rizos.

—Nada... Tan solo... Márchense, por favor.

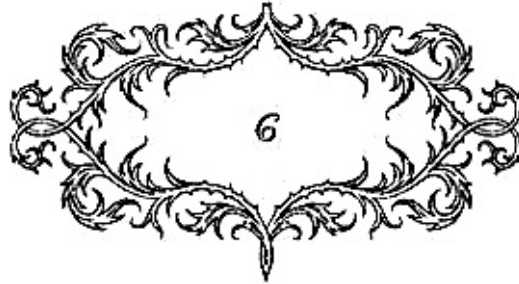
Alice tira de mí en dirección a la puerta. No tiene que decirle nada a Victoria, que ya ha salido de la habitación. Luisa espera a que salgamos Alice y yo. Escucho sus pisadas sobre el suelo detrás de nosotras, un alivio más mientras nos abrimos paso fuera de la habitación.

Apenas soy consciente de lo que hago mientras Alice me conduce escaleras abajo, pasamos al lado de la mujer a la que llaman señora Millburn y salimos por la puerta principal. Percibo una vaga sensación de cuerpos apretujados y el frufrú de las faldas cuando Victoria y Luisa se abren paso a mi alrededor. Aparte de eso, todo se queda en un sueño mientras nos apresuramos calle adelante en medio de un incómodo silencio.

El frío aire de la tarde, además de la posibilidad de que sea descubierta nuestra escapada, debería bastar para obligarme a volver a la realidad. Pero no es así y me olvido del malestar que sentía antes hacia mi hermana, mientras cruzo las calles a trompicones cogida de su mano, como si fuese una niña. Victoria camina unos pasos por delante, mientras Luisa trota a nuestro lado sin decir nada.

Cuando la librería del señor Douglas aparece ante nuestra vista, veo a la señorita Gray fuera de ella hablando muy seria con James y con la señora Bacon. Cuando nos ven aparecer, vuelven los ojos hacia nosotras. Evito mirar a la cara a la señorita Gray. Si lo hago, seguro que me voy a dar cuenta del lío en que nos hemos metido. En vez de eso, me centro en James. Le miro fijamente a la cara, crispada por la preocupación, hasta que solo le veo a él.





Alice y yo nos ponemos los abrigos en silencio, mientras la reprimenda de la señorita Gray todavía resuena en nuestros oídos. Aún conservo fresca en mi mente la expresión afligida de Luisa cuando la mandaron a su cuarto, lo que me hace imposible sentir pena por mí misma.

Únicamente la lástima que la señorita Gray siente por nuestra reciente pérdida nos ha salvado del aviso a tía Virginia. Cuando cerramos la puerta de Wycliffe a nuestras espaldas, Edmund está esperando, tieso, al lado del carruaje. Alice baja de la acera y ya está instalándose en el oscuro interior del carruaje cuando escucho una voz detrás de mí:

—¡Perdone, señorita! ¿Señorita?

Me cuesta un poco encontrar a la persona a quien pertenece la voz. Es tan pequeña, apenas una niña, que miro a mi alrededor y por encima de ella antes de llegar a la conclusión de que, en efecto, es la niña quien me está hablando.

—¿Sí?

Me vuelvo a mirar hacia el carruaje, pero Alice está escondida dentro y Edmund inspecciona inclinado una de las ruedas con ambas manos, extrañamente concentrado.

La niña camina hacia mí, luciendo dorados tirabuzones y una seguridad en su caminar que la hace parecer mayor de lo que probablemente es. Tiene cara de ángel, los carrillos regordetes y sonrosados.

—Se le ha caído una cosa, señorita.

Inclina un poco la cabeza y extiende la mano, los dedos cerrados en un puño, de forma que resulta imposible saber qué es lo que sostiene.

—Oh, no. No lo creo.

Bajo la vista hacia mi muñeca y compruebo que aún llevo colgado de ella el pequeño bolso.

—Sí, señorita. Ya lo creo que sí.

Me mira a los ojos y eso me obliga a quedarme muy quieta. Los latidos de mi corazón se aceleran en mi pecho hasta que miro más de cerca su mano. Entre los dedos de la niña aparecen los dientes blancos de mi pequeña peineta de marfil y exhalo el aliento que estaba reteniendo sin darme cuenta.

—¡Oh, Dios mío! ¡Muchísimas gracias!

Alargo la mano y le cojo la peineta.

—No, muchas gracias a usted, señorita.

Sus ojos se ensombrecen y se endurece su fino rostro cuando se inclina en una breve reverencia, tan extraña como su gratitud. Se da media vuelta y se aleja brincando, la falda aleteando tras ella, desvaneciéndose con sus pasos una melodía infantil.

Alice se ha echado hacia delante en su asiento y me llama desde la puerta abierta del carruaje.

—¿Qué haces, Lia? Hace un frío que pela y estás dejando pasar todo el aire congelado dentro del carruaje.

Su voz me arranca del lugar de la calle en el que estoy apostada.

—Se me ha caído una cosa.

—¿El qué?

Me examina desde el asiento tapizado que está situado junto a la ventanilla mientras me encaramo a su lado.

—Mi peineta. La que papá me trajo de África.

Asiente con la cabeza y vuelve a asomarse por la ventanilla cuando Edmund cierra la puerta del carruaje, envolviéndonos en un sordo silencio.

Sigo manteniendo la peineta en mi puño, pero cuando abro la mano no es la peineta de marfil la que atrae mi atención, sino una lazada de terciopelo negro enganchada en ella. Hay una cosa fría y plana depositada en la palma de mi mano tras la peineta, envuelta en el terciopelo, pero no me atrevo a mirar por miedo a que Alice también lo descubra.

Los dientes de la peineta muerden la carne blanda de la palma de mi mano cuando cierro los dedos alrededor de ella y es entonces cuando recuerdo. Me toco el pelo echando la mano hacia atrás y me acuerdo de las prisas de esta mañana mientras me arreglaba para ir a Wycliffe. No tuve ni tiempo de tomar café y con tantas prisas apenas conseguía sujetarme el pelo en su sitio.

Pero usé las horquillas; me dejé la peineta con las prisas por salir de casa. La estoy viendo encima del tocador cuando me apresuraba a salir de la habitación hace unas horas. Cómo ha hecho todo este recorrido desde mi cuarto de Birchwood hasta el pueblo y cómo ha caído en manos de la niña es otro misterio que no soy capaz de resolver.

A salvo en mi habitación, las manos me tiemblan cuando cojo la peineta y la examino como si hubiese podido cambiar durante las horas que ha pasado en la oscuridad del envoltorio de terciopelo.

Pero no. Sigue siendo la misma.

La misma peineta que mi padre me trajo de África, la misma peineta que me he puesto en el pelo casi a diario desde entonces y la misma peineta que me ha dado la niña en la calle. La dejo a un lado. Las respuestas que necesito no las voy a encontrar en su ligero brillo.

Dirijo mi atención ahora a la cinta y al objeto duro que noté en la palma de la mano ya dentro del carruaje. Extiendo el terciopelo hasta que la cinta negra se desliza serpenteante sobre mi camión blanco.

Creo que se trata de algún tipo de collar. El terciopelo negro tiene un pequeño medallón de metal suspendido entre dos trozos de cinta. Parece una gargantilla, pero cuando me lo cuelgo del cuello me doy cuenta de que no es lo suficientemente largo como para abarcarlo del todo. Tengo los ojos clavados en el colgante que pende de la cinta. No tiene nada de especial, no es nada más que un disco plano de oro no demasiado brillante. Restriego con dos dedos la fría superficie a ambos lados y noto una protuberancia en la parte trasera. Cuando le doy la vuelta, aparece una oscura orla que sombrea el borde del círculo. La penumbra de la habitación me obliga a inclinarme hacia delante y poco a poco voy distinguiendo el contorno.

Poso sobre el borde la punta de un dedo y recorro con él el dibujo del círculo, como si así pudiese comprobar que la imagen que he visto es real. Mi dedo se hunde en el grabado del círculo, cuya superficie está apenas marcada, al contrario que en mi muñeca.

Aun así, es casi igual. La única diferencia es la letra C que hay en el centro del colgante. Giro la muñeca y paso la mirada del frío círculo que tengo en las manos a mi marca. Ahora hay algo más, algo producido por el medallón que tengo en la mano. El borroso interior del círculo de mi muñeca parece volverse más claro por momentos, hasta que estoy segura de que esa forma irreconocible del interior del círculo pronto se convertirá en la letra C, igual que en el colgante.

Y ahora lo sé.

No estoy segura de cómo lo sé, pero tengo la certeza de saber para qué sirve la cinta de terciopelo, dónde debe estar. Al envolverme con ella la muñeca, no me sorprende de que encaje a la perfección o de que, cuando cierro el broche, la cinta negra se ciña perfectamente a mi piel. El medallón encaja en el círculo idéntico de mi muñeca. Casi puedo sentir la piel levantada de mi muñeca enraizarse firmemente

dentro del círculo tallado del colgante. Se apodera de mí un ansia horrible de posesión.

Eso es lo que más me aterra, la atracción de mi cuerpo por el medallón. Es esa inexplicable atracción por un objeto que siento como si siempre hubiese sido mío, aunque jamás lo haya visto antes de hoy, la que hace que me desprenda del brazalete. Abro el cajón de mi mesilla de noche y pongo la cinta de terciopelo en el fondo.

Estoy profundamente cansada. Al apoyarme sobre la almohada, caigo en un repentino y profundo sueño. La oscuridad que me envuelve es total y un instante antes de que todo se desvanezca sé lo que se siente al estar muerto.



Estoy volando por encima de mi cuerpo, fuera de él. Mi cuerpo dormido permanece abajo y una oleada de euforia me invade cuando me libero y me alejo de él atravesando la ventana cerrada.

Siempre he tenido sueños extraños. Mis primeros recuerdos no son de seres de carne y hueso ni de la voz de mi madre o las pisadas de las botas de mi padre en el pasillo, sino de formas misteriosas, desagradables, de las que huyo a toda prisa entre el viento y los árboles.

Hasta ahora, hasta la muerte de mi padre, no recuerdo con claridad haber soñado nunca que volaba. Pero desde entonces lo he hecho casi todas las noches y no me sorprende encontrarme flotando sobre la casa, sobre las colinas y el camino que sale de nuestra propiedad. Muy pronto me encuentro por encima del pueblo y me maravillo de lo distinto que parece bajo la bruma de mi sueño, en el misterio de la noche.

Tras pasar Wycliffe y la librería, después de dejar atrás la casa donde vive Sonia, salgo del pueblo adentrándome en la negrura de los extensos campos. Por encima de mí, a mi alrededor, el cielo refulge. No se trata del negro cielo nocturno, sino de un intenso e infinito azul con toques de violeta en algún lugar de su inmensidad.

Enseguida me encuentro sobre una ciudad más grande. Edificios que se yerguen hacia el cielo, grandes fábricas que escupen nubes de humo a la noche, aunque no consigo oler nada. Llego a los confines de la ciudad y durante una décima de segundo un océano se extiende ante mí tan lejos como me alcanza la vista y luego, sorprendentemente, me encuentro sobre él.

Eso sí puedo olerlo.

La salobre humedad penetra en mi nariz, y la sorpresa me hace soltar una carcajada. Un viento húmedo sopla sobre mis cabellos y en ese momento estaría

dispuesta a volar eternamente, a entregarme a las alturas del cielo añil por el que estoy viajando.

Sigo desplazándome más y más lejos por encima del agua hasta que la ciudad no es más que una mancha en la distancia. Mientras el agua se mece abajo, una vocecilla me advierte de que regrese, susurrándome que he ido demasiado lejos, pero no es más que la sombra de una advertencia. La ignoro y disfruto de la soledad absoluta de mi viaje, permitiéndome descender en picado por encima de las olas y concentrarme más en el misterio del cielo.

Pero la advertencia es cada vez más fuerte e insistente, hasta que es algo más que un susurro, hasta que se convierte en una voz real. La voz de una niña.

—¡Regresa! —me grita la voz, sofocada y rota—. Has ido demasiado lejos. ¡Tienes que regresar!

Algo en ella me obliga a detenerme y me quedo estupefacta al encontrarme a mí misma suspendida en el aire, ya sin volar, pero sin hundirme tampoco en el mar de mi sueño. Y entonces lo presiento. Algo inquietante ruge a mis espaldas, algo viene hacia mí a tal velocidad que finalmente me obliga a ponerme en movimiento.

Me abro paso a través del cielo, de vuelta hacia el lugar donde creo que está la tierra. Durante mi breve vuelo, la increíble capacidad para controlar mi velocidad y orientación se ha acrecentado e, incluso a pesar del miedo, mi cuerpo bulle ante esta nueva destreza, este nuevo poder.

Pero, por debajo de mi euforia, el terror crece a cada segundo mientras cobro velocidad en dirección a mi casa. Esa cosa amenazadora que suena más y más cerca viene pisándome los talones. Aún me queda un largo trecho por recorrer, aunque tengo la impresión de que cubro millas como si no fuesen más que pies.

La cosa que viene detrás de mí hace un ruido, un aullido agudo que me llena de pánico y me debilita haciendo que aminore la velocidad cuando más necesito apresurarme. Puedo ver el oscuro contorno del pueblo a no demasiada distancia. Estoy cerca y, sin embargo, me retienen tanto mi perseguidor como mi propio miedo. Me habría detenido de no ser por la figura que se lanza hacia mí desde el pueblo.

Al principio no es más que un pálido resplandor en la distancia, pero enseguida aparece frente a mí y apenas me lleva un instante percatarme de que se trata de la espiritista, Sonia Sorrensen.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! ¿Por qué has tenido que irte tan lejos? —apenas lo dice y ya está indicándome por señas que continúe adelante—. ¡Venga! Regresa lo más rápido que puedas. ¡Yo voy detrás de ti!

No me paro a preguntarme cómo o por qué ha aparecido Sonia en mi sueño. Oigo el pánico en su voz y vuelo. Ella me sigue pegada a mis talones hasta que llegamos al pueblo.

—No puedo arriesgarme a acompañarte. No es seguro —ya casi está

distanciándose de mí—. Vuelve a tu cuerpo lo más rápido que puedas. No permitas que nada te detenga. Por ninguna razón.

—¿Y qué pasará contigo? —el tono de mi voz es lejano y débil. No puedo sentir cómo vibra en mi garganta.

Sus ojos se cruzan con los míos.

—No me persigue a mí.

Sus palabras me impulsan hacia delante. Sobrevuelo los campos, el sendero en dirección a Birchwood y sigo hasta la fachada de la casa. Cuando llego a la ventana de mi habitación, la cosa que me persigue emite un furioso gruñido y susurra palabras que me cuesta entender:

—Protege a la... señora...

Me detengo inconscientemente, tratando de descifrar el extraño mensaje.

Es un retraso que no puedo permitirme.

La oscura criatura comienza a gruñir y a emitir chasquidos, tan cerca de mí que podría tocarla si tuviese el valor de alargar una mano. No puedo distinguir nada en esa masa negra, aunque detecto cascos ruidosos y varias alas enormes, agitándose todas ellas a un ritmo desenfrenado que al mismo tiempo resulta familiar y aterrador. Antes de instalarse en mis huesos una extraña resignación siento una punzada de pánico.

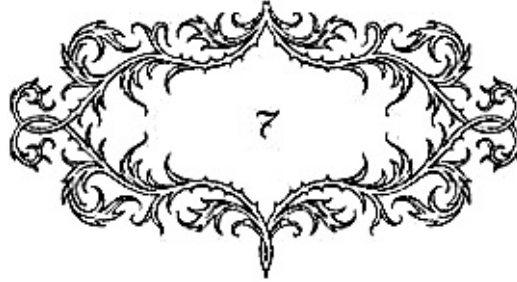
Llego demasiado tarde. Está demasiado cerca. Estoy petrificada, incapaz de moverme a causa del desánimo que se ha filtrado en cada célula de mi cuerpo.

Y aun así no puede tocarme.

Se mantiene fuera del límite de una barrera que no consigo ver. Los susurros que al principio parecían tan cercanos, tan inmediatos, ahora suenan ahogados y distantes. Las enormes alas que antes estaban tan cerca, ahora parece que se baten tras un manto de grueso terciopelo. La criatura gruñe enfurecida, pero no se trata más que de un espectáculo inútil y malogrado, ya que yo me mantengo a salvo tras un invisible escudo protector.

Me sacudo el letargo, me impulso a través de la ventana y me detengo encima de mi cuerpo dormido durante apenas un segundo antes de dejarme caer dentro de él.

Es una sensación extraña sentir mi alma acoplándose en su sitio como la pieza de un rompecabezas y saber con certeza que no ha sido un sueño.



Cuando bajo las escaleras, Henry está sentado en su silla al lado de la ventana del salón. Tiene el libro de *La isla del tesoro* abierto sobre el regazo, pero no está leyendo. Está contemplando los jardines al otro lado del cristal. No me molesto en tratar de silenciar mis pisadas mientras me aproximo. Sé lo que es estar tan sumido en tus pensamientos y no deseo sobresaltarle. Aun así, no se da cuenta de mi presencia hasta que comienzo a hablar.

—Buenos días, Henry.

Levanta la vista y parpadea como si le hubiese despertado de un trance.

—Buenos días.

Inclino la cabeza y le miro fijamente a los ojos tratando de descifrar la expresión que veo en su intenso color castaño.

—¿Te encuentras bien?

Se me queda mirando durante unos instantes y abre la boca para hablar cuando Alice irrumpe en la habitación. Ambos nos volvemos a mirarla, pero cuando desvío mis ojos de nuevo hacia Henry, él no aparta su mirada del rostro de Alice.

—¿Henry? ¿Te encuentras bien? —repito.

Alice levanta las cejas mientras observa burlonamente a nuestro hermano.

—Sí, Henry. ¿Va todo bien?

Tarda aún un instante en contestar, pero, cuando lo hace, dirige su respuesta a Alice, no a mí.

—Sí. Solo estoy leyendo.

Su tono de voz delata que está a la defensiva, pero antes de que pueda seguir cavilando más acerca de ello, tía Virginia entra en la estancia acaparando nuestra atención.

—¿Lia? —está de pie en el umbral de la puerta, en su rostro hay una extraña expresión—. Alguien ha venido a verte.

—¿A mí? ¿Quién es?

Sus ojos pasan con nerviosismo de mi rostro al de Alice y regresan de nuevo a mí antes de responder.

—Dice que se llama Sonia. Sonia Sorrensen.



Mientras caminamos colina arriba en dirección al risco con vistas al lago, Sonia y yo no hablamos. En la ausencia de las palabras que no pronunciamos dirijo la vista al cielo, un zafiro que se extiende al infinito. Casi distingo la curva del horizonte y me pregunto cómo a alguien pudo ocurrírsele que la Tierra era plana con este cielo.

Trato de no pensar en Alice, en su rabia apenas reprimida ante la mención de mi visitante. Me sentí tan aliviada como sorprendida cuando se marchó del salón antes de que Sonia entrase acompañada de tía Virginia. Eso me salvó de tener que dar explicaciones, pero no me hago ilusiones; la llegada de Sonia y la presencia de tía Virginia tan solo me han concedido un pequeño margen de tiempo con mi hermana. Alice no va a dejar de preguntar acerca de tan curiosa visita.

Para cuando Sonia interrumpe nuestro silencio, yo ya he expresado mi nerviosismo sin necesidad de palabras.

—No debiste ir tan lejos, Lia.

Mantiene su mirada fija en la distancia como si no hubiese dicho nada en absoluto.

Una ira repentina y violenta me invade el pecho.

—Dime, Sonia: ¿cómo se calcula lo que es «lejos»? A lo mejor eres capaz de decirme cómo calcular la distancia mientras salgo volando de mi cuerpo a medianoche.

Su perfil, tan contundente y hermoso como las estatuas de mármol que dibujamos en Wycliffe, se toma un minuto para contestar.

—Sí. Debe resultar confuso. Si no lo habías hecho nunca, quiero decir —su voz es un murmullo.

—Si nunca lo había... ¡Vaya, por supuesto que nunca lo había hecho! —me detengo y le tiro del brazo de forma que también ella tiene que detenerse—. ¡Espera! ¿Me estás diciendo que tú sí lo habías hecho antes?

Me mira a los ojos, se encoge de hombros y aparta el brazo. Se da la vuelta y continúa ascendiendo la pendiente que conduce al lago. Me apresuro para alcanzarla y estoy sin aliento cuando por fin llego a su lado.

—¿No vas a contestar?



Me observa mientras caminamos y suspira.

—Sí, ¿vale? Lo he hecho antes. Llevo haciéndolo desde que era niña. Hay personas que lo hacen sin darse cuenta, pensando que lo sueñan, por ejemplo. Otras son capaces de hacerlo a voluntad. Muchas, en realidad. Bueno, mucha gente de mi mundo.

Lo dice como si no estuviésemos caminando codo con codo sobre el mismo terreno, como si ella ocupase algún extraño rincón del universo, invisible e inalcanzable para mí.

—¿De tu mundo? ¿A qué te refieres?

Se echa a reír.

—¿No pertenecemos a mundos diferentes, Lia? Tú vives en una casa grande, rodeada de tu familia y de objetos que te son queridos. Yo vivo en una casa pequeña regentada por la señora Millburn, con la única compañía de otros espiritistas y de aquellos que nos pagan por describir las cosas que no pueden ver.

Sus palabras acallan mis preguntas.

—Yo... Lo siento, Sonia. Supongo que no me di cuenta de que no era tu casa, de que la mujer, la señora..., vaya, la señora Millburn no era... pariente tuya.

Incluso viéndola solo de perfil detecto el destello de rabia en sus ojos.

—¡Por el amor de Dios! ¡No me compadezcas! Estoy bastante satisfecha con las cosas tal y como están.

Pero no suena como si estuviese satisfecha. La verdad es que no.

Por fin llegamos a lo más alto, ese momento estimulante en el que al fin pisamos la cumbre de la colina y en el que siento, como siempre, que he subido al cielo. A pesar de todo lo que ha sucedido en esta cima, es imposible no apreciar la majestuosidad de las vistas.

—¡Oh! ¡No sabía que aquí había un lago! —la voz de Sonia denota un sobrecogimiento infantil y me doy cuenta de que no debe ser mucho mayor que yo. Se queda contemplando las vistas: el lago deslumbrante a nuestros pies, los árboles balanceándose bajo una brisa demasiado suave para ser otoño.

—Está muy escondido. La verdad es que ni yo misma vengo mucho por aquí.

«Porque mi madre se cayó desde este risco —pienso—. Porque su cuerpo destrozado reposa en las rocas que lame el lago allá abajo. Porque sencillamente no lo soporto».

Señalo una gran roca apartada del borde.

—¿Nos sentamos?

Ella asiente, incapaz aún de apartar los ojos de las fascinantes aguas de abajo. Nos acomodamos codo con codo sobre la roca, los bajos de nuestros vestidos en contacto con el suelo polvoriento. Tengo preguntas. Pero son cosas incomprensibles, oscuras formas que nadan bajo la misma superficie de mi subconsciente.

—Sabía que vendrías —se limita a decir, como si yo supiese exactamente a qué se está refiriendo.

—¿Qué? ¿Qué quieres...?

—Ayer. A la sesión. Sabía que serías tú.

Sacudo la cabeza.

—No comprendo.

Me mira directamente a los ojos, como solo Alice lo hace. Como si me conociera.

—Últimamente, cuando trato de celebrar una sesión, cierro los ojos y no veo más que tu cara. Tu cara y... bueno, muchas cosas extrañas que habitualmente no suelo ver.

—¡Pero si no nos habíamos visto jamás hasta ayer! ¿Cómo es posible que veas mi cara en tus... en tus visiones?

Se queda mirando hacia el lago.

—Solo se me ocurre un motivo... Solo un motivo por el que te veía, porque ibas a venir.

Aparta su rostro del lago bajando la vista y evitando mis ojos, mientras se quita el guante que le cubre la mano izquierda. Deposita el guante sobre su regazo y se levanta la manga del vestido por encima de la muñeca.

—Es por esto, ¿verdad? Por la marca.

Ahí está. El inconfundible círculo, la serpiente.

Igual que la mía. Igual que la del medallón.

Todas las células de mi cuerpo, todos los pensamientos de mi mente, toda la sangre de mis venas parecen detenerse. Cuando cada cosa recupera su movimiento, siento de golpe una conmoción.

—No puede ser. No... ¿Puedo?

Extiendo mi mano hacia la suya.

Vacila un momento antes de asentir y tomo su pequeña mano con la mía. La giro sabiendo sin mirarla más de un segundo que la marca es la misma. No exactamente la misma. Su marca no es roja, sino ligeramente más clara que el resto de su piel. La tiene en relieve, igual que la mía, como si se tratase de una cicatriz antigua.

Pero eso no es todo. No es la única diferencia.

El círculo está, y la serpiente enroscada, pero ahí se acaba la marca de Sonia. La C no aparece en su muñeca, aunque aparte de eso es una réplica exacta de la mía y de la del medallón.

Le devuelvo la mano con cuidado, como un regalo.

—¿Qué es?

Ella se muerde el labio antes de señalar mi mano con la cabeza.

—Antes déjamela ver.

Tiendo mi muñeca en su dirección. Ella la toma y recorre con el dedo el contorno

de la C en el centro de mi círculo.

—La tuya es diferente.

Mi cara se enciende de vergüenza, aunque no tengo ni idea de por qué.

—Sí, un poco, aunque también podríamos decir que la tuya es diferente. ¿Cuánto tiempo hace que la tienes?

—Desde siempre. Desde que nací, según me han dicho.

—¿Pero qué es lo que significa?

Inspira profundamente, clavando su mirada en los árboles.

—No lo sé. De verdad. La única mención que conozco de la marca proviene de una leyenda apenas conocida que se cuenta en círculos espiritistas y demás interesados en los guardianes. Y en las partes menos conocidas de su historia.

—¿Los guardianes?

—Sí, los que menciona la Biblia —lo dice como si yo debiera saberlo, como si debiera tener un conocimiento profundo de la Biblia cuando nuestra educación religiosa ha sido más bien poco coherente.

«Un cuento de ángeles o... demonios —pienso—. Expulsados del cielo...».

Ella prosigue, ajena a las referencias que cruzan por mi cabeza.

—La versión más aceptada es que fueron expulsados del cielo cuando se unieron y tuvieron hijos con mujeres de la tierra. Pero no es la única versión —titubea, se inclina para coger una piedra y la limpia restregándola con el dobladillo de su falda antes de volver los ojos hacia mí—. Existe otra. Otra mucho menos conocida.

Doblo las manos sobre mi regazo, tratando de calmar el creciente desasosiego que se agolpa en mi mente.

—Sigue.

—Se dice que los guardianes fueron engañados por Maari para que se rebelasen.

—¿Quién? —pregunto sacudiendo la cabeza.

—Una de las hermanas. Una de las gemelas.

«Las hermanas. Las gemelas».

—Nunca había oído hablar de una gemela con ese nombre en la Biblia. Claro que no soy una erudita, pero aun así...

Sonia juguetea con la piedra, redonda y plana, entre sus dedos.

—Es que no está en la Biblia. Se trata de una leyenda, un mito contado y transmitido de generación en generación. No estoy diciendo que sea cierto. Solo te he contado la historia porque me has preguntado por ella.

—Vale, de acuerdo. Cuéntame el resto. Háblame de las hermanas.

—Se cuenta —empieza, acomodándose más adentro en la roca— que Maari comenzó su engaño seduciendo a Samael, el ángel en quien Dios más confiaba. Samael le prometió a Maari que si engendraba un ángel humano, obtendría todo el conocimiento que le era negado por ser humana. Y tuvo razón. Una vez que los

ángeles caídos, o guardianes, tomaron a mujeres como esposas, enseñaron a sus nuevas compañeras toda clase de sortilegios. De hecho, algunos de los miembros más... entusiastas de nuestro círculo creen que de ahí es de donde provienen los dones de los espiritistas.

—¿Y luego qué? ¿Qué sucedió después de que los guardianes se desposaran con sus mujeres humanas y compartieran con ellas sus conocimientos?

Sonia se encoge de hombros.

—Fueron desterrados, obligados a vagar durante toda la eternidad por los ocho mundos hasta la caída de los dioses, el Apocalipsis, como lo denominan los cristianos. Ah, y después de eso dejaron de llamarse guardianes.

—¿Cómo se llamaron?

—Almas perdidas —baja el tono de voz, como si temiese ser escuchada pronunciando esas palabras en voz alta—. Se dice que hay un modo de que regresen al mundo físico. Por medio de las hermanas: la guardiana y la puerta.

—¿Qué has dicho? —pregunto levantando bruscamente la cabeza.

Ella sacude la cabeza.

—Solo que hay un modo...

—No. Después de eso. Sobre las hermanas.

Aunque lo sé. Ya lo creo que sí.

Se le forma una pequeña arruga sobre el puente de la nariz mientras recuerda.

—Bueno, según lo que me han contado, la batalla de las hermanas de una rama concreta ha durado hasta nuestros días. Una de ellas sigue siendo la guardiana de la paz en el mundo físico, y la otra la puerta a través de la cual pueden pasar las almas. Si alguna vez las almas encuentran la manera de pasar a nuestro mundo, eso provocará la caída de los dioses. Y las almas librarán la batalla con cuantas almas perdidas puedan traerse de los otros mundos. He oído que solo... hay una forma de evitarlo.

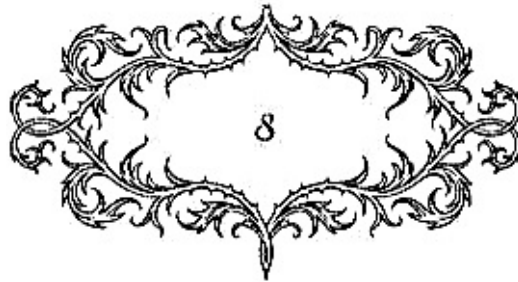
—¿Cómo?

—Bueno —frunce las cejas—, dicen que el ejército de las almas no puede comenzar la batalla sin Samael, su líder. Y Samael solo puede abrirse paso a través de la puerta si es convocado por la hermana destinada a hacerlo. Dicen que el ejército se está agrupando para pasar a nuestro mundo a través de las puertas, que está a la espera de...

—¿A la espera de qué?

—De Samael. A la espera de la bestia, conocida por algunos como el mismísimo Satán.

Lo dice sin más y compruebo que ni siquiera me he sorprendido.



El mundo queda en silencio. No hay cabida en mi mente para el viento entre los árboles ni para el lago que lame la orilla a nuestros pies. No hay cabida para nada, es cierto, excepto para las ramificaciones de la profecía enroscadas sobre sí mismas en el interior de lo que no es sino el germen de la razón. Pero Sonia no tiene acceso a mis pensamientos y prosigue como si mi mundo no estuviese desmoronándose sobre sí mismo en ese instante.

—La única razón por la que te cuento la historia es por la marca. Sabes, dicen que a las almas se las representa simbólicamente con el Jorgumand.

Intento mantener el rostro inexpresivo. Si me dejo desfallecer, si dejo que advierta la profundidad de mi pánico, seguro que perderé la poca razón que me queda.

—Bien, de acuerdo. Las dos tenemos la marca. Pero aún no comprendo qué papel nos corresponde representar a nosotras en esta historia tan estrafalaria.

Ella suspira resignada, se pone en pie y se pasea de un lado a otro frente a mí.

—Yo tampoco. Pero estoy cansada de afrontar yo sola este miedo. Yo no tengo una hermana. Esperaba... —cuando se detiene a mirarme, suaviza el tono de su voz—. Bueno, supongo que esperaba estar en lo cierto; esperaba que tú tuvieses la marca y que encontraríamos juntas la respuesta.

—De acuerdo —inclino la cabeza, desafiándola con la mirada—. Entonces volvamos a la pasada noche. Puedes empezar por contarme qué diablos hacía yo paseándome por el cielo.

Reduce la pequeña distancia que nos separa, se detiene y me coge la mano con algo parecido a una media sonrisa.

—Solo estabas viajando por el plano astral, Lia. Paseándote. ¿De verdad que nunca lo habías hecho?

—No, que yo recuerde —digo, moviendo la cabeza—. ¿Y qué es el plano astral?

—Es un lugar asombroso —toma aire—. Una especie de... puerta a los otros

mundos. Un lugar donde todo es posible.

Recuerdo mi euforia cuando veía pasar la tierra a mis pies, el cielo tan profundo e infinito como el mar. Y entonces recuerdo algo más.

—¿Pero qué pasa con... esa criatura? La criatura oscura.

Se pone seria y la abandona el brillo de sus ojos.

—Los límites entre el mundo físico y los otros mundos son muy frágiles, Lia. Eso mismo es lo que posibilita hacer cosas tan maravillosas y también lo que lo hace tan peligroso. Lo que te estaba persiguiendo anoche... Jamás me había encontrado con algo tan fuerte y da la casualidad de que me he topado con muchos seres en mis viajes, buenos y malos.

—¿Crees que tiene algo que ver con la marca? ¿Con la profecía?

De nuevo se mordisquea el labio.

—No lo sé, aunque los caminos de los otros mundos son muy intrincados. Tienes que comprender su naturaleza para explorar su terreno manteniéndote a salvo.

—¿Y cómo lo hago? —exclamo, dejando resurgir mi irritación—. ¿Cómo voy a aprender algo tan extraño? ¡Seguro que la señorita Gray y las profesoras de Wycliffe me tomarían por loca si se lo preguntase!

Sonia se echa a reír, escondiéndose tras el guante que lleva puesto en la mano.

—No sería aconsejable pedir ese tipo de instrucciones en Wycliffe. Pero te volverás más fuerte en cuanto te acostumbres a viajar y, aunque no te hayas dado cuenta de ello, ya has adquirido cierta autoridad.

—¿A qué te refieres?

—A esa cosa. Esa... criatura. Creo que quería apoderarse de tu alma.

Disimulo mi nerviosismo con una risa crispada.

—¿Mi alma?

Pero ella no se ríe.

—Escucha, Lia. Hay algo que deberías saber sobre los viajes astrales. El alma puede liberarse del cuerpo únicamente cuando el cordón astral, el hilo que conecta cuerpo y alma, se corta. Una vez que sucede eso, el alma ya no puede regresar.

—¿Quieres... quieres decir que el cuerpo se quedaría vacío, como si estuviera muerto? —mi voz se vuelve más aguda conforme una oleada de histeria se apodera de mi garganta.

Ella levanta una mano, tratando de tranquilizarme.

—No sucede a menudo, ¿de acuerdo? En esos otros mundos no existen demasiados seres con la fuerza necesaria para separar un alma de su cuerpo vivo. Pero puede suceder —traga saliva y, aunque trata de ocultarlo, puedo percibir su miedo—. Me... me han hablado de un lugar, un lugar horrible al que llaman Vacío. Un lugar al que son desterradas las almas desplazadas. Un lugar entre la vida y la muerte. Creo que es ahí donde pretendía llevarte la criatura oscura. Al Vacío.

—¿Quieres decir que el alma se quedaría abandonada allí para siempre? —mi voz se ha convertido en un chillido.

—Aquellas que son desterradas al Vacío permanecen perdidas toda la eternidad —su expresión es de angustia—. Escucha, Lia. No conozco todos los caminos de los otros mundos, ¿vale? Pero ese ser oscuro te quería a ti y jamás había visto nada tan poderoso llegar tan cerca de la marca. Sin embargo... Por alguna razón no pudo alcanzarte. No tengo ni idea de qué es lo que te protegió de todo el poder de su fuerza, pero sería aconsejable no viajar hasta que lo averigüemos o hasta que estés segura de que contarás con la misma protección la próxima vez.



Caminamos de vuelta a la casa en silencio. Cuando Birchwood aparece ante nuestra vista, Sonia me pone una mano sobre el brazo y levanta los ojos. Sigo su mirada hasta ver a Alice observándonos desde una de las ventanas del piso de arriba.

—Ten cuidado, Lia —dice Sonia—. Ten cuidado hasta que encontremos alguna explicación.

Mi hermana está demasiado lejos como para ver su expresión, pero aun así noto el frío tacto del miedo a la vista de su sombría silueta en la ventana.

Sonia y yo continuamos en dirección al patio y la veo marchar en su carruaje de alquiler. Espero hasta que desaparece más allá del sendero bordeado de árboles antes de alejarme de la casa. No me apetece hablar sobre Sonia con Alice. Ahora no.

Antes de llegar a la orilla del río ya oigo el rumor del agua. Estas últimas semanas las lluvias han hecho subir el río hasta el límite, obligándolo a desplazarse sobre su cauce pedregoso a una velocidad tremenda. Dando un paso fuera del sendero empedrado, me encamino hacia los árboles de hoja perenne, los arces y los robles. Ya casi es la hora de comer y me pregunto si James me estará esperando.

—¿James? —en cualquier otro lugar mi voz apenas se oiría, pero aquí resuena en la calma de la orilla—. ¿Estás ahí, James?

Unos brazos fuertes me agarran por detrás y me levantan en el aire. Un chillido escapa de mi garganta y comienzo a dar patadas con los pies en un intento ciego por liberarme del férreo abrazo. Mientras levanto los puños, preparándome para aporrear a mi desconocido asaltante, este me da la vuelta para ponerme frente a él. Unos labios cálidos se posan en los míos, sus manos se desprenden de mis hombros y se abren paso hacia mi pelo.

Me pierdo en el beso, sintiendo como si el río se deslizase a través de mí desde mis cabellos hasta la planta de mis pies.

Luego me aparto y doy un paso atrás.

—¡Uf! ¡Por el amor de Dios, James! ¡Menudo susto me has dado! —le doy un puñetazo infantil y nada efectivo en el hombro—. ¡Podría vernos alguien!

Se echa a reír, cubriéndose la boca con la mano, como para serenarse. Su rostro se vuelve más serio cuando contempla la expresión de mi cara.

—Lo siento, Lia. De verdad. ¿Pero quién más iba a agarrarte así?

Sus ojos aún expresan regocijo y me quedo mirándole fijamente esperando a que desaparezca esa expresión.

Él se acerca, echa un vistazo a su alrededor y tira de mí con fuerza hacia él.

—No pretendía asustarte. Solo estoy feliz de verte. Me cuesta tanto verte en la biblioteca estando delante mi padre, verte por la calle con Alice o verte donde sea y no hacer esto.

Me atrae aún más cerca durante un instante y siento toda la longitud de su cuerpo contra el mío. Me roba el aliento y durante unos momentos parecen no existir ni la profecía ni el libro ni la marca.

Solo el cálido cuerpo de James contra el mío.

Me siento avergonzada por el efecto que me causa su contacto. No quiero que note los latidos de mi corazón contra el corpiño de mi vestido ni que escuche mi respiración entrecortada, de modo que le empujo lejos y le miro con picardía.

—Te has vuelto muy audaz —le tomo el pelo.

Entonces se echa a reír y los pájaros posados en los árboles por encima de nuestras cabezas echan a volar, espantados por el escándalo.

—¿Audaz? ¿Yo? ¡Esa sí que es buena, viniendo de una de las traviesas jovencitas de Wycliffe!

Se me encienden las mejillas ante la alusión a nuestra escapada de ayer. No tuve ocasión de hablarle a James de nuestra visita a Sonia Sorrensen. No en el revuelo que se formó tras nuestro regreso. Y, a decir verdad, agradezco el aplazamiento. El comportamiento de Sonia durante la sesión me puso tan nerviosa que no había decidido cómo explicárselo a James. Solo sabe lo que le contamos a la señorita Gray, que nos apetecía tomar un poco de aire fresco y dimos un improvisado paseo. Ahora, tras mi charla con Sonia cerca del lago, estoy segura de que lo mejor para todos es que la historia se quede como está.

—Además —continúa James, que ignora mi desconcierto—, yo diría que eres tú quien me hace audaz. ¿Y qué más da? ¿Para qué otra cosa venimos a nuestro sitio favorito, al amparo del árbol y a la comodidad de nuestra roca? —entonces se sienta sobre la roca, como para demostrar lo cómoda que es, y sonrío pícaramente mientras contempla su dura superficie—. Bueno, de acuerdo. Tal vez la roca no sea tan cómoda como yo recordaba... O tal vez sea más cómoda cuando tú estás cerca.

Levanta las cejas, dando unas palmaditas sobre el espacio que tiene a su lado y



sonriendo traviesamente.

Yo sonrío ante sus esfuerzos por tenerme más cerca y me encamino hacia la roca dejándome caer a su lado.

—La verdad es que hay algo que quería decirte. Algo que creo que tiene que ver con el libro que encontraste en la biblioteca de mi padre.

Su sonrisa se desvanece. Si hay alguna cosa capaz de quitarle de la cabeza a James las poco inocentes razones de nuestras citas junto al río, es discutir sobre un libro raro.

—¿De qué se trata?

Inspirando hondo, doy un pequeño paso hacia delante. Así es como debe exponerse un tema.

—Creo que entiendo la referencia a la guardiana y a la puerta, si es que puede entenderse una cosa así.

—¿De verdad? ¡Pero si suena a galimatías!

Bajo la vista hacia mi falda, alisándola en la parte del regazo mientras comienzo:

—Sí, bueno... Debería haberlo sabido hace un par de días, pero ahora... Bueno, ahora sé que se trata de una historia... una historia sobre unas hermanas. Gemelas, como Alice y yo.

Él escucha en silencio la mayor parte del tiempo, solo me interrumpe una o dos veces para aclarar partes de la historia que no entiende. Pero sus preguntas persiguen un conocimiento más bien académico. No se trata de preguntas propiamente dichas, ni siquiera parece creer que la historia sea real. Más bien escucha la historia como si se tratase de un cuento de hadas. Se lo cuento todo, evitando la mención de la marca. Cuando termino, el silencio llena el espacio que nos rodea tal como lo llenarían las palabras.

Por fin se decide a hablar, en tono amable, como si no quisiese herir mis sentimientos.

—Pero... ¿cómo es que nunca antes había escuchado esa historia, Lia? Lo cierto es que como librero y asesor de compradores serios que se dedican a formar colecciones debería haber oído hablar de ella si fuera de algún interés.

Su duda suscita la mía. La duda de que la profecía no sea creíble para nadie excepto para aquellos que poseemos la irrefutable prueba de la marca.

—No lo sé, James —digo encogiéndome de hombros—. Me gustaría poder contestarte, pero no puedo.

Este es el momento en que debería mostrarle la marca. Está bien escondida bajo la larga manga de mi vestido, aunque casi la siento arder, un mudo indicio de que se trata de un importante detalle de la historia que he omitido.

Pero no se lo digo. Me gustaría decir que es porque temo que no vaya a creerme o porque quiero evitar que se vea envuelto en un asunto tan oscuro. Pero la verdad es

que siento la marca como una cicatriz. Me quema como si fuese algo dañino, sucio.

Y no soporto que James lo sepa. Aún no.



Irse a la cama no resulta tan fácil como antes. Me quedo allí tendida, tratando de obligar a mi mente a quedarse en blanco para que me permita dormirme.

Pero las palabras de la profecía, la sombra de mi hermana en la ventana del piso de arriba, la marca señalándome como algo que apenas entiendo: todo se confabula en mi contra para alejarme del descanso. Finalmente, me pongo en pie y cruzo la habitación hasta mi escritorio.

¿Cómo es que la leyenda que me contó Sonia junto al lago es la misma que aparece en el libro sin fechar de mi padre? ¿Y cómo he llegado a compartir prácticamente la misma marca con alguien como Sonia? Nada menos que con una espiritista. Siento cómo las preguntas tratan de cobrar sentido, de encajar hasta formar algo sólido, algo que pueda sostener con ambas manos y empezar a comprender.

Al abrir el libro, saco la traducción de James y leo la profecía, tratando de encontrarle un sentido a aquello que no lo tiene. Un escalofrío me recorre los huesos de la espalda mientras releo lo relativo a las hermanas. Pero es después de la historia de las gemelas cuando la profecía se me escapa.

Si yo soy la guardiana y Alice la puerta, ¿qué papel desempeña Sonia en esta extraña historia? ¿Y qué pasa con el ángel? Si soy incapaz de descifrar la identidad de una figura de tanta importancia como la del ángel, ¿cómo voy a ser capaz de entender en qué consiste mi papel de guardiana? ¿Y cómo podría hacer fracasar el papel de Alice como puerta?

Inclino de nuevo la cabeza sobre el libro para leer otra vez la profecía hasta llegar a la mención de las llaves: «Dejad que la puerta del ángel se abra sin las llaves, que pasen las siete plagas y no retornen».

Releo esas palabras, deseando mentalmente encontrar la respuesta. Resulta bastante fácil incluso en mi actual estado de ignorancia: sin las llaves sucederá algo terrible. Algo que será irreparable.

Si Alice y yo pertenecemos a las partes en conflicto de la profecía, seguramente resultaría peligroso que las llaves estuviesen en sus manos, lo cual significa que debo encontrarlas.

Y debo hacerlo antes que mi hermana.



Al día siguiente, Alice no menciona a Sonia mientras nos dirigimos a Wycliffe. Desde la visita de Sonia me he pasado todo el tiempo evitando a mi hermana con la esperanza de postergar el interrogatorio. Supongo que el aplazamiento ha llegado a su fin y me dispongo a afrontar las preguntas de Alice, pero ella permanece en silencio. Es como si ya lo supiese todo. Y como si estuviese dispuesta a mantener ese conocimiento herméticamente cerrado.

Nuestro regreso a la escuela no es en absoluto celebrado. Bien porque Victoria culpa a Alice de la visita prohibida a Sonia o bien porque está resentida debido a que nosotras no hemos tenido que someternos a un castigo más severo, el caso es que tanto ella como su cerrado círculo de amigas nos reciben con miradas glaciales. Solo Luisa parece contenta de vernos, en particular a mí.

Tras sentarse a mi lado durante el desayuno, como si siempre se hubiese sentado allí, se inclina hacia mí.

—¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza.

—¡Pero no sabes cuánto lo siento, Luisa! ¿Has tenido muchos problemas?

—Alguno, aunque así las cosas se ponen más interesantes. ¡No me arrepiento de nada! —dice con una sonrisa.

Después del desayuno nos ponen a prueba en música, literatura y lengua. El día transcurre entre una bruma de insinuaciones susurradas y mezquinas carcajadas. Llegado el momento de desfilas al exterior para la última lección del día, paisaje artístico, no puedo evitar fijarme en la expresión calmada de Alice o en lo excesivamente erguida que lleva la cabeza y lo rígida que tiene la espalda. Esquiva mi mirada. Para Alice es preferible el aislamiento a la compasión.

Los caballetes están dispuestos en el patio, de cara al modesto jardín, que está poco menos que muerto ante la inminencia del invierno. Pese a que brilla el sol, el

aire es muy frío y supongo que esta será una de las últimas clases del año que tendremos fuera.

—¡Lia! ¡Aquí! —exclama Luisa, exhalando una nube de humo y haciéndome señas desde un caballete situado junto al muro de ladrillos.

Mientras me dirijo hacia Luisa, me siento agradecida y sorprendida de nuevo por su sincero ofrecimiento de amistad.

—Te he guardado un caballete.

Señala el caballete libre a su derecha, sonriéndome desde su taburete con el pincel preparado en la mano.

—Gracias. ¿Qué objeto tendré que torturar hoy? —no se me conoce precisamente por mis dotes artísticas.

Luisa se echa a reír. No esa risita educada a la que me tienen acostumbrada las chicas de Wycliffe, sino una risa tal como debe ser, una risa festiva.

—No lo sé. Quizás deberías escoger algo que ya se esté secando.

Sus ojos se fijan en el señor Bell, nuestro profesor de arte, cuando se coloca frente a nosotras en el sendero empedrado que serpentea por el jardín.

El señor Bell no es precisamente apuesto, su rostro es un poco demasiado largo y estrecho y lleva el pelo cuidadosamente peinado para ocultar su naciente calvicie, aunque por lo demás es bastante normal. Es objeto de discusión y de admiración entre las chicas de Wycliffe no por su aspecto, sino por su soltería. A las estudiantes de Wycliffe, en particular a las que viven allí, se las protege celosamente de las atenciones masculinas. Cualquier hombre en edad de casarse que, de hecho, no esté casado es objeto de especulación, ya le claree el pelo o no.

—Señoritas, como ya saben, pronto dejaremos atrás el otoño. Hoy escogerán uno de los artistas que hemos estudiado y, usando a ese artista como guía, pintarán cualquier escena del jardín que deseen. Debido al frío, solo dispondremos de unos pocos días para terminar, así que hagan el favor de trabajar con presteza y concentración. Eso es todo.

Luisa ya está absorta en su pintura, los primeros colores empiezan a tomar forma en su lienzo. Yo escudriño el seco jardín en busca de algo a la altura de mis esfuerzos condenados al fracaso. Tras descartar cualquier cosa demasiado vibrante o complicada, mis ojos se fijan en una puntiaguda flor color púrpura, oscura como una ciruela. Se trata de un adorno sencillo que hasta yo sería capaz de reproducir. «Bastará», me digo.

Estoy decidida a esforzarme al máximo cuando algo llama mi atención. Es Luisa, tiene una mano posada sobre el lienzo y aplica el extremo del pincel en una zona completamente yerma.

Pero no solo se trata de Luisa, sino de su mano, su muñeca, que asoma fuera de su abrigo de terciopelo, y del brazalete de plata suelto que cubre su piel blanca.

Y de la marca. La marca de Sonia. La mía.

Apenas es una rayita, tan solo un tenue contorno, pero lo reconocería en cualquier parte.

—¿Qué es lo que ocurre, Lia? ¿Qué pasa?

Del pincel de Luisa gotea pintura esmeralda, sus ojos muestran preocupación.

—Tu... La... ¿Dónde te has hecho eso?

No puedo apartar los ojos de su esbelta muñeca.

Sigue mi mirada y baja la vista hacia su mano, sus aterrorizados ojos abiertos como platos. Se le cae el pincel al suelo al tirar de la manga del abrigo para cubrirse la muñeca.

—No es nada. Solo una cicatriz.

Se inclina con la cara pálida para recoger el pincel caído junto al caballete.

—Yo no... —pero no puedo concluir. El señor Bell ha aparecido de repente detrás de nosotras.

—Señorita Milthorpe, Luisa. ¿Qué problema tienen?

Inspecciona nuestros lienzos con ojo crítico, esquivando por completo nuestros rostros. Aun con los interrogantes agolpándose en mi cerebro, me irrita que haya llamado a Luisa por su nombre, reservándome a mí lo de «señorita», más respetuoso.

—Ninguno, señor Bell. Estoy algo torpe hoy, nada más. Se me ha caído el pincel, pero ya lo tengo.

Luisa lo agita delante de él como para demostrarle que, efectivamente, tiene el pincel.

—Sí, todo va de fábula, señor Bell. La señorita Torelli y yo estábamos trabajando con la debida concentración.

—Ya veo —se balancea sobre los talones, como tratando de decidir cómo encajar mi sutil falta de respeto, dado que mi padre era un bien conocido benefactor de la escuela—. Entonces prosigan.

Ambas lanzamos un suspiro al unísono en cuanto desaparece de nuestra vista.

Tomo mi pincel y me inclino hacia Luisa, mientras aplico pinceladas sin forma sobre el lienzo.

—¿Dónde te hiciste eso, Luisa? ¡Tienes que decírmelo!

Ella se pone tensa a mi lado, hundiendo otra vez su pincel en la pintura verde.

—No entiendo por qué te preocupa tanto. No es nada. ¡De verdad!

Suspiro y me tomo un instante para reflexionar. No nos queda mucho tiempo. El señor Bell está atento a las chicas del final de la fila, absorto en el lienzo de una de las alumnas más dotadas para el arte. Tras dejar mi pincel en la base de madera del caballete, sostengo la mano entre los pliegues de mi falda y comienzo a enrollarme la manga mientras hablo apenas en un susurro.

—Tengo una buena razón para estar preocupada, Luisa —al quedar al descubierto

mi muñeca lo justo para mostrar el medallón, lo aparto y giro la palma de la mano hacia arriba para que pueda verla—. Ves, yo también tengo una. Y es casi igual que la tuya.

Durante un largo rato se queda mirando pasmada mi muñeca, empuñando aún su pincel.

Bien debido al extraño silencio que nos envuelve a ambas o al simple transcurso del tiempo, la clase de paisaje artístico se pasa enseguida y mientras guardamos las pinturas y llevamos nuestros lienzos al aula de arte entre el bullicio de las otras chicas, resulta imposible disponer de cierta intimidad. Luisa me sigue con la mirada mientras guardo mis materiales, pero necesito tiempo para pensar, para entender qué significa todo esto, por lo que agradezco nuestro forzoso silencio.

Estamos lavando nuestros pinceles en una pila cuando por fin se decide a hablar.

—No lo entiendo, Lia. ¿Cómo es posible?

Mantengo la mirada fija en el agua, turbia y teñida de color.

—No estoy segura. Está sucediendo algo, pero no lo entiendo mucho más que tú. Aún no.

Ella sacude la cabeza, algunos mechones sueltos de pelo oscuro se le ensortijan en el recogido de la nuca.

—¿Por qué las tenemos las dos? —susurra—. Apenas hemos hablado alguna vez antes de esta semana y yo he tenido esta marca toda mi vida.

Busco sus ojos más allá del olor a trementina y pintura.

—No lo sé, Luisa, ¿vale? Solo... Por favor. Dame tiempo para repasar todo lo que sé.

—¡Cómo me gustaría que no fuese jueves! ¡Ahora me pasaré todo el fin de semana esperando y haciéndome preguntas!

Se muere de ansiedad, tan tensa que casi puedo ver los tendones de sus músculos bajo su pálida piel como en uno de los esqueletos de los libros de medicina de mi padre.

Sacudo mis pinceles y los pongo a secar en una taza de latón sobre la pila antes de dirigirme de nuevo a ella.

—Espera a que te lo cuente. Ya encontraré alguna manera para que podamos vernos.



Alice mantiene su regia postura hasta que Edmund cierra la puerta del carruaje. Pero una vez que nos quedamos a solas en la penumbra de la tarde casi invernal, se arruga

dejando caer los hombros y mostrando en su rostro una máscara de resignación.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, posando una mano sobre la suya.

Hace un gesto afirmativo y aparta su mano de la mía con un rápido movimiento, sin dirigirme la mirada. Un instante antes de que coloque su mano sobre el regazo, mis ojos se sienten atraídos por la suave piel de su muñeca. Está tal y como yo sospechaba. Tiene la piel tan inmaculada como la de sus mejillas. Soy la única hermana portadora de la marca.

Me da la espalda para asomarse por la ventanilla con gesto huraño y yo agradezco su silencio. No tengo ni fuerzas ni ganas de tranquilizarla.

Suspiro hondo reclinándome en la comodidad del asiento tapizado. Al echar la cabeza atrás y cerrar los ojos, todo cuanto veo es la marca de Luisa. La de Sonia. La mía.

Resulta increíble que las tres tengamos la marca, casi idéntica y todas en el mismo pueblo. Y que nada de esto, tan bien calculado, tan siniestro, sea producto del azar. Creer que debe tener un sentido es la única manera de que todo ello tenga, realmente, sentido.

Alice y yo hacemos el viaje a casa sin hablarnos. Nos detenemos en el patio delantero cuando la oscuridad extiende su mano sobre el cielo. Edmund ni siquiera ha llegado a la puerta del carruaje cuando Alice sale como un animal al que acaban de liberar de su jaula, se aleja de la casa y se dirige al sendero que conduce al lago. No trato de detenerla. Después de todo lo que ha sucedido, después de todo lo que está sucediendo ahora mismo, siento, sin embargo, el dolor de su humillación a manos de la autoproclamada realeza de Wycliffe. Es como ver entrenar a uno de los hermosos pura sangre de mi padre. Está muy bien todo eso de que se pueda montar y controlar al caballo, pero siempre me entristece que deba quebrarse ese espíritu.

Me encuentro a medio camino de las escaleras cuando la voz de tía Virginia me reclama desde el vestíbulo.

—¿Lia?

Me doy media vuelta para ponerme frente a ella.

—¿Sí?

Está a los pies de la escalera, mirándome con expresión cansada.

—¿Ocurre algo?

Se le forman unas pequeñas arrugas en el raballo de los ojos mientras analiza mi rostro.

Titubeo preguntándome a qué se refiere.

—No. Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

Ella encoge sus esbeltos hombros.

—Parece como si te rondase algo por la cabeza. Y Alice también parece distraída.

Sonrío para aliviar su preocupación.

—Las chicas de nuestra edad aburridas y ricas no siempre nos portamos bien, ya sabes.

—Sí. Me parece que lo recuerdo —sonríe ligeramente, con tristeza.

—A Alice no le pasa nada. Tan solo está cansada y apenada, como todos nosotros. Asiente con la cabeza. Creo haberla esquivado cuando me detiene de nuevo.

—¿Lia? ¿Acudirás a mí si necesitas alguna cosa? ¿Algo que pueda hacer por ti?

Estoy casi segura de que hay algo ahí, un mensaje que no soy capaz de descifrar. Durante un instante de locura considero la posibilidad de contárselo todo. Preguntarle cómo desempeñar mi papel de guardiana, cómo alguien tan desorientado como yo podría proteger al mundo de algo que ni siquiera comprende.

Pero al final no le digo nada, pues si yo soy la guardiana y Alice la puerta, ¿quién es tía Virginia? ¿Cuál es su papel en la profecía?

Sonríe contestando a su pregunta.

—Sí. Gracias, tía Virginia.

Sigo subiendo las escaleras antes de que pueda decirme nada más.

Una vez en mi habitación, con el fuego listo y crepitando, me siento frente al escritorio y estudio mis opciones. Me quedo mirando fijamente el libro. El libro sin procedencia, sin marcas de impresión, sin fecha de edición.

Un libro tan viejo como el tiempo.

Las anotaciones de James asoman por detrás de la delgada página de la profecía. Es todo cuanto queda del *Libro del caos*. Quiero resolver su misterio sola, sin involucrar a nadie más, pero he llegado a un punto muerto en lo que respecta a mi comprensión de sus palabras.

Algunas veces es necesario pedir ayuda por mucho que no se quiera hacer.

Extraigo una pluma y un frasco de tinta del cajón. Tras colocarme delante dos hojas de grueso papel, comienzo a escribir:

Querida señorita Sorrensen:

La señorita Lia Milthorpe solicita el honor de su presencia para tomar el té...

Una vez escritas mis invitaciones a Sonia y a Luisa y con el imprudente deseo de ignorar el libro solo durante un rato, invito a Henry a pasar la tarde jugando. Su mirada aún está ensombrecida por la tristeza y, a decir verdad, me sirve para distraerme de tantas preguntas que aguardan respuesta. Pero seguirán ahí haga lo que haga para pasar el rato.

De camino al salón, al pasar por delante de las puertas del invernadero, capta mi mirada una figura en su interior. Es Alice sentada en un gran sillón de mimbre junto a la ventana con Ari encima de su regazo. Yo me encuentro cobijada en el calor del recibidor, pero salta a la vista que el invernadero está helado. El cristal está salpicado



de escarcha, pero Alice tiene la vista puesta en la oscuridad al otro lado de la ventana con los hombros envueltos tan solo en una manta, como si estuviese en el salón con el fuego encendido, en una habitación sin corrientes de aire. Acaricia al gato con un movimiento rítmico no muy distinto al que empleó para cepillarme a mí el pelo. Incluso desde donde me encuentro puedo ver la expresión vacía de sus ojos.

Estoy a punto de anunciar mi presencia, abrir las puertas de cristal y pisar el suelo de baldosas del invernadero, cuando algo me detiene en seco. Es Ari, que se queja e intenta saltar lejos del regazo de Alice. Al gato lo tapa en parte el sillón de mimbre e inclino la cabeza para verlo con más claridad. Cuando lo hago, cuando encuentro la postura que me permite ver mejor lo que Alice está haciendo, un estremecimiento de disgusto y consternación me asalta.

Es Alice quien retiene al gato. No está acariciando su piel. No tal como lo estaba haciendo unos momentos antes. No. Lo tiene cogido por un pequeño mechón de pelo y está retorciéndolo, retorciéndolo hasta que el gato comienza a bufar de dolor y se revuelve para escapar de su asedio. Pero lo que más me asusta es el rostro de mi hermana. Sigue impassible, con un gesto distraído, como si estuviese contemplando el tiempo que hace. Debe tener agarrado al gato con tenazas de hierro. No puede escaparse por mucho que se contonea y se revuelve.

Me gustaría decir que la obligo a parar de inmediato, pero estoy tan impresionada que no tengo ni idea de los segundos que pasan antes de conseguir entrar en acción. Cuando por fin abro la puerta, deja de sujetar a Ari sin alterar su expresión lo más mínimo. Él se escabulle de su regazo, se sacude y sale fuera de la habitación a una velocidad que no le había visto exhibir desde que era un cachorro.

—Lia, ¿qué estás haciendo aquí?

Se da la vuelta cuando entro en la estancia, pero no parece avergonzada, ni siquiera un poco inquieta.

—He venido para ver si te apetece jugar a las cartas con Henry y conmigo en el salón —tengo la voz ronca y he de aclarármela antes de proseguir—. ¿Qué estabas haciendo?

—¿Hmmm? —está mirando de nuevo por la ventana.

Levanto un poco la voz.

—Hace un momento. Con Ari.

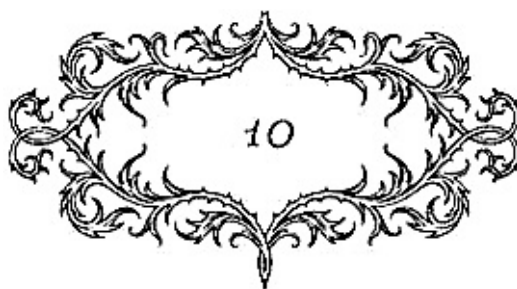
Apenas sacude la cabeza con un pequeño y ausente movimiento.

—Nada. Nada en absoluto.

Me planteo presionarla, obligarla a confesar, ¿pero con qué propósito? Diga lo que diga, he visto lo que estaba haciendo.

Y aunque no parece haber sido más que un instante, lo que me produce pavor es saber lo que hay detrás. Porque aunque jamás haya negado que Alice puede ser algo descuidada..., egocéntrica..., incluso rencorosa, en realidad nunca se me había

ocurrido pensar que pudiese ser cruel.



Henry y yo jugamos una partida de cartas tras otra, incluso consigo animar a Cook para que prepare palomitas y chocolate, dos de los placeres favoritos de Henry. Con el paso de las horas optamos por el ajedrez. Henry, que se ha pasado años estudiando las jugadas estratégicas de papá, me gana una y otra vez. Los dos nos reímos, pero ya no es la risa desenfadada de tiempos pasados. No, ahora hay en ella un trasfondo de pena asociado a mis propios temores. Trato de disfrutar de las horas que estoy pasando con mi hermano pequeño, pero es el pálido rostro de Alice lo que veo cuando contemplo el fuego mientras espero el siguiente movimiento de Henry.

—¿Lia?

La voz de Henry interrumpe mis pensamientos.

Levanto la vista del tablero de ajedrez.

—¿Sí?

—Deberías tener cuidado.

Sus palabras me provocan un escalofrío en la espalda, aunque me obligo a reír.

—¿Qué quieres decir, Henry?

Él aparta su mirada y se fija un instante en el fuego antes de volverse y encontrarse con mis ojos.

—Papá me decía que a menudo las cosas no son lo que parecen.

—Henry —recibo su seriedad con una amable sonrisa, no quiero tratarle con condescendencia, pues parece muy seguro al manifestar su críptico mensaje—, ¿a qué te refieres?

—Solo... —se para a tomar aire, como para reunir suficiente valor, pero al final lo deja escapar en un resignado suspiro—. No sé lo que quiero decir, Lia —sonríe, pero no es más que una sombra de su habitual sonrisa—. Solo prométeme que tendrás cuidado, ¿quieres?

Asiento despacio, tratando aún de descifrar el significado de sus palabras.

—Por supuesto.

Nos pasamos otros veinte minutos jugando al ajedrez, pero nuestros movimientos son poco entusiastas. Henry bosteza cuando por fin retiramos las figuras del juego y tía Virginia se acerca para ayudarle a acostarse.

Mientras Henry me da las buenas noches, ensombrecen sus ojos la preocupación y algo que no puedo evitar pensar que es miedo.

—Gracias, Lia. Muchísimas gracias.

—Pues claro. Estaré encantada de ganarte cuando quieras —bromeo, tratando de levantarle el ánimo. Me inclino sobre él y le planto un beso en la suave mejilla—. Buenas noches. Que duermas bien.

—Que duermas bien, Lia.

Tía Virginia se da la vuelta para empujar la silla de ruedas y se gira hacia mí al pasar a mi lado. Me da las gracias con una muda sonrisa.

—Buenas noches, tía Virginia.

Tras marcharse ellos, me quedo sola en la silenciosa habitación. Después de dirigirme hacia el ventanal del salón, permanezco parada ante la oscuridad de la noche tal como hacía Alice, preguntándome qué estaría mirando en aquel vacío tras las ventanas del invernadero. Miro y sigo mirando, a mis espaldas el crepitar del fuego como único sonido en la habitación. Pero no veo nada. Ni el hermoso cielo de mis sueños nocturnos ni las respuestas que necesito.

Únicamente oscuridad.



Más tarde, mientras subo las escaleras para irme a la cama, oigo algo que proviene de la biblioteca. Suena como si alguien estuviera revolviendo por allí, como un ir y venir de cosas. Me doy la vuelta sobre los escalones alfombrados y rehago mi camino en dirección al ruido.

Al llegar a la puerta de la biblioteca, veo a Alice inclinada y sacando libros de los estantes. La observo durante un minuto, preguntándome por qué me alarmo si los libros de la biblioteca nos pertenecen tanto a Alice como a mí. Supongo que será porque ella nunca se interesó por la biblioteca de nuestro padre y hace mucho tiempo que él se dio por vencido en sus intentos por compartir con Alice su pasión por los libros.

Ha debido notar mi presencia, pues se da la vuelta antes de que yo diga una palabra. Sus mejillas se tiñen de color. No recuerdo la última vez que vi ruborizarse a Alice.

—¡Oh! ¡Lia! ¿Qué haces aquí?

Se estira, se alisa la falda y se coloca tras la oreja un mechón de pelo suelto.

—He visto la puerta abierta. ¿Qué estás buscando?

Sus facciones se arropan bajo un manto de calma.

—Algo para leer antes de acostarme —señala las estanterías como rechazándolas—. Últimamente no duermo muy bien.

—Sí, comprendo a qué te refieres —hago una señal hacia las estanterías con la cabeza—. No tienes más que preguntar si quieres que te recomiende algo.

Se me queda mirando, su rostro se ha vuelto de piedra.

—Lo haré. Es decir, si no puedo encontrar algo yo sola.

Allí estamos contemplándonos mutuamente. Está claro que no tiene intención de marcharse y yo no poseo ninguna autoridad en ese cuarto.

—Buenas noches, Alice.

No me resulta fácil dar la vuelta y, no obstante, lo hago, dejándola en el santuario que tan a menudo compartía yo con mi padre.

Regreso sobre mis pasos hacia las escaleras con una mezcla de temor y disgusto corriéndome por las venas. No sé por qué tendría que ocultarle el libro a Alice, aunque de pronto me alegro muchísimo de tenerlo escondido en el armario de mi alcoba.



Dos días después, mientras me asomo por el ventanal del salón, el carruaje da la vuelta por el sendero que conduce hasta la casa. Pese a la extraña causa de mi invitación a Luisa y a Sonia para que tomen el té conmigo, me hace ilusión la perspectiva de su compañía. La niña que hay en mí quisiera bajar corriendo los escalones de piedra y abrir de golpe la puerta del carruaje. Sin embargo, me obligo a ponerme en pie despacio, alisando los pliegues de mi falda y caminando con decoro hacia el vestíbulo. Tía Virginia levanta la vista de su labor junto al fuego y deja la aguja a un lado para acompañarme mientras desciendo los escalones de piedra.

Jamás había invitado a nadie a tomar el té. Tía Virginia se quedó comprensiblemente sorprendida cuando le comuniqué mis planes para invitar a dos compañeras de clase, pero no puso objeción alguna. Después de todo, Birchwood es mi hogar. No se me ha ocurrido comunicarle mis planes a Alice, aunque resulta difícil creer que no esté al tanto de ellos dado el exceso de actividad que hay en la casa. De todos modos, sigue sin aparecer, y yo se lo agradezco tanto si lo hace por rehuirme como si se debe a que no se ha enterado de lo que ocurre.

Tía Virginia y yo nos reunimos frente al sendero donde se detiene el carruaje haciendo crujir la gravilla. Edmund abre la puerta y extiende la mano para ofrecer ayuda a sus ocupantes. Aparece primero una mano enguantada y sé que es la de Sonia. Una mano tan pequeña como la de una niña solo puede ser suya. Se apea del carruaje con una expresión de total incertidumbre.

—¡Sonia! ¡Me alegro tanto de que hayas podido venir!

Extiendo mi mano para coger la suya.

Ella sonrío mirándome primero a mí y después a tía Virginia.

—Gracias por invitarme.

Su expresión es indescifrable, aunque me percato del cuidado con que escoge sus palabras y del miedo que tiene a causar una pobre impresión.

Miro a tía Virginia y se la presento. Ella sonrío afectuosamente.

—Encantada de conocerla, señorita Sorrensen.

Luisa ignora la mano de Edmund y salta fuera del carruaje con un rápido movimiento, proyectando sobre todas nosotras su sonrisa.

—¡Gracias por invitarme, Lia! —me rodea con los brazos en un apresurado abrazo, sus mejillas relucen como albaricoques maduros en contraste con su oscura piel—. Nunca me habían invitado a tomar el té. ¡Nunca desde que estoy en Wycliffe! ¡Deberías haber visto las caras de las otras chicas cuando llegó la invitación!

Apenas se detiene a tomar aliento y poso mi mano sobre su brazo únicamente con el propósito de hacer las presentaciones.

—Tía Virginia, Luisa Torelli. Luisa, Virginia Spencer.

—Encantada de conocerla, señorita Torelli —los verdes ojos de tía Virginia resplandecen.

—¡Oh, sí! Encantada de conocerla, señorita... em... señora Spencer.

Reprimo una sonrisa ante la confusión de Luisa sobre el estado civil de mi tía.

—Había acertado usted a la primera, señorita Torelli. Jamás he estado casada.

—Es usted muy audaz, señorita Spencer —Luisa toma aliento—. ¡Admiro tanto la independencia de la mujer de hoy en día!

Sé que debo impedir que continúe o nos quedaremos sobre la gravilla durante una eternidad con Luisa cotorreando como si no pasase el tiempo.

—¿Entramos? Está encendido el fuego y la mesa está puesta.

Me engancho con un brazo a Luisa y con el otro a Sonia. Disfrutaremos de nuestro té. Y luego intentaremos indagar sobre los secretos lazos que nos unen.



—No me lo creo —Luisa se ha quedado casi muda. Casi, aunque no del todo—. Y pensar que todo este tiempo creía que yo era la única.

—Eso pensaba yo —las palabras de Sonia son un susurro—. Bueno, además de Lia, después de encontrarme con ella.

No puede apartar sus ojos de nuestras muñecas, extendidas sobre las balas de heno en las que estamos sentadas. Las tres marcas demuestran que lo que nos ocupa nos afecta a todas.

Las he llevado a los establos en busca de intimidad, a salvo de las miradas indiscretas y de los oídos atentos de la casa. Es bastante tarde, así que los mozos de cuadra se han marchado todos a su casa, y nuestra única compañía es el suave resoplar de los caballos y el dulce olor del heno.

Relajo mi brazo y lo acerco de nuevo a mi cuerpo.

—No podemos negarlo. Ya no. Cualquiera que sea su significado, tendremos que averiguarlo juntas.

Sonia mueve la cabeza.

—¿Pero cómo? Te he contado todo lo que sé, Lia. No he omitido nada.

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabes? —Luisa nos contempla con los ojos como platos.

Suspiro y me dirijo hacia una bolsa de cuero fino que cuelga de un gancho en la pared del establo. Tras introducir mi mano en la bolsa, extraigo un puñado de avena seca y desmenuzada y me encamino al primer compartimento.

—Sonia me habló de una historia, una leyenda, en realidad, en la que se ven involucradas unas hermanas gemelas y ángeles que...

Luisa se dirige hacia la bolsa de forraje.

—¿La historia de Maari y Katla? ¿La de los guardianes? —plantea la pregunta como si se tratase de la cosa más lógica del mundo.

Sorprendida, ignoro al caballo negro que tengo delante. Él me sacude el hombro con el hocico y abro la palma de la mano, ausente.

—¿Has oído hablar de ella?

—Mi abuela solía contármela cuando era pequeña —dice encogiéndose de hombros—. ¿Pero qué tiene que ver con nosotras? ¿Y con la marca?

Se dirige al compartimento anejo al mío e introduce la mano por la abertura sin pensárselo.

Me restriego las manos en la falda, meto la mano en el bolso fruncido y saco de él el libro mientras Luisa me mira con interés. Sonia no se ha acercado a los caballos, permanece en la bala de heno como si no fuera con ella alimentar a esos animales grandes e inquietos. Me siento a su lado colocando el libro sobre mi regazo y cruzando los brazos sobre él. Todavía no es el momento. Tenemos que partir primero del mismo punto.

—Dinos lo que sepas sobre las hermanas —le pido a Luisa.

Sus ojos se cruzan con los míos, llenos de interrogantes sin plantear.

Y entonces comienza a hablar. Al principio insegura, pero empieza a animarse al recordar entre los contornos dúctiles y borrosos de la infancia los detalles de la historia. Cuando termina, nos quedamos en silencio.

Paseo los dedos por la cubierta del libro mientras resuenan aún en mis oídos las palabras de Luisa. Palabras iguales a las de Sonia allá en lo alto del lago. Las mismas que James tradujo del libro.

Sonia sacude la cabeza.

—Yo creía que solo gente como yo, espiritistas, gitanos y otras por el estilo, conocíamos la profecía.

Luisa se encoge de hombros y nos regala una sonrisa compungida mientras se



frota las manos enguantadas para sacudirse el polvo de los restos de la avena.

—Mi madre era inglesa. Se rumoreaba que procedía de una familia de ascendencia pagana. Todo bobadas, estoy segura, pero supongo que la historia de la abuela procede de ellos.

—¿Vas a decirnos qué es eso, Lia? —me pregunta Sonia, observando el libro con avidez.

—Mi padre era coleccionista. Coleccionista de libros raros —les explico mientras les muestro el libro—. Encontraron este oculto detrás de un panel secreto de la biblioteca tras su muerte.

Luisa acorta la distancia entre nosotras dando unos cuantos pasos apresurados, coge el libro y se deja caer a nuestro lado sobre el heno. Lo abre y pasa las páginas con cuidado aunque rápidamente antes de cerrarlo de golpe.

—Soy incapaz de leer nada, Lia ¡Está en latín! ¡Apenas hablo italiano, mi lengua materna, después de todos estos años! ¿Cómo sabemos que esto tiene algo que ver con la marca si ni siquiera somos capaces de leerlo?

Antes de poder responderle, Sonia coge el libro. Lo inspecciona más a fondo, aunque le dedica más o menos el mismo tiempo y lo cierra del mismo modo que Luisa. Se encoge de hombros y me mira por encima de la cubierta.

—Me temo que yo tampoco sé latín, Lia.

—Mis conocimientos de latín tampoco son mucho mejores —digo extrayendo las anotaciones dobladas de James de mi bolso de seda—, pero tengo la suerte de contar con alguien que lo domina bastante bien.

Les paso la traducción y les concedo unos momentos para que la lean, para que se la pasen una a la otra, para que valoren las palabras escritas con la cuidada caligrafía de James.

Cuando termina de leerla, Sonia la deja en su regazo con el rostro carente de expresión. Luisa se mordisquea el labio inferior antes de extraer una paja de la bala de heno. Se pone en pie y comienza a caminar arrastrando los pies por el suelo; sus pisadas resuenan por el establo vacío cuando comienza a hablar.

—De acuerdo. Estudiémoslo detenidamente. Si la leyenda es cierta y si la marca tiene algo que ver con ella y si tú y Alice sois las hermanas...

—Son demasiadas condiciones, Luisa —no pretendo contradecirla. No está diciendo nada que no haya pensado yo misma. Pero me parece importante atenerse a razones aunque queden fuera de mi alcance.

Luisa asiente.

—Quizás. Pero si relacionamos el libro y la leyenda y a Alice y a ti y la marca... Bueno, entre la profecía y nosotras tres sois tú y Alice las que más concuerdan con ella, Lia. Vosotras sois gemelas. No puede tratarse de una pura casualidad —deja de caminar y se encoge de hombros—. Bueno, podría ser, pero consideremos de

momento que no lo es, ¿de acuerdo? Veamos adónde nos lleva ese razonamiento.

Asiento con la cabeza, aliviada por el hecho de que otra persona acceda a llevar de momento la carga de la profecía.

—Entonces vale —reanuda su paseo—. Tú eres la guardiana, tu hermana es la puerta. Tiene sentido. Tu marca es diferente y acabas de decir que Alice no la tiene. Además, seamos sinceras, resulta difícil imaginarla a ella como guardiana de nada salvo de sus propios intereses —me dedica una sonrisa compungida—. No te ofendas.

En otro tiempo me hubiera ofendido. Me hubiese puesto del lado de mi hermana. Pero no puedo contradecir a Luisa por la percepción que tiene de Alice, y descifrar la profecía y mi papel en ella de repente es más importante que la lealtad hacia una hermana a la que cada vez creo conocer menos.

Muevo la cabeza.

—No me ofendo.

—Bien —Luisa sonrío amablemente—. De modo que tienes que ser tú, entonces. Tú debes ser la guardiana. Y si tú eres la guardiana, entonces Alice es la puerta.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza, sorprendida y agradecida por el hecho de que le resulte tan sencillo, que Luisa crea tan fácilmente lo que la lógica ha tratado de negarme a mí una y otra vez.

—Sí. Eso creo, al menos. ¿Pero cómo vamos a averiguar el resto?

—«Expulsadas del cielo... hasta que las puertas reclamen su regreso o el ángel retorne las llaves del abismo» —la voz de Sonia se expande por el establo en penumbra—. Esa es la siguiente parte de la profecía. La parte que sigue a la de las hermanas. Puede que esa sea nuestra próxima pista.

Luisa reclina la espalda contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me parece que tienes razón, Sonia. Tenemos que identificar al ángel y encontrar las llaves. Quizás nos permitan comprender el resto.

—Sí, solo que... —el tono de Sonia denota preocupación mientras se muerde el labio.

—¿Solo qué? —pregunta Luisa.

Los ojos de Sonia se desvían hacia los rincones sombríos del establo.

—¿Qué pasa si Alice las encuentra primero? Suponiendo que sean la clave del enigma de la profecía, ¿no las estará buscando con el mismo empeño que nosotras?

La mención de Alice me hace sentir una opresión en el pecho. Soy incapaz de decir en voz alta lo que siento, que el extraño comportamiento de Alice hace que sienta miedo de mi propia hermana. Que no solo temo que encuentre las llaves antes que nosotras, sino lo que pueda hacer entretanto. Dejo de lado estos pensamientos.

—Yo tengo el libro. Sin él puede que Alice no conozca el alcance de la profecía. Puede que esté tan confusa con su papel como yo con el mío. Si puedo mantener el

libro alejado de ella, tal vez tengamos tiempo suficiente para encontrar las llaves y averiguar cómo usarlas.

Sonia asiente pensativa.

—Tal vez...

Un pesado silencio de secretos compartidos invade el establo. Pienso en los interminables interrogantes que aún nos quedan por delante, la aparente imposibilidad de encontrar las respuestas y eso me lleva a un pensamiento totalmente nuevo.

—¿Luisa?

Está recostada en la pared del establo, mascando el extremo de la paja que ha estado retorciendo entre sus dedos.

—¿Hmmm?

—¿Tú también viajas? De noche, quiero decir. ¿Haces esos extraños viajes en sueños?

Está indecisa, se remueve intranquila sobre sus pies antes de responder.

—Bueno, todo el mundo sueña, Lia...

Sonia se levanta a inspeccionar con desgana las sillas de montar y las bridas que cubren la pared.

—No tienes por qué tener miedo, Luisa. Yo hace años que viajo. Lia acaba de empezar. Cabe suponer que tú también tendrás ese don, dado que todas compartimos la marca.

Luisa mueve la cabeza.

—¡Pero no son más que sueños! Solo sueños extraños en los que puedo volar. ¡Seguro que mucha gente vuela en sueños! —las palabras le salen de golpe, como si llevase mucho tiempo queriendo pronunciarlas.

Sonia sonrío. Reconozco ya esa afable sonrisa que Sonia emplea cuando tiene que decir algo difícil de comprender o de aceptar.

—La verdad es que el alma es capaz de viajar sin el cuerpo, y eso no es tan difícil de explicar ni es difícil acostumbrarse a ello una vez que lo entiendes.



Luisa vuelve a reclinarse sobre una de las paredes del establo como para mantenerse en pie, su rostro está blanco como el papel a causa de la impresión. Ha dejado de argumentar y de negar, pues Sonia acaba de describir con todo cuidado y detalle las sensaciones del viaje. Un viaje que hemos experimentado todas y que ahora debemos aceptar como parte de la profecía y su marca.

Luisa se endereza con el rostro ruborizado por el susto.

—¡Ya no quiero viajar más! ¡Seguro que tiene que ser peligroso... viajar sin el cuerpo! Supongamos que nos ocurre algo mientras viajamos. ¡Podrían pensar que hemos muerto!

Los ojos de Sonia se cruzan con los míos en la oscuridad del establo y sé que está pensando en la conversación que mantuvimos en la colina. Sobre el Vacío. Sacude la cabeza de forma casi imperceptible, pero yo la he visto y sé que se refiere a que no debemos mencionar el Vacío delante de Luisa. Ya está bastante aterrorizada.

Sonia le sonrío con amabilidad.

—Eso es poco probable puesto que el alma y el cuerpo al que pertenece comparten un vínculo muy poderoso. No hay motivo para creer que corres peligro, Luisa.

Oigo las palabras que Sonia no ha pronunciado: «Es a Lia a quien persiguen».

Luisa se frota los brazos como si acabara de sentir el frío que se ha ido filtrando en el edificio, ya más oscuro. El movimiento parece sacarla de algún tipo de ensueño y de pronto se pone más tensa.

—¡Dios mío! ¡Ha oscurecido! ¡Debe ser bastante tarde! ¡La señorita Gray se va a enfadar!

Me encamino hacia las puertas.

—Tía Virginia escribirá una nota de disculpa insistiendo en que ha sido culpa nuestra que te hayas quedado hasta tan tarde. Ni siquiera la señorita Gray puede enfadarse con tía Virginia, ya lo verás.

Tras cerrar las puertas del establo a nuestras espaldas, cruzo los brazos por encima del pecho en un vano intento por conservar el calor mientras regresamos hacia la casa. Era fácil perder la noción del tiempo en la quietud de los establos, aunque ahora me doy cuenta de que ha oscurecido del todo. Dentro de la casa ya están encendidas las lámparas, que nos saludan con su resplandor en los jardines fríos y sombríos.

Detenemos nuestros pasos al acercarnos al patio exterior del invernadero. Ninguna lo ha dicho en voz alta, pero seguro que todas estamos pensando lo mismo; cualquier cosa que tengamos que hablar habrá que decirla antes de entrar de nuevo en la casa.

—¿Qué vamos a hacer, Lia? —la voz de Sonia acusa una nota de desesperación—. Tenemos que encontrar las llaves y estamos tan lejos de entender el pasaje del libro como antes.

—Encontraré el modo de reunirme otra vez con vosotras dos —digo poniendo las manos en sus brazos—. Mientras tanto, no debemos hablar con nadie sobre el libro, la profecía, la marca... nada de eso. Aunque no esté claro el motivo por el que debemos mantenerlo en secreto, presiento que es más seguro hacerlo así.

Luisa resopla.

—¡Por supuesto que hay un motivo! Cualquiera nos tomaría por chifladas, ¿no?

No puedo evitar echarme a reír y la atraigo hacia mí para darle un apresurado abrazo y a continuación otro a Sonia.

—Tened cuidado. Desearía no haber tenido que meteros en este horrible asunto.

—Sea cual sea la razón por la que estamos metidas en la profecía, hace mucho de eso, Lia. Tú no eres más responsable que nosotras. Afrontaremos juntas lo que venga.



Quitarme el vestido y cubrirme con los suaves pliegues de mi camisión es como mudar una piel vieja. Suspiro en voz alta al soltarme el pelo y sentarme frente al escritorio. Comienzo por el principio, releo la profecía y me quedo atascada otra vez después de la parte de la guardiana y la puerta, la parte que ya conozco y entiendo.

La leo una y otra vez, pero no me sirve de nada. No le encuentro el sentido por mucho que lo intente. Las anotaciones de James están desparramadas sobre el escritorio, mezcladas ahora con todos mis papeles. Las alineo una al lado de otra solo para proporcionar a mis manos algún entretenimiento y apoyo la cabeza en las puntas de los dedos. Tengo el extraño deseo de correr por los campos y de gritar para desembarazarme de la frustración y la rabia que me causa no comprenderlo.

Echo mano a la cubierta posterior del libro, dispuesta a cerrarlo por esta noche para rendirme sin resistencia a los sueños que me esperen, cuando noto el tacto suave del papel de las guardas despegándose en una esquina. Lo aliso instintivamente según una costumbre mía tan habitual como lo era de mi padre. Habrá que pegar el papel en su sitio para evitarle al libro un mayor deterioro.

Pero la esquina se niega a ser alisada. Cuanto más la presiono, más se desprende, como si algo la empujase a su vez, determinado a abrirse paso como sea. Algo no va bien.

Al alisar el interior de la cubierta con la palma de la mano, noto algo allí dentro. Algo que no forma parte de ella. No dejo de pensar en ello, aunque arrancar el papel de guardas de un libro tan antiguo me hubiera supuesto la prohibición de entrar en la biblioteca de seguir mi padre con vida. Aun así, tiro de él lo más delicadamente que puedo y me quedo sorprendida de la facilidad con que el papel se desprende de la dura cubierta del libro. No obstante, me quedo aún más sorprendida por lo que me aguarda cuidadosamente doblado en el interior del libro después de tanto tiempo.

Extraigo del libro un cuadrado de papel y desenvuelvo con esmero el pequeño paquete. No se trata de papel ordinario ni de embalaje ni del lujoso papel de carta que se usa para codiciadas invitaciones y pretenciosas notas sociales. Es tan fino como la

piel de una cebolla, como las hojas de una Biblia. Cuando por fin desenvuelvo el paquetito, los dibujos que contiene me dejan sin respiración.

El primer dibujo es una serpiente devorando su propia cola. Bajo ella se encuentra la palabra Jorgumand.

Después hay un dibujo con el título *Las almas perdidas*, un ejército de demonios cabalgando a lomos de caballos blancos con espadas empapadas en sangre levantadas por encima de sus cabezas. Este me asusta, pero no tanto como el siguiente: una serpiente en forma de círculo que devora su propia cola y que tiene en el centro una C.

Lo extraigo despacio del montón, veo que mide una pulgada una vez que lo aparto del resto de los dibujos pintados en hojas ligeras como plumas. Tras quedar al descubierto, no puedo dejar de contemplarlo pasmada con el corazón latiendo desbocado en mi pecho.

No cabe error alguno. Ahora me resulta ya tan familiar como la marca de mi muñeca. El disco dorado pende en el centro, la cinta enrollada a su alrededor. Observarlo con tanto detalle no me llena de temor, tal como esperaba, sino de un sentimiento de pertenencia aún más aterrador.

Pero lo que me eriza el fino vello de los brazos es la inscripción que reza bajo el dibujo: «Medallón del caos, distintivo de la única y auténtica puerta».



Sacudo la cabeza, la levanto hacia la habitación vacía y bajo luego la vista hacia mi muñeca, al medallón que reposa junto al libro. Es idéntico.

Idéntico. Idéntico. Idéntico.

«Medallón del caos, distintivo de la única y auténtica puerta».

No puede ser. La lógica se niega a admitirlo. Alice es la puerta. Lo sé. Tiene que ser ella.

Pero algo instintivo e incluso bienvenido me está diciendo que no es cierto. Un extraño deseo se debate en mi interior en respuesta al silencioso llamamiento del medallón, de las almas montadas a lomos de imponentes caballos. Resulta al mismo tiempo reconfortante y aterrador.

Su existencia ya es innegable.

El medallón es la marca de la puerta. «La única y auténtica puerta», aunque no sé lo que eso significa. Se adapta perfectamente a mi muñeca. Me ha sido entregado a mí. Encaja con mi marca, una marca que se diferencia de todas las demás. Solo puede significar que he estado equivocada todo este tiempo.

Pero ya estoy cansada del libro y sus secretos. Ha llegado la hora de ir a por la otra hermana.



Aguardo hasta que la casa se queda en silencio, hasta que cesan los pasos de los criados de un lado a otro. Luego espero un rato más. Cuando estoy segura de que ya no hay nadie por los alrededores, abro la puerta y atravieso descalza el pasillo. Hasta las zapatillas en chancla hacen ruido cuando la casa está tan en calma.

Llamo suavemente con los nudillos a la puerta de tía Virginia. Durante un instante no sucede nada. La casa continúa sumergida en su silenciosa travesía hacia la madrugada. Levanto la mano dispuesta a llamar de nuevo. La puerta se abre y tía Virginia se encuentra de pie en el umbral, expectante, como si desde el primer momento supiese que se trataba de mí.

—Entra, Lia —su voz es un susurro apremiante—. Deprisa.

Extiende la mano y me tira del brazo para atraerme al calor de la habitación y cerrar la puerta.

—Lo siento. Yo... no pensaba que estuvieras esperándome.

Me da la espalda mientras cruza la habitación para tomar asiento junto al fuego y me hace señas para que me siente enfrente de ella.

—Al contrario, Lia. Llevo esperándote desde hace bastante tiempo.

Me dejo caer en el sillón de alto respaldo mirando de reojo a mi tía, llena de curiosidad. Parece distinta con los cabellos largos y sueltos cayéndole sobre el camisón en lugar de recogidos en la nuca en un severo moño. Ahora que estoy aquí, de repente no sé cómo empezar. Cuando tía Virginia me saca del apuro, se lo agradezco.

—¿Así que has encontrado el libro?

Asiento con la cabeza, examinando mis manos para evitar su mirada.

Sonríe con tristeza.

—Bien. Sabes, él deseaba que lo encontrases tú.

—¿Papá? —pregunto levantando la vista de mis manos.

—Sí, claro. ¿No creerás que fue una casualidad que lo encontraras ni que los Douglas estén aquí catalogando los libros?

—Supongo... supongo que ya no sé qué pensar.

—Bueno, pues entonces empecemos por el principio, ¿de acuerdo?

Lo dice en un tono apesadumbrado y sé que le apetece tan poco como a mí comenzar por el principio.

Pero debemos hacerlo. Por algún sitio tenemos que empezar. Después de todo, no se puede llegar al final de nada sin el principio.

—Sí. Empecemos por ahí.

Se me queda mirando con silenciosa expectación. Está claro que primero tendré que divulgar yo mis secretos. ¿Y qué más habrá que hacer? La profecía y el lugar que ocupo yo en ella no hacen más que enredarse en una nube de confusión. Sin ayuda va a ser imposible seguir avanzando.

Así que le cuento lo que sé, lo que creo saber, reproduciendo mis conversaciones con Sonia, mis interpretaciones del libro. Cuando termino, toma la palabra ella.

—La señorita Sorrensen tiene bastante razón. La profecía ha seguido su curso todo este tiempo, todos estos años, todas estas vidas. Nosotras no somos más que un



eslabón en la cadena —dice tía Virginia.

—Yo pensaba... —mi garganta se cierra en torno a las palabras y debo carraspear para continuar hablando—. Al principio pensaba que la guardiana era yo.

Ella aparta la mirada hacia el fuego.

—Sí —murmura—. Me doy cuenta de por qué.

El hecho de que haya aceptado mis palabras con tanta ligereza me produce una opresión en el pecho que apenas me deja respirar.

—Entonces es verdad.

Para mí no es nada fácil, aunque ya había llegado por mí misma a esa conclusión.

Su asentimiento es apenas imperceptible, como si confirmarlo débilmente lo hiciese menos cierto, menos doloroso.

Me sorprendo por la ira que me invade ante la vaga confirmación de tía Virginia. Me hace ponerme de pie, obligándome a recorrer la habitación de una parte a otra por temor a morirme del susto si permanezco quieta.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tengo que ser yo?

Ella suspira dejando escapar de su cuerpo una inmensa tristeza contenida en ese suave aliento.

—Porque eres la mayor, Lia. Siempre es la mayor.

Me detengo pasmada. ¿Es por eso? ¿La razón de que la profecía me haya esclavizado es tan simple, tan aleatoria como el orden en el que nací del vientre de mi madre?

—Pero yo no lo pedí. No quiero. ¿Cómo puedo ser yo si no quiero?

Ella se presiona los labios con la punta de los dedos.

—Creo que se trata de un error.

—¿Qué... qué quieres decir?

Me hundo de nuevo en el sillón al lado de tía Virginia.

—Tu madre tuvo un parto muy difícil contigo y con Alice —se inclina hacia delante y me mira a los ojos—. Se vio obligada a guardar cama la mayor parte del tiempo y al final...

Desvía sus ojos hacia el fuego con la mirada perdida.

—¿Al final qué?

—Al final era Alice quien debía nacer primero. Estaba cabeza abajo, lista para nacer, mientras que tú tenías los pies abajo y la cabeza mirando hacia arriba. No es nada raro en gemelos, eso es lo que decía el doctor. Y yo supuse que no habría problemas. Pero tu madre... no podía parir a Alice. El parto se hizo interminable, Lia, incluso pensé que la mataría.

—Pero no lo hizo.

—No —sacude la cabeza—, aunque imagino que en otros tiempos no tan lejanos cualquier madre habría muerto en un parto como el vuestro. Pero tu padre era un

hombre muy rico que insistía en lo mejor para su esposa y sus futuros hijos. El médico que atendió a tu madre, que asistió a tu nacimiento y al de Alice, había estudiado técnicas que se consideraban y se siguen considerando peligrosas, incluyendo el parto por cesárea.

—¿Qué es eso?

Sus ojos se cruzan con los míos.

—Le hizo una incisión, Lia. La durmió y le hizo un corte. Era el único modo de salvarle la vida a ella y quizás la tuya y la de tu hermana. Cuando la abrió, en lugar de sacar primero a Alice, te cogió a ti. Alice estaba más cerca para nacer del otro modo, pero tal como se hizo, eras tú la que estaba más cerca de la incisión que hizo el doctor. Supongo que no debiste ser tú.

—¿Pero cómo lo sabes? ¿Cómo sabes todo eso?

—No lo sabía —responde moviendo la cabeza—. No lo sabíamos. Cuando tu madre despertó, rezamos dando gracias porque había sobrevivido, y tú y Alice también. Nunca más volvimos a hablar de ello. Fue más tarde cuando empecé a sospechar que tú podrías ser la puerta y pensé que podría ser a consecuencia de la intervención del doctor en vuestro parto.

—Pero de todos modos... ¿cómo sabes que no es exactamente así como se suponía que tendría que ser?

—Porque lo veo en los ojos de Alice, Lia. Y cuando te mira a ti, me da miedo —mira a su alrededor, como si alguien se hubiese colado sigilosamente mientras nosotras estamos allí sentadas—. Veo su rabia, su deseo y su necesidad. Y en ti...

—En mí, ¿qué?

Se encoge de hombros sin más.

—En ti veo algo más, algo... auténtico que siempre ha estado ahí desde que eras niña.

El fuego se ha ido debilitando, ha ido perdiendo fuerza, haciendo que el cuarto parezca más que frío, que parezca hueco, muerto. Pasado un rato, la mirada de tía Virginia se posa sobre mi mano.

—¿Puedo verla? —pregunta con cautela, como si pidiese ver algo más privado que mi muñeca.

Afirmo con la cabeza y la extiendo en su dirección. El tacto de sus manos sobre la fina piel de mi brazo es cálido y seco cuando me sube la manga del camisón.

—¡Oh! —exclama sorprendida—. Es... es distinta.

Bajo la vista hacia la marca.

—¿Qué quieres decir?

—Jamás había visto una así —desliza con suavidad el dedo por encima—. Las puertas... Bueno, siempre llevan la marca del Jorgumand. Pero nunca había visto una con esta C.

La mención de la marca me hace caer en la cuenta de que aún no le he hablado de Sonia y Luisa.

—Hay una cosa más...

—¿De qué se trata?

—Sonia y Luisa también tienen la marca, solo que la suya es exactamente igual a la que tú has descrito. En la suya no aparece la C. ¿Qué crees que significa eso?

—No lo sé —me mira a los ojos—, pero me pregunto si no tendrá algo que ver con las otras...

Sus palabras hacen que me ponga más tensa.

—¿Qué otras?

—Las otras chicas que tienen la marca. Las que tu padre andaba buscando. Las que se trajo a Nueva York.

Con lo que acaba de decir tengo la sensación de que se me para el corazón, un presentimiento que me hace estremecer.

—Creo que será mejor que me digas a qué te refieres.

Ella asiente.

—Comenzó después de la muerte de tu madre. Tu padre empezó a pasar horas y horas en la biblioteca —sus ojos se iluminan al recordarlo—. Siempre le gustó la biblioteca, claro, pero entonces... Bueno, entonces se convirtió en su refugio. Rara vez le veíamos y pronto empezó a recibir cartas extrañas, a hacer largos viajes.

—¿Qué tiene que ver eso con las otras chicas?

—Estaba confeccionando una lista. Una lista de nombres y lugares.

—No lo entiendo —sacudo la cabeza—. ¿Para qué quería esa lista?

—No lo sé. No quiso decírmelo. Pero se trajo a dos de ellas aquí.

—¿A quiénes? ¿A quién se trajo aquí?

—A las niñas. A dos. Una inglesa, otra italiana. Pero nunca me dijo por qué.

Creo comprender algo en sus palabras, aunque aún no estoy preparada para compartirlo. Tía Virginia se pone en pie y trata de reavivar el fuego agonizante mientras yo contemplo las ascuas, intentando dar sentido a todo lo dicho. Con todo cuanto he averiguado, el misterio parece haberse hecho más profundo.

Aunque hay una pieza del rompecabezas que puede resolverse aquí y ahora.

—¿Puedo verla, tía Virginia?

Se aparta del fuego dando media vuelta. Veo en sus ojos que sabe a qué me refiero. Regresa al sillón, se sienta y extiende su mano sin decir una palabra. Cuando aparto el puño de su camisón no veo nada, excepto la piel suave y pálida de su muñeca. No hay rastro de la marca.

—Eso pensaba —digo asintiendo con la cabeza. Mi voz suena acartonada en la quietud de la habitación. Una voz que no suena en absoluto como la mía.

—Lo siento, Lia. Nunca quise que lo supieras.

Lo siente. Puedo verlo en las arrugas de preocupación que rodean sus ojos, en la tensión de su boca. Trato de sonreírle, pero soy incapaz.

—No pasa nada, tía Virginia. Creo que lo sabía. Desde hace mucho tiempo.

Al menos ahora no tengo que temer a mi tía. No consigo centrar mis pensamientos en la otra cuestión. La de mi madre y su papel como puerta. A cambio, me centro en las cosas que aún puedo cambiar.

—¿Dónde están las llaves, tía Virginia?

—¿Qué llaves?

Estudio su rostro, pero no hay en él rastro de malicia. Ni de secretos.

—Las llaves que se mencionan en la profecía. En el libro. Las llaves para terminar con la profecía.

—Ya te lo he dicho —responde sacudiendo la cabeza—. Tu padre lo mantenía todo muy en secreto. Me temo que nunca he visto ese libro.

—¿Pero cómo desempeñas tu papel de guardiana sin conocer la profecía?

—Me entrenó mi tía Abigail, que también era guardiana —baja la vista hacia sus manos, que mantiene entrelazadas sobre el regazo, antes de levantarla de nuevo para mirarme—. Y ahora es mi obligación entrenar a Alice en su papel de guardiana. A decir verdad, ya debería estar entrenándola. Aunque he de confesar que no lo he hecho.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué?

—Quisiera decir que no lo sé, pero sería una mentira —suspira—. Esperaba haberme equivocado, que tú fueras la guardiana y Alice la puerta, porque ni me imagino entrenando a Alice para ese papel ni me la imagino desempeñándolo.

—Pero... si la entrenas... si le enseñas cómo ser una guardiana...

No me deja terminar.

—Hay algo que debes comprender, Lia. Incluso entre los que representamos algún papel en la profecía hay diversos grados de poder. La capacidad de las guardianas reside tanto en su voluntad de asumir el papel como en su poder innato. La mayoría desean desempeñar ese papel, pero algunas no. Además, algunas nacen con poderes extraordinarios y otras... otras con menos. Me temo que yo debo contarme entre las últimas. Tu madre era mucho más poderosa. Ella era, de hecho, una hechicera, en tanto que yo poseo menos poderes de los necesarios para viajar por el plano astral.

Empiezo a entender, aunque no me gusta adónde me lleva saber todo eso.

—¡O sea, que la guardiana no es una garantía para mantener alejadas a las almas!

—Alice realizaría un gran trabajo si se sintiese orgullosa de asumirlo, pero si no desea cumplir con su parte, será imposible. La guardiana no es más que una supervisora... una centinela, si quieres. Es obligación de la guardiana vigilar a la

hermana designada como puerta y emplear cualquier poder del que disponga para impedir la entrada de las almas a nuestro mundo y suplicarle a la puerta que luche contra la función que le ha sido encomendada. Aunque no es nada sencillo. Durante los siglos pasados, cientos de almas, quizás miles, se han abierto paso hasta aquí. Nadie sabe a ciencia cierta cuántas se han reunido a la espera de Samael, pese a que hacemos todo cuanto podemos para limitar su número. De producirse la caída de los dioses, eso nos permitirá asegurarnos de que Samael luchará con el menor número posible de almas —se encoge de hombros—. Es todo cuanto podemos hacer.

No estoy segura de lo que me esperaba. Pero esto no. Supongo que esperaba alguna respuesta concreta..., que tía Virginia poseyese alguna información que me permitiese combatir a las almas y encontrar las llaves.

Pero no va a ser tan fácil. La profecía que está dirigiendo mi vida por caminos cada vez más oscuros no concluirá de modo tan rápido y sencillo.



Mi habitación se ha quedado fría, el fuego se consume con un suave resplandor anaranjado. No tengo ni idea de la hora que es; seguramente, lo bastante tarde como para estar rendida de sueño. Pero no puedo dejar de pensar, no puedo detener el movimiento del engranaje de todo cuanto he aprendido. Dejo que mi mente se pasee por la oscuridad.

Yo no soy la guardiana, sino la puerta. Ya se deba al destino o al azar, es algo que debo aceptar si he de encontrar la forma de invertir su funesto augurio.

Si yo soy la puerta, Alice es la guardiana.

Sacudo la cabeza en el vacío de la habitación, pues aun estando sola quisiera protestar, gritar: «¡No puede ser!».

Aunque ahora sé que tiene que ser así.

Y si soy la puerta, ¿no debería tener más miedo yo a encontrar las llaves que a que las encuentre Alice? Tal vez sea yo quien pueda usarlas para hacer el mal en lugar del bien.

Aparto de mí estos pensamientos. Conozco mis propias intenciones y, aunque es cierto que he sentido una extraña atracción por los viajes en el plano astral y por el medallón que me ha sido entregado, también es cierto que no he optado por hacer el mal. De eso estoy tan segura como de que respiro.

Con la misma certeza sé que Alice no ha optado por hacer el bien, sea cual sea el motivo por el que nos ha escogido la profecía. Sea cual sea el nombre que pueda asignarnos.

Hasta a mí me parecen desesperantes mis pensamientos, como si estuviese tratando de tranquilizarme a mí misma con falsas verdades y esperanzas vacías. Pero aún quedan demasiadas cosas que no comprendo. La profecía es demasiado larga, demasiado enrevesada para empezar con esas cosas. Debo continuar con las que estoy analizando.

Mi padre empezó a investigar algo después de la muerte de mi madre y a confeccionar una lista de niñas. A traerlas aquí.

Una inglesa, otra italiana.

Sonia y Luisa.

No tengo pruebas. Nunca le he preguntado a Sonia el motivo por el que se fue a vivir con la señora Millburn. No ha habido ocasión. Pero apostaría a que Sonia es inglesa.

¿Para qué las traería papá aquí? ¿Para qué las traería hasta mí? Porque eso es lo que parece, que las trajo de tan lejos para mí, aunque no me imagino con qué propósito.

Por fin, el sueño me reclama. Extiendo la mano para apagar la lámpara, pero me detengo antes de hacerlo. Siento el medallón en el cajón de mi mesilla de noche. Late allí dentro como un ser vivo, emitiendo una señal silenciosa aunque primigenia, dirigida tan solo a mí. Parte de mí está convencida de que el medallón me pertenece, pertenece a mi muñeca. Pero la otra parte, la parte de la razón, cree poco aconsejable llevarlo puesto hasta que no sepa qué papel desempeña.

Me coge por sorpresa el esfuerzo de voluntad que me requiere dejarlo. Apago la luz y, de pronto, mi decisión de dejarlo en el cajón está a punto de ceder a mi deseo, a mi necesidad de tenerlo puesto, de sentir su caricia sobre la piel caliente de mi muñeca. Durante un instante de extrañeza no recuerdo siquiera por qué debería dejarlo allí.

Y luego, tras ese momento tenebroso, encuentro la claridad para apartarme de él. Me coloco de espaldas a la mesilla y me obligo a dormir.

No paro de tener sueños. Estoy a la vez dentro de ellos y por encima de ellos, observándolos desdoblada. Hay momentos en los que soy consciente de que estoy volando, como si estuviese haciendo uno de mis viajes. Pero hay otros en los que sé, aun en el estado ausente del que duerme, que se trata de un sueño.

Aparecen visiones fugaces... Visiones fugaces de la tumba de mi madre, de la oscuridad que se filtra desde la tierra donde reposa su lápida. Visiones del risco desde el cual cayó, de mi padre y la expresión de su rostro atormentado y aterrorizado cuando le encontramos en la habitación oscura. En mi sueño me persiguen enormes demonios alados, pero en esta ocasión el ejército lo conduce algo incluso más aterrador. Su corazón late a la par que el mío, ahuyentando todo pensamiento racional mientras se aproxima entre el estruendo de miles de cascos.

Cada vez más y más y más fuerte.

Y entonces empiezo a caer, a caer en un oscuro e interminable vacío. Al principio estoy convencida de que es el siseo de ese ser oscuro de mi sueño la causa de que me incorpore tan bruscamente en la cama, con la respiración alterada y pesada, el corazón palpitando con furia en mi pecho. Pero una rápida ojeada a los pies de mi cama me descubre a Ari, que me bufa asustado o furioso. Me observa cauteloso, con el lomo arqueado y mostrando los dientes.

Y entonces hace la cosa más extraña de todas.

Se da la vuelta, salta de la cama y se encamina resueltamente hacia un rincón, donde se sienta sobre sus cuartos traseros, dándome la espalda y mirando a la pared como si se negase a reconocer mi existencia. No puedo apartar mis ojos de su sombra, una ominosa mancha en el rincón de la habitación, aunque no es más que el gato al que he querido desde hace tantos años.

No entra luz por las ventanas y por un instante pienso que quizás aún sea de noche. Pero entonces oigo a los criados haciendo ruido. Recuerdo que ya casi es invierno y aún está oscuro incluso cuando nos levantamos.

En cuestión de segundos lo proceso todo: la oscuridad, el inusual comportamiento de Ari, los sonidos de la casa, que va despertándose lentamente. De lo que me percató algo después es del peso en mi muñeca. Está demasiado oscuro para verlo, así que lo toco con la otra mano, solo para asegurarme. Pero ni eso me sirve para creerlo, así que busco a tientas una cerilla y enciendo torpemente la lámpara que hay al lado de la cama hasta que la luz prende e ilumina el medallón en mi muñeca.



Me cuesta media mañana escapar de la casa con el medallón sin que me vean.

Alice parece más alerta de lo habitual mientras tomamos el desayuno y leemos, aunque me convenzo a mí misma de que es imposible que sepa lo que pretendo hacer. Aun así, no me marchó hasta que se retira a su habitación para hacer un trabajo de francés que debería haber entregado ya en Wycliffe.

El viento es tan frío que me corta el aliento, pero no consigue disuadirme. Ya me he comprometido con la tarea que tengo entre manos. Tras dejar de lado mi desasosiego, doy la vuelta a la casa y me dirijo al río. Obligo a mis pies a avanzar lo más aprisa que me permiten las faldas, balanceando el bolso fruncido que llevo en la mano mientras mantengo el paso. Ya no siento el frío. De hecho, no siento ni oigo nada. Todo está en silencio y en calma mientras coloco una bota delante de la otra, como si todo el mundo supiese lo que tengo pensado hacer.

Al llegar a la orilla del río, introduzco la mano en el bolso y tanteo en busca del medallón. Apenas acaricio la esperanza de que no esté, que haya desaparecido en un irrazonable intento por ponerse a salvo, como si tuviera deseos propios. Pero no es más que un objeto después de todo y sigue dentro de la bolsa, en el mismo sitio donde lo puse antes del desayuno.

Todo lo que quiero es deshacerme de él.

Levanto el brazo en el aire, titubeando tan solo un segundo antes de dejarlo marchar y lanzarlo con fuerza al río. En el lugar donde cae, el agua desprende una pequeña ráfaga de vapor. Camino junto a la orilla lo más cerca posible del agua sin correr el riesgo de caerme.

Allí está, dando vueltas corriente abajo en las turbulentas aguas, el negro terciopelo enroscado como una serpiente alrededor del disco dorado, que lanza destellos desde el agua a pesar de que no se ve ni un rayo de sol en el cielo.

Me quedo un rato junto al río para poner en orden mis pensamientos. No sé qué



función tiene el medallón en la profecía, aunque estoy casi segura de que tiene algo que ver con las almas y con el camino por el que han de regresar. Ahora se encuentra en alguna parte entre las frías y salvajes aguas del río. Se hundirá hasta el fondo y permanecerá entre sus piedras. Ruego a un Dios al que raramente invoco que nadie vuelva a verlo nunca más.

Me siento encima de las hojas secas de la orilla, con la espalda reclinada en la roca donde suelo pasar el rato en compañía de James. Pensar en él me provoca un vuelco en el estómago. Está claro que cree que la profecía no es más que una leyenda. Lo cierto es que hasta a la persona más imaginativa le costaría aceptar mi recién revelado papel de puerta, así que no digamos ya a una tan razonable como James.

Trato de visualizar su reacción, suponiendo que reúna el valor necesario para contárselo. Me recuerdo a mí misma que estamos más que prometidos. Somos novios. Pero aun confiando en su amor, siento una profunda inquietud. Una voz me susurra: «¿Y si te rechaza? ¿Y si no quiere casarse con una persona tan extraña con una misión tan extraña en una historia tan extraña? Dirá que su amor es verdadero, pero no volverá a mirarte con el mismo amor y la misma confianza».

—¿Por qué sacudes la cabeza? ¡Estás sola!

La voz de James me sobresalta y me llevo la mano a la parte delantera de mi capa.

—¡Dios mío! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Es domingo!

Ha aparecido, recostado contra un árbol más allá de la roca, como si de repente yo le hubiese convocado tan solo con mi pensamiento.

Inclina la cabeza, dibujando una sonrisa maliciosa con los labios.

—¿No puedo acompañarte solo por el placer de hacerlo?

Me debato entre mi deseo de verle y la creciente dificultad que me supone esconderle tantos secretos.

—Bueno... sí. Sí, claro. Solo que no te esperaba.

Sus botas crujen en el suelo del bosque cuando se aproxima.

—Mi padre no necesitaba el carruaje y yo no podía esperar a mañana para verte. Tenía la esperanza de encontrarte aquí —extiende una mano hacia mí y yo la tomo, permitiéndole que me levante y me atraiga hacia él. Cuando vuelve a hablar, su voz es grave y áspera—. Buenos días.

Me da vergüenza cómo escudriñan sus ojos mi rostro, aunque seguro que me ha mirado de esa manera miles de veces.

—Buenos días —agacho la cabeza para eludir sus ojos y me aparto del calor de su cuerpo—. ¿Y qué tal está tu padre?

Es una pregunta estúpida. Está claro que el señor Douglas se encuentra bien, de otro modo James no estaría aquí. Aunque eso me da la oportunidad de alejarme de él sin que parezca que quiero poner distancia entre nosotros.

Pero James me conoce demasiado bien. Ignora mi pregunta y camina hacia mí con dos largas zancadas.

—¿Qué sucede? ¿Algo va mal? —toma mi mano y noto sus ojos en mi rostro mientras contemplo las turbulentas aguas—. ¿No te alegras de verme?

«Eso es. Ahora es cuando se lo cuentas todo. Confía en su amor». Es lo que me susurra al corazón una insistente brisa que yo ignoro, aunque la razón me dice que soy tonta.

—Pues claro que sí —sonrío, acentuando el gesto al máximo para que parezca lo más alegre y despreocupado posible—. Solo... solo que hoy no me siento muy bien, eso es todo. Quizás debería descansar esta tarde en mi cuarto.

Está decepcionado. Decepcionado porque no voy a pasar el día con él, pues para eso ha venido de tan lejos.

—Muy bien. Entonces, regresaré contigo a tu casa e iré a buscar el carruaje.

Encubre su afligida mirada con una sonrisa que convencería a cualquiera que no conociese a James tan bien como yo.



James y yo nos separamos en el patio tras regresar del río en medio de una tensa conversación. Cuando comienza a alejarse, me coge de la mano como tratando de evitar que me escape fuera de su alcance. Veo desaparecer su carruaje detrás de la curva del camino antes de dar la vuelta y dirigirme hacia la casa.

Oigo la vocecilla a mis espaldas mientras subo los escalones de piedra que conducen a la puerta de entrada.

—¿Señorita? Se le ha caído una cosa, señorita.

Es la niña del pueblo, la que me entregó la peineta con el brazalete. Lleva puesto el mismo mandil azul celeste, sus rubísimos tirabuzones saltan por encima de sus hombros.

Miro a mi alrededor, paralizada ante la imposibilidad de que la niña haya venido hasta aquí desde tan lejos. No hay ni rastro de ningún adulto ni de un carruaje ni de un caballo.

Desciendo las escaleras para dirigirme a ella, entrecerrando los ojos con desconfianza. Después de todo, pese a la inocencia de su rostro, fue ella quien me entregó el medallón la primera vez.

—No se me ha caído nada. ¿Cómo te llamas? ¿Cómo has venido hasta aquí?

Ella ignora la pregunta y me tiende su pequeña mano con los dedos cerrados en un puño.

—Estoy segura de que esto es suyo, señorita. Y he venido por el camino.

Su mano se dirige hacia mí con tal rapidez que abro la mía y cojo el objeto que me entrega. Luego se da media vuelta y se marcha dando saltitos por el sendero arbolado, canturreando la misma melodía con la que desapareció en el pueblo.

Solo entonces noto el agua. El agua que se escurre entre mis dedos como un torrente. La mano me tiembla con violencia cuando la abro para ver lo que la niña me ha entregado.

No puede ser.

En la palma de mi mano reposa el medallón, la cinta de terciopelo hecha una masa negra a causa del agua que la empapa, que se escurre entre mis dedos y cae sobre las escaleras de piedra. El brazalete está mucho más que empapado. Chorrea agua todo él, como si lo acabasen de sacar del río apenas hace un momento.

Debo detener a la niña.

La niña, la niña, la niña.

Tras correr escaleras abajo sujetando con fuerza el odioso objeto que no quiero, entro en el sendero umbroso que lleva al camino. Corro hasta que llego a la parte más alejada del sendero, donde a ambos lados los árboles forman un dosel sombreado. Me quedo allí mucho más tiempo de lo que se consideraría razonable, mirando en la dirección en la que la he visto brincar, con el inquietante murmullo del viento entre los árboles. Pero no sirve de nada. Ha desaparecido, tal como yo imaginaba.



—¿Hace mucho frío afuera? —pregunta Henry cuando entro en el vestíbulo frotándome las manos. Él y tía Virginia están jugando a las cartas, el fuego crepita en la chimenea.

—Bastante. Me parece que hasta que no llegue la primavera ninguno de nosotros podrá pasar mucho tiempo en el río —cuelgo mi capa y me vuelvo hacia ellos con una sonrisa que espero que oculte mi malestar—. ¿Quién va ganando?

Henry sonrío triunfante.

—¡Yo, por supuesto!

—¿Por supuesto? ¡Mira que eres malo! —bromea tía Virginia. Se vuelve a mirarme—. ¿Te apetece jugar con nosotros, Lia?

—Ahora no. Estoy helada. Creo que voy a ponerme ropa de más abrigo. ¿Qué tal después de comer?

Tía Virginia asiente con la cabeza, distraída.

—¿Dónde está Alice? —pregunto mientras echo una ojeada al salón.

—Dijo que se iba a su cuarto a descansar —murmura tía Virginia, estudiando sus cartas con mucha concentración.

Me dirijo a mi habitación en busca de una manta, con un profundo desasosiego instalándose en mi pecho. Cuando entro en mi habitación y veo la figura encorvada que está revolviendo en el cajón superior de mi cómoda, lo comprendo.

—¿Te puedo ayudar a encontrar algo?

Se me hace extraña la frialdad de la voz en mi garganta.

Alice se da media vuelta. Se me queda mirando, su rostro convertido en una máscara impasible. Sopesa sus palabras antes de hablar mientras camina despreocupadamente hacia mí.

—No, gracias. Estaba buscando el broche que te presté el verano pasado.

Se detiene frente a mí al no poder salir de la habitación porque yo le estoy cerrando el paso.

—Te lo devolví, Alice. Antes de que empezaran las clases en otoño.

Esboza una breve y dura sonrisa.

—Es cierto. Lo había olvidado —señala con la cabeza en dirección a la puerta—. Disculpa.

Aguardo un instante saboreando su incomodidad y cómo trata, por una vez, de escabullirse de mi fija mirada. Por fin me hago a un lado y le permito pasar sin decir una sola palabra más.

Una hora más tarde me encuentro sentada ante el escritorio de mi habitación. Me he arropado los hombros con una manta para conjurar el frío mientras reflexiono sobre las intenciones de Alice.

El libro seguía estando donde lo escondí la última vez, dentro del armario. No estaba tan escondido como para que Alice no lo hubiese encontrado de haber buscado bien. Así que deduzco que o bien no ha tenido tiempo de buscar en el armario o ha encontrado el libro, pero no le ve la utilidad.

He tenido conmigo el medallón todo este tiempo, aunque he tratado de deshacerme de él con todas mis fuerzas. En cualquier caso, ahora está claro que no va a dejar que me deshaga de él tan fácilmente. Con todo lo que Alice parece saber, resulta difícil creer que no se haya dado cuenta de eso, si es que es consciente de su existencia.

Pero si no estaba buscando el libro y no estaba buscando el medallón, ¿de qué otra cosa podría tratarse?

Bajo la vista hacia el libro que tengo abierto sobre la mesa delante de mí. La profecía ya me es tan familiar que podría recitarla de memoria y me pregunto si leerla de nuevo puede conducirme a aquello que he pasado por alto. Oigo la voz de mi padre tan clara como si estuviese sentado a mi lado, diciendo algo que solía repetir con frecuencia: «A veces, los árboles nos impiden ver el bosque».

Qué bobada de dicho: un tópico, en realidad. Pero trato de abrir mi mente, de releer la profecía como si fuese la primera vez.

Al principio es todo tal como lo recuerdo. Solo cuando llego a la mención de las llaves, la chispa de la revelación hace que se me corte la respiración en la garganta.

Las llaves. Alice piensa que tengo las llaves.

Saber que está buscando las llaves me llena de un extraño consuelo, pues eso quiere decir que aún no las ha encontrado. Que aún estoy a tiempo de encontrarlas yo primero.

La puerta se abre con un chirrido sacándome de mis pensamientos. Me doy la vuelta para encontrarme a Ivy, que me trae una bandeja.

—Aquí tiene, señorita. Nada como una taza de té para entrar en calor en un día tan frío como el de hoy.

Deposita el té encima del escritorio y se coloca con torpeza junto a mi codo.

Por un instante no comprendo por qué me ha traído a la habitación un té que no he pedido ni por qué se queda de pie junto a mi silla como si estuviese esperando algo más. Pero entonces veo el papelito que asoma por debajo del plato de la taza.

—¿Qué es esto? —pregunto, dándome la vuelta para mirarla.

Se apoya en un pie y luego en el otro, retorciéndose el delantal y esquivando mis ojos.

—Es... es un mensaje, señorita. Del pueblo.

Mi sorpresa es tal que no hago lo más obvio, lo más simple, que es sencillamente coger el papel y ver qué clase de mensaje contiene. En lugar de eso pregunto:

—¿Un mensaje? ¿De quién?

Ella se inclina y mira a su alrededor como si alguien pudiese estar escuchando. Por el brillo de sus ojos noto lo mucho que está disfrutando de este pequeño misterio.

—De una amiga mía. Una criada de la casa de esa chica. La rara.



Tía Virginia está reunida con Cook y Margaret para planear la comida del día de Acción de Gracias de la próxima semana, mientras Henry se echa la siesta. El momento es tan bueno como cualquier otro para escaparme en respuesta al mensaje de Sonia.

Edmund está en la cochera, observando a un mozo mientras saca brillo a uno de los carruajes. El chico no se percata de mi presencia, pero Edmund levanta la cabeza cuando entro.

—¿Señorita Amalia! ¿Ocurre algo?

No había estado en la cochera desde que Alice y yo éramos pequeñas y la usábamos para jugar al escondite.

Me acerco dándole la espalda al chico.

—Necesito que me lleves al pueblo, Edmund. Sola. No te lo pediría de no ser... importante.

Se me queda mirando fijamente y por un terrible instante pienso que tendré que recordarle que tía Virginia solo es nuestra tutora, que somos Alice, Henry y yo los dueños de Birchwood. Gracias a Dios, me ahorra la humillación de tener que recurrir a tal espectáculo.

—Muy bien. Cogemos el otro carruaje. Está detrás de las cuadras —se da la vuelta y se dirige hacia la puerta murmurando mientras camina—: Le voy a servir en bandeja mi cabeza a su tía Virginia.



Miro el papel que Ivy me ha pasado con el té. No sé lo que se trae entre manos Sonia, pero tengo que devolverle el favor por la confianza que me ha demostrado. Su escritura es tan pulcra y clara como la de una niña.

Queridísima Lia:

He localizado a alguien que podría ayudarnos en nuestro periplo. Por favor, confía en mí y ven al 778 de la calle York a la una en punto de la tarde.

S. S.

Ya le he dado a Edmund la dirección y he deducido por sus posteriores resoplidos que no nos dirigimos a una parte del pueblo que él considere apropiada. No obstante, no me ha seguido preguntando y le hubiera dado un beso por su inquebrantable lealtad.

El carruaje se dirige al pueblo haciendo ruido al tomar una serie de curvas pronunciadas y traqueteando sobre el duro pavimento del camino. No ha llovido como es debido desde el día después del entierro de papá, ahora hace nueve días. Lo considero apropiado, como si Dios ya hubiese gastado todas sus lágrimas con el motivo más que justificado de la muerte de mi padre. La falta de lluvia aún sigue siendo causa de muchas discusiones entre la servidumbre. Chasquean las lenguas y sacuden las cabezas cuando discuten si eso presagiará un invierno frío o uno especialmente cálido.

Atravesamos la parte conocida del pueblo en un abrir y cerrar de ojos. Pasamos de largo por Wycliffe, la librería, las tabernas y restaurantes de moda, la tienda de dulces, la casa de Sonia. No mucho después, Edmund hace girar a los caballos por un tranquilo callejón, escondido tras las limpias y concurridas calles.

El callejón está oscuro, protegido por todas partes por edificios donde viven los menos afortunados. A través de la ventanilla del carruaje veo ropa columpiándose en

las cuerdas tendidas por encima de la basura que hay esparcida por el callejón. El carruaje se agita cada vez más y el suelo está cada vez más seco, como si ni siquiera el agua quisiera permanecer allí durante mucho tiempo. Empiezo a sentirme mareada cuando por fin Edmund obliga a parar a los caballos con un suave: «¡So, muchachos!».

Al mirar por la ventanilla no puedo comprender las razones por las que Sonia me ha pedido que me reúna con ella en un sitio así, pero antes de poder seguir pensando en lo que me aguarda, Edmund ya está en la puerta abriéndola de par en par.

—¿Está segura de que es aquí donde deseaba parar, señorita?

Me apeo, dispuesta a dar por concluido el viaje. La nuestra no es una misión para cobardes.

—Sí. Muy segura, Edmund.

Edmund se quita el sombrero mientras esperamos a Sonia. Dos niños pequeños le dan patadas a una piedra grande callejón abajo. Son bastante ruidosos, pero sus alegres risas son una distracción bienvenida en el silencio de la calle desierta.

—¿Cuál es, Edmund? —le pregunto.

Él señala con la cabeza una estrecha entrada a pocos pies de distancia del carruaje.

—Esa de ahí.

Empiezo a pensar que he cometido un error cuando Sonia aparece por la esquina, jadeando y con las mejillas sonrosadas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Siento llegar tan tarde! ¡Es tan difícil escapar a la vigilancia de la señora Millburn! ¡Me concierne tantas sesiones que casi no tengo tiempo ni de respirar!

—Está bien, Sonia. Pero... ¿qué hacemos aquí?

Se queda quieta un momento con la mano en el pecho mientras trata de recuperar el aliento.

—Estuve preguntando por ahí discretamente, no te preocupes, y encontré a alguien que podría darnos algunas respuestas a... —mira cautelosamente a Edmund—. Bueno, a los asuntos de los que estuvimos hablando...

A Edmund no parece hacerle gracia.

—De acuerdo —asiento.

Sonia me coge de la mano y me conduce hacia la oscura entrada.

—No he parado de pensar en la profecía, pero no le encuentro más sentido que el que ya tenía para mí cuando me enseñaste por primera vez el libro. Pensé que debíamos buscar ayuda. No ha sido fácil dar con la persona correcta. Pero si hay alguien que pueda ayudarnos a encontrar respuestas, esa persona es Madame Berrier.

El nombre mismo resulta misterioso, pero sigo a Sonia hasta una puerta anodina. Levanta la mano y llama con los nudillos. Acto seguido, una mujer esbelta y vestida a



la moda abre la puerta.

—Buenas tardes. Pasen, por favor.

Es obvio que la mujer es francesa, aunque con el dejo de un acento más exótico que no soy capaz de ubicar. Nos conduce a un vestíbulo estrecho. Tiene los ojos clavados en algo a mis espaldas y cuando sigo su mirada, me doy cuenta de que Edmund no se ha quedado junto al carruaje. Está como evaluándole, parpadeando con interés en dirección a su rostro enérgico. Me vuelvo hacia él.

—Edmund, ¿te importaría esperar aquí mientras hablamos en privado?

Se queda pensándolo, restregándose la barba crecida a lo largo de la mandíbula.

—No nos moveremos de este apartamento.

Apenas dice sí con la cabeza, pero su largo cuerpo toma asiento en una pequeña banca pegada a la pared.

—Sígueme.

Madame Berrier nos guía por un estrecho pasillo con puertas a cada lado.

—Señora, gracias por recibirnos habiéndola avisado con tan poca antelación. Sé lo ocupada que está —la voz de Sonia reverbera entre las sombras del pasillo pobremente iluminado. Se vuelve hacia mí mientras caminamos—. Madame Berrier es una de las espiritistas más solicitadas de Nueva York. Algunos de sus clientes recorren cientos de millas para que les lea la mano.

Sonríó como si siempre hubiese sido amiga de una espiritista, como si estuviese acostumbrada a tener citas en los callejones más apartados del pueblo con personas con misteriosos y cuestionables poderes.

Al hablarnos mientras encabeza la marcha, la voz de Madame Berrier nos llega amortiguada.

—Les doy la más cordial bienvenida. Ustedes mismas poseen unos magníficos dones, querida. Es lógico que nos ayudemos unas a otras, ¿no? Además, no se me ofrece a menudo la oportunidad de hablar de la profecía de las hermanas.

—¿La profecía de las hermanas? —me vuelvo hacia Sonia repitiendo las palabras sin articular sonido, mientras Madame Berrier nos guía a través de un elegante apartamento que desmiente su decrepita apariencia exterior.

Sonia se encoge de hombros y sigue a la mujer mayor al interior de un salón bien decorado.

—Por favor, siéntense —Madame Berrier nos señala un sofá de terciopelo rojo mientras ella se sienta enfrente en una silla tallada. Entre nosotras hay una pequeña mesa de madera, reluciente y cálida como una manzana pulida. Sobre ella hay una cafetera de plata, tazas y platos de fina porcelana y una pequeña bandeja de pastas—. ¿Le apetece un poco de café? ¿O prefiere té, como manda la tradición inglesa?

—Café, por favor —mi voz emerge con más firmeza de la esperada dadas las circunstancias.

Ella asiente y coge la cafetera de la mesa con una sonrisa de aprobación.

—¿Y para usted? —le pregunta a Sonia.

—Oh, no. Para mí nada, gracias. A veces interfiere en mis sesiones.

Madame Berrier asiente con la cabeza y vuelve a colocar la cafetera sobre la bandeja plateada.

—Sí, cuando yo era más joven y más sensible a los estímulos externos, el café y el té me causaban el mismo efecto. Apostaría que esas cosas le causarán cada vez menos molestias conforme se vaya sintiendo más segura de sus poderes, querida.

Sonia asiente y veo cómo se debate con las palabras que pretende decir.

Madame Berrier la saca del apuro.

—Sonia me contó que se encontraba usted en una situación... inusual, señorita Milthorpe.

No respondo de inmediato, pues me hace sentir insegura confesarle a una extraña las cosas que tanto trabajo me ha costado mantener en secreto. Pero por fin hago un gesto afirmativo, ¿pues qué objeto tiene tratar de hallar respuestas si no hablo con quienes podrían dárme las?

—¿Puedo ver su mano? —extiende la suya por encima de la mesa con tal autoridad que no me deja lugar a la duda.

Le ofrezco mi mano por encima del café y el azúcar.

Al levantar la manga de mi vestido, contempla con calma la marca antes de soltarme la mano.

—Hmmm... Interesante. Ya lo creo que sí. Ya la había visto antes, por supuesto. En los relatos de la profecía y en unos cuantos escogidos que forman parte de ella. Aunque ninguna como esta. Es de lo más insólito —dice, asintiendo con la cabeza—. Pero, claro, era de esperar.

Sus últimas palabras me pillan por sorpresa.

—¿Por qué...? ¿Por qué era de esperar?

Deposita su taza sobre el plato con un *clinc*.

—¡Porque así lo establece la profecía, querida! ¡Así lo promete la profecía!

Sacudo la cabeza sintiéndome más débil que nunca.

—Lo siento mucho, señora. Me temo que no lo comprendo.

Ladea la cabeza como si estuviera tratando de evaluar si mi ignorancia es fruto de un astuto engaño o de la más simple de las estupideces. Por fin se reclina y habla con un tono de voz bajo y apremiante.

—Sin Samael las almas están indefensas. Llevan siglos reuniendo un ejército, pero la profecía estipula que no podrán causar el ocaso de los dioses sin estar bajo el mando de Samael, la bestia. Y tan solo una persona puede convocarle. Solo aquella que porte el singular distintivo de esa autoridad —hace una pausa y me mira a los ojos al mismo tiempo con respeto y con una pizca, tal vez, de temor—. Está claro que

esa persona es usted. Usted, querida mía, es el ángel. El ángel del caos.

Entre la nebulosa de la impresión, la revelación se me presenta como un canto primigenio, un son de tambor que comienza como un revoloteo en mis huesos antes de extender sus alas por todo mi cuerpo. Soy incapaz de describirlo, de describir mi creciente temor. Ya resultó bastante difícil aceptar mi papel como puerta. ¿Qué lugar ocupó entonces en la profecía con esta nueva designación?

—Pero... yo pensaba que Lia era la guardiana. Lo es, ¿no? —la voz de Sonia parece salir de un túnel y recuerdo que no he tenido ocasión de contarle que he descubierto que soy la puerta.

Los ojos de Madame Berrier se muestran sorprendidos.

—*Mais non!* ¡Nadie más tiene esa marca, ninguna como esta! Esta marca designa a su amiga como la puerta, pero no cualquier puerta, sino la del ángel, la única puerta con el poder de convocar a Samael. La única puerta capaz de abrirle el paso o de destruirlo para siempre.

—Pero... ¿Lia? —Sonia se gira hacia mí, suplicándome una verdad que no me gustaría tener que confirmarle—. ¿Es eso cierto?

Examino mis manos sobre mi regazo, como si contuviesen la respuesta a la pregunta de Sonia. Pero solo yo tengo la respuesta que debe escuchar, así que levanto los ojos para mirarla y asiento con la cabeza.

—Sí —susurro—. No he tenido ocasión de decírtelo. Lo descubrí anoche y hasta ahora mismo no sabía que era el ángel.

Madame Berrier está aterrada y cuando desvía sus ojos en mi dirección, los veo tan negros que parecen haber perdido el color.

—¿No reconoció el lugar que le correspondía? ¿Su madre no la instruyó en los designios de la profecía y en el lugar que ocupa en ella? ¿Acaso ella no desempeñó en su día el papel que le correspondía?

Sonia comienza a murmurar a mi lado como pensando en voz alta, con voz débil y sin expresar emoción alguna.

—Señora, su madre falleció cuando no era más que una niña. Y su padre también, más recientemente.

La mujer abre los ojos en un gesto no exento de preocupación.

—Ah, entonces eso lo explicaría, pues las hermanas mayores y más sabias en lo referente a la profecía han de asegurarse de educar a sus hijas en sus designios. ¿Y también su padre falleció recientemente? —su voz es apenas un arrullo y parece preguntárselo más a sí misma que a mí—. Bueno. De modo que es eso. Ha perdido su protección. Ha perdido usted el velo.

Se me vienen a la cabeza las palabras del libro, enroscándose con suavidad a través de la memoria, como el humo. «... guardado solo por un tenue velo protector».

—¿El velo? —pregunto con voz quebrada.

Ha acabado por perder la paciencia y lanza al aire las manos a modo de rendición.

—¿Se enfrenta usted a la profecía sin ningún conocimiento en absoluto? ¿Cómo va a combatir si no conoce a su enemigo? ¿Si no conoce las armas de que dispone? —suspira hondo—. Está previsto que al ángel le será asignado un protector. Un protector terrenal, pero un protector al fin y al cabo. De otro modo, el ángel estaría indefenso y Samael hallaría el modo de pasar a través de él antes de que madure lo bastante como para vulnerar su poder, antes de que madure lo bastante como para hacer su elección. Y todo el mundo puede elegir, querida, tal como está establecido desde el principio de los tiempos. Gracias a la protección del velo, la puerta puede madurar lo bastante como para hacer su elección. Mientras ese protector siga con vida, la bestia no podrá venir a buscarla. ¿Cuándo murió su padre, querida?

—Ha... hace unas dos semanas.

—¿Y las circunstancias de su muerte fueron... extrañas?

—Sí —susurro.

Se limpia suavemente las comisuras de la boca con su servilleta.

—Lo siento muchísimo. La profecía constituye una carga hasta para las hermanas más instruidas y preparadas. Para una persona tan desorientada como usted..., para una persona con su cometido..., bueno, debe resultar bastante abrumadora. Tendré que ponerla al corriente en la medida de lo posible. Comencemos por su padre. Con su muerte.

Se me cierra la garganta ante la mención de mi padre.

—¿Qué tiene que ver eso con la profecía?

—Todo —se limita a decir—. Las almas llevan siglos esperando regresar a nuestro mundo. Usted es su ángel, quien tiene el poder de hacer que lo consigan o de hacerlas desaparecer para siempre. No se equivoque, no se detendrán ante nada para llegar hasta usted.

Quisiera echarme a reír ante lo absurdo de tal insinuación. Pero entonces recuerdo la póstuma expresión de mi padre. Los ojos abiertos, la extraña mueca en un rostro demasiado horrorizado como para ser el suyo. Pienso en esas cosas y me inunda una tristeza que me devora, que está convirtiéndose en algo más parecido a la rabia y a una incredulidad que ya no se sostiene del todo.

Cuando levanto la vista hacia Madame Berrier, mis palabras ya no cuestionan nada, sino que afirman.

—Le mataron las almas. Le mataron por mi causa.

—No tiene por qué sentirse culpable de la muerte de su padre, señorita Milthorpe —dice, sacudiendo con tristeza la cabeza—. Ningún protector actúa como velo contra su voluntad. Debía quererla mucho para aceptar un papel así, querida. Él también hizo su elección —la voz de Madame Berrier es tan consoladora como la de una madre—. Es un milagro que no se lo llevaran antes. Haber resistido tanto... Bueno,

debió ser un hombre muy fuerte y estar muy decidido a protegerla.

Muevo la cabeza tratando de centrar mis pensamientos en la verdad que rodea a la muerte de mi padre.

—Pero él no viajaba por el plano astral. Nunca me habló de ello y me lo habría contado de haberlo sabido.

Madame Berrier se detiene a meditar sobre esto y asiente bruscamente.

—Quizás. Pero las almas son astutas, niña, y la de Samael es todavía más inconmensurable. Es posible que las almas lo atrajeran en esa ocasión con algo de especial importancia. Algo que amara de verdad.

Al decir esas palabras se me pasa por la cabeza la habitación oscura.

Y comprendo. Comprendo cómo le atrajeron para emprender el viaje.

—Mi madre.



No denota sorpresa al hablar. Sus preguntas, en realidad, no son tales.

—¿No habría sucumbido a la tentación de ver su rostro y a la posibilidad de escuchar su voz? Especialmente si estaba preocupado por su hija, por su papel en la profecía, de la cual pocos hombres han oído hablar y en la que creen menos aún.

Veo la puerta de la habitación oscura el día de la muerte de mi padre, el aire frío filtrándose desde los aposentos abandonados a la débil luz de la mañana.

La habitación oscura. La habitación de mi madre.

Recuerdo mis viajes, la facilidad con la que me deslizaba dentro de ellos ignorando que eran algo más que simples sueños.

—No lo sé —murmuro—. Él no sabía que estaba viajando. No sabía que sería vulnerable frente a los espíritus de esos mundos.

—Es bastante fácil contestar a la llamada de los espíritus bajo la apariencia de un agradable sueño, y las almas tenían motivos de sobra para detener el alma de su padre, para dejarla a la deriva en otros mundos.

La angustia que me produce el siguiente pensamiento amenaza con ahogarme.

—¿Está... está usted diciendo que su alma se encuentra en el Vacío?

Levanta la barbilla para estudiar el techo, como si pudiese encontrar las palabras precisas en su enlucido.

—La señorita Sorrensen mencionó haber recibido un mensaje de su padre en una de sus sesiones.

La mención de ese extraño incidente con Sonia hace que me revuelva incómoda en el sofá.

—Sí. Eso creo —le digo—. La verdad, yo no lo oí. Me lo dijo Sonia.

Madame Berrier sonrío animada.

—La señorita Sorrensen posee un inmenso don. Si dice que el mensaje era de él, lo más probable es que sea así. Y si lo era, eso significa que de algún modo logró

escapar del Vacío —se encoge de hombros—. Es posible. En los otros mundos hay seres con poder suficiente como para ayudarle a uno a escapar del Vacío, aunque ellos mismos se pondrían en peligro al hacerlo. ¿Su madre tal vez?

Algo de lo que tía Virginia me contó pasa como el humo por mi mente.

—Mi tía me dijo que mi madre era una... ¿hechicera?

Madame Berrier asiente con la cabeza.

—Ah. Entonces bien pudo haber acudido en su auxilio. Existen muy pocas hechiceras auténticas. Una hechicera seguro que tendría poder suficiente para intervenir. Puede que el alma de su padre esté vagando por otros mundos, aunque podría escoger entre vagar libremente por allí o cruzar al otro lado.

Pese a lo doloroso que me resulta imaginar a mi padre perdido en otros mundos, doy las gracias por cualquier intervención que le permitiera escapar del Vacío, especialmente si eso le reunió con mi madre.

Es Sonia quien mirando a Madame Berrier con cierta esperanza plantea la pregunta que ya debería haber hecho yo hace rato.

—Señora, dijo usted que queda una opción, que Lia puede escoger.

—Pues claro. La señorita Milthorpe tiene tantas opciones como todas nosotras, solo que las suyas son indudablemente algo más complicadas y peligrosas. Puede optar por abrirle la puerta a la bestia o puede optar por cerrarla para siempre, tal es su derecho como ángel —se inclina un poco más hacia delante, ocultando su sonrisa tras un gesto irónico—. Con franqueza, personalmente yo espero que opte por lo último.

Sacudo la cabeza. Me resulta difícil imaginar que nadie pudiese optar por permitir la entrada a la bestia.

—¡Bueno, eso ni se cuestiona! Pero no sé nada de la profecía, excepto lo que hemos leído.

Sonia carraspea.

—Esa es la razón por la que hemos venido, señora. Sabemos que existe un modo de acabar con la profecía, de cerrar para siempre la puerta. Como sabe, se mencionan unas llaves. Creemos que podrían ser el instrumento para cerrarla, pero no sabemos dónde podemos encontrarlas, ni siquiera sabemos por dónde empezar a buscarlas.

Madame Berrier reflexiona sobre lo que acaba de decir Sonia.

—Bueno, se dice que existe un medio para que el ángel cierre la puerta, aunque yo nunca he llegado a leer la profecía original. Muy pocos han visto el texto antiguo y quienes lo han hecho seguramente están conectados de algún modo con ella.

—Bueno, nosotras lo hemos leído, señora —dice Sonia, enarcando las cejas—. Y en él se mencionan las llaves junto con otra cosa, algo que me resulta familiar, pero que no soy capaz de ubicar. Algo denominado Samhain.

Madame Berrier frunce los labios. Puedo ver cómo giran las ruedas del engranaje de su mente y cuando comienza a hablar, lo hace no con una respuesta, sino con una

pregunta.

—¿En qué contexto se cita a Samhain en relación con las llaves?

Sonia se pasa la lengua por los labios mientras intenta recordar.

—Algo acerca del primer aliento... El...

—«... emergidos del primer aliento de Samhain» —mi mirada se cruza con la de Madame Berrier—. Eso es lo que dice: «Cuatro marcas, cuatro llaves, círculo de fuego, emergidos del primer aliento de Samhain».

Ella tamborilea con los dedos encima de la mesa, meditando lo que va a decir.

—Demos un paseo, ¿hmmm? Creo que sé dónde encontrar alguna de las respuestas que andan buscando.



Las calles están rebosantes de gente, hay muchísimo bullicio. Pasan caballos al galope, y los carruajes de los que tiran traquetean sobre el seco pavimento. Edmund, siempre vigilante, nos sigue sin decir una sola palabra.

Caminamos durante un rato y me asombra esa extraña autoridad de Madame Berrier que hace que la sigamos con gusto, sin preguntar una sola vez por nuestro destino. Camina tan segura y decidida que parecería casi insultante preguntar, de modo que la seguimos trotando para mantener su veloz paso.

Tras haber pasado frente a la sastrería, la sombrerería, la tienda de golosinas y cierto número de tabernas, Madame Berrier gira por una esquina y nos guía por un callejón lateral más tranquilo. Las estrechas casas se alinean a cada lado de la calle como sombríos vigilantes. No son tan grandiosas como los edificios de la calle Mayor, sino sencillas y bien cuidadas, como la propia Madame Berrier. Nos aproximamos a una casa que tiene el mismo aspecto que todas las demás, aunque observo por una placa en su fachada que se trata de la biblioteca municipal.

—La palabra que mencionó usted, querida, me resulta familiar —dice Madame Berrier, dirigiéndose a Sonia—. Pero con tantas traducciones y pronunciaciones es mejor asegurarse, especialmente siendo algo tan importante, ¿no le parece?

Sin esperar respuesta emprende con paso firme la subida de las escaleras de entrada y abre la puerta con un ademán triunfal.

Al entrar en el tenebroso recibidor principal, compruebo que la biblioteca, más que en calma, está absolutamente desierta. No veo una sola persona mientras caminamos por el suelo desgastado de mármol. El vacío se debe más que a la ausencia de vida, de seres vivos, a las páginas no leídas de tantos libros como habitan en las estanterías de la sala. No debería pensar que uno puede darse cuenta de si los



libros no han sido leídos, pero tras disfrutar de la compañía de mi queridísima biblioteca de Birchwood es como si pudiese escuchar el susurrar de estos libros, sus atrayentes páginas ofreciéndose al público.

Madame Berrier se detiene frente a un mostrador largo en el centro de la sala principal y lanza una elocuente mirada a Edmund antes de volverse hacia mí con las cejas arqueadas a modo de interrogante.

Inspiro hondo.

—Edmund, ¿te importaría echar un vistazo por ahí o esperar aquí o... lo que quieras?

Me siento fatal pidiéndole que vuelva a entretenerse solo otra vez, aunque por la conducta de Madame Berrier está claro que está insinuando que nuestra visita a la biblioteca es un asunto privado. A Edmund no parece importarle. Hace un gesto afirmativo, se dirige a una de las muchas y altas estanterías y desaparece tras ella.

Echamos un vistazo a la biblioteca en busca de alguna señal de vida. A ambos lados de la sala principal se distinguen salas más pequeñas y una estrecha escalera que conduce a la planta de arriba.

—Quizás deberíamos...

Me interrumpe el pesado taconeo de unos zapatos que se aproximan desde una de las habitaciones del fondo.

La mujer que se nos acerca esgrime una sonrisa de bienvenida. Aunque solo por un momento. En cuanto se fija en Madame Berrier, su rostro redondo se endurece y su boca se transforma en un adusto trazo.

La sonrisa de Madame Berrier es deslumbrante.

—*Bonjour*, señora Harding! ¿Qué tal se encuentra esta magnífica tarde?

Seguro que Madame Berrier puede apreciar el disgusto con el que la bibliotecaria la está mirando, pero no va con sus modales constatar tal certeza. En cambio, saluda a la otra mujer como si se tratase de una vieja amiga.

La mujer llamada señora Harding asiente con la cabeza con un gesto mínimo de reconocimiento.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta, como si nunca hubiese visto a Madame Berrier antes de este día, aunque está claro que han tenido algún trato en el pasado.

—Vamos, señora Harding —bromea Madame Berrier, ladeando la cabeza con una sonrisa juguetona dibujada en los labios pintados, mientras extiende una mano con la palma abierta—, estoy casi segura de que sabe a lo que he venido.

El gesto de la señora Harding se vuelve más serio aún. Se mete la mano en el bolsillo y saca de él algo que deposita en la mano de Madame Berrier. Los dedos de esta se cierran rápidamente sobre el objeto, aunque no antes de que yo haya advertido un brillo plateado y me haya dado cuenta de que se trata de una llave.

—*Merci*, señora Harding. ¡Se la devolveré cuando haya terminado, como

siempre! —exclama Madame Berrier por encima del hombro, ya camino del fondo de la biblioteca.

Sonia y yo salimos bruscamente de nuestro pasmo a causa del ceño fruncido de la bibliotecaria, esta vez dirigido a nosotras. Nos apresuramos para alcanzar a Madame Berrier, quien se encuentra ya a medio camino del pasillo que conduce a la parte trasera del edificio. Cuando por fin le damos alcance, ya ha abierto la puerta trasera de la biblioteca y ha salido a un pequeño porche.

Sonia sacude la cabeza, confundida.

—¿Adónde vamos?

Madame Berrier señala con la mano el cuidado jardín de la biblioteca.

—La respuesta que buscan, queridas, no se encuentra en los libros tan bien catalogados de la biblioteca, sino en los que han sido desechados y se encuentran vergonzosamente ocultos tras ella.

Ya no es momento de hacer más preguntas. Madame Berrier aprieta el paso fuera del porche y nos apresuramos a seguirla mientras nos conduce por el arreglado jardín, aún precioso a pesar de la proximidad del invierno. Me parece que hemos llegado al final del terreno cuando damos la vuelta a un cobertizo con macetas que, dado su diminuto tamaño, está mucho mejor conservado que la decrepita construcción hacia la que se dirige Madame Berrier.

Una vez allí, toma la llave que le ha dado la señora Harding y la introduce en el candado que cuelga de la puerta. Se abre con un clic y Madame Berrier empuja las puertas con gran esfuerzo y un crujido. Entramos con ella y nuestros ojos se dirigen arriba.

—¡Oh! ¡Esto es... esto es increíble! —no puedo ocultar el asombro de mi voz, aunque también esconde tristeza. Mi padre hubiese llorado al ver los libros apilados en enormes montones, en todas direcciones, sin cuidado alguno—. ¿Qué sitio es este?

El techo se encuentra a tres plantas por encima de nosotras. Incluso desde aquí abajo se ven pequeños agujeros en el tejado. Por el olor a humedad que impregna el edificio es evidente que a nadie le importa que se filtre la lluvia sobre los libros que contienen estas paredes. Madame Berrier tiene el cuello estirado, tenso y blanco como el de un cisne mientras inspecciona la estancia igualmente sobrecogida, como si, aun sabiendo lo que contiene, no pudiera evitar sentirse impresionada.

—Es una antigua cochera. La usaban cuando la biblioteca era una vivienda.

—¡Sí, pero... todos estos libros! ¿Por qué no los han catalogado y guardado con los demás? —se trata de una pregunta que hubiera hecho mi padre, aunque bastante más enfadado, seguro.

Madame Berrier nos sonrío con tristeza.

—Estos son libros que el municipio no desea que estén expuestos al lado de los más... corrientes. Ya ven ustedes que no pueden destruirlos. No estaría bien visto.

Pero, como ven, sí que pueden separarlos de los demás.

Los ojos de Sonia centellean a la pobre luz de la cochera.

—¿Pero por qué?

Madame Berrier suspira.

—Porque estos libros contienen cosas que la gente no comprende, cosas que usted y yo sabemos que son tan reales como el mundo en que nos encontramos en este preciso instante. Libros sobre el mundo de los espíritus, sobre la hechicería y su historia, sobre magia... Todo lo que no tiene cabida en una pulcra y ordenada colección, diría yo.

Se interna más en la estancia, espantando a un pájaro que levanta el vuelo hacia el techo y desaparece en algún lugar por encima de nosotras mientras agita las alas.

El repentino movimiento me sacude de encima la conmoción.

—No comprendo qué tiene que ver este sitio con las llaves, señora, aunque debo confesar que me asombra lo que estoy viendo. ¡Mi padre habría montado un escándalo!

Ella me mira a los ojos, sonriente.

—¡Entonces, estoy segura de que me habría sentido muy orgullosa de su padre, querida niña! —nos hace señas para que la sigamos—. En cuanto a su pregunta, creo que hay una referencia a Samhain en un antiguo texto druida que he visto tirado por ahí. Por lo que sé, soy la única que viene por aquí. Estoy casi segura de que seguirá donde recuerdo que estaba.

Sonia y yo nos internamos con ella en el edificio, pasando junto a pilas de libros sembradas de deposiciones de pájaros y moho. Pasamos con cuidado por encima de cuanto no logramos identificar y casi tropezamos con Madame Berrier cuando se detiene ante una de las estanterías alabeadas e inclinadas.

—Vamos a ver... Creo que estaba por aquí. Puede que sea este... No. Este no. Puede que estuviera más allá —murmura para sí misma, como si no estuviésemos presentes, y pasa varias veces por diferentes estanterías, mientras la miramos con impotencia—. ¡Ah! ¡Aquí está! Echemos un vistazo.

Manteniendo el libro en equilibrio con una mano, va pasando páginas con la otra. Resulta totalmente fuera de lugar: la elegante señora parece encontrarse como en su casa, rodeada de tanta mugre y deterioro. Le lanzo a Sonia una mirada nerviosa, temerosa de interrumpir el proceso mental que parece estar siguiendo Madame Berrier con sus murmuraciones.

—¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Lo sabía! ¡Aquí está! Acérquense, niñas, y veamos si esto puede serles útil —nos acercamos un poco más y nos detenemos cuando comienza a leer—. Desde 2300 a. C., las hogueras de Beltain señalan el comienzo de la luz, esa alegre estación en que los días rebosan abundancia y las noches pasión y vida nueva. La estación de la luz, o Beltain, comienza a primeros de mayo y dura seis meses, hasta

Samhain, la estación de la oscuridad. A la cosecha y a la fiesta de la luz les sucede un periodo de oscuridad, esa triste estación en la que reina la noche y se apodera de la tierra la oscuridad, y el velo entre el mundo físico y los otros mundos es más delgado y transparente. Samhain y el periodo de oscuridad comienzan cada primero de noviembre —sus palabras resuenan como un eco en la cochera. Inspiran cierta reverencia y permanecemos en silencio durante un momento, antes de que Madame Berrier levante los ojos del libro y hable—: ¿Esto no les dice nada? ¿Podría tratarse de una pista para las llaves que andan buscando?

—No lo creo —contesto, sacudiendo la cabeza—. A mí no me dice nada. Nada de nada. Yo...

—Es mi cumpleaños —susurra Sonia—. Al menos, eso es lo que me dijo la señora Millburn.

Lo que dice no me aclara nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Naciste el uno de noviembre?

Ella asiente con la cabeza.

—Uno de noviembre de mil ochocientos setenta y cuatro.

Madame Berrier parece tan sorprendida como yo.

—¿Será una coincidencia?

Me pregunto si estará en lo cierto mientras me muerdo el labio. Me dejo caer en una silla desvencijada, ignorando la nube de polvo que se desprende del asiento mientras trato de sobreponerme a la angustia que me invade. Todo esto para nada.

—No desesperes, Lia. Lo resolveremos, ya lo verás —Sonia habla en tono calmado y tranquilizador y me pregunto cómo puede ser siempre tan optimista mientras que a mí me encantaría gritar y lanzar algo contra las paredes.

Levanto la vista para mirarla.

—Pero aún no sabemos dónde buscar las llaves. La fecha... Bueno, es interesante que tu cumpleaños sea el uno de noviembre, pero no nos dice nada de nada sobre las llaves. Yo esperaba...

—¿Qué, querida niña? —Madame Berrier aún sostiene el libro y me mira con simpatía.

—No lo sé. Supongo que esperaba que Samhain fuera una especie de monumento, una ciudad o un pueblo o alguna otra cosa. Esperaba que nos condujera directamente a las llaves.

Me avergüenza sentir cómo las lágrimas hacen que me escuezan los ojos. No son lágrimas de tristeza, sino de frustración y me apresuro a parpadear inhalando el aire polvoriento y tratando de dominarme.

—De acuerdo —dice Sonia—, de momento tendremos que dejar esto a un lado, eso es todo. Está claro que la alusión a Samhain se refiere a una fecha. Puede que más adelante sea importante. Aún nos queda el siguiente fragmento, ¿no es así?

Asiento mientras saco de mi bolso las anotaciones de James y las observo detenidamente a la escasa luz del viejo edificio.

—Sí. De acuerdo. Veamos... Aquí está: «... emergidos del primer aliento de Samhain bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur».

Levanto la vista hacia Madame Berrier, que extiende una mano.

—¿Puedo?

Tengo mis dudas. El impacto de darme cuenta primero de que yo era la puerta y ahora el ángel me ha hecho sentir que nadie es lo que parece. Ni Alice ni yo. Y tampoco mi padre, que se dedicó todos esos años a protegerme mientras yo permanecía en la ignorancia. Aun así, Madame Berrier ha intentado ayudarnos y es obvio que debemos abrir nuestro círculo si queremos tener la oportunidad de encontrar las llaves.

Le entrego las notas.

—Puede que tengan algún sentido para usted.

Ella agacha la cabeza y por lo cerca que sostiene el papel frente a su rostro sospecho que debe ser corta de vista. Lo lee durante unos instantes, frunciendo el ceño concentrada, antes de devolverme las notas en la penumbra.

—Lo siento mucho, pero... No estoy segura de lo que es, me resulta bastante familiar, aunque solo por el sonido de la palabra, no porque la reconozca.

Sonia mueve la cabeza.

—¿A qué se refiere?

Madame Berrier suspira.

—Aubur suena a inglés o... quizás a celta. Pero no lo identifico como el nombre de un pueblo o un lugar —se lleva a la boca la otra mano y tamborilea con los dedos como si eso le ayudara a pensar en las respuestas que buscamos—. Déjenme que reflexione un poco —pasa delante de nosotras en dirección a la puerta—. Y salgamos de este sitio. Llevamos demasiado tiempo dándole vueltas a la profecía. Por lo pronto quisiera regresar a la luz del sol, lejos de las sombras del pasado y de las cosas que están por venir.



Nos detenemos frente a la casa de Madame Berrier antes de marcharnos. Una ráfaga de viento le levanta el sombrero y ella coloca encima una mano para mantenerlo en su sitio mientras echa una ojeada a Edmund, situado unos cuantos pasos más allá, antes de hablar.

—Hay una cosa que debería decirles...

El temor que se apodera de mí me hace tragar saliva.

—¿De qué se trata?

—Si lo que me han contado es cierto, la cosa más simple que puede usted hacer para protegerse de las almas es guardarse de llevar puesto el amuleto —lo dice con tal indiferencia que me pilla con la guardia bajada.

—¿El amuleto?

Madame Berrier gesticula con una mano, como si fuese evidente a qué se refiere.

—El amuleto. El brazalete. El medallón. El que lleva la marca.

Desvió la mirada hacia Sonia. No le he comentado lo del medallón porque desconozco su función en la profecía.

—¿El medallón? —trato de no mostrar ninguna emoción—. ¿Qué pasa con él?

—¿Que qué pasa con él? —Madame Berrier está horrorizada—. Querida, se dice que cada puerta entra en posesión de un medallón, un medallón que encaja perfectamente con la marca de su muñeca. Las almas solo pueden regresar cuando la marca del medallón se alinea con la marca de la puerta. Pero para usted... Bueno, para usted el medallón es incluso más peligroso. Usted es el conducto para el mismísimo Samael. Solo puede protegerse un poco rehuendo el medallón, evitando llevarlo puesto, aunque puede que ni eso sea suficiente.

Lo que dice no me sorprende como debiera. Yo ya sabía instintivamente que el medallón estaba conectado de algún modo con el regreso de Samael. Aun así, esta nueva prueba me lleva a una pregunta que ha estado incomodándome en lo más profundo de mi mente. Una pregunta que no me había atrevido a hacer en voz alta hasta ahora.

—Hay algo que no entiendo, señora. Incluso si llevase puesto el medallón, ¿cómo podría pasar Samael a nuestro mundo? No es más que un espíritu, ¿no? Un alma perdida. ¿Cómo puede entrar en nuestro mundo sin un cuerpo?

—Eso, querida niña, es bastante sencillo —Madame Berrier aprieta los labios con un gesto sombrío antes de proseguir—. La usará a usted.



—Lo siento, Sonia. Yo no... De verdad, no lo supe hasta ayer por la tarde.

Sonia no contesta mientras Edmund nos conduce por la calle que lleva a su residencia. Su silencio siembra en mi estómago semillas de pánico. Pánico a que ya no quiera ser aliada mía, mi amiga, ¿pues quién si no se pondría de parte de alguien como yo?

—Si tú y Luisa preferís trabajar juntas, lo entenderé.

—¿Tú te sientes como la puerta? —pregunta, volviéndose hacia mí—. ¿Notas algo... diferente?

Noto la cara caliente y me alegra que no pueda verme con claridad en la penumbra del carruaje, no fuera a interpretar mi rubor como un indicio de culpabilidad.

—La verdad es que, en general, me noto como siempre, aunque bastante más confusa e insegura.

Pero Sonia está entrenada para captar los matices de las cosas, y mis palabras no pasan desapercibidas a sus oídos.

—¿En general? —me azuza de forma amigable.

—Hay veces... no muchas, pero en algunas ocasiones siento como si algo... tirara de mí. ¡Es tan difícil de explicar! No es que me encuentre a punto de cometer un acto terrible, solo que... Bueno, solo que a veces siento una conexión con el medallón. A veces siento su llamada. El deseo de ponérmelo. De quedarme dormida y de emprender el viaje al que sé que me conducirá. Y luego...

—¿Y luego?

—Luego recobro el sentido rápidamente y recuerdo que es mi deber combatirlo.

—¿Y lo recuerdas incluso ahora? ¿Ahora que sabes que no es ese tu deber? ¿Que no eres la guardiana, sino la puerta?

—Ahora más que nunca —encuentro consuelo en la certeza de mi seguridad.

Ella asiente con la cabeza antes de girar el rostro hacia la ventanilla para el resto del viaje.

Cuando llegamos a la casa de la señora Millburn, salgo del carruaje y me quedo junto a Sonia en la acera mientras Edmund nos mira taconeando con el pie en una referencia nada sutil al paso del tiempo. La gente que pasa en tropel a nuestro lado tiene un aspecto extrañamente inquietante, incluso peligroso, y oigo en mi cabeza las palabras de Madame Berrier: «La bestia y su ejército pueden tomar la forma que deseen: un simple hombre, un demonio, un animal, incluso una simple sombra». Probablemente, miles de almas ya hayan traspasado puertas anteriores y se encuentren en nuestro mundo. Y podrían estar en cualquier parte. Por todas partes. Todas esperando a que yo muestre un momento de debilidad.

Sonia toma mis manos entre las suyas.

—Hay una razón por la que fuiste escogida para ser el ángel, Lia. Si el poder de la profecía te considera capaz de tomar esa decisión, ¿por qué no iba a sentir yo lo mismo? —su sonrisa es breve, aunque sincera—. Debemos seguir unidas. Es la mejor baza que tenemos para encontrar las respuestas que necesitamos. Luisa decidirá lo que le convenga, pero yo estoy contigo.

—Gracias, Sonia. No te decepcionaré, te lo prometo.

La abrazo, rebotante de agradecimiento tras su demostración de amistad.

Se echa a temblar y se protege con los brazos del frío del atardecer, cada vez más intenso.

Pienso en las niñas que mi padre trajo de Inglaterra e Italia y en las otras que aún no he encontrado.

—¡Tenemos que hablar de tantas cosas! ¡Y nunca podemos estando Luisa en Wycliffe y tú aquí con la señora Millburn y yo en Birchwood y las próximas...!

El pensamiento se queda en suspenso, inconcluso, como una idea que empieza a tomar forma.

—¿Las próximas qué? ¡Por Dios, Lia! ¡Me voy a congelar si no nos despedimos pronto!

Asiento tras haber tomado una decisión.

—Tenemos que pasar más tiempo las tres juntas. De eso se trata, ¿no? Déjame a mí. Yo me encargaré de todo.



Sonia y yo nos hemos despedido y me encuentro a medio camino del carruaje cuando noto una mano en mi brazo.



—Perdóneme, pero haga el favor...

El resto de las palabras se me escapan cuando me doy la vuelta para soltarme y me encuentro cara a cara con James.

—Lia —dice, sus ojos teñidos de algo que nunca antes había visto. Algo demasiado próximo al enfado como para denominarlo de otra manera.

—¡James! ¿Qué haces...? —recorro la calle con la vista en busca de una explicación para mi presencia en el pueblo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Da la casualidad de que vivo en el pueblo. De hecho, es bastante raro el día que por una u otra razón no tenga que salir a dar una vuelta —sus ojos echan chispas—. En cambio, tú vives bastante lejos.

Lo que está diciendo hace que me hierva la sangre en las venas y de nuevo noto la presión de sus dedos en mi muñeca. Me cuesta trabajo apartar el brazo, pero lo hago. Tiro de él y retrocedo un paso, al tiempo que noto cómo la ira me inflama las mejillas.

—Entonces, ¿debería quedarme en casa como una chica decente? ¿Es eso lo que te gustaría? ¿Debería dedicarme a coser y a preocuparme de no tomar demasiado el sol? ¿No eres más que... más que...! ¡Buf!

La ira de sus ojos es comparable a la mía. Aunque tan solo durante un momento, luego sacude la cabeza y baja la vista a la acera.

—Pues claro que no, Lia. Claro que no.

Se queda callado un instante y mis ojos se dirigen hacia Edmund. De haber tenido un altercado público con cualquier otra persona que no fuese James, Edmund me habría acompañado al carruaje hace mucho tiempo. Pero ahora, al cruzarse nuestras miradas, desvía la suya al suelo, avergonzado. La voz de James, ahora más dulce, me saca de mis pensamientos y me aparta de Edmund.

—¿No comprendes mi preocupación? Desde la muerte de tu padre estás... distante. Sé que ha sido un golpe muy duro, pero no puedo evitar sentir que algo se interpone entre nosotros. Y ahora... Bueno, ahora te paseas por el pueblo sin acompañante, con gente a la que no conozco y...

Me quedo boquiabierto por la impresión.

—¿Me has estado siguiendo? ¿Me has estado siguiendo por las calles del pueblo?

—No se trata de eso —replica negando con la cabeza—. Estaba en la biblioteca cuando te vi marchar. Nunca había visto a la mujer y a la chica con las que estabas. No me has contado nada de esas nuevas relaciones. Ni me lo pensé, ¿vale? Simplemente empecé a seguirte llevado por la curiosidad y..., bueno, supongo que por lo preocupado que me tiene últimamente tu comportamiento. ¿No comprendes por qué pude sentirme obligado a hacerlo?

Sus palabras me han herido profundamente. Detecto dolor en ellas y soy incapaz de refutar las cosas que ha dicho. Le he estado manteniendo a raya, le he apartado de

la profecía mientras yo me sumergía cada vez más y más en ella. ¿No sentiría yo en su caso esa misma preocupación? ¿No trataría de averiguar todo lo posible para explicar un comportamiento semejante en el hombre al que quiero?

Inspiro profundamente y toda la ira me abandona. Desearía que no fuese así, pues prefiero esa avalancha de furia a esta nueva emoción. Esta impotencia que aumenta sin parar e insiste en que jamás encontraré el modo de conciliar mi lugar en la profecía, mi deber para con ella, con mi amor por James.

—Pues claro que sí, tienes razón. Lo siento, James —le digo, cogiéndole de la mano y mirándole a los ojos.

Él sacude la cabeza con frustración. No son mis disculpas lo que busca.

—¿Por qué no quieres contármelo? ¿Es que ya no confías en mí?

—Por supuesto que sí, James. Eso no va a cambiar. Esta... —señalo la calle con una mano—. Esta salida no tiene nada que ver contigo o con el amor que siento por ti —trato de esbozar una sonrisa que se me hace extraña, como si la llevase puesta y no me quedase bien, pero es todo cuanto puedo hacer. Me decido apresuradamente a ceñirme cuanto pueda a la verdad—. Solo he hecho una escapada para salir con una amiga mía de Wycliffe. Conoce a una mujer bastante experta en asuntos de hechicería y...

—¿Hechicería? —pregunta, levantando las cejas.

—¡Oh, no pasa nada! —rechazo su curiosidad sacudiendo la cabeza—. ¿No me crees? Solo sentía curiosidad y la conocida de Sonia se ofreció a enseñarnos algunos libros sobre ese tema, eso es todo —vuelvo a mirar a Edmund, que acaba de sacar su reloj de bolsillo y me mira deliberadamente—. Y ahora debo irme o tía Virginia descubrirá que me he marchado y lo que no ha sido más que una pequeña excursión al pueblo para pasármelo bien puede que se convierta en un montón de problemas.

Se me queda mirando fijamente a los ojos y me percató de que está tratando de comprobar si mi historia es cierta o no. Mantengo su mirada hasta que asiente despacio, como dando su conformidad. Pero mientras nos despedimos y yo me dirijo al carruaje, me doy cuenta de que lo que he visto en el azul de sus ojos no es comprensión, sino derrota.



Estoy sentada en el salón, leyendo al lado de Henry, cuando me llega la voz de Margaret desde la entrada.

—Han traído una cosa para usted, señorita.

Me levanto y me dirijo hacia ella.

—¿Para mí?

Asiente con la cabeza y me entrega un sobre de color crema.

—Acaba de traerlo un mensajero.

Lo cojo y espero hasta que el sonido de sus pasos se desvanece más allá del recibidor.

—¿Qué es, Lia? —pregunta Henry, levantando la vista del libro para mirarme.

Regreso a mi sillón junto al fuego, sacudo la cabeza y abro el sobre.

—No lo sé.

Extraigo el rígido papel de su interior y me fijo en la escritura esmerada y elegante, ligeramente sesgada que se puede ver en su inmaculada superficie:

Querida señorita Milthorpe:

Creo saber de alguien que puede serle útil: Alastair Wigan, Lerwick Farm.

Puede usted confiar en él tanto como en mí. Estará esperando su visita.

MADAME BERRIER

—¿De quién es?

Henry está junto a mí, muy excitado. Me enternece y me entristece al mismo tiempo que sus días sean tan aburridos que hasta la llegada de una simple carta le provoque tal entusiasmo.

Levanto la vista y sonrío.

—Es de Sonia, dice que le van a dar permiso estas fiestas para hacernos una visita.

Alejo de mí una punzada de remordimiento por la nueva mentira que acabo de decir. Es una falsedad a medias. Ya he hablado con tía Virginia sobre mi idea de invitar a Sonia y a Luisa estas fiestas.

—Bueno, eso es estupendo, ¿no? —dice con una radiante sonrisa.

Doblo el papel y lo guardo de nuevo en el sobre, sintiendo un resquicio de esperanza en mi corazón.

—Sí que lo es, Henry. Es estupendo.



—¿No estás nerviosa, Lia? —pregunta Henry a mis espaldas cuando me asomo por la ventana del salón a la espera del carruaje.

Me doy la vuelta en su dirección.

—¡Santo Dios! ¡Por última vez, sí! ¡Aunque apostaría a que tú estás más nervioso que yo por tantas veces como me lo has preguntado!

Él se ruboriza, aunque no trata de ocultar la sonrisa que se abre paso desde su boca hasta sus ojos. Tan protegido como está, resulta fácil olvidarse de que Henry es un chico de diez años, pero me fijé en cómo miraba a Sonia cuando vino a tomar el té y sé que está encantado de poder verla otra vez.

Al volverme de nuevo hacia la ventana, el carruaje aparece por el arbolado camino. Por un momento se me olvida que tengo dieciséis años y que no soy tan propensa a ponerme nerviosa como Henry.

—¡Ya vienen!

Salgo corriendo hacia la puerta principal, la abro de golpe y espero impaciente mientras Edmund ayuda a Luisa y a Sonia a salir del carruaje.

Voy a recibir sola a mis huéspedes. Tía Virginia está ocupada con Margaret, y Alice, que parece incluso más hosca aún desde que se ha enterado de mis planes para incluir a Sonia y a Luisa en nuestras vacaciones, seguramente estará enfurruñada, dando uno de sus largos paseos.

Luisa sube las escaleras pegando brincos como un cachorro, toda entusiasmo y sin decoro alguno, provocándome una risa que disimulo tras mi mano enguantada.

—¡No puedo creer que la señorita Gray me haya dejado venir! Creí que tendría que pasar otro día de Acción de Gracias comiendo en ese deprimente comedor de Wycliffe. ¡Me has salvado!

Su risa es contagiosa y noto cómo también a mí se me escapa la risa de mi propia garganta.

—¡No digas bobadas! ¡Estoy tan contenta de teneros a las dos aquí! —me acerco a ella, le beso la fría mejilla y hago lo mismo con Sonia cuando llega al rellano de la escalera—. ¿Listas para empezar las vacaciones?

Sonia muestra una sonrisa que irradia luz pese a lo gris que está el día.

—¡Por supuesto! ¡Llevo días esperando esto! ¡Creí que iba a volver loca a la señora Millburn!

Las conduzco dentro de la casa con la agradable perspectiva de su compañía durante los tres próximos días y con la esperanza de que juntas podamos encontrar las llaves. Tras compartir un almuerzo colmado de risas, nos retiramos saciadas y felices al salón. Tía Virginia ha tenido el detalle de sacar fuera de la habitación a Henry para que podamos tener algo de intimidad. De vez en cuando se asoma por una esquina y mira afligido a Sonia, aunque simulamos no verle. Charlamos y reímos y durante un rato hasta imagino que somos normales. Que no nos preocupamos más que de vestidos, de libros y de chicos. Solo cuando Luisa desvía su rostro hacia la pared de al lado de la chimenea, me acuerdo de por qué nos hemos reunido.

—Ese caballero —dice señalando un retrato en la pared— me resulta conocido. ¿Quién es?

Trago saliva al notar los estrechos lazos que nos unen.

—Mi padre.

Asiente despacio.

—Puede que lo viera en Wycliffe. Antes...

—Puede —asiento con la cabeza. Después de todo, parece que no somos tan normales y me pregunto cómo les voy a contar a Luisa y a Sonia este otro asunto que todavía no les he mencionado.

Sonia ladea la cabeza con un gesto de desconcierto dibujado en su sereno rostro.

—¿Qué pasa, Lia? ¡Te has quedado tan callada!

Echo una ojeada a la entrada vacía del salón. Es evidente que Alice no está y hace rato que no asoma el rostro ruborizado de Henry. Aun así, más vale ser cautelosa.

—Creo que me apetece un poco de aire fresco. ¿Montáis a caballo?



—¡Esto no me gusta! ¡No me gusta nada de nada!

A Sonia le tiembla la voz y se estremece a lomos de Moon Shadow, la yegua más mansa del establo.

—¡Bobadas! No te va a pasar nada. Apenas te has movido y Moon Shadow no le haría daño ni a una mosca. Estás a salvo. Iré detrás de ti y Moon Shadow se encargará

del resto.

—¡Vaya! Para ti es fácil decirlo. Tú lo haces continuamente —murmura Sonia.

Luisa ya se ha adelantado unos cuantos pasos, está claro que es buena amazona, aunque estoy segura de que en Wycliffe no ha tenido ocasión de montar muy a menudo. Sacar a los caballos a pasear parecía un buen modo de escapar de la casa y ha sido cosa fácil localizar pantalones y ropa de montar para mis dos amigas. Pero cuando observo a Sonia tan tensa a lomos de Moon Shadow, no consigo evitar pensar que quizás esté cometiendo una equivocación. Voy tras ella en silencio y me pongo a su lado solo cuando sus hombros se han relajado un poco y su balanceo discordante parece haberse acoplado más al caballo.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto sonriendo con picardía.

Suelta un sonido parecido a «¡Mmm!» y mantiene la vista al frente, muy resuelta.

Más adelante, Luisa aminora el paso y obliga a dar la vuelta a Eagle's Run con un suave movimiento que deja traslucir el elegante brío del caballo. Regresa trotando en nuestra dirección y se coloca al otro lado de Sonia.

Luisa tiene las mejillas enrojecidas por el viento y el entusiasmo.

—¡Lia, esto es tan divertido! Muchísimas gracias. ¡Hacía tanto tiempo que no montaba!

Le devuelvo la sonrisa y me dejo impregnar en parte por su felicidad hasta que recuerdo los motivos de nuestro paseo a caballo.

—La verdad es que sugerí salir a montar porque quería hablar con vosotras en privado —echo una ojeada a Sonia, cuyo rostro aún evidencia pánico—. Aunque no sé si hubiera sido más agradable ir dando un paseo a pie hasta el río.

Luisa se echa a reír.

—¡Yo diría que ni nos oye del miedo que tiene!

—Os oigo bastante bien —masculla Sonia entre dientes y con el rostro tenso mientras mantiene la vista fija al frente.

Luisa me observa con curiosidad.

—¿Qué pasa, Lia? ¿De qué querías hablarnos? ¡Aparte de lo de siempre: la profecía, el fin del mundo y ese tipo de cosas insignificantes!

El intento de Luisa por buscar la parte cómica de nuestra extraña situación no logra arrancar una sonrisa de mi rostro porque qué pasaría si ella y Sonia me culparan a mí de la situación en la que se han visto implicadas. No hay forma de saberlo excepto diciéndoselo.

—Creo que sé por qué te resulta conocida la cara de mi padre.

Luisa frunce el entrecejo.

—Bueno, es posible que me cruzara con él en Wycliffe o...

—No creo que sea por eso —la interrumpo—. ¿Desmontamos?

Hemos llegado al pequeño estanque donde Alice y yo solíamos echar de comer a

los patos cuando éramos pequeñas. Tras la muerte de mi madre parecía un refugio más tranquilo que el lago, con sus orillas llenas de árboles que proporcionan abundante sombra incluso en verano.

Luisa y yo estamos atando nuestros caballos a un par de arbolillos cuando caemos en la cuenta de que Sonia aún sigue montada sobre Moon Shadow.

—¿No desmontas? —le pregunto.

Le cuesta unos instantes desviar la mirada en mi dirección, pero cuando lo hace, me invade una sensación de lástima al comprobar la magnitud del terror que muestra su cara.

—¿Desmontar? ¿Ahora que estoy aquí arriba quieres que me baje? —el tono de su voz está próximo a la histeria.

—No te va a pasar nada, Sonia. Confía en mí. Te ayudaré.

Solo tras haberle dado instrucciones detalladas y haberla ayudado a desmontar de Moon Shadow, el rostro de Sonia se relaja mostrando algo de su calma habitual. Se sienta sobre la hierba soltando un gemido.

—¡Nunca más podré volver a sentarme como es debido!

Tras tomar asiento a su lado, dejo que el silencio se interponga entre nosotras mientras trato de reunir el valor necesario para decir lo que tengo que contarles. Miro a Luisa, que está apoyada contra un árbol cerca del agua, con los ojos cerrados y un amago de sonrisa satisfecha en los labios.

—¿Luisa? ¿Cómo fuiste a parar a Wycliffe desde Italia? La verdad, resulta un poco extraño que estés en una escuela tan lejos de tu casa.

Ella abre los ojos, se echa a reír bruscamente y se agacha para tocar la superficie de la hierba hasta que se incorpora con un par de piedras pequeñas en la mano.

—¡Ya lo creo que es raro! Mi padre tenía planeado mandarme a un colegio en Londres, pero un hombre a quien conoció a través de sus negocios le convenció de que América era el mejor sitio para adquirir una educación moderna. «La mejor educación que puede conseguirse con dinero», dijo mi padre. Sin duda, las mismas palabras que usaron para convencerle de que me enviase al otro lado del mundo, hasta Wycliffe.

Arroja con furia al agua una de las piedras, que aterriza con un *plum* bastante más lejos de lo que yo soy capaz de conseguir hasta en mis mejores días.

—Creo que fue mi padre.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, dejando caer las manos a ambos lados—. ¿Qué pasa con tu padre?

—Creo que mi padre era el hombre que recomendó al tuyo que te enviara a Wycliffe.

Luisa se me acerca y se deja caer en la hierba reflejando confusión en su rostro.

—Pero... ¿cómo iba a conocer tu padre al mío? E incluso aunque así fuera, ¿por

qué habría de importarle mi educación?

—No lo sé, pero todas tenemos la marca. A pesar de que la mía es diferente, se parece bastante. Y el hecho de que todas estemos en el mismo pueblo, en el mismo lugar es todavía más extraño, ¿no creéis?

Sonia no lo niega ni da muestra alguna de asentimiento, se limita a hablar.

—Mis padres eran ingleses. Ellos... Bueno, la verdad es que eran bastante pobres —se ríe con ironía, no como habitualmente—. En cualquier caso, no necesitaban una excusa para buscarme acomodo en otro lugar. Cuando empecé a dar muestras de..., bueno, ya sabéis, de todas esas cosas que soy capaz de ver y de hacer, pensaron que sería más feliz rodeada de gente como yo. O eso fue lo que me contó la señora Millburn. Lo más probable es que ellos fueran más felices al tener una boca menos que alimentar.

—Bueno, yo me alegro de que estés aquí, Sonia —le digo, dedicándole una sonrisa—. ¡No sé cómo me las habría arreglado estas últimas semanas sin tu amistad! —me devuelve tímidamente la sonrisa y prosigo—: Pero no puede ser una coincidencia que hayamos venido a parar todas al mismo sitio. Que todas llevemos la marca. Mi tía me contó que mi padre se dedicó a buscar niñas en todo el mundo, niñas con la marca. Me contó...

Me detengo. ¿Y si se enfadan? ¿Me echarán la culpa de todo?

—¿Qué, Lia? ¿Qué te dijo? —pregunta Sonia con calma.

—Me dijo que había empezado a traerlas aquí... a las niñas. Que lo arregló todo para que vinieran a América. Pero antes de que muriera, solo dos de ellas habían venido. Mi tía me dijo que una era inglesa y la otra italiana.

Luisa parpadea frente a la luz del atardecer.

—Pero... ¿para qué querría tu padre tenernos aquí? Y, de todas formas, ¿cómo nos encontraría? ¿Cómo se enteraría de que teníamos la marca?

—He estado pensando en eso. Tú y Sonia tenéis la marca desde que nacisteis. Supongo que con los medios adecuados no le sería muy difícil encontrar a niñas con la marca. Mi padre era un hombre muy decidido e influyente. Aunque se hubiera mantenido en secreto que teníais la marca, alguien la habría visto, ¿no? Médicos, profesores, niñeras, parientes... —suspiro, convencida de que nada de eso tiene sentido una vez que lo he dicho en voz alta—. Lo siento. No lo sé con seguridad, ¿vale? Llevo semanas preguntándome lo mismo. Creo que forma parte del misterio. Tiene que formar parte de él.

De pronto, Luisa pega un brinco, se pone en pie y empieza a pasearse por la orilla delante de nosotras con la tensa energía de un animal enjaulado.

—¡Quizás deberíamos dejar que todo esto siguiera su propio curso! Después de todo, ¿qué sería lo peor que podría pasar si simplemente nos olvidáramos de ello? ¿No será mejor que seguir escarbando en un asunto que ni siquiera comprendemos?



—No podemos quedarnos sin hacer nada, Luisa —el tono de Sonia me sorprende.

Luisa abre las palmas de las manos y una brisa procedente del agua levanta un pequeño rizo de sus cabellos negro azabache.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no podemos?

Sonia suelta un suspiro, se sacude el polvo y se incorpora rígidamente para caminar en dirección a Luisa.

—Porque desde que nos hemos encontrado tengo visiones cada vez con más frecuencia. Los espíritus son más insistentes. Están tratando de decirme algo, de atraerme a su mundo y no pararán hasta que me dirija a ellos —coge a Luisa de las manos—. Dime, ¿a ti no te han perseguido también los espíritus? ¿No has notado cómo te sobrevienen cada vez con más frecuencia esos sueños pesados y extraños? ¿Esos viajes que solo te llevan a lugares oscuros y aterradores?

La sorpresa me tiene paralizada. Sonia sabe algo que yo ignoro.

El rostro de Luisa es una máscara de confusión hasta que se encorva y lo esconde entre las manos.

—¡Sí! Sí, ¿vale? —levanta la vista hacia nosotras con su miedo al descubierto—. Pero eso no significa que nosotras debamos perseguirlos también. Puede que las almas solo estén enfadadas por lo persistentes que hemos sido. Tal vez si las ignoramos..., si dejamos de buscar respuestas, nos dejen en paz.

Pero eso no va a ocurrir. Estoy segura. Ese ser que se encuentra en las sombras de nuestros sueños, de mis sueños, está esperando. Y no quiere ser ignorado.

Sonia rodea a Luisa con un brazo.

—Lo siento, pero no creo que sea así como trabajen las almas. Quieren algo de nosotras, algo de Lia y ahora..., bueno, no pararán hasta que no se lo demos.



Pasamos el día de Acción de Gracias olvidándonos agradablemente de todo. James y su padre se han unido a nosotras y nos llegan soberbios olores de la cocina mientras nos entretenemos con juegos de mesa. La cara de Henry resplandece como una estrella fugaz cuando Sonia accede a jugar con él una partida de ajedrez. No parece importarle que lo derrote espectacularmente dándole jaque mate al tiempo que le dedica una cortés sonrisa.

Alice está recelosa. Como un animal que huele el peligro, nos observa desde la distancia mientras reímos junto a la luz del fuego. Cuando nos dirigimos al comedor, tomo asiento a la derecha de James. Alice me sorprende reclamando el asiento a su izquierda. Su presencia me hace sentir inquieta, aunque parece que se contiene bastante al verme, así que dejo a un lado mi malestar. El banquete es exquisito, regado con vino y conversaciones que se prolongan durante dos maravillosas horas.

Nos retiramos de nuevo al salón tras haber ingerido tales cantidades de comida que seguramente habríamos hecho enfadar a la señorita Gray a causa de nuestra glotonería.

Después de insistirle mucho, tía Virginia se sienta al piano. Nos reunimos a su alrededor para cantar, reír y propinarnos codazos unos a otros cuando se nos olvida la letra. Incluso Alice se nos une para cantar, aunque manteniéndose a distancia de Sonia y Luisa. Cuando resuena en el salón el final de la última estrofa de nuestra balada, la habitación se sumerge en la calma. El fuego arde con menos intensidad en la chimenea y tía Virginia, que nunca da muestras de cansancio de ninguna clase, oculta un bostezo con una mano cansada. Henry se ha quedado dormido en su silla junto al fuego, con sus espesos cabellos cayéndole sobre los ojos cerrados.

—Bueno, no querría interrumpir la celebración, pero creo que alguien necesita que le lleven a la cama —James mira por encima de mi hombro al decir esto y me fijo en Henry.

Pero al seguir el brillo de los ojos de James es al señor Douglas a quien veo, encorvado y dormido en el sofá. Contengo una risotada para no despertar a ninguno de los dos.

—Sí... Bueno, es bastante tarde. ¿Quieres que le pida a Edmund que te ayude a llevarle hasta el carruaje? —le pregunto, señalando con la cabeza al señor Douglas.

—No, gracias. Ya me las apañaré.

Mientras James acomoda a su padre en el interior del carruaje que aguarda, se suceden primero unos cuantos traspiés a causa del sueño y luego un trajín de amables despedidas. Tía Virginia ha desaparecido para supervisar la limpieza de la cocina y Luisa y Sonia se han marchado para cambiarse antes de acostarse. Echo una ojeada a mi alrededor para asegurarme de que no queda nadie antes de escaparme del calor de la casa para salir al rellano de la escalera con James.

No pierde el tiempo y me estrecha entre sus brazos, enroscando alrededor del extremo de uno de sus dedos un mechón suelto de mi pelo. Acto seguido, sus labios están sobre los míos, abriendo mi boca como el cáliz de una flor, haciéndolo florecer hasta que los pétalos se vuelven lozanos y se inflaman. Esos instantes son los que me hacen sentir como otra Lia, alguien a quien no le importan ni la señorita Gray ni sus miles de libros llenos de normas. A quien no le importa lo que se espere de ella. Esos son los instantes en los que pienso que es imposible que pueda ser malo algo que te hace sentir tan completa, que te llena hasta tal punto.

Es James quien se aparta. Siempre es James quien se aparta, aunque también es él quien siempre se acerca.

—Lia, Lia, ¡soy tan feliz cuando estoy contigo! Lo sabes, ¿no? —su tono de voz es algo brusco.

—Sí, por supuesto —digo burlona—, ¡cuando no te vuelvo loco con mis discusiones y mi curiosidad!

—Me vuelves loco con algo más —sonríe con picardía antes de ponerse otra vez serio—. Lo cierto es que nunca hemos hablado de ello en serio. Y no puedo ofrecerte la vida a la que estás acostumbrada. Pero quiero que seas mía algún día, cuando llegue el momento.

Acabo asintiendo más despacio de lo que me propongo.

—Solo...

—¿Solo qué?

Una sombra de preocupación asoma a sus ojos. Hemos estado riéndonos y disfrutando de la velada, tratando de olvidarnos de la pequeña distancia que ha ido creciendo entre nosotros. Es una distancia que se debe únicamente a mis propios secretos y a mi propia inseguridad, pero eso no significa que la barrera sea más fácil de cruzar.

Muevo la cabeza.

—No es nada. Solo que me entristece pasar las fiestas sin mi padre. Las Navidades ya no serán lo mismo.

Mi voz suena veraz y por un momento estoy dispuesta a convencerme a mí misma de que es mi dolor lo único que nos separa a James y a mí.

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo único a lo que has estado dando vueltas estas últimas semanas y que te tiene tan distante? Porque no puedo evitar pensar que hay algo más.

«Díselo. Díselo antes de que sea demasiado tarde, antes de apartarlo de ti definitivamente». Pero la voz no insiste lo bastante. Asiento y le sonrío con toda la calma que puedo.

—Siento haberte preocupado. Se me pasará con el tiempo.

Quiero creer que le estoy protegiendo, aunque es la vergüenza lo que me mantiene callada. En lo más hondo no puedo negar que lo que me preocupa es que James no me quiera cuando se entere de la terrible historia de la que formo parte.



—La señorita Gray no lo aprobaría.

La voz de Alice sale a mi encuentro cuando estoy cerrando la puerta, aunque no es la nueva y despiadada Alice a quien estoy contemplando con recelo. Su voz es traviesa, su figura un trazo desvaído en las escaleras. Se sienta descuidadamente en los escalones reclinando su cuerpo sobre ellos para apoyar los codos.

Voy hacia las escaleras y me dejo caer a su lado en un escalón.

—Bueno, es cierto, aunque me atrevo a aventurar que tampoco aprobaría la postura que tienes en estos momentos.

Sus dientes destellan en la oscuridad y nuestras sonrisas coinciden en el misterioso silencio de la casa.

—¿Te vas a casar con él?

—No lo sé. Lo he pensado. Antes estaba más segura de eso que de nada en el mundo.

—¿Y ahora?

—Sé que las cosas no son tan sencillas —le digo encogiéndome de hombros.

Ella tarda unos instantes en responder.

—No, supongo que no. Aunque puede que haya un modo. Un modo para que las dos tengamos lo que más deseamos.

Percibo la oferta que no expresa en palabras acerca del tema al que está dando vueltas. Pero no estoy dispuesta a revelar nada de lo que tanto me ha costado descubrir. No hasta que oiga lo que pretende decir.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí, Lia —dice bajando la voz—. Tú deseas casarte con James y tener hijos, vivir una vida tranquila con él. Te darás cuenta de lo imposible que es ese sueño... tal como están las cosas ahora. Tal como estás luchando con las almas.

La franqueza de sus palabras me sorprende. De repente se ha quitado la máscara. Sabe tanto como yo, tal vez incluso más. Ahora es bastante evidente y me pregunto por qué la he creído un poco ajena a la profecía y a su funcionamiento.

A falta de mi negativa, Alice prosigue.

—Si cumples con tu deber hacia Samael, encontrarás la paz. Te dejará vivir la vida que deseas. ¿No sería lo mejor para todos? ¿Acaso no es eso lo que desearía esa pequeña parte de ti que nació para ser la puerta?

Me gustaría decirle que las palabras no sirven de nada, que esas oscuras promesas me dejan indiferente. Pero sería mentira, pues mientras ella habla sobre el cumplimiento de los antiguos augurios de la profecía, parte de mí se emociona de antemano. Quiero creer que es tan solo esa parte mía que desea una vida junto a James, como cualquier otra chica, aunque en algún lugar recóndito de mi conciencia sé que se trata de algo más. Son los cantos de sirena de mi deseado cometido dentro de la profecía. Es la parte más profunda de mí, esa que pretendo ignorar, la parte que debe luchar contra la tentación de hacer precisamente lo que Alice quiere que haga.

Muevo la cabeza en señal de rechazo, esperando que no me traicione mi debilidad.

—No..., no es como dices —replico con calma, apelando a la Alice de mi niñez, la Alice a la que quiero—. Es verdad que deseo vivir con James, pero no querría vivir en la oscuridad de un mundo regido por las almas. Seguro que lo entiendes, Alice. Estamos de acuerdo en una cosa: deberíamos trabajar en una causa común, una causa que es un asunto fácil de decidir. Tú eres la guardiana. Tu deber es proteger al mundo de las almas. Y yo..., bueno, también tengo elección. Y no voy a ayudarles. No pienso hacer nada en absoluto que pueda servirles para destruir las cosas y a la gente que amo. ¿Y no es ese el propósito de las dos? ¿Proteger a Henry y a tía Virginia, la única familia que nos queda?

Su rostro está medio oculto entre las sombras, pero veo cómo duda ante la mención de Henry y tía Virginia. Se lo piensa antes de hablar y en ese instante toda una serie de gestos se refleja en sus facciones. En una décima de segundo, una infantil inseguridad cede paso a la resignación.

—Yo no debía ser la guardiana, Lia. Las dos lo sabemos. Por eso me siento así. Por eso sé desde niña cuál es mi deber respecto a las almas, sea cual sea el nombre que la profecía me haya asignado... No puedo evitar sentir como siento. Así es como soy.

Sacudo la cabeza deseando no oír la hablar de ese modo. Resulta duro oír hablar

así a esta Alice. Si se tratara de la Alice de estos últimos días, la de la mirada fría, la Alice mal encarada... bueno, entonces resultaría más fácil no tener en cuenta sus palabras.

Se humedece los labios con la lengua y resplandecen en la oscuridad.

—Si trabajamos en equipo, estaremos a salvo, Lia. Nosotras y aquellos a quienes amamos. Puedo garantizarte tu seguridad. Y la seguridad de James y Henry y tía Virginia. Esas son las cosas por las que merece la pena vivir en este mundo, ¿no? Mientras conservemos esas cosas, ¿qué más da quien gobierne? ¿No merece la pena sacrificar parte de tus escrúpulos para vivir en paz?

Sus palabras dejan traslucir una creciente desesperación que me saca del aterciopelado encanto de su voz. Muevo la cabeza con fuerza, como para alejar de mí el susurro de esa promesa que tanto me atrae pese a mi deseo de rechazarla.

—No puedo..., no puedo hacerlo, Alice. Simplemente no puedo. Yo tampoco puedo evitar sentir como siento. Así es como soy yo.

Pienso que se va a enfadar, pero el tono de su voz solo transmite tristeza.

—Sí. Me lo imaginaba. Lo siento, Lia.

Su mano busca la mía por encima del escalón y me la coge tal como solía hacerlo cuando éramos pequeñas. En realidad, la suya no es más grande que la mía y, sin embargo, hubo un tiempo en que siempre me sentía a salvo cogida de la mano de Alice. No sé por qué dice que lo siente, pero me temo que pronto lo averiguaré.

Y mi mano ya no volverá a estar a salvo entre las suyas.



—¡Lia! —Sonia me indica por señas que entre en la habitación de invitados cuando me dirijo en silencio hacia la mía y mientras todavía resuena en mis oídos la conversación con Alice.

Entro en la habitación.

—Pensé que ya estaríais dormidas después de un día tan largo.

—Hemos pasado un día maravilloso, Lia. Pero aún nos queda trabajo por delante, ¿no es así?

Los ojos de Sonia se posan en Luisa, que está sentada en una de las camas.

Titubeo antes de asentir. Solo espero que Luisa sea tan comprensiva como Sonia.

Luisa arquea las cejas.

—¿Qué pasa, Lia? ¿Algo va mal?

Me siento en el extremo de la cama, negando con la cabeza.

—Precisamente mal, no. Pero hay una cosa que no he tenido ocasión de comentarte. Algo que averigüé justo después de que tú y Sonia vinieseis a tomar el té.

—¿Y qué es?

Me paso la mano por la frente, intentando calmar mis nervios antes de revelar algo que podría acabar con una amistad que se ha convertido en un tesoro para mí. No es fácil encontrar el modo de decirlo, así que lo voy a hacer del modo más sencillo y rápido posible. Le cuento el motivo por el cual mi marca es diferente, resistiendo a la necesidad de suavizar la información racionalizándola o tranquilizándola a ella. Si de verdad vamos a trabajar juntas, Luisa tiene que comprender exactamente quién soy.

No responde de inmediato. Al contrario de lo que yo esperaba, ni protesta ni se enfada. Me mira a los ojos, como si las respuestas a todas sus preguntas se encontrasen allí. Por fin se me acerca y me toma de la mano, la mano que Alice acaba de soltar para siempre. Cuando Luisa comienza a hablar, sus palabras son sencillas,

pero dejan margen para la esperanza.

—Cuéntamelo todo.

Y eso hago. Le hablo de la profecía, de mi papel en ella, del medallón. Se toma mi revelación con estoica calma y acepta la constatación de que soy el ángel y la puerta como un pequeño problema. Llego al final de mi relato, sabiendo que somos todas nosotras quienes escribiremos el resto de la historia.

—De modo que volvemos a las llaves —digo—. Pero con algo más de lo que teníamos antes.

Luisa asiente haciendo danzar sus rizos sobre la nuca.

—Y ahí es donde entra la misteriosa Madame Berrier, ¿no es así?

Miro sorprendida a Sonia, levantando las cejas.

Ella inclina la cabeza y sonrío.

—Le hablé de nuestra visita a Madame Berrier.

—Bien. Entonces, ya estás al día.

—Sí —dice Luisa—, solo...

—¿Solo qué?

—Bueno, ¿por qué no me invitasteis a ir? Me hubiese gustado enterarme de más cosas sobre la profecía...

He notado el quiebro de su voz y siento una punzada de remordimiento, aunque Sonia se adelanta a responder antes que yo pueda hacerlo.

—Fue cosa mía, Luisa. La criada de la señora Millburn conoce a una de las de Lia. Tenía miedo de dejarte una nota en Wycliffe. No quería causarte problemas y sabía que nada te detendría si te enterabas de nuestra visita, fueran cuales fuesen las consecuencias.

El silencio de Luisa me hace temer que hayamos herido sus sentimientos, aunque emite un gruñido a modo de asentimiento.

—Supongo que tienes razón. ¡Puedo llegar a ser muy terca! —se echa a reír como respuesta a su propia crítica—. Entonces, ¿qué fue lo que dijo esa misteriosa mujer?

—Nos contó que Samhain es una antigua fiesta druídica que marca un periodo de oscuridad —me enderezo para quitarme las horquillas del pelo—. Al parecer, coincide con el uno de noviembre, aunque no tenemos ni idea de qué tiene que ver eso con las llaves. Lo único interesante es que también es el cumpleaños de Sonia.

Luisa se incorpora y se pone más tensa.

—¿Qué has dicho?

La expresión de su rostro hace que me detenga. Bajo las manos y el pelo cae sobre mis hombros.

Sonia interviene desde la otra cama, donde está sentada con la cabeza reclinada en el cabecero.

—Ha dicho que da la casualidad de que mi cumpleaños cae en el día de Samhain,



el uno de noviembre.

Luisa palidece.

—¿Luisa? ¿Qué es lo que te pasa? —le pregunto.

—Pues que... Bueno, es todo tan extraño...

Se queda mirando el fuego, hablando en voz baja como para sí misma.

—¿Qué sucede? —Sonia se desliza hasta el borde de la otra cama.

La mirada de Luisa se cruza con la de Sonia.

—Que el uno de noviembre es tu cumpleaños. Es extraño porque también es el mío.

Sonia se pone en pie y se encamina hacia el fuego antes de darse la vuelta para mirarnos de frente.

—Pero eso es... ¿En qué año naciste? —le tiembla la voz al hacer la pregunta.

—Mil ochocientos setenta y cuatro —responde Luisa en un susurro que parece arrastrarse hacia los rincones en sombras de la habitación.

—Sí —afirma Sonia con la cabeza—. Sí. Yo también.

Mientras me paseo por delante de ellas, trato de ordenar mi mente en torno a las dispares piezas del enigma.

—No tiene sentido. Mi cumpleaños no es el uno de noviembre, así que eso no tiene que ver con todas nosotras, solo con vosotras dos —murmuro en voz alta, pero sin dirigirme a nadie en particular—. ¿Cómo se supone que debemos interpretar algo tan... tan...?

—¿Demencial? —propone Luisa desde la cama.

Me vuelvo para mirarla.

—Sí. Demencial. Es de locos, ¿no crees?

Sonia se deja caer en el sillón al lado del fuego.

—¿Y ahora qué hacemos? El que coincida la fecha de nuestro cumpleaños es raro, pero no nos ayuda en nada a buscar las llaves.

—Precisamente eso es lo que estaba intentando deciros —replico, recordando la carta—. Puede que sí nos sirva.

—¿A qué te refieres? —pregunta Sonia, levantando la vista.

Saco el sobre de mi bolsillo y se lo entrego.

—Madame Berrier me envió esto después de nuestra visita.

Sonia se apresura a coger el sobre, lo abre y se lo pasa a Luisa cuando ha terminado de leer.

—¿Quién es Alastair Wigan? —pregunta Luisa.

—No lo sé —contesto sacudiendo la cabeza—. Pero mañana lo averiguaremos.



A la mañana siguiente, tras bajar las escaleras, cogemos nuestras capas en el vestíbulo y salimos al encuentro de la fría luz del sol. Ya he arreglado lo de nuestra salida con tía Virginia. Sé que ha detectado que era mentira mi excusa de que vamos a ir al pueblo a tomar un té, pero si a mí me sucediese algo, ella es quien se encargaría de cuidar de Henry. Solo trato de protegerla. De protegerlos a los dos.

Desde mi conversación con Alice en las escaleras siento como si hubiese cruzado una barrera invisible, un punto tras el cual solo puede haber tristeza y vacío. Nuestra competición por acabar con la profecía del modo que cada una de nosotras desea va a ser peligrosa, incluso mortal. No obstante, no puedo hacer nada, sino seguir adelante, a no ser que quiera vivir entre sombras el resto de mi vida.

Y eso, sencillamente, no es una opción.



Sonia, Luisa y yo cruzamos el césped en animada conversación, dispuestas de momento a alegrarnos por la excursión de hoy, por muy secretas que sean sus razones.

Subimos las escaleras de la cochera para dirigirnos a las habitaciones que Edmund lleva ocupando desde siempre, que yo recuerde. Acude pronto a abrir la puerta en respuesta a mi llamada y constata desde el umbral la presencia de Sonia, de Luisa y la mía.

Antes de que hayamos podido decir una palabra, coge su capa y se dirige a nosotras.

—¿Y bien? ¿Adónde vamos hoy, señorita?



Avanzamos entre zarandeos por los caminos que nos alejan cada vez más de Birchwood. Yo ya sabía por la dirección que no iríamos al pueblo, aunque no imaginaba que estuviese tan lejos o en un lugar tan apartado.

Y debe estar muy apartado, pues llevamos viajando tanto tiempo que nuestra animación ha quedado reducida a la nada, solo damos suspiros de cansancio y echamos largos vistazos por las ventanillas del carruaje. Agradezco el silencio. Abrigo muchas esperanzas de que el señor Wigan pueda ayudarnos a encontrar las llaves.

Edmund se desvía del camino principal y entra por un sendero que oscurece el carruaje debido a los árboles que nos rodean por ambos lados y por encima de nuestras cabezas. Lanzamos un sonoro suspiro cuando de repente todo se ilumina y

Edmund detiene a los caballos.

—¡Gracias a Dios! —exclama Luisa, pasándose una mano por la frente—. ¡Creí que iba a marearme!

Abre la portezuela de golpe y se baja tambaleante del carruaje sin aguardar a Edmund. Espero fervientemente que no se haya mareado. No sé cuánto se alegrará el señor Wigan de ver aparecer a tres muchachas en el umbral de su puerta, pero supongo que se alegraría mucho menos si una de ellas vomitara el desayuno entre sus arbustos.

Sin embargo, Luisa recobra la compostura y se seca la frente con un pañuelo. Nos encaminamos hacia la puerta de la destartada casita, situada en el centro de un pequeño claro. A un lado hay un pequeño jardín abierto, y una cabra nos contempla con pereza desde el patio. Unas cuantas gallinas andan por allí picoteando alguna semilla extraviada, pero, aparte de estos pocos animales, el nombre de granja Lerwick parece algo excesivo para un lugar tan pequeño.

Mientras llamo a la puerta con los nudillos descascarillando la pintura blanca, que cae al suelo pese a la escasa presión de mi mano, Edmund permanece a nuestras espaldas. No acude nadie y nos quedamos plantadas entre el silencioso cloqueo de las gallinas, preguntándonos qué debemos hacer ahora. Luisa acaba de levantar la mano con autoridad cuando escuchamos una voz detrás de nosotras.

—¡Pero mira quiénes están aquí, hola! ¡Ustedes deben ser las jovencitas de las que me habló Sylvia!

Damos media vuelta para ponernos frente a un hombrecillo que viste unos pantalones de *tweed* y una camisa a medio abrochar, la calva reluciente bajo la luz del sol. No soy capaz de ubicar el acento de su voz, aunque creo que se trata de algún vestigio escocés o irlandés, amortiguado por una fuerte pronunciación americana.

—¿Qué pasa? Les ha comido la lengua el gato, ¿eh? —se acerca a nosotras—. Alastair Wigan, a su servicio. Sylvia me dijo que vendrían.

Parece contento de vernos, como si fuésemos viejas amigas suyas, y me cuesta un poco darme cuenta de que no tengo la más mínima idea de a quién se está refiriendo.

—Buenas tardes, señor Wigan. Yo soy Lia Milthorpe y estas son mis amigas Sonia Sorrensen y Luisa Torelli, y nuestro cochero Edmund —se suceden los apretones de manos y un murmullo de saludos—. Aunque me temo que no conocemos a Sylvia...

Su rostro dibuja una sonrisa, y sus ojos adquieren una expresión diabólica.

—¡Vaya, seguro que sí! Sylvia Berrier, esa encantadora belleza del pueblo.

Su lenguaje consigue ruborizar a Sonia. Disimulo una sonrisa mientras Luisa tose tras dejar escapar una risita de su garganta.

—Bueno, ahora siento mucho más no haber conocido yo misma a Madame Berrier —dice Luisa, con una sonrisa burlona—. ¡Suena fascinante!

—¡Ya lo creo que es fascinante! —el señor Wigan asiente con complicidad, con la mirada ausente. De repente vuelve en sí, como si se hubiese acordado de nosotras—. ¡Bueno, no puedo tenerlas aquí paradas en la entrada como a unas desconocidas, siendo amigas de Sylvia Berrier!

Se encamina despacio en dirección al porche.

—De modo que adelante. Voy a hacer un poco de té. He estado experimentando con un nuevo brebaje hecho con hierbas de mi jardín y no se me ofrece muy a menudo la ocasión de hacérselo probar a nadie más que a Algernon.

—¿Algernon? —pregunto, echando una ojeada a mi alrededor.

El señor Wigan señala con la mano en dirección al patio.

—Sí, sí.

Mantiene la puerta abierta mientras pasamos una tras otra.

Al entrar en la casa, echo un último vistazo al patio. Allí no hay nadie, solo gallinas y una cabra. Caramba.

—¿Algernon es... es la cabra? —pregunto.

—¡Por supuesto que sí!

El señor Wigan se dirige a otra habitación y su voz se va debilitando conforme cruza la pequeña casa.

La mirada de Luisa se cruza con la mía, en sus ojos hay una expresión divertida. Está claro que encuentra fascinante lo que está sucediendo. Mis ojos se acostumbran a la penumbra de la minúscula casa. Me atemorizan bastante las cosas raras que hay esparcidas por todas las superficies.

Hay piedras y plumas esparcidas por las estanterías, polvorientas y llenas a rebosar. Hay reliquias talladas en madera colocadas al lado de inquietantes muñecas, y unos cuantos esqueletos extraños nos observan, algunos de ellos con la luz de la chimenea parpadeando tras sus ojos ciegos. Me parece reconocer la minúscula cabeza, del tamaño de una nuez, de una ardilla y tal vez un cráneo humano resquebrajado que reposa sobre la repisa de la chimenea sujetando unos libros. Me estremezco a pesar de que la habitación está bastante caliente.

Edmund está apoyado en la pared junto a la puerta. Abarca con la vista toda la habitación de forma metódica, como almacenándola para tener un futuro punto de referencia. La terca expresión de su mandíbula me dice que no tiene intención de dejarnos solas en esta casa extraña y, la verdad, su presencia me tranquiliza. Sin duda parecerá egoísta, pero me alegra muchísimo que esté aquí.

—¡Bueno, aquí estamos! —el señor Wigan regresa cargando con una pequeña bandeja. Echa una ojeada por la abarrotada habitación en busca de un hueco donde colocar la bandeja—. ¡Vaya por Dios!

Sonia se apresura a ayudarlo.

—¿Retiro los libros de esta mesa de aquí?

Gesticula señalando una pila de volúmenes, bajo los cuales se supone que hay una mesa, aunque desde donde yo me encuentro no consigo ver ni siquiera una parte de ella.

—Oh, sí. ¡Sí, claro! —dice el señor Wigan.

Me pongo en movimiento para ayudar a Sonia y juntas colocamos los libros en el suelo, levantando una nube de polvo que nos hace toser a las dos. Cuando terminamos, trato de ignorar la suciedad de la mesa, pues el señor Wigan no parece darse cuenta y coloca allí la bandeja sin la menor intención de limpiarla.

—¡Eso es! Sylvia me dijo que se traían un misterio entre manos —nos dice mientras sirve el té en tazas de distintos juegos y nos las ofrece de uno en uno, incluyendo a Edmund, que se acerca sorprendido y asiente con agradecimiento—. Me ha contado todo acerca de la profecía, aunque yo ya había oído hablar de ella a mi perversa madre pagana —en sus ojos hay un brillo travieso, que evidencia que no piensa tal cosa de su madre—. Es una auténtica maravilla oír hablar de ella aquí y no en otra parte.

—¿Qué quiere usted...? ¡Oh! —me quedo sorprendida al notar el té sobre la lengua. Me parece que sabe a naranja y a regaliz—. ¡Está muy bueno!

El señor Wigan se inclina hacia delante y la satisfacción que siente hace aparecer en su rostro aún más arrugas de las que tiene.

—¿De verdad lo cree? ¿No está demasiado cargado?

Muevo la cabeza.

—¡En absoluto! ¡Es maravilloso! —tomo otro sorbo antes de dejar la taza—. ¿Por qué le sorprende oír hablar de la profecía aquí... y no en otra parte?

—Bueno, porque en realidad es un mito celta. Por supuesto que en la Biblia también se mencionan guardianes, pero el mito de las hermanas proviene de los celtas, de Bretaña, creo.

—Ya veo —asiento con la cabeza—. Bueno, no estoy segura de entender por qué Madame Berrier, es decir, Sylvia pensó que tal vez usted podría ayudarnos...

—Sé bastante. Soy algo así como un experto en cosas del pasado. No cosas corrientes ni de las que conoce la gente. Seguramente son cosas que la mayoría de la gente cree que no merece la pena conocer. Sin embargo —suspira—, sé bastante sobre mitos célticos, mitos bíblicos, los druidas... —afirma agitando una mano llena de manchas producidas por el sol—. Todo es lo mismo, se llame como se quiera.

—Ya veo. Bueno, entonces, quizás pueda ayudarnos, señor Wigan —extraigo las notas traducidas de mi bolso y se las entrego—. Hay una parte de la profecía que no somos capaces de resolver. Madame Berrier nos habló de Samhain, pero no fue capaz de explicarnos lo que se refiere a la serpiente de piedra. Pensó que la palabra Aubur sonaba a algo que tiene que ver con su especialidad.

—Esto es tremendamente interesante —replica al tiempo que asiente y frunce los

labios—. Tremendamente interesante, ya lo creo.

Deposita el papel sobre su regazo, toma un sorbo de té y mira a todo el mundo, como si no tuviese intención de seguir hablando.

—Sí, bueno... —carraspeo.

—Lo que necesitamos saber, señor Wigan —interrumpe Luisa—, es si puede explicarnos ese dato.

Parece sorprendido, como si nunca se hubiese cuestionado el asunto. Se levanta, se dirige hacia una de las estanterías atestadas de libros y ojea los volúmenes allí colocados como si conociese cada uno de ellos, a pesar de su más que caprichosa ordenación. Le lleva menos de diez segundos extraer del estante un libro encuadernado en tela. Regresa a nuestro lado, vuelve a tomar asiento junto al fuego y da sorbos a su té mientras pasa las páginas del libro.

Luisa se sienta tan al borde de su asiento, inclinada hacia delante, que temo que vaya a caerse en cualquier momento. En su boca se dibuja una línea tensa y me imagino el esfuerzo que debe estar haciendo para no quitarle el libro al señor Wigan y consultarlo ella misma. Pero el señor Wigan ni murmura ni habla. Se limita a pasar despacio y con mucho cuidado las páginas antes de detenerse, por fin, cerca del final.

Me entrega el libro antes de dar la explicación.

—Ya no se la conoce como Aubur, como verá. Probablemente por eso Sylvia tuvo algún problema. Aubur es su nombre antiguo. Ahora la llamamos Avebury.

Bajo la vista hacia el libro. Contiene un artístico dibujo con pequeños monumentos que forman un círculo con una línea que lo atraviesa. No significa nada para mí.

—No lo entiendo. ¿Qué es?

Le paso el libro primero a Luisa, no vaya a darle un ataque si no le dejamos hacer otra cosa aparte de esperar y escuchar al señor Wigan.

—¡Es un círculo megalítico! Uno poco conocido, pero un círculo megalítico al fin y al cabo.

Sus palabras de pronto me traen algo a la memoria.

—¿Un círculo megalítico? ¿Quiere decir como ese grande que hay en Inglaterra? ¿Stonehenge?

El señor Wigan asiente.

—Ah, sí, Stonehenge. Ese es el que todo el mundo conoce, pero hay otros muchos, la mayor parte de ellos desperdigados por las islas Británicas.

Sonia tiene el libro en el regazo. Levanta la vista para mirar al señor Wigan.

—¿Y este... Avebury es uno de ellos? ¿Uno de los círculos megalíticos?

—Sí, eso es.

No parece tener mucho que añadir.

Luisa me mira preocupada antes de proseguir.

—¿Qué pasa con la serpiente de piedra? ¿Por qué la profecía le pone el nombre de Avebury a una cosa tan extraña?

—Bueno, eso es lo curioso. No mucha gente conoce la relación entre Avebury y la serpiente, pero si siguiéramos su trazado con una línea, nos daríamos cuenta de que presenta la forma de una serpiente, como pueden ver. Una serpiente que pasa por un círculo.

El gesto de alarma en los rostros de Sonia y Luisa debe ser un reflejo del mío, pues una serpiente que pasa por un círculo se asemeja bastante a la serpiente que rodea el círculo tanto en el medallón como en las marcas que tenemos todas.

—¿Pero qué tiene que ver con nosotras y con la profecía un círculo megalítico que además está en Inglaterra? —pregunta Luisa.

Recojo de la mesa la traducción de la profecía y leo en voz alta:

—«... emergidos del primer aliento de Samhain bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur» —sacudo la cabeza mirando al señor Wigan—. Las llaves. Algo sobre el hecho de que las llaves pudieron haberse fabricado cerca de Avebury... ¿Qué pasa con los pueblos de los alrededores? ¿Puede haber algún pueblo cerca de Avebury donde se pudieran haber escondido o fabricado las llaves? ¿Un pueblo conocido por su herrería, tal vez?

El señor Wigan se rasca la cabeza pensativo, frunciendo la frente.

—Bueno, la mayoría de los círculos megalíticos están situados en lugares apartados... Aunque puede que tenga algo que les sirva de ayuda.

Se levanta del sillón y se dirige hacia un gran escritorio que está apoyado en una pared y cubierto de toda clase de papeles y libros. Tras abrir el cajón inferior, se dedica a revolver en su interior antes de extraer un rollo de papel. Lo agita en el aire.

—Aquí. Vengan y echen un vistazo.

No se molesta en despejar el escritorio, sino que deposita el rollo de papel encima del revoltijo, desenrollándolo poco a poco hasta que queda patente que se trata de un mapa. Luisa coloca una piedra, dos libros y un jarrón de vidrio sobre las esquinas para evitar que el mapa vuelva a plegarse mientras lo estudiamos.

El señor Wigan se pone las gafas y nos inclinamos sobre el mapa, Edmund incluido. Me topo con sus ojos y descubro algo en ellos que me infunde confianza para compartir con él nuestro secreto. Era el empleado más veterano de mi padre. Su más viejo amigo. Si no puedo confiar en él, ¿en quién voy a hacerlo?

—Está bien, veamos. Avebury. Aquí —el señor Wigan señala con un dedo nudoso un lugar casi en el centro del mapa.

Apenas puedo distinguir las letras A-U-B en la penumbra de la habitación.

—Sí, aunque no creo que las llaves estén precisamente allí.

Luisa se hace sitio y examina el mapa mientras se mordisquea el pulgar.

—La profecía dice bajo la sombra de la serpiente de piedra, ¿no es así?



—Sí —el señor Wigan asiente—. Ya veo adónde quiere ir a parar. De modo que veamos... —desliza los dedos desde el centro del mapa hacia la periferia—. Tenemos la aldea de Newbury. Aquí —tamborilea sobre el mapa con el dedo, no muy lejos del lugar que había señalado como Avebury. Yo no distingo ninguna palabra que lo identifique como Newbury, aunque él parece que se maneja bien con el mapa, así que escucho lo que dice a continuación—. Y luego tenemos la aldea de Swindon, aquí —su tamborileo resuena en la habitación como un golpe seco—. Más adelante nos encontramos con la aldea de Bath, bastante famosa. Sí, bastante famosa, ya lo creo. Tal vez...

Pero Sonia le interrumpe antes de que prosiga.

—¿Bath? ¿Bath, Inglaterra? Pero...

Luisa levanta la vista, sus ojos brillan a la luz del fuego.

—¿Qué?

—Primero la fecha y ahora... —dice Sonia, mirando primero a Luisa antes de volverse hacia mí.

—¿Y ahora qué?

Se me ha hecho un nudo en el estómago. No sé lo que quiere decir, aunque presiento el giro de la rueda del destino.

—Y ahora Bath —dice—. Es donde yo nací. Eso fue lo que me dijo la señora Millburn cuando le pregunté, que nací en Bath.

Con sus palabras, algo encaja en su lugar. Miro a Luisa.

—Tú no naciste en Italia, ¿verdad, Luisa?

—No —murmura, atemorizada.

—Pero dijiste que habías nacido en Italia —parece como si gotas de pánico se destilaran de la voz de Sonia, que se hace añicos como el cristal.

Luisa mueve la cabeza.

—No. No lo dije. Dije que era italiana. Y lo soy. Pero mi madre era inglesa. Yo nací en Inglaterra y me llevaron a Italia cuando era un bebé.

—¿Qué otros pueblos hay, señor Wigan? —le pregunto—. ¿Otros pueblos que estén cerca de la serpiente de piedra de Avebury?

Hasta él parece nervioso mientras baja la vista al mapa y desliza el dedo sobre el papel de aquí allá hasta que encuentra el lugar.

—Veamos... Teníamos Newbury, Swindon, Bath —levanta la vista un instante y mira a Sonia antes de centrar de nuevo su atención en el mapa—. Siguiendo esta línea en un círculo más o menos, tenemos Stroud, Trowbridge, Salisbury y... Andover. ¿No le suena ninguno de esos, querida? —se queda mirando a Luisa, expectante.

Al principio creo haberme equivocado. Creo que tengo que haberme equivocado, pues Luisa se queda quieta como si nada de lo que acaba de decir el señor Wigan le hubiese causado la menor impresión. Él suelta un hondo suspiro y echa una ojeada al

mapa, como disponiéndose a seguir buscando otros pueblos, otras aldeas, cuando por fin Luisa rompe el silencio.

—Salisbury —murmura—. Nací en Salisbury.

«Cuatro marcas, cuatro llaves, círculo de fuego, emergidos del primer aliento de Samhain bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur». Las palabras de la profecía son un susurro en mi oído y de pronto lo sé.

—¿Sonia? ¿A qué hora naciste?

—No tengo ni idea —dice sacudiendo la cabeza.

Miro a Luisa.

—¿Luisa?

—Alrededor de medianoche, según me contaron.

Ahora estoy segura y creo que ellas también.

Miro a Sonia y a Luisa, sorprendida.

—Sois vosotras. Vosotras y las que llevan vuestra marca. Vosotras sois las llaves.



Estamos cansadas del viaje a casa del señor Wigan. Del aire festivo no queda nada mientras compartimos una tensa cena con tía Virginia, Alice y Henry. Después del postre nos retiramos a nuestras habitaciones, creo que con mutua preocupación. Acabo de ponerme el camisón y me estoy preparando para dormir, cuando una llamada en mi puerta me obliga a levantar la vista de la lámpara. Al abrir la puerta, aparecen en el umbral Luisa y Sonia en bata y zapatillas.

—¿Estáis despiertas? Pensé que ya estaríais a punto de dormiros.

Sonia sacude la cabeza.

—Me temo que aún tardaremos un rato en dormiros.

Retrocedo un paso, manteniendo la puerta abierta.

—Vamos. Pasad.

Luisa entra en la habitación y se apoya en la pared mientras Sonia se sienta en el borde de la cama. Yo me siento a su lado y miro detenidamente su pálido rostro a la luz del fuego.

—¿Qué ocurre?

—Luisa y yo hemos estado discutiendo algunas cosas. Y estamos de acuerdo. Si nosotras somos las llaves, cuanto antes podamos acabar con la profecía, tanto mejor.

Hago un gesto afirmativo, suspirando hondo.

—De acuerdo. ¿Pero... te encuentras bien?

Sonia extiende su mano y coge la mía.

—Es que ha sido tan... tan... sorprendente. Durante un rato pensé que me iba a quedar sin respiración. Yo ya sabía que de algún modo formábamos parte de la profecía, claro. ¿Por qué si no íbamos a tener Luisa y yo la marca? Aun así, supongo que de repente me parece bastante aterrador estar en esta situación.

Sonrío mirándola a los ojos.

—Lo comprendo. Pero es mejor trabajar juntas que sola, ¿no? —ella asiente

devolviéndome la sonrisa y yo me acerco al fuego y me doy la vuelta para ponerme frente a ellas—. Entonces, de acuerdo, va siendo hora de hacer nuestra siguiente jugada, de buscar a las otras llaves.

Sonia sacude la cabeza.

—¿Pero cómo? Debemos ser cuatro, ¿no es eso? Dos más, aparte de Luisa y de mí.

—Cierto, pero no tendremos que empezar por el principio si encontramos la lista. La confusión de Luisa se evidencia en la expresión de su cara.

—¿Qué lista?

—La lista de nombres que reunió mi padre. ¿No te acuerdas? Ya os conté que tía Virginia me dijo que buscaba niñas, que tenía una lista de nombres y de lugares. Antes parecía fruto del azar el que os hubiera encontrado, pero ahora tiene más sentido. Si todas las llaves nacieron cerca de Avebury alrededor de medianoche el uno de noviembre del mismo año, no debería ser muy difícil encontrar a las cuatro niñas con la marca. Tú y Sonia apareceríais en esa lista y si vosotras estabais en ella, probablemente lo estarían las otras. Si la encontramos antes que Alice, podemos intentar localizar a las otras llaves.

Sonia se incorpora manteniendo los extremos de sus dedos posados sobre la frente como muestra de su frustración.

—Aunque consigamos reunir a todas las llaves, no sabemos cómo terminar con la profecía.

Me cruzo con la mirada de Luisa. Nos hemos acostumbrado al tranquilo comportamiento de Sonia y ninguna de nosotras sabe qué decir a la vista de su inesperada desmoralización.

Digo lo único que sé con certeza:

—Sé que esto es de locos. De verdad que sí. Pero a mi padre le costó casi diez años llegar hasta donde lo hizo, y ahora mismo puede que haya una forma de encontrar a las otras llaves sin tener que volver al principio. Si es así, tenemos que encontrar la lista cuanto antes porque seguramente sería peligrosa en manos de Alice. Puede que lo demás se nos revele de pronto o quizás tengamos que buscar la manera de averiguarlo con las pistas de que disponemos.

Sonia se deja caer de nuevo en su sitio sin decir una palabra y apoyando la cabeza entre las manos.

—De acuerdo, Lia —dice con calma Luisa desde el otro extremo de la habitación. Me alivia comprobar que ha vuelto el brillo a sus ojos—. ¿Dónde deberíamos buscar? ¿Dónde podría estar escondida la lista?

—Precisamente he estado pensando en eso. Solo hay una persona que sabe más que ninguna de nosotras sobre la profecía...

Sonia levanta la vista.

—¿Quién?

—Mi padre.

Luisa habla desde el otro extremo de la habitación.

—Pero, Lia... Tu padre... Lo que quiero decir es...

—Sé bien que mi padre está muerto, Luisa. Pero a veces Sonia puede hablar con los muertos, ¿no es cierto, Sonia?

Su rostro, terso como el alabastro a la luz del fuego, no deja traslucir ninguna emoción.

—Bueno, sí. A veces —viene hacia mí y se me queda mirando a los ojos—. Pero no siempre. No puedo controlar quién viene y quién no. No puedo controlar los mensajes que se transmiten de un mundo a otro. No alardeo cuando les digo a mis clientes que actúo por voluntad de los espíritus. Es la pura verdad.

—Sí, pero podrías intentarlo, ¿no? ¿Podrías... podrías invocarle? ¿Hacer que se presente?

Su respuesta me llega bastante más despacio y con menor entusiasmo del que yo esperaba.

—Supongo. ¿Pero qué pasa con Virginia? Dijiste que en su día fue la guardiana. ¿No podemos limitarnos a preguntárselo a ella?

—Mi padre lo mantuvo todo en secreto. Ella sabía que existía una lista, pero no dónde estaba escondida, y solo conoce una parte de la profecía. Solo la que le toca a ella y la correspondiente a mi madre. Y seguro que Alice no va a compartir nada con nosotras —sacudo la cabeza—. No. Tenemos que hablar con mi padre. Es la única manera.

—Pero, aunque consiguiese localizar a tu padre, los espíritus no pueden intervenir en el mundo que han dejado atrás. Pueden hablarnos de otros mundos y de cómo eran las cosas antes de que pasaran al otro lado, pero no pueden ver nada de nuestro mundo después de haberlo abandonado —hace una pausa y aprieta los labios como tratando de encontrar las palabras que necesita—. Una vez que el alma se traslada al otro mundo, es como si... como si cayese una cortina entre esa alma y nosotros. A veces es tan fina que podemos hablar con ella, pero tu padre no podrá hablarte de nada de lo que haya sucedido desde su muerte.

Sería mentira si dijese que no me siento defraudada. Esperaba poder recibir una rápida y breve respuesta para localizar la lista. Aun así, eso no significa que mi padre no pueda sernos útil.

—¿Y no... podría contarnos dónde la escondió antes de su muerte?

—Creo que sí —asiente.

Un resquicio de esperanza se abre paso en mi corazón.

—Puede que aún esté aquí... Merece la pena intentarlo, ¿no? Hay que empezar por algún sitio.

Sonia asiente mirándome a los ojos.

—De acuerdo. Intentémoslo.

Nos trasladamos al suelo sin añadir una palabra y nos sentamos formando un pequeño círculo frente al fuego. Una vez allí, nos cogemos apresuradamente de las manos, como si eso pudiese servirnos de protección ante lo que pueda estar aguardándonos al otro lado de este mundo. Recuerdo aquel primer encuentro en la sala de sesiones en casa de la señora Millburn. Qué lejano parece y qué imposible se me antoja que ahora estemos juntas en Birchwood formando otro círculo, en esta ocasión sin Alice y para algo bastante más peligroso que por un simple divertimento.

Sonia cierra los ojos. Miro a Luisa, sus pestañas oscuras e increíblemente largas proyectan sombra sobre la delicada superficie de sus pómulos. No me queda más opción que unirme a ellas. Cierro los ojos y aguardo escuchando la suave respiración de Sonia. Como no sucede nada, abro los ojos y me encuentro con que Sonia me está mirando.

—¿Algo va mal? —le pregunto.

Traga saliva con tanta fuerza que se le tensa el delicado cuello.

—No es más que... Bueno —dice soltando una risita nerviosa—, de pronto me he dado cuenta de que tengo miedo. ¿Me vigilarás? Si ocurriese algo, si algo fuese mal, tienes que romper el círculo y obligarme a salir del trance.

Sé de lo que me está hablando. Yo misma he sentido a ese ente oscuro. He escuchado el palpitar de las almas, he sentido su abrasador aliento a mis espaldas.

—Estaremos vigilándote, Sonia. Tienes mi palabra.

Ella asiente con la cabeza y cierra los ojos para conjurar el miedo.

Durante un rato no sucede nada. Caigo en un estado casi hipnótico gracias al crepitar del fuego y al silencio de la habitación. Ya he dejado de albergar esperanzas de que vaya a suceder algo cuando lo huelo, igual que la otra vez. Se trata del débil recuerdo de la pipa de papá, de la lana de su chaqueta favorita impregnada del olor a cedro del armario.

La voz de Sonia quiebra el pesado silencio de la habitación.

—¿Es usted Thomas Milthorpe? ¿El padre de Lia, Alice y Henry? —hace una pausa antes de proseguir con voz más calmada—. Sí, sí. Nos callaremos.

Sus ojos se abren mostrando un intenso e insólito fulgor. El azul de sus ojos es más vivo, el negro círculo del contorno de su pupila está mucho más definido. Una extraña energía latente, casi audible, ha invadido la habitación y hace que me sienta animada y abrumada al mismo tiempo. Tengo que contener las ganas de cubrirme los ojos, como si así pudiese ahuyentar de algún modo la presencia que parece haberse derramado por toda la habitación desde algún lugar invisible.

—Antes de que Lia hable contigo, espíritu, debes contarle algo que solo ella sepa. Algo que demuestre tu identidad.

Me pregunto el porqué de esa demanda, qué motivos tiene Sonia para hacerla, mientras espero a que me transmita la respuesta de mi padre. De pronto noto en la palma de la mano que tengo enlazada con la de Sonia un irritante cosquilleo que va extendiéndose a los dedos de tal modo que me parece como si estuvieran ardiendo. Y entonces escucho una voz ronca que parece provenir de muy lejos:

—¿Lia? ¿Lia? ¿Me oyes, hija mía?

Muevo la cabeza sin dar crédito. Es la voz de mi padre, de eso estoy segura, pero no entiendo cómo he llegado a escucharla, a contactar con mi padre muerto simplemente por coger de la mano a Sonia. Mis ojos se fijan en Luisa y noto el calor intenso de su mano en la mía. Tiene los ojos abiertos de par en par y observa sorprendida a Sonia. Ella también lo ha escuchado.

La voz, que proviene de todas partes y a la vez de ninguna, demanda mi atención.

—Lia... Escucha. Tenemos mucho de que hablar... —la voz cruje, se quiebra en medio de algunas palabras—. Voy a darte la prueba que me pide la mediadora de los espíritus, pero debemos darnos prisa. Ellos vendrán enseguida... —su voz se desvanece un instante antes de resurgir—. Lia... Hija..., ¿recuerdas cuando intentaste construir la balsa? A Henry se le cayó... al río y... ¿lo recuerdas? Eras tan pequeña, aunque... estabas segura de poder pescarlo, de... haber remado con rapidez. Nunca se te dio bien... construir cosas, Lia. ¿Lo recuerdas? De todos modos, lo intentaste. Trabajaste y trabajaste, aunque seguramente... no podía salir bien...

Las lágrimas hacen que me escuezan los párpados al recordar lo que me costó construir una improvisada balsa para ir a buscar el barco de juguete de Henry, segura de que podría recuperarlo aunque ya viajara decidido corriente abajo. Alice estaba allí sin hacer nada y no paraba de decir una y otra vez que no podría hacerlo. Creo que incluso el pobre Henry sabía que nunca alcanzaríamos el juguete, a pesar de que la corriente del río era bastante apacible después de una larga estación sin lluvias. De todos modos, me puse a ensamblar maderos a martillazos con mi mejor mandil puesto y usando las herramientas y la chatarra que se habían dejado por allí los obreros de mi padre antes de irse a almorzar. Trabajé con entusiasmo a pesar de no ser nada habilidosa. Cuando por fin eché al agua mi improvisada balsa de rescate, se hundió antes de que pudiera poner encima siquiera un dedo del pie. Creo que estaba yo más consternada por haber sido incapaz de salvar el barco de juguete que Henry por haberlo perdido.

—Lo recuerdo —susurro.

Durante unos instantes reina el silencio y temo haber perdido la frágil conexión con el otro mundo. Pero la voz regresa, aunque algo más débil.

—Bien, Lia. Bien. Debes encontrar... las llaves. Yo traté... traté de... partes. Localicé... pero solo dos... Tienes que... lista... para completar el círculo. La dejé en... detrás de... Es la única manera... acabar con la profecía. Tú eres el... Es tu...

de una vez por todas, pero no sin las cuatro.

Noto cómo su presencia se va desvaneciendo, al igual que oigo cómo se quiebra su voz. La energía que había invadido por completo la habitación se debilita ahora, aumentando ligeramente de intensidad unos segundos antes de disminuir a mayor ritmo.

Sonia interviene mostrando más autoridad en su trance espiritual que en el mundo real.

—Señor Milthorpe, tenemos que encontrar la lista de las llaves. Su presencia se está desvaneciendo. No hemos entendido todo lo que ha dicho. ¿Puede repetirlo? ¿Puede permanecer con nosotras, señor Milthorpe?

Aguardamos su respuesta en silencio y oímos al final un susurro aún más apremiante que antes.

—Chsss... Ya viene. Me... ir. Lia... Tienes que encontrar la lista... están las llaves. Mira... Henry es cuanto queda del velo. Estamos... ti, hija. Te...

Y luego desaparece. Noto la falta de su presencia. La habitación, que antes parecía tan normal como cualquier otra, ahora parece vacía sin el calor del espíritu de mi padre. La cabeza de Sonia cae sobre su pecho, como si se hubiese quedado dormida de repente.

—¿Sonia? Ya pasó, Sonia. Ya puedes...

Pero no consigo decir nada más. De repente levanta bruscamente la cabeza, con sus ojos azules abiertos mirándome fijamente, aún más vibrantes. La voz que emerge de su garganta no es la suya, tampoco es la de mi padre:

—Te traes entre manos un peligroso juego, señora.

Un estremecimiento recorre mi columna desde la nuca, como una gota de lluvia. Sonia tiene los ojos vidriosos y sé que no es ella realmente.

Me enderezo analizando febrilmente qué es lo que podemos hacer, mientras trato de mantener una apariencia tranquila.

—Debes marcharte. No perteneces a este lugar.

—Te equivocas. ¿Por qué no me permites pasar? ¿Por qué tienes que buscar las llaves si soy yo quien puede otorgarte cuanto deseas? Únete a mí, señora, y deja que reine el caos.

Los ojos me tienen fascinada, unos ojos que son y no son de Sonia. Escuchar esa fantasmagórica voz surgiendo del rostro delicado de Sonia resulta morboso y fascinante al mismo tiempo.

—Márchate, espíritu. No eres bienvenido —trato de mantener firme la voz, pero la presencia del mal, saber que estoy tan cerca de algo que no comprendo me hace temblar.

—No habrá paz hasta que abras la puerta —es como un canto, el grito de miles de voces suaves e insidiosas—. Abre la puerta... Abre la puerta... Abre la...



Me echo atrás bruscamente rompiendo el círculo mientras Luisa se lanza al centro, agarra a Sonia por los hombros y la sacude..., la sacude.

—¡Sonia! ¡Despierta, Sonia! ¡Tienes que regresar!

Sus ruegos son cada vez más alarmantes e insistentes y las palabras del espíritu empiezan a distorsionarse y a hacerse incomprensibles mientras Luisa sigue sacudiéndola.

—Ha llegado la hora... Hora de que reine el caos.

El cuerpo de Sonia se pone rígido, su rostro se contorsiona en un gesto de puro miedo y dolor antes de desplomarse en el suelo. Con su liberación siento la mía propia. Me arrastro a su lado y le levanto la cabeza del duro suelo para depositarla sobre mi regazo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —Luisa repite el estribillo una y otra vez.

Tardo unos instantes en imponer mi voz sobre los latidos de mi corazón.

—¡Sonia! Despierta, Sonia. ¡Regresa! —le hablo con dureza, obligándola a regresar con la fuerza de mi miedo.

No me doy cuenta de que hemos dejado de estar en silencio. Todo lo material ha dejado de existir en el extraño aislamiento de la habitación. Solo cuando se abre la puerta y se cierra igual de rápido me doy cuenta del ruido tan fuerte que hemos estado haciendo mientras todo el mundo dormía.

Los pasos que cruzan el suelo son rápidos aunque cadenciosos. Apenas he tenido tiempo de reconocer su presencia cuando tía Virginia se inclina sobre el suelo, mirando nuestro círculo roto y el pánico en nuestros rostros. Sonia sigue tendida en el suelo con los ojos aún cerrados y el rostro lívido.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Lia! ¿Qué habéis hecho? —exclama, mirándome con gesto angustiado.



—Me siento como si la cabeza se me fuese a partir en dos.

Sonia está echada en la cama más próxima a la ventana, sus pálidos cabellos forman una lustrosa telaraña sobre la almohada.

No se me ocurre nada que decir, porque seguramente todo esto es culpa mía. Si no hubiese presionado a Sonia para tratar de llegar a mi padre, no habría caído víctima de ese horrible ente espiritual.

—¿Te... te encuentras bien? —pregunta Luisa, vacilante, y me percató de que no está segura de lo que puede decir delante de tía Virginia.

Sonia se presiona las sienes antes de contestar.

—Sí. Sí, seguro que me pondré bien —ella también se muestra cauta respecto a lo que estábamos haciendo cuando tía Virginia nos encontró.

Pero mi tía no hace tal cosa. Se pone en pie, segura ya de que su huésped ha recuperado la salud o de que lo hará muy pronto.

—¿Qué estabais haciendo? ¿En qué estabais pensando? ¿No sabéis lo peligrosos que pueden ser los otros mundos?

No me queda más remedio que asumir la responsabilidad que me corresponde.

—Ha sido culpa mía, yo... quería hablar con papá. Presioné a Sonia para que celebrase una sesión..., para poder contactar con él.

La expresión de su rostro no muestra incredulidad, tan solo calma, aceptación y temor.

—Ni tú ni ninguna de vosotras sabéis nada del ser con el que os estáis enfrentando —establece contacto visual con cada una de nosotras, incluso con Sonia, que se encoge bajo su mirada como si fuese un brillante rayo de sol azuzando su dolor de cabeza.

La abordo con la rabia hirviendo en las venas.

—¡Seguramente lo entendería mucho mejor si tú o papá o mamá o quien fuera me

lo hubiese contado cuando tuvo ocasión! En lugar de eso me he visto obligada a darle vueltas, a buscar respuestas a preguntas que ni siquiera comprendo. Hemos removido cielo y tierra para descifrar el enigma de la profecía. ¿Y sabes qué? ¡Hemos encontrado la respuesta! ¡Lo hemos conseguido! Sin embargo, no es tan maravilloso.

Soy consciente de lo mucho que me estoy aproximando a la locura, de estar siendo empujada tan cerca del borde de un enorme abismo que preferiría arrojarme por él antes que seguir temiéndolo.

—Las llaves son las chicas, tía Virginia. Las que papá encontró y las que aún estaba buscando cuando murió. De todas ellas, solo Luisa y Sonia están aquí. Necesitamos la lista para encontrar las otras llaves y pensé que papá nos podría decir dónde la escondió. Por eso le pedí a Sonia que contactase con él.

Estoy tan furiosa que me falta el aliento y me cuesta respirar tanto como si hubiese estado corriendo un buen rato, cuando en realidad no he hecho nada excepto descargar mi conciencia de toda la amargura y los remordimientos que llevo colgados del cuello como una soga. Tía Virginia se deja caer en la cama al lado de Sonia; su voz es apenas un murmullo:

—No puede ser.

Me siento a su lado, mi furia reducida a una cocción lenta.

—Así es. Así debe ser. Hoy hemos visto a alguien, tía Virginia. A alguien que nos ha ayudado a encontrar la respuesta.

Cojo una de sus manos entre las mías mientras le hablo de nuestra visita a Madame Berrier y luego al señor Wigan, con la esperanza de que pueda llenar las lagunas y guiarnos hasta la lista.

—¿No tienes idea de dónde pudo haberla escondido papá? —le pregunto en cuanto he terminado.

Tía Virginia aún se muestra confundida y sorprendida. Reconozco en su expresión una especie de estupor, una especie de rechazo mientras su conciencia trata de refutar los argumentos que su mente le confirma.

—No tengo ni idea, Lia. Ya te lo dije, nunca me la enseñó. Lo llevaba muy en secreto, y ahora veo por qué. Según la profecía, debes reunir todas las llaves para amarrar a la bestia. Si son personas... si se revelasen sus identidades... —levanta la vista hacia Sonia y Luisa, aterrada—. Podrían encontrarse en grave peligro.

Sé que está pensando en Alice. La idea de que Sonia y Luisa estén en peligro a causa de mi hermana me llena de pánico.

—¿Crees que deberíamos alejarlas de Birchwood, tía Virginia? ¿Deberían marcharse antes de que Alice descubra lo que ya hemos descubierto nosotras?

No es mi tía quien contesta, sino Luisa, que cruza los brazos sobre el pecho.

—No sé lo que hará Sonia, pero yo no tengo intención de marcharme. La batalla también me concierne y pienso luchar. Además, puede que Alice aún no sepa lo de

las llaves. Marcharnos de repente solo serviría para atraer una excesiva atención sobre nosotras.

Sonia se incorpora un poco, tocándose la cabeza.

—Luisa tiene razón. Se montaría un gran revuelo si nos marchamos ahora, cuando se supone que vamos a quedarnos hasta el domingo, y quién sabe cuándo podremos pasar tanto tiempo juntas para buscar las llaves. Además, tendremos que enfrentarnos a cosas más aterradoras en los otros mundos. Así que no voy a dejarme asustar por una chica, aunque se trate de Alice.

«No conocen a Alice —pienso—. No saben de lo que es capaz».

Aunque eso no lo digo en voz alta, pues pese a lo que Alice sea, también sigue siendo mi hermana. Y, además, todas nosotras corremos el mismo riesgo al tratar de acabar con la profecía.

La magnitud del asunto que tenemos entre manos, el peligro que implica me trastorna de pronto con violencia. ¿Cómo vamos a encontrar a las otras llaves? Aunque consigamos la lista, Sonia y Luisa son la prueba de que las otras llaves podrían estar en cualquier lugar del mundo.

—¿Y si no las encontramos, tía Virginia? ¿Qué pasaría si no lo consiguiéramos?

Ella aprieta los labios, se dirige a la cómoda situada entre las dos camas y saca algo de uno de los cajones. Cuando se da la vuelta, en las manos lleva una pequeña Biblia. Al abrirla casi por el final le tiemblan las manos.

Comienza a leer sin aparente motivo:

—«Y escuché una imponente voz que salía del templo diciendo a los siete ángeles: “Id y derramad las copas de la cólera de Dios sobre la tierra”. Y fue el primero y derramó su copa sobre la tierra; y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y sobre aquellos que veneraban su imagen. Y el segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y este se transformó como en sangre de muerto y todo ser viviente murió en el mar. Y el tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y fuentes de agua y se convirtieron en sangre. Y oí al ángel de las aguas que decía...».

—Las siete plagas —interrumpe Luisa con un susurro.

Tía Virginia cierra la Biblia y asiente mirando a Luisa.

—Eso es.

—En la Biblia, las siete plagas son una señal del fin —dice Luisa, dirigiéndose a mí—. El retorno al incomprensible caos que existía antes del principio de los tiempos.

Una pieza silenciosa del misterioso rompecabezas encaja en su lugar y añado mi propia pieza al resto.

—Muerte, hambre, sangre, fuego, oscuridad, sequía, ruina. He leído las palabras de la profecía tantas veces desde que encontré el libro que jamás las olvidaré.

—Sí —confirma tía Virginia—. La Biblia presenta las plagas como un fin que precede a una nueva era, en la cual el mundo será regido por la gloria de Dios. Pero la Biblia es una historia escrita y, como todas las historias escritas que han sido traducidas a miles de lenguas y han perdurado durante miles de años, incluye cosas que quizás no se atengan a la verdad. Y omite otras que quizás sí lo sean.

—Entonces, ¿a qué se refiere? —pregunto.

Tía Virginia se acerca y toma mi mano entre las suyas.

—Las plagas no son más que un indicio del final. El final del mundo que conocemos y el comienzo de un mundo regido para siempre por la bestia. Si no consigues encontrar a las cuatro llaves y cerrar el círculo, Samael encontrará el modo de pasar a través de ti y será demasiado tarde. Darán comienzo las siete plagas, que causarán gran tormento y destrucción antes de un final que no es más que eso. El fin.

Sacudo la cabeza enfurecida, pensando en Henry, en Luisa, en Sonia y en tía Virginia.

—Pero yo soy el ángel. Lo dicen todos. Puedo escoger. Si le niego el paso, no podrá venir —hasta a mí me suena esto de lo más infantil.

—Ojalá fuera así, Lia —dice tía Virginia, mirándome a los ojos—. Pero Samael encontrará tu punto débil. Estará al acecho mientras duermes. Enviará a su ejército a buscarte, a los que esperan en los otros mundos y a los que ya han cruzado al nuestro. Se servirá de aquellos a quienes más amas. Puede que consigas luchar contra él durante un tiempo, aunque me temo que no conseguirás aguantar demasiado. Su ejército lleva siglos agrupándose a la espera de su rey, aguardando a que la puerta le abra paso para dar comienzo a su reinado de terror, aguardándote a ti, Lia. Y no se darán por vencidos tan fácilmente. Tienes que encontrar la lista. Tienes que encontrar a las otras llaves. Y debes hacerlo cuanto antes.



No quiero dormir. Encontrar las respuestas no me ha proporcionado la tranquilidad que suponía, y me pregunto si Sonia y Luisa estarán tan inquietas como yo. Queda mucho por hacer, pero es muy tarde y hemos decidido buscar mañana la lista en la biblioteca, a la luz del día. El libro estaba allí y puede que la lista también.

Es el único sitio que se me ocurre para empezar a buscar.

No hemos hablado de lo que haremos una vez que la hayamos encontrado, cómo localizaremos a las dos restantes llaves. Pero, aunque no hemos hablado de ello, se sobreentiende que tenemos que avanzar paso por paso o acabaremos volviéndonos todas locas.

Estoy sentada con la espalda apoyada en el alto cabecero de madera, intentando mantenerme alerta. Me he anudado unas cintas a la muñeca para que, incluso en el caso de que el medallón consiga llegar hasta allí, no pueda acoplarse a la marca sin retirar antes las cintas, aunque podría muy bien darse esta posibilidad por cuanto sé y por cuanto desconozco. El medallón llegó a mí de la manera más improbable e inimaginable y regresó de un modo más inverosímil aún desde las profundidades del río. ¿Qué otra cosa puedo hacer excepto aceptar que es mío?

Y evitar llevarlo puesto, no abrir la puerta.



Me encuentro en un campo yermo. Me resultan vagamente familiares sus colinas onduladas y sus valles poco profundos, y me parece reconocerlo como uno de los muchos campos que limitan con Birchwood Manor. Aunque allá en las lindes, donde hay unas hierbas altas y unos enormes robles, ya no percibo esa sensación de bienestar y me resulta irreconocible.

El cielo es de un gris horrendo, reflejo de los campos quemados, que no se parecen en nada a los ricos pastos dorados que se mecen en los alrededores de Birchwood la mayor parte del año. La barrera de árboles en la linde de los campos es tan oscura que parece casi púrpura. Es un páramo, enseguida reconocible y extrañamente lúgubre. El frío se hace sentir a través de la fina tela de mi camisón y se me humedecen los pies con el rocío al detenerme sobre la hierba muerta.

Aún llevo las cintas atadas alrededor de mi muñeca. El medallón no está ahí. Esta noche la bestia no pasará a través de mí, aunque no encuentro en ello el alivio que debiera. Es evidente que he sido convocada. Por quién o con qué propósito es algo que sin duda acabaré descubriendo.

Girando sobre mí misma, contemplo detenidamente el espacio que me rodea para tratar de orientarme. No estoy segura del todo, pero algo que se encuentra a mi izquierda me resulta familiar. Estoy tratando de decidir qué debo hacer a continuación cuando algo capta mi atención. Algo pequeño que se mueve en mi dirección. Guiño los ojos para ver en la distancia y, mientras miro, esa cosa se vuelve más nítida. Su modo de andar, despacioso y elegante, indica que se trata de una persona.

Una persona normal que viene hacia mí.

No sirve de nada quedarme quieta y mirar. Quienquiera que sea me alcanzará enseguida. Comienzo a caminar dirigiéndome hacia la figura, ahora considerablemente más cerca. Al principio creo que es Sonia. Es la única persona que me he encontrado en mis viajes, exceptuando a las almas. Pero cuando la figura se ha

acercado lo suficiente como para que pueda distinguir su camisón y luego, más cerca aún, como para poder ver su cara, me doy cuenta de que es Alice.

Dejo de caminar, sin prisa por averiguar lo que nos ha traído a ambas a este lugar muerto. Ella sigue caminando en mi dirección hasta detenerse justo frente a mí. Una sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca y no me cabe duda de quién está al mando, quién me ha convocado en este lugar.

—¿Sorprendida?

—La verdad es que no —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿A quién si no iba a encontrarme aquí?

Sonríe abiertamente y por un instante tiene el mismo aspecto que aquella excitada niña que solía aplaudir cuando papá nos traía regalos de alguno de sus muchos viajes.

—¡Vaya, aquí puedes encontrarte con toda clase de gente... y con toda clase de cosas, Lia!

—¿Por qué me has hecho venir hasta aquí, Alice?

Su sonrisa se esfuma cuando se percata de las cintas que llevo en la muñeca. El tono calmado que usó cuando hablamos en las escaleras ha desaparecido. A su rostro retorna el gesto glacial al que ya me tiene acostumbrada.

—¿Por qué no usas el medallón para el propósito que tiene, Lia? ¿Por qué te opones al cumplimiento de la profecía, a la honorable parte que se supone que te corresponde a ti?

Una insensata carcajada apenas contenida escapa de mi garganta.

—¿Por qué? ¿Por qué, Alice? ¿Así que debería echar toda precaución por la borda y dejar que cualquier cosa que quiera volver lo haga a través de mí?

—¿Por qué no? —exclama, levantando la voz—. ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil? Ya te he dicho que tú quedarías a salvo. ¿Crees que las almas harían daño a la defensora de su rey? ¿A qué tienes miedo?

—No temo por mí, Alice. ¿Qué quedará del mundo cuando reine la bestia? ¿De qué nos sirve quedar a salvo si dejamos a aquellos a quienes amamos en un mundo de oscuridad?

—Samael lleva siglos prisionero en el otro mundo. Recompensará ampliamente a quien por fin le deje pasar. Todo cuanto desees será tuyo. Serás tratada como una reina. Naciste para cumplir ese propósito.

En lo más hondo de sus ojos se reflejan las turbias profundidades del río.

—Tal vez seas tú quien se equivoca, Alice. Tal vez tú estés decidida a actuar como guardiana, para eso naciste. Tal vez por esa razón debamos trabajar de forma coordinada. Trabajando juntas podríamos asegurarnos de que en el mundo reine la paz. Podríamos terminar de una vez por todas con la profecía. ¿No preferirías formar parte del bien?

Mis palabras no producen el efecto deseado. Su rostro se endurece aún más



cuando dice:

—¿Es eso lo que quieres, Lia? ¿Formar parte de una idea abstracta del bien que nadie va a comprender jamás? ¿Arriesgar tu vida por eso? ¿Crees que con eso basta? Pero no basta. No para mí. Podremos conseguir más poder del que jamás nadie en este mundo ha tenido desde Maari, la última hermana que fue lo suficientemente sabia como para tomar el poder cuando se le presentó la ocasión.

No puedo ocultar mi sorpresa.

—¿Qué? ¿Pensabas que no lo sabía? ¿Pensabas que no conocía la historia de la que formamos parte nosotras y nuestra madre?

—No estaba muy segura de lo que sabías. El libro...

Se echa a reír de nuevo paseándose frente a mí, aunque sus pasos no dejan huellas entre las largas hierbas.

—¡El libro! —se mofa, acercándose más—. ¿Crees que es el único medio de conocer esta historia? Pues no lo es, Lia. Yo dispongo de otros medios para saber cosas.

Se pasea dando vueltas a mi alrededor, de modo que su voz me llega desde atrás. Es una maniobra para ponerme nerviosa. Yo sigo mirando al frente, obligándome a mí misma a no darme la vuelta para ponerme de cara a ella.

—Hace mucho tiempo que Samael y las almas me hicieron unirme a ellos, Lia. Me susurraban en la cuna igual que me susurran ahora. No fue la voz de nuestra madre la primera que escuché, ni tampoco la tuya, la de mi gemela. Es la llamada de las almas lo primero que recuerdo. Quizás conocieran tu... debilidad. Quizás adivinaron la confusa lealtad a la que condujo el error de nuestro nacimiento. O quizás solo querían asegurarse, asegurarse de que una de las hermanas trabajaría a su favor —ha vuelto a colocarse frente a mí, aunque se da media vuelta para ponerse de cara a los campos vacíos que tenemos delante y abre los brazos como para abarcarlo todo—. Me lo enseñaron todo, Lia. A viajar, a convocar a otros en mis viajes... —vuelve a girarse para encararse conmigo y juraría que es amor lo que percibo en su voz—. Todo.

«Mientras que a mí no me han enseñado nada», pienso.

Recuerdo lo que dijo Sonia, que aquellos que habitan los otros mundos no pueden intervenir en el nuestro. Y entonces me doy cuenta de que las almas no han incumplido ese antiguo precepto. Cuando enseñaron a Alice a usar sus dones, los dones con los que nació, su destino aún le pertenecía a ella. Suya seguía siendo la opción de escoger. Que ya haya escogido, que haya escogido con tanta facilidad el camino del mal no puede achacársele a nadie, sino a ella misma. Ni siquiera a las almas.

Alice se aprovecha de mi silencio y trata de adoptar el tono de voz calmado y amable de mi hermana.

—Solo te estás poniendo las cosas más difíciles, Lia. Al final, Samael conseguirá pasar. Lo hará en cuanto abras tus brazos o te obligará a hacerlo, porque tú no puedes competir contra tal poder. ¿No vas a escoger el camino más fácil? Al final sucederá de todos modos, así que... ¿qué más da?

«¿Qué más da?», las palabras resuenan a través de los campos de rígidas hierbas mustias.

Veo a mi madre, que abandonó todo cuanto amaba para liberarse del legado que le correspondía. Veo a las hermanas que han de sucedernos, a mis hijas o a las de Alice. Y veo además a tía Virginia, que nos ha estado criando a Alice y a mí todos estos años, expectante. Atenta a quién de nosotras sería la guardiana y quién la puerta. Todo esto se me viene a la cabeza como un destello hasta que me quedo tan solo a merced del lamento del viento.

—No —apenas oigo yo misma lo que digo, lo que susurro débilmente, y Alice se inclina hacia mí, demostrándome con su desfallecida sonrisa que me ha oído a pesar de todo.

—¿Qué has dicho, Lia? —me está dando una oportunidad, una oportunidad para que me desdiga de lo dicho, para decir algo distinto.

Carraspeo para asegurarme de que mi respuesta no pueda conducir a equívocos.

—He dicho que no. La elección es mía y ya he escogido. Voy a poner fin a esto para siempre.

Se me queda mirando fijamente, sin moverse, antes de recuperar su taimada sonrisa.

—¿Y cómo te propones hacer eso, Lia? Aunque te sacrificases a ti misma como hizo nuestra querida madre, todo seguirá su curso, de madre a hija y de hermana a hermana. No, la única salida que te queda es rendirte a las almas. Son bastante pacientes, ya lo sabes.

Oigo de nuevo las palabras de tía Virginia: «Encontrará tu punto débil. Estará al acecho mientras duermes. Se servirá de aquellos a quienes más amas».

—Preferiría morir —replico moviendo la cabeza. Y me sorprende mi convicción. Me sorprende darme cuenta de que ahora lo estoy diciendo muy en serio.

Alice se me acerca todavía más, está tan cerca que puedo sentir su cálido aliento sobre mi rostro.

—Hay cosas peores que la muerte, Lia. Pensaba que lo entendías.

Vuelve a echarse hacia atrás sin dejar de mirarme. Y entonces las oigo venir.

Se están abriendo paso por el cielo; primero suenan como el distante estallido de un trueno que de pronto se expande en un terrorífico *crescendo* de miles de cascos que se dirigen a la carrera al lugar en el que Alice y yo nos encontramos. Cuando levanto la vista, el cielo se ha oscurecido. El viento, que antes era un inquietante gemido, ahora es un monstruo rugiente que azota nuestros cabellos y nos los lanza

sobre la cara, de modo que nos obliga a apartarnos para poder ver.

—Ya lo ves, Lia, puede que tú seas el ángel, pero yo puedo convocar a las almas a voluntad. Saben qué hermana continúa siendo leal a la profecía. Vienen a mí porque yo soy la legítima puerta —su voz se eleva triunfante sobre el viento que aúlla—. Las almas y yo trabajaremos juntas el tiempo que sea necesario. Yo esperaba que no fuera así, Lia. Pero tú has hecho tu elección y ahora yo tengo que hacer la mía.

Incluso mientras las almas se reúnen allá arriba en el cielo, una remota parte de mí sigue pensando que no es posible, que seguiré estando a salvo como lo estuve la última vez después de mi vuelo por el mar. Aunque no puedo negar mi impotencia. Soy incapaz de moverme. El cabo que me mantiene conectada a mi cuerpo, del que tan segura me sentía en mis otros viajes, es como si hubiese sido cortado y yo estuviera a la deriva entre las sombras del otro mundo.

«Así es como debes sentirte cuando te retienen. Cuando te separan de tu cuerpo. Cuando eres transportado al Vacío». Este pensamiento aflora en mí como un último residuo de mi mente racional.

El cielo sigue oscureciéndose por encima de mi cabeza, arremolinándose hasta el punto de que creo que voy a ser succionada por su negrura. Las fuerzas que me quedan comienzan a escaparse de mi cuerpo. Quiero desplomarme en el suelo y dormir, tan solo dormir, mientras me sumerjo en una seductora apatía.

—¡Lia! —una voz me llama desde los campos, allá en la distancia. Levanto la cabeza tratando de identificar esa voz familiar—. ¡Li-a!

A lo lejos, otra figura se nos acerca volando, gritando mi nombre. Alice parece tan desconcertada como yo, mientras observa con curiosidad y fastidio cómo se aproxima la figura. Incluso la oscuridad que nos cubre parece tambalearse.

La figura se acerca a mucha más velocidad de la que sería posible en cualquier otro lugar, atraviesa los campos con tal rapidez que su rostro no es más que una mancha borrosa. Tan solo unos momentos antes de que impacte violentamente contra mí, empujándome con una fuerza tal que me roba el aliento, veo el rostro de tía Virginia.

No me da tiempo a hablar, a darle las gracias o a preocuparme por su seguridad. Trato de alcanzarla, de agarrarla por la mano, de llevármela conmigo de vuelta, pero es inútil. En el mismo instante en que me toca, noto un doloroso tirón y de repente algo tira y tira y tira de mí. Alice y tía Virginia y la oscuridad de allí arriba se hacen más y más pequeñas mientras regreso por donde he venido, más allá del paisaje muerto.



—¿Lia? —me llaman con suavidad—. ¿Estás despierta?

Me incorporo en mi cama, aliviada de escuchar a tía Virginia al otro lado de la puerta. Ha sobrevivido a cualquier cosa que sucediera en el otro mundo.

—Sí, pasa.

Entra vacilante en la habitación, cierra la puerta tras ella y viene a sentarse en el borde de la cama. Aún no ha dicho nada, está escogiendo las palabras que por fin pronuncia.

—Antes de hacer un viaje debes estudiar los caminos de los otros mundos, Lia.

—Lo sé —asiento con la cabeza—. Lo siento. Yo... no tenía intención de ir. A veces, por mucho que lo intente, aparezco allí no por mi propia voluntad.

—Ellos te llaman, Lia. Saben que tienen que atraerte ahora, antes de que te sientas más segura, antes de que controles más tus poderes, antes de que encuentres a todas las llaves —su expresión es grave—. Con el tiempo irás controlando mejor tus viajes, aunque es posible que aún sigas siendo vulnerable hasta cierto punto a la voluntad de las almas.

Asiento con la cabeza. Tiene el rostro demacrado, las finas arrugas que circundan sus ojos son más pronunciadas que hace tan solo unos días.

—¿Te encuentras bien? ¿Te hicieron daño?

Sonríe débilmente, lleva escrito en sus ojos el relato de su agotamiento.

—Estoy bien. Ya no soy tan joven como antes, ni tan fuerte. Esa es una de tantas razones por las que cada nueva generación debe asumir su responsabilidad en la profecía.

—¿Cómo lo hiciste... cómo las detuviste?

—En realidad, no lo hice —se encoge de hombros—. Impacté en tu alma para volver a ponerte en conexión con el cabo astral y luego, con el poco poder que tengo, las contuve el tiempo suficiente para que pudieras escapar de su alcance. En su día yo

fui la guardiana, ya lo sabes —lo dice con una pizca de orgullo.

—Entonces, ¿así es como funciona? ¿Una vez que entran en acción la siguiente guardiana y la siguiente puerta, sus predecesoras ya no tienen autoridad alguna en los otros mundos?

Ella levanta la vista, buscando la manera de explicarlo.

—En cierto modo sí, aunque todas conservamos en alguna medida parte de nuestros dones, a pesar de que ya haya pasado nuestro momento. Algunas conservan más poderes que otras, aunque no sabría decirte por qué. Tu tía abuela Abigail, la hermana de mi madre, fue una de las guardianas más poderosas de la historia. Era capaz de hacer cosas..., de combatir a las almas con tal fuerza que aún sigue hablándose de ella entre aquellos que habitan los otros mundos.

—¿Qué le sucedió?

—Se marchó —su voz se va apagando—. Cuando tu abuela... cuando su hermana murió, tía Abigail simplemente desapareció.

No sé qué decir ante tan extraño episodio de la historia familiar, así que retomo asuntos más inmediatos.

—Siento haberte hecho ir, tía Virginia..., siento que tuvieras que arriesgarte. Yo pensaba que estaba a salvo... La última vez...

La alarma se instala en su rostro.

—¿La última vez?

Me muerdo el labio, sintiéndome culpable por no haberlo compartido todo antes con tía Virginia. Por no haber confiado en ella como hubiera debido.

—La última vez que vinieron a por mí se detuvieron.

Ella sacude la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Entonces yo no sabía que estaba viajando. Creía que me perseguían en mi sueño. Fue Sonia quien me advirtió. De no haber sido por ella, ni siquiera habría tenido ocasión de escapar. Aun así, estaban lo bastante cerca como para atraparme, pero algo las detuvo en el último momento. Era como si no pudiesen tocarme por mucho que lo intentasen. Creí que esta vez sería igual. Por eso no volví antes a casa —me encojo de hombros—. Cuando quise darme cuenta de mi error, ya era demasiado tarde.

Ahora muestra una expresión tranquila.

—Debes estar equivocada. Eso que acabas de describir... Bueno, solo podría tratarse de una demostración de magia prohibida.

—¿Magia prohibida? —esas palabras hacen que me estremezca de frío—. No sé nada de magia.

De pronto, su respiración se acelera de tal modo que veo cómo sube y baja su pecho mientras contempla fijamente la pared que está detrás de mi cama. Se levanta

de repente, mirándome con auténtico terror.

—Lia, levántate y ven a ayudarme.



—¿No vas a decirme por qué estamos haciendo esto, tía Virginia?

Hemos apartado las mesillas de noche para hacer sitio y estamos cada una a un lado de mi pesada cama, preparadas para apartarla de la alfombra.

Los ojos de tía Virginia se cruzan con los míos por encima de la colcha, y sus cabellos le caen sueltos sobre la bata verde.

—Aún no. No sé si estoy en lo cierto. Además, no tenemos que apartarla del todo. Solo un poco. Lo suficiente para que podamos retirar un poco la alfombra.

—De acuerdo. Solo un poco. Pues vamos. Tú empujas y yo tiro.

No es demasiado pesada, no tanto como yo me esperaba, con su gran cabecero y sus columnas talladas. La apartamos un poco de la alfombra y la dejamos torcida para poder llegar a la esquina de la alfombra. Tía Virginia se inclina sobre ella y agarra rápidamente la esquina para soltarla de nuevo, como si se lo estuviese pensando.

—¿Qué pasa?

Levanta el rostro para mirarme.

—No quisiera estar en lo cierto. No en este caso.

Inspira ruidosamente como para hacer acopio de fuerzas. Y entonces aparta la alfombra y lanza una exclamación cuando ve lo que hay allí escondido. No conozco el símbolo que está bajo la alfombra, esa cosa grabada en la madera del suelo, pero aun así su visión me pone la carne de gallina tanto en los brazos como en la nuca.

—¿Qué es? —susurro.

Tía Virginia no aparta sus ojos de la marca del suelo.

—Es... era un hechizo. Para envolverte en un manto de protección mientras dormías —levanta la vista para mirarme—. El círculo es un antiguo símbolo de protección, Lia. Si se es lo bastante poderoso, se puede lanzar un hechizo que asegura la protección de quien se encuentre en los límites del círculo o que prohíbe el paso a quienes se desea alejar.

Sus palabras resuenan como un eco en mis oídos. De pronto se me viene a la memoria Alice sentada dentro del círculo de la habitación oscura a altas horas de la noche. Recuerdo mi propia impotencia frente a él, mi incapacidad para cruzar la línea exterior del círculo. Y luego oigo las palabras de tía Virginia al hablar de mi madre: «Era una hechicera».

Inclino la cabeza para ver mejor el símbolo. Aunque solo puedo ver una parte de

él, a mí no me parece un círculo. Así se lo digo a tía Virginia y ella se levanta del suelo. Está temblando y se estremece como si tuviera mucho frío a pesar de que Ivy ha avivado el fuego hace menos de una hora y la habitación está caldeada.

—Es que no es un círculo, Lia. Ya no. Alguien ha invertido el hechizo. Alguien ha raspado el círculo y ha roto el hechizo de protección para el que fue concebido. Alguien ha querido que fueses vulnerable mientras viajabas por el otro mundo.

Noto sus ojos fijos en mi rostro, pero no me atrevo a mirarla por miedo a llorar o a gritar. El círculo en sí está borroso, debió ser grabado hace bastante tiempo. En cambio, las marcas que lo cruzan, los arañazos que lo corrompen son recientes, tan recientes como el círculo grabado en el suelo de la habitación oscura.

No hay necesidad de que tía Virginia nombre a quien ha hecho esto, a quien me ha expuesto a tanto peligro. Prefiero concentrar mis pensamientos en la persona que trataba de protegerme, en quien se buscó tantos problemas para asegurarse mi protección.

—¿Es cierto que mamá podría haber creado este hechizo?

—Era la única que tenía poder para hacerlo y, al mismo tiempo, la única que no tenía nada que perder —tía Virginia saca algo del bolsillo de su bata y me lo entrega—. Hace mucho tiempo que guardo esto para ti. Ella lo escribió antes... antes de morir. Quizás debería habértelo dado antes. Quizás debería haberte enseñado antes los entresijos de la profecía. Solo deseaba que fueses lo bastante madura, lo bastante sensata para que la verdad te hiciese más fuerte en lugar de destruirte, como le sucedió a ella.

Una cínica carcajada se escapa de mi boca.

—Soy cualquier cosa menos sensata, tía Virginia, y cualquier cosa menos fuerte.

Ella asiente, se acerca a mí y me abraza.

—Eres mucho más sensata de lo que piensas, cariño. Y mucho más fuerte de lo que crees —se vuelve a mirar el círculo—. Yo no soy una hechicera, Lia. Y aunque lo fuese, no me estaría permitido restablecer el hechizo de protección.

—Entonces, ¿cómo lo hizo mi madre...? Espera —me detengo, acabo de recordar algo—. Has dicho que los hechizos están prohibidos.

Tía Virginia asiente solemnemente a la media luz del fuego.

—¿Quién podría prohibirle a mi madre hacer uso de un poder que era suyo, mientras que a mí parece que se me provoca día tras día para usar un poder que desearía que no me perteneciese en absoluto?

Se deja caer sobre la cama y se sienta en el borde mientras me lo explica.

—El otro mundo posee un sistema de justicia, de valoraciones y compensaciones, igual que el nuestro. Sus normas pueden resultarles extrañas a quienes no están acostumbrados a los especiales aspectos de aquel mundo, pero, no obstante, son las normas. Normas establecidas por los Grigori.

—¿Los Grigori? —el nombre me suena familiar, aunque no soy capaz de localizarlo.

—Los Grigori son un consejo formado por los ángeles no caídos de la época de Maari y Katla. Ahora ellos presiden el otro mundo y se aseguran de que todas las criaturas y todas las almas del mismo se atengan a unas pautas establecidas desde hace mucho tiempo. Usar la magia de los otros mundos en cualquier otro lugar es objeto de castigo, aunque creo que tu madre pensaba que no tenía nada que perder cuando ejecutó ese hechizo de protección alrededor de tu cama.

—Pero si a mamá podrían haberla castigado por realizar un hechizo, ¿no podríamos llevar a Alice ante la justicia por romperlo?

—Me temo que no —responde tía Virginia con un suspiro—. Al igual que en nuestro mundo, en los otros existen formas de burlar las normas.

—No... no lo entiendo.

—Alice no ha realizado ningún hechizo, Lia —me mira a los ojos—. Simplemente ha neutralizado los efectos del hechizo que tu madre realizó hace tiempo, un hechizo que en sí mismo estaba prohibido desde el principio.

Me pongo en pie bruscamente, dejándome llevar por la frustración mientras mi voz se alza en la habitación.

—¿De modo que no pasa nada? ¿No podemos hacer nada para detenerla? ¿No podemos hacerla responsable de haberme puesto en peligro?

—Me temo que no —responde moviendo la cabeza—. Esta vez no. Parece que Alice ha aprendido bien a usar todo el poder de su magia y a emplearla con pericia dentro de los límites marcados por los Grigori. De momento, solo nos queda esperar que cometa algún desliz más adelante —se encoge de hombros, impotente—. No se puede hacer nada más.

Me quedo mirando fijamente el fuego, mientras mi cabeza se siente abrumada por esta nueva constatación: Alice tiene todas las cartas a su favor; tiene un poder que yo no tengo; y, lo peor de todo, sabe cómo usar ese poder en su propio beneficio y para perjudicarme a mí sin que tenga consecuencias negativas para ella.

—Lo siento, Lia, pero afrontaremos esto juntas, te lo prometo. Hagámoslo paso a paso —se levanta para marcharse—. Luisa y Sonia están desayunando. He quedado con Alice para ir al pueblo, así podréis buscar la lista sin miedo a interrupciones.

Levanto la vista hacia ella, sintiendo el peso de las obligaciones que debo afrontar.

—¿Y luego qué? Aunque localicemos la lista, aún tendremos que encontrar a las otras dos llaves. E incluso si las encontráramos, no sabemos qué hacer con ellas ni cómo terminar con la profecía.

Antes de responder, tía Virginia aprieta los labios.

—No lo sé. Quizás podamos localizar a tía Abigail. Y luego... Bueno, en todo



caso están las hermanas...

La mención de las hermanas me llama la atención, pues es el mismo término que usó Madame Berrier.

—¿Las hermanas?

Ella suspira.

—Digamos que en el mundo hay personas que conocen la profecía, que poseen dones que pueden resultar útiles. Algunas son hermanas de anteriores generaciones, y otras... bueno, otras simplemente son personas que han optado por usar sus dones para el bien de todos nosotros. Aunque de momento tendremos que olvidarnos de esto, Lia. ¿De acuerdo? Primero busquemos la lista, luego las llaves. Tienes que creerme: llegado el momento, si tienes que recurrir a alguien, siempre habrá una persona dispuesta a ayudarte.

Supongo que soy muy cobarde y por ello me alegra postergar los detalles de esta nueva revelación para más tarde.

—Yo te creo, tía Virginia, pero...

—¿De qué se trata?

—¿Qué pasa con mis viajes nocturnos? ¿Qué hago para evitar caer en los otros mundos sin protección mientras duermo?

Su expresión se ensombrece.

—No lo sé, Lia. Desearía poder contestarte, decirte cómo evitar los viajes. Pero con el poder de las almas y su empeño por convocarte hacia el plano astral, todo cuanto puedo decirte es que debes intentar resistirte.

Asiento con la cabeza. Ella se levanta y sale de la habitación, dejándome a solas con la carta de mi madre. Me tiemblan las manos mientras rompo el sello de cera del sobre. Desdoble el papel con la esbelta caligrafía curva de mi madre, consciente de que bien podría estar sosteniendo en mis manos las tan ansiadas respuestas a su vida y a su muerte.



Mi querida Lia:

Es difícil saber por dónde empezar. El comienzo de esta historia se remonta a siglos atrás, aunque supongo que debería comenzar por mi principio, tal y como hizo conmigo mi madre.

Mi principio comienza con el medallón, que encontré en el escritorio de mi madre mucho después de su muerte. Me llamaba incluso antes de saber yo de su existencia. Debe sonar extraño, aunque tal vez, mientras lees esto, ya estés familiarizada con su tentación y el modo en que se insinúa en los pensamientos, en los sueños, en todo momento.

Al principio solo lo llevaba puesto en ocasiones, como si fuese cualquier otra baratija de mi tocador. Cuando por fin descubrí ese desagradable símbolo grabado en mi muñeca, las cosas empezaron a cambiar. Empecé a sentir cómo el poder del medallón se infiltraba en mí.

Me hablaba, hija, me llamaba. Susurraba mi nombre incluso cuando lo tenía metido debajo del colchón de la cama, incluso cuando estaba lejos, en la escuela o en casa de mis amigas.

Empecé a ponérmelo, por supuesto. Cada vez más. Me avergüenza decirlo. Lo llevaba puesto encima de la marca. Las almas me llamaban mientras dormía y me convocaban al otro mundo. Al principio me resistí, aunque no por mucho tiempo. Aún desconocía la historia de la profecía o lo que me jugaba con mi constante resistencia. Solo sé que me sentía más libre, más viva, más yo misma cuando viajaba por el plano astral.

Mientras comenzaba a conocer más a fondo la naturaleza de mis dones, como era viajar a voluntad mientras mi cuerpo dormía, hablar con los muertos y realizar toda clase de hechizos, mi vida siguió su curso. Conocí a tu padre y pensé que si existía un hombre capaz de amarme a pesar de la carga de la profecía, ese hombre sería Thomas Milthorpe. Y aun así, no se lo dije. ¿Cómo iba a hacerlo? Me miraba con extraordinaria admiración y, según fue pasando el tiempo, el secreto entre nosotros fue creciendo hasta que lo que debería haberle contado ya no habría sido la verdad, según yo había previsto, sino la mentira que llevaba tanto tiempo ocultándole. Fue justo antes de que tú y tu hermana nacieseis cuando el canto de sirenas de las almas se volvió cada vez más insistente. Mientras tú y tu hermana crecíais en la oscuridad de mi vientre, las almas me arrastraban a mi propia oscuridad. Me hacían caer en el sueño en mitad del día. Me atormentaban mientras dormía con imágenes... horribles imágenes. Imágenes que me hacían pensar en hacerme cosas terribles a mí misma, a pesar de que sabía que eso significaría acabar contigo y con tu hermana.

El medallón encontró la forma de volver a mi muñeca a pesar de que lo había guardado bajo llave en el escritorio, incluso después de haberlo enterrado cerca de los establos. Al poco tiempo, aunque no me lo hubiese puesto antes de acostarme, me despertaba con él ciñendo mi muñeca. Estaba segura de estar perdiendo mi salud mental, que ya era frágil de por sí.

Cuando vuelvo la vista atrás en el tiempo, no sé cómo pude sobrevivir a aquello, aunque

estoy casi segura de que se debió en gran parte a las atenciones de tu padre y de Virginia. Rara vez me perdían de vista.

Una vez que nacisteis tú y tu hermana, vuestras suaves cabecitas, vuestras mejillas sonrosadas, el verde profundo de vuestros ojos..., todo eso sirvió para hacerme creer que tal vez había algo en este mundo por lo que valiera la pena luchar, aunque eso significara contener el mal. Pensé que tal vez lo conseguiría, aunque solo fuera para estar ahí y ser vuestra madre.

Y durante un tiempo pareció que las cosas iban a ser así. Aún sentía la atracción de las almas. Aún viajaba en mis sueños, aunque no tan a menudo. Y nada terrible sucedía. Tú y tu hermana crecisteis, empezasteis a andar a gatas, a caminar, a hablar. Mi familia estaba a salvo y si me traía algo o a alguien de mis viajes nocturnos, nadie parecía saberlo.

Por supuesto, ahora sé que todos esos años, durante los cuales el medallón, la profecía y todos nosotros convivimos en paz, no fueron más que una especie de cuento de hadas. Y entonces me encontré con que iba a tener a Henry. Descubrí que iba a tener otro hijo, a pesar de que el doctor nos había prevenido en contra de ello a causa de lo difícil que había sido vuestro parto. Aun así, ¿qué otra cosa podía hacer sino enorgullecerme de poder ofrecerle por fin un hijo a tu padre? Me sentí orgullosa por un tiempo. Pero cuando Henry comenzó a crecer en la parte más oscura de mí, otra clase de oscuridad se apoderó tanto de mi ser que empecé a sentirme verdaderamente aterrada. Quise escapar, hija. Deseaba visitar los otros mundos a todas horas, todos los días, y deseaba traer conmigo al ejército, a todas las almas que pudiera, aunque sabía que no era por una buena causa. Sus lamentos se convirtieron en un cántico que nunca quise dejar de escuchar.

A pesar de todo, no era eso lo que más me asustaba, lo que me hizo percatarme de cuán lejos me había dejado arrastrar por el mal, lo cerca que estaba de la locura. No. Fue la codicia con la que empecé a contemplar mis viajes, de modo que al poco tiempo decidí permanecer en cama todas las horas del día y de la noche para obligarme a viajar, y renuncié a comer y a dormir en compañía para dormir, solo dormir, pues jamás me había sentido tan completa como cuando viajaba. Fue eso lo que terminó por aterrarme.

Cuando nació Henry... Bueno, fue un parto tan difícil como me habían advertido. El doctor no pudo hacer otra operación. Henry, en lugar de venir de cabeza, venía de pies. Sus piernas... Para qué voy a contártelo, hija. Ya sabes lo que le ocurrió a sus piernas. Los médicos tiraron de él con toda la delicadeza de que eran capaces, pero de no haberle sacado cuando lo hicieron, habría muerto.

Estuve muy enferma después de su nacimiento. No solo cansada y débil, sino triste, irritada y llena de odio, como si me hubiese desprendido durante el parto de todo lo bueno que había en mí y lo hubiese reemplazado por la maldad y la mezquindad que encarnaba el medallón. Hubo instantes fugaces en los que sentía amor por ti, por tu hermana y por tu padre, pero eran tan breves que se posaban sobre mí como una mariposa y desaparecían un momento después.

Dormía más que nunca y cuando despertaba tenía la certeza, malsana y al mismo tiempo jubilosa, de que había traído conmigo a las almas. Ha sido ese punto de satisfacción lo que me ha hecho comprender que ya no me quedan fuerzas para luchar por el legado que me pertenece.

Soy débil. Sé que pensarás que soy una cobarde, ¿pero cómo voy a detener un círculo que comenzó con el principio de los tiempos? ¿Cómo voy a luchar yo sola contra algo que ha ganado una batalla tras otra desde hace una eternidad? Y, ante todo, ¿cómo voy a pasarte a ti este legado, esta maldición? ¿Cómo voy a mirar tus verdes y claros ojos y contarte lo que te aguarda?

Virginia es inteligente, inteligente y lúcida. Seguramente te dará mejores consejos de los que yo, en mi actual estado de desesperación, podría darte. No soporto la idea de tener que traspasar esta carga, y mucho menos a ti, mi hermosa Lia.

Junto con ella te legaré hasta la última gota de mi protección. Las almas vendrán a por ti, de eso estoy segura, pero voy a emplear todos mis poderes y todos mis hechizos para conseguir que estés a salvo mientras duermes, aunque quizás me excluyan de la comunidad

de las hermanas por ello. Es todo cuanto puedo hacer.

Quiero que sepas que en este mismo instante, mientras dejo en un lugar seguro esta carta y me marcho al lago, estoy pensando en ti con todo mi amor. Quisiera poder aconsejarte sabiamente, pero todo cuanto puedo ofrecerte es mi amor y la esperanza o, mejor dicho, la certeza de que de algún modo tú serás más fuerte y valiente que yo, tú emprenderás esta batalla hasta el final, de una vez por todas. Y la ganarás por todas las hermanas que te precedieron y las que están por venir.

No hay nada más. Ni respuestas ni instrucciones.

Ella sabía lo que yo era. Lo cual es una revelación. Puede que tía Virginia no lo supiese al principio, puede que no hubiese encajado correctamente las piezas por la confusión de nuestro nacimiento y las consecuencias que tendría. Pero nuestra madre sí que sabía que no se puede escapar del destino, por muy caótico y azaroso que parezca a veces.

Fue ella quien grabó el círculo de protección alrededor de mi cama. Aunque yo no era más que una niña, recuerdo que me trasladaron a esta habitación desde la otra, más pequeña, que compartía con Alice no mucho antes de la muerte de nuestra madre.

Un traslado para protegerme de mi hermana.

Que el rencor y la codicia de Alice la hayan conducido hasta una situación en la que sería capaz de sacrificarme a las almas es algo inimaginable. Tampoco puedo concebir que mi hermana esté buscando el modo de enviarme a la muerte, a algo peor incluso que la misma muerte, al Vacío.

Estoy deseando dar salida a la irritación que me producen mi furia, mi incredulidad. Pero eso tan solo perjudicaría nuestra búsqueda de respuestas. Es más inteligente, más prudente dejar que Alice crea que lo ignoro todo.

Y dejar que crea que tiene todo el poder.



Cuando por fin salgo de mi habitación, es más tarde de lo habitual.

Al encaminarme hacia el vestíbulo, veo la puerta de la habitación de invitados abierta, las camas de Luisa y de Sonia ya están cuidadosamente hechas. Tenía la intención de reunirme con ellas y me siento mal por haber dormido hasta tan tarde y haber dejado que se las arreglen solas.

Pero eso es antes de ver la puerta entreabierta de la habitación de Alice.

Aunque desde donde me encuentro no puedo ver más que una pequeña parte de su dormitorio, su habitación emana una sensación de vacío. Incluso desde el pasillo sé que Alice no está allí.

Tras echar una rápida ojeada al pasillo para asegurarme de que no viene nadie, entro en la habitación y cierro con cuidado la puerta tras de mí. Durante un instante me quedo parada inspeccionando la habitación de Alice. Hace años que no entraba allí. Está distinta. Más estropeada. Recuerdo aquellos años en que las muñecas de porcelana fina y los animales de juguete estaban colocados encima de la cómoda y del escritorio. Pero no puedo permitirme ahora el lujo de recordar, así que comienzo a recorrer la habitación con pasos sigilosos.

No sé dónde podría estar la lista, aunque cabe la posibilidad de que Alice se me haya adelantado. Comienzo por la mesa que está al lado de la cama y abro un pequeño cajón, idéntico al que tengo en mi habitación. Dentro se encuentra parte del material de escritorio de Alice, una pluma y un frasco de tinta, y un tarro de crema de manos con esencia de rosas. Continúo buscando, pues me resisto a retirarme decepcionada, y rebusco en el armario, en el escritorio e incluso debajo de la cama.

Solo me queda la cómoda, la última esperanza que tengo de encontrar la lista en la habitación de Alice. Comienzo por los cajones de arriba y bajo hasta los más grandes y hondos de la parte inferior. Mis dedos se deslizan entre camiones y capas, buscando el tacto de un papel que pueda contener los nombres de las llaves. En lugar

de eso, mi mano se cierra sobre algo más pesado y envuelto en tela que hay en el fondo del cajón más grande de abajo.

Extraigo el bulto del cajón, sorprendida por su peso, y lo deposito encima de la cómoda para verlo mejor. El objeto me hace dudar, porque seguro que no se trata de la lista. Pero la curiosidad puede conmigo y levanto uno a uno los picos de la tela hasta que aparece en el centro un cuchillo. Al verlo, contengo la respiración. No se trata de un cuchillo ordinario, sino de uno bastante más grande, con el mango incrustado de piedras multicolores. Extiendo la mano para cogerlo, pero la retiro en cuanto entro en contacto con las cachas adornadas. Vuelvo a tocarlo y noto la vibración de su fuerza salvaje impulsándose a través del mango hasta lo alto de mi brazo.

Miro hacia la puerta por encima del hombro, consciente de que debo darme prisa. Agarro el cuchillo con decisión, mi cuerpo bulle con renovada energía mientras lo aparto de la cómoda para verlo más de cerca. Lo que veo en su hoja me hiela la sangre en las venas.

Hay virutas de madera en la reluciente superficie plateada. Son pequeñas, pero sé de qué son y ahora sé para qué sirve el cuchillo: alguien lo ha utilizado para invertir el hechizo de protección de mi madre. El cuchillo ha servido para borrar el círculo del suelo de mi habitación.

La cólera invade mi cuerpo. Es mucho más poderosa que la energía que corre por el cuchillo. Envuelvo con cuidado la hoja afilada en la tela, me lo guardo dentro de mi limosnera y cierro el cajón de la cómoda de Alice. No siento remordimiento alguno por quitarle a Alice una cosa así. Algo que ha servido para tan peligroso y malvado propósito.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, dejando la puerta abierta de par en par. Tal vez sea una imprudencia, aunque las líneas estratégicas de la batalla ya están claramente trazadas. Ya no hay motivo para que mi hermana y yo sigamos fingiendo.



—Te traes entre manos algún secreto —la voz de Henry me llega desde el salón mientras dejo atrás la escalera.

Retrocedo un par de pasos para localizar su voz. Está sentado junto a la ventana del salón, con su abrigo de invierno y su bufanda, listo para ir de excursión al pueblo con Alice y con tía Virginia.

Esbozo una sonrisa y entro en la habitación.

—¿Qué quieres decir, Henry?

—Ya lo sabes —dice con expresión sombría.

—Me temo que no —mi propia sonrisa se esfuma.

—Tú eres la mala, Lia —dice bajando la voz hasta un susurro—, ¿verdad?  
Me encojo de hombros.

—No lo sé, Henry. Yo no me siento mala.

Asiente con solemnidad, como si fuese perfectamente normal.

—Solo el tiempo lo dirá, Lia.

—¿Solo el tiempo lo dirá? ¿Y a ti quién te ha dicho eso, Henry?

—Tía Virginia —se limita a decir—. Me dijo que no hay forma de saber con seguridad quién es la mala, aunque lleve la marca. Me dijo que solo el tiempo lo dirá.

Me sorprende que lo sepa, pero en vista de ello no hay mucho que añadir.

—Creo que tiene razón, Henry. Supongo que tendremos que esperar y ver.  
Me doy la vuelta para marcharme.

—De todas formas, yo te quiero, Lia —exclama a mis espaldas—. O sea, hasta que el tiempo lo diga.

Me doy media vuelta y sonrío; en este momento le quiero más que nunca.

—El tiempo lo dirá, Henry, ya veremos. Yo también te quiero.



—¿Cómo se supone que vamos a encontrar algo aquí, Lia? ¡Jamás había visto tantos libros, ni siquiera en Wycliffe! —Luisa se vuelve de espaldas a la estantería, se apoya en ella y se coloca una mano sobre la frente en un gesto de exasperación.

Levanto la vista del escritorio de mi padre y me reclino en el sillón de cuero.

—Bueno, no se me ocurre otro sitio donde buscar. Si mi padre escondió algo, estoy segura de que estará aquí. En la biblioteca es donde pasaba su tiempo. En esta habitación está todo lo que él más quería.

—¡Aun así, aquí ya hemos buscado en todos los sitios posibles! —exclama Luisa.  
Sonia se pone de pie de repente.

—Aquí. Hemos mirado en todos los sitios posibles aquí.

Luisa se encoge de hombros, impaciente.

—Sí. Eso es lo que he dicho.

Pero yo creo saber a lo que se refiere Sonia.

—Espera un minuto... ¿Qué es lo que quieres decir, Sonia?

—No hemos buscado en sus habitaciones —dice.

Hago un gesto despectivo con la mano, descartando esa insinuación.

—Sí, pero la biblioteca era el santuario de mi padre. Y es donde estaba el libro.

—Exactamente —replica Sonia, asintiendo con la cabeza—. ¿No es razón de más para que escondiera la lista en cualquier otro sitio?

Me muerdo el labio y medito sobre lo que acaba de decir. No quiero admitir que es una posibilidad, no porque no lo sea, sino porque dudo en violar la intimidad de mi padre rebuscando en su habitación, incluso ahora que ya no está. Aun así, no puedo ignorar que merece la pena tener en cuenta la idea.

—Tienes razón, por supuesto. Si la lista no está aquí, su habitación es el lugar más lógico para buscar a continuación.

Luisa levanta la vista hacia mí.

—Entonces —dice—, ¿a qué estamos esperando?



Sin el fuego encendido, la habitación de papá está helada como una tumba.

Luisa y Sonia entran sin vacilar, pero yo cierro la puerta tras de mí y me quedo un momento apoyada en ella. Examino la habitación y constato lo extraña que me resulta, porque rara vez tuve ocasión de entrar en ella en vida de mi padre. Dormía aquí, eso era todo. Toda su vida la hacía en la biblioteca y en el resto de la casa conmigo, con Alice y Henry.

Aun así, cuando por fin me decido a moverme, no consigo evitar sentir que una parte importante de mi padre está en esta habitación. Tal vez fuese una parte secreta de él. Una parte que nos mantenía escondida. Pero cuando mis ojos se posan en el retrato de mi madre que está encima de la mesilla de noche, en el montón de libros apilados a su lado, comienzo a darme cuenta de que no carecía de importancia para su intimidad.

—¿Lia? —Sonia me mira desde el centro de la habitación, con las palmas de las manos abiertas a modo de interrogante—. ¿Por dónde deberíamos empezar?

Me cuesta un momento retornar al motivo de nuestra visita a la habitación de papá. Y cuando lo hago, al igual que a Sonia, no se me ocurre por dónde debemos empezar. Me encojo de hombros.

—No lo sé. Por la cómoda, supongo. ¿Debajo del colchón?

Luisa se dirige a la cama, se arrodilla frente a ella y desliza una mano entre los dos colchones.

—Yo empiezo por aquí, Lia. ¿Por qué no buscas tú entre las cosas más privadas de tu padre?

—Voy a probar detrás del armario —dice Sonia, encaminándose hacia el armario que está en una esquina de la habitación.



Yo me quedo en medio de la habitación durante unos instantes, tratando de sobreponerme a la sensación de culpabilidad por invadir la intimidad de mi padre, aunque sea por un motivo tan importante como este. Finalmente, me recuerdo a mí misma que la lista no va a venir sola hasta mí y pongo manos a la obra.

Jamás había visto el interior de una cómoda masculina. No sé lo que me esperaba, pero las pulcras filas de tirantes y de calcetines oscuros contrastan mucho con los volantes de encaje y seda de las cosas de mi madre. En cada paso que doy para acercarme a la profecía siento como si fuese descubriendo facetas de mis padres, como si los estuviera viendo como al hombre y la mujer que eran en lugar de como a mi padre y a mi madre. Es un extraño y enternecedor viaje y me esfuerzo por hacer a un lado las cosas de mi padre en los cajones con todo el respeto posible.

No me lleva mucho tiempo. Tan solo hay cuatro cajones y enseguida queda claro que no hay nada fuera de lo corriente en ninguno de ellos. Me giro para contemplar la habitación y me apoyo en la cómoda. Luisa está sentada en la cama y Sonia apoyada en el armario con los brazos cruzados sobre el pecho mientras se muerde el extremo del pulgar. No hay necesidad de que hablen.

—¿Nada? —pregunto.

Sonia sacude la cabeza.

—También he abierto el armario y he mirado entre las camisas y los pantalones. No hay nada.

—Y yo he registrado entre los colchones, debajo de la cama y detrás del cabecero —dice Luisa con un suspiro—. Me temo que no he tenido mejor suerte.

Trato de rechazar la frustración, que se ha convertido en mi compañera habitual desde que descubriera la profecía y el lugar que ocupó en ella. Por cada paso que avanzamos parece que retrocedemos dos. Necesitamos un poco de ayuda, algo para contrarrestar el apoyo que Alice ha estado recibiendo hasta ahora de las almas.

Miro primero a Sonia y luego a Luisa.

—Existe una persona que seguro que sabía dónde estaba escondida la lista antes de que mi padre muriera.

Luisa toma la palabra con voz firme:

—No podemos volver a poner en peligro a Sonia para hablar con tu padre después de lo de anoche, Lia. Tenemos que encontrar otra manera.

No es mi intención poner de nuevo en peligro el bienestar de Sonia. Aún tiene la cara pálida, oscuras ojeras ensombrecen la piel bajo sus ojos. No ha dicho nada, pero está claro que el contacto con la bestia ha minado sus fuerzas. Fue un error pedirle que hablara con mi padre, pero ahora que soy plenamente consciente del peligro, exponerla de nuevo a ese riesgo no constituye una opción.

Sin embargo, no debo decir en voz alta estas cosas. Sonia me mira a los ojos y descifra claramente el plan que hay escrito en ellos.

—No pretende que sea yo quien se arriesgue.

Luisa sacude la cabeza.

—No comprendo.

Sonia aparta su mirada de mí y la fija en Luisa.

—Las sesiones no son el único modo de contactar con los muertos.

—Mi padre se encuentra en los otros mundos, Luisa. ¿No es cierto, Sonia?

—En algún lugar, sí —responde asintiendo con la cabeza.

Ahora Luisa lo entiende. Mueve la cabeza con sus ojos castaños abiertos de par en par.

—¡No! No, no, no. No vas a viajar voluntariamente —se incorpora dando un brinco—. ¿No oíste lo que dijo tu tía anoche? Es peligroso, Lia. Para todas nosotras, pero sobre todo para ti. No. Eso ni se cuestiona. No podemos arriesgarnos a que te descubran las almas. Tenemos que encontrar otro modo de hacerlo.

Sonia suspira, como si se sintiese obligada a decir algo que en realidad no desea decir.

—Solo... puede que haya un modo... para que Lia pueda encontrar rápidamente a su padre y evitar a las almas.

Si hay un modo de encontrar a mi padre y averiguar dónde está la lista, lo haré sea como sea. La miro fijamente.

—Dime.

—Existen unas reglas para viajar en el plano astral. Una de ellas es que ningún alma puede encontrarse en más de uno de los siete mundos al mismo tiempo, aunque todas pueden viajar libremente de uno a otro. Si eres capaz de localizar a tu padre en uno de los mundos mientras las almas permanecen en otro... Bueno, sería posible averiguar dónde está la lista antes de que seas detectada y detenida.

Algo de lo que ha dicho me ha puesto alerta.

—¿Cómo que solo siete mundos? Pensé que me habías dicho que eran ocho.

—El último mundo se reserva para los muertos. Una vez que un alma cruza a ese último mundo, ya no hay vuelta atrás.

Lo que dice me estremece.

—Entonces, ¿podría encontrarme con mi padre en los otros mundos aunque él esté muerto y yo no?

—Tu padre aún no ha cruzado al último mundo —asiente Sonia—. Si lo hubiese hecho, no podríamos haber hablado con él. Los que esperan voluntariamente en los otros mundos lo hacen por alguna razón. Tu padre debe estar esperando para ayudarte. Una vez que cruce, ya no podrás volver a hablar con él hasta que os reunáis en el último mundo. Pero los otros siete son... lugares intermedios..., lugares intermedios donde puedes encontrarte con él —deja de hablar y me mira con amabilidad, como si quisiera calmar mi decepción incluso antes de que la haya

expresado con palabras—. Aunque... aún te falta entrenamiento, Lia.

—Lo sé, pero es nuestra única esperanza. Tenemos que encontrar los nombres de las dos llaves que nos faltan. No llegaremos más lejos sin ellas y el único modo de localizarlas es encontrar primero la lista —lo considero un momento antes de tomar una decisión—. Es el único modo. Tú dijiste que se pueden controlar los viajes, ¿no? Que se puede ir voluntariamente a los otros mundos. Tú puedes ayudarme a llegar hasta allí, Sonia. Puedes ayudarme a encontrar a mi padre. Puedes decirme qué debo hacer.

Ella no quiere admitirlo. Tarda en asentir con la cabeza y lo hace despacio y con gran esfuerzo.

—Pero vas a correr un riesgo muy grande. Las almas están a la espera. Y el mismo Samael. Te está esperando a ti, Lia. Intentará retener tu alma en los otros mundos. Si lo consiguiese..., te conduciría al Vacío y quedarías prisionera de Samael para la eternidad. ¿Entiendes lo que eso significa, Lia? Jamás podrías cruzar al último mundo. Jamás —sacude la cabeza y toma una decisión—. No. No debes viajar sola. Aún no. Yo iré contigo.

Pero sus palabras no me disuaden. Ya he tomado una decisión.

—No —replico, negando con la cabeza—. Iré sola.



Media hora más tarde me encuentro tendida en el sofá de cuero de la biblioteca, a oscuras, con las cortinas corridas para ocultar la luz de la tarde. Sonia se arrodilla junto al sofá con expresión seria y preocupada.

—Cuando te diga, cierra los ojos y vacía tu mente de todo excepto del lugar al que quieres ir, del rostro que quieres ver. Contaremos juntas hasta que yo diga: «Alto». Trata de escuchar tu propia respiración, de sentir los latidos de tu corazón. Sé que suena... ¡Bueno, debe parecer una locura! Pero eso es lo que debes hacer. Concéntrate en el funcionamiento de tu cuerpo físico mientras vacías tu mente de todo menos de lo que deseas visualizar —hace una pausa antes de continuar—. Ten cuidado con lo que piensas mientras viajas. Los pensamientos son poderosos, Lia. Especialmente en los otros mundos.

Almaceno en mi memoria esta nueva regla para su posterior uso y por un instante siento pánico mientras me surgen nuevas dudas.

—Espera un minuto. Mientras busco a mi padre, ¿debo viajar a través de los otros mundos siguiendo algún orden? —recuerdo el campo yermo donde me encontré con Alice—. ¿Y qué pasa si me equivoco de sitio, si no soy capaz de encontrar a mi padre

o, peor aún, si llego a un lugar espantoso?

—Puedes viajar adonde quieras, aunque te llevará un poco de tiempo controlar tu destino. Como no tienes práctica, debes intentar... llamar a tu padre para que venga a ti. Él sentirá tu presencia. Ese conocimiento, esa... energía os reunirá en el mundo apropiado. Si puede, él encontrará el modo de llegar hasta ti. Y si no puede, es que estás en el mundo equivocado y debes marcharte a otro de inmediato antes de que las almas detecten tu presencia.

—¿Qué pasará... si las almas me encuentran? ¿O Samael? ¿Cómo puedo evitarlos?

Sonia se muerde el labio mientras piensa.

—Deberás posar los pies sobre suelo firme en cuanto puedas. En el plano astral siempre somos vulnerables. No pertenecemos a ese lugar. Pero cuando más vulnerables somos es cuando estamos volando. Quienes habitan los otros mundos conocen sus rutas. Saben cómo navegar por sus tierras, cómo localizar lo que están buscando. Y cómo hacer daño a los que identifican como intrusos. Si te atraparan las almas o Samael o... cualquier otro...

Me incorporo apoyándome sobre los codos para protestar.

—¿Cualquier otro?

—Los otros mundos están llenos de espíritus —Sonia posa una mano cálida en mi brazo—. Algunos te buscarán para ayudarte, otros para hacerte alguna travesura y otros para causarte daño de verdad. Hasta los viajeros más experimentados tienen que ser muy cautelosos.

Esta nueva información solo sirve para espolearme aún más. Estoy ansiosa por afrontar lo que sea cuanto antes, para volver sana y salva a Birchwood.

—De acuerdo. Entonces dime cómo puedo protegerme.

Las cejas de Sonia se fruncen mientras busca las palabras adecuadas.

—Todos los seres vivos emiten una especie de energía, incluyendo a los espíritus que habitan en los otros mundos. Cuando intentan causar daño, lo hacen empleando la energía que poseen. Para protegerte a ti misma debes hacer lo mismo.

Asiento pensando en las almas que nos sobrevolaban a Alice y a mí en el campo yermo, en su fuerza, en el poder que hizo que se debilitara mi voluntad y me sintiese abrumada.

—¿Cómo voy a conseguirlo, a usar... esa energía?

—Esa es la parte más difícil de explicar —tamborilea nerviosa con sus dedos en el sofá—. Yo llevo haciéndolo desde que era pequeña, así que no me resulta fácil hablar de ello, pero piensa en la energía que posees como una semilla, una semilla alojada en lo más profundo de tu ser. La semilla es pequeña, invisible incluso, pero contiene mucha más fuerza, más poder, más luz de la que puedas imaginarte. Cuando te sientas amenazada, debes ver que la semilla está germinando, abriéndose para

revelar la vida que contiene.

No quiero que sepa que todo eso me parece demasiado fantástico. Que la idea de una semilla invisible protegiéndome contra la fuerza de las almas me parece en extremo extravagante, y eso expresándolo de forma amable. No obstante, asiento y abro mi mente a sus palabras, recordándome que tan solo hace unas pocas semanas no habría podido creerme todo eso de la marca, el medallón y la profecía. Y ahora resulta que todo es cierto.

Ella prosigue como si se hiciera eco de mi incredulidad.

—No solo tienes que pensar en ello. Tienes que verlo, ¿de acuerdo? Debes visualizar la semilla abriéndose, permitiendo que toda tu energía fluya fuera de ella para crear una barrera que te dé tiempo para escapar.

—Entonces, ¿esa es mi única esperanza? ¿Escapar?

—Por el momento, sí —asiente con la cabeza—. No posees ni la fortaleza ni la habilidad suficientes para nada más. Tú solo concéntrate en terminar con el asunto que tienes entre manos, Lia. Encuentra a tu padre. Pregúntale dónde escondió la lista. Y luego regresa sin demora.



—Once... doce... trece... catorce... quince...

Nuestras voces conforman una música fantasmal tras el vacío de mis párpados. Colaboramos todas —Luisa, Sonia y yo— para crear un telón de murmullos que conduce a la oscuridad en la cual voy a sumergirme. Y de pronto se quedan en silencio, respondiendo a una consigna que no puedo percibir.

—Lia, vas a abandonar este mundo. Déjate caer en la negrura que te conducirá a los otros mundos —la voz de Sonia suena profunda y suave antes de quedar en silencio y yo me veo abandonada en el vacío mundo de mi mente.

Al principio resulta difícil no pensar en nada. Es difícil no preguntarse cuándo regresará a casa tía Virginia, si los criados no se extrañarán de que permanezca encerrada con mis amigas o si seré capaz de encontrar a mi padre.

Pero mi mente borra enseguida esos pensamientos y pronto me encuentro con que ya no tengo nada que preguntarme, nada más que hacer excepto pensar en el rostro de mi padre, escuchar mi respiración, al principio agitada y luego más tranquila, más profunda. Recreo en mi mente el mundo agradable y fragante de mi vuelo sobre el mar, el interminable cielo que se extiende por encima de mí. Huelo el aire salado del mar e imagino el rostro de mi padre.

De pronto se produce un destello, una luz cegadora que no me conduce a la oscuridad del sueño, sino a una resplandeciente luz solar, a través de la cual no consigo ver nada. El sonido de los latidos de mi corazón se intensifica, sufro sus insistentes palpitaciones sobre el trasfondo de los retazos de recuerdos que me asaltan cada vez a mayor velocidad. Birchwood. Los rostros de Sonia y Luisa, Alice y Henry. El río, James tumbado junto a la orilla. Y entonces me desligo de las ataduras de mi cuerpo con un enorme y liberador impulso que me lleva a sobrevolar conscientemente un bosque que no reconozco.

Debajo de mí el suelo está densamente poblado de árboles, una gruesa alfombra

verde que desde el aire parece mullida y suave. Mientras me desplazo por el cielo, el aroma a sal se intensifica, a mis pies la espesura de los árboles va disminuyendo hasta desaparecer por completo, dando paso a inmensas praderas en las que se mecen altas y verdes hierbas. Escucho el mar a lo lejos. El sonido se vuelve cada vez más fuerte y de pronto me encuentro en una extensa playa de arena, cuyas orillas son lamidas por un mar azul.

Aquí es donde me obligo a tocar el suelo, recordando las instrucciones de Sonia de evitar volar cuanto sea posible. Mis pies se hunden en la arena. Siento su tacto áspero incluso a través de mis botas y me maravillo ante unas sensaciones que parecen intensificarse cada vez que viajo.

No estoy segura de cómo arreglármelas para localizar a papá. Según Sonia, él me buscará a mí, pero, aun así, no parece muy sensato permanecer en la playa tan a la vista. Especialmente cuando aún no estoy segura de encontrarme en el mundo apropiado.

Bancos de rocas espectrales han creado cuevas que hacen imposible ver nada detrás de la playa. Siento alivio por no tener que preocuparme de mi protección en un espacio abierto, aunque procuro evitar mirar demasiado de cerca la oscuridad que hay más allá de la boca de las cuevas. Me concentro en el sendero que tengo frente a mí y me pongo en marcha por el tramo de arena sorteando alguna roca solitaria.

—¡Eh, hola, aquí!

Casi me muero del susto al oír la voz que proviene de las cuevas, alarmada de tener compañía en un lugar tan desierto. Un caballero se aproxima a mí sorteando las numerosas rocas escarpadas que encuentra a su paso. Es joven, viste pantalones y chaleco. Lo formal de su atuendo resulta cómico en este tramo agreste de playa.

—Ho... hola —echo una rápida ojeada alrededor, preguntándome si no habrá alguien más por aquí.

El hombre se acerca aún más y me fijo en que es bastante apuesto. Tiene el pelo rubio, igual que el de James, y el rostro ligeramente bronceado. No es mucho mayor que yo y sus ojos despiden un brillo amistoso. Relajo la guardia solo un poco.

Con fingida seriedad, el hombre me saluda haciendo una reverencia.

—Michael Ackerman, a su servicio, señorita. Pensé que iba a pasarme el día entero paseando por la playa sin compañía, pero supongo que estoy de suerte. ¿A quién debo el placer de tan agradable compañía?

—Bueno... Uf, señor Ackerman...

—Llámeme Michael. ¡El señor Ackerman es mi padre!

—De acuerdo, pues... Michael, estoy buscando a alguien, ¿sabe? Pero no estoy muy segura de dónde se encuentra y no... Bueno, aún no sé por dónde ir.

Él asiente con complicidad.

—Entiendo. Está aquí por su padre, ¿verdad?

Inclino la cabeza y le observo con renovado interés.

—Vaya... Sí. ¿Cómo lo sabe?

Gesticula con las manos en la salada brisa.

—No es difícil enterarse de cosas por aquí. Digamos que el mundo es un pañuelo, ¿eh? —se echa a reír con su propio chiste.

—Supongo. ¿Y sabe dónde puedo encontrar a mi padre?

—Sí, sí —asiente con autoridad—. ¡Por supuesto que lo sé! De hecho, fue él quien me envió a buscarla.

—¿Eso hizo?

—Sí, claro. Me dijo que buscara a una encantadora muchacha de unos dieciséis años y que la llevara con él.

Me agarra del brazo, dispuesto a guiarme por la playa.

Aparto mi brazo del suyo.

—¡Espere un momento, por favor! No estoy segura de que deba marcharme con nadie. Ya sabe...

—¡Tonterías! —vuelve a agarrarme del brazo, esta vez con más fuerza—. Sé perfectamente a quién anda buscando y debo llevarla con él.

Tan solo he dado un par de pasos cuando percibo el extraño brillo de sus ojos. Ya no es servicial, sino algo mucho más siniestro y escucho la voz de Sonia a través de los mundos: «Algunos te buscarán para ayudarte, otros para hacerte alguna travesura y otros para causarte daño de verdad».

—Escúcheme bien —me muevo para liberarme de su sujeción—. Agradezco su ayuda, de verdad. Pero creo que me quedaré aquí un rato. Seguramente, mi padre me encontrará si me quedo un rato en este lugar.

Me agarra con más fuerza aún y hago una mueca de dolor cuando sus dedos se clavan en la tierna carne de mi brazo.

—No, no. No lo creo —su voz ha cambiado. Ahora es más dura. Y bastante menos amigable—. Tenemos otro compromiso, ¿sabe? Un...

Pero no le da tiempo a acabar. De pronto aparece frente a nosotros un chico tal vez de la edad de Henry, vestido con una extraña camisa sin botones y unos bombachos cortos que dejan al descubierto sus piernas arañadas. Lleva la cara llena de churretones.

—Va siendo hora de que te largues, tío —dice el chico.

—Vaya, vaya, pequeño. Harías bien en no meterte en asuntos que no conciernen a los de tu edad. Márchate.

Michael Ackerman tira un poco más de mí antes de que el chico se interponga en su camino.

—No pienso decírtelo otra vez. Deja que se marche. No quisiera hacerte daño.

Resulta raro escuchar esa amenaza viniendo de un niño tan pequeño, aunque al



percatarme de su dura mirada estoy segura de que lo dice en serio.

—Escucha —Michael Ackerman se tensa y se estira—. No creo que sepas con quién te estas metiendo, ¿entiendes lo que te digo? Se supone que la chica debe ser retenida.

El niño mueve la cabeza resignado.

—Lo he intentado. He intentado advertirte —se vuelve a mirarme—. ¿No se lo he advertido?

—Yo... supongo...

Me interrumpo cuando el chico levanta la mano y dice algo en un lenguaje desconocido para mí. Al principio, el aire que nos rodea se sumerge en un extraño silencio. Incluso las olas que rompen en la orilla parecen no hacer ruido, como si la energía de los elementos hubiese sido silenciada por el conjuro del chico. Luego, de repente, el suelo comienza a temblar. Durante un instante —una décima de segundo, en realidad— intercambiamos miradas apresuradas, la del chico inexplicablemente satisfecha y la de Michael Ackerman al mismo tiempo maliciosa y atemorizada. No comprendo por qué su mano deja de apretarme el brazo hasta que veo cómo se abre el suelo debajo de él. La arena se parte en dos bajo sus pies, hasta que Michael Ackerman se hunde y el suelo lo engulle. Todo sucede en un instante y tras un parpadeo ha desaparecido, la arena está tan lisa como si él nunca hubiese estado allí y las olas retoman su ritmo hipnótico.

Me vuelvo hacia el chico.

—¿Pero... qué... dónde... qué has hecho con él?

—¡Vamos! —exclama con un suspiro—. No te enfades. Le advertí de sobra y ya viste cómo se lo tomó. Además, te iba a llevar con las almas perdidas —habla de forma extraña e inconexa, sin cuidar las formas ni la gramática.

Retrocedo un paso. No tengo tiempo de cuestionar su curiosa exhibición de magia, que, por muy cruel que parezca, acaba de salvarme. Mi preocupación es más personal y bastante más urgente.

—¿Y cómo sé que tú eres mejor que él? Quizás tú también quieras llevarme con las almas. Después de todo, también estás aquí, en los otros mundos, igual que ellas.

—Sí, pero no soy una de las almas. Estoy aquí porque todavía no he cruzado al otro lado.

Le miro con los ojos abiertos de par en par, como si eso me sirviese para apreciar su honestidad.

—¿Y eso dónde está?

—No lo sé, pero aquí hay montones de espíritus como yo. A veces nos quedamos porque queremos. Otras veces, pues... nos quedamos —se encoge de hombros—. De todas formas, no tienes que preocuparte por que yo vaya a querer llevarte con las almas —se inclina un poco, baja la voz y mira a su alrededor como si hubiera alguien

escuchando—. Thomas, es decir, tu padre, ha estado cuidando de mí, ¿sabes? Me ha estado protegiendo de toda clase de cosas raras. Este sitio... —levanta la vista al cielo y suelta un pequeño silbido—. Es de locos. De todos modos, Thomas me pidió que te buscara. Thomas y también tu madre.

Lo que me lleva a creerle es el uso que hace el chico del nombre propio de mi padre, además de la mención de mi madre.

—¿Has visto a mi madre? ¿Aquí?

—Pues claro —asiente con la cabeza—. ¡Están juntos! ¿Qué te esperabas? Es guapa, ¿sabes? —se ruboriza—. Un poco como tú, por los ojos.

Me veo obligada a tragar saliva por la excitación.

—¿Puedes ayudarme? ¿Puedes llevarme con ellos?

Aprieta los labios mientras mira al cielo y luego más allá de la playa. Después se inclina y baja la voz.

—En realidad, no puedo ayudarte. El castigo por hacerlo sería... —se estremece—. Bueno, sería malo, ¿vale? Pero puedo... dirigirte un poco y si alguien informara a tu padre de que estás aquí, paseándote por los otros mundos y buscándole, bueno... ¿Quién se enterará si no hacemos ruido?

—Escucha, te agradecería mucho que me ayudases. No tengo mucho tiempo y es fundamental que encuentre... Ya sabes —me ha contagiado su paranoia, así que bajo la voz y echo un vistazo alrededor antes de proseguir—. ¿Qué me sugieres que haga?

Él se inclina, baja la voz hasta convertirla en un susurro y me toca el brazo con unos dedos que percibo como el murmullo de una brisa.

—Solo tienes que pensar en él. No hace falta que pienses en un sitio. No puedes saber dónde está. No. Pero él lo intentará y te encontrará. Aunque no aquí.

Me sigue dando miedo escuchar a este chico, con su extraño lenguaje y su extraño atavío. ¿Me estará engañando? Pero ¿y si no lo está haciendo? ¿Y si está tratando de ayudarme?

Decido que no tengo otra opción. Debo confiar en que tiene intención de ayudarme. De otro modo, terminaría por convertirme en una anciana de pelo gris en la playa de este mundo, mientras permanezco al mismo tiempo tendida en un sofá de cuero en el otro.

—Entonces, ¿tengo que viajar a otro mundo?

—Eso me temo —dice asintiendo con la cabeza—. Pero confía en mí: si solo piensas en Thomas y en nada más, él te encontrará. Lleva mucho tiempo intentando llegar hasta ti.

Se da la vuelta al levantarse una brisa procedente del océano que enfría el aire, haciéndome cruzar los brazos y contemplar el agua. De repente, el viento cesa y lo inesperado de este hecho me recuerda que no me encuentro en mi propio mundo.

Cuando vuelvo la vista, el chico se ha marchado. Otra vez estoy sola en la playa

desierta. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme, pero no hay duda: el chico se ha desvanecido como si yo no lo hubiese visto jamás. Echo a correr hacia una gruesa roca cerca de la orilla recogíendome las faldas de cualquier manera alrededor de las piernas. Estoy impaciente por encontrar a mi padre y regresar a Birchwood, regresar a un mundo que conozco. Al cerrar los ojos pienso en mi padre y comienzo a recitar una retahíla de números dirigida a la brisa que viene del agua.

—Uno... dos... tres... cuatro...

Ya no estoy en el suelo, pero tampoco volando. No exactamente. No se trata de un veloz y fluido viaje de uno a otro mundo, sino de un mar de remolinos que me hacen sentir como si no pudiese respirar. Instintivamente, el pánico se apodera de mí. Me pregunto si el hombre que me encontré en la playa no les habrá hablado a las almas de mi presencia en los otros mundos y si no intentarán llevarme con ellas al Vacío.

Pasado un instante, mis pies tocan el suelo. No me he dado cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que los abro al mundo que se extiende a mi alrededor. En él casi no hay colores, el hielo se extiende hasta donde llega la vista. El cielo es blanco y alcanza hasta el horizonte, por lo que es difícil saber dónde termina el hielo que hay bajo mis pies y dónde comienza el cielo blanquecino.

El instinto me dice que eche a correr, que abandone este mundo lo más pronto que pueda para tratar de buscar en otro a mi padre, pero decido esperar, darle tiempo a papá para que me encuentre en el caso de que esté buscándome por aquí. A pesar de que no hay ningún lugar adonde ir, no me gusta la sensación de quedarme parada, tan expuesta en medio del hielo, así que camino pesadamente hasta que el eco de una débil llamada atrae mi atención. Me detengo a escuchar.

Se trata de una voz apagada que proviene de lejos. Me quedo muy quieta y trato de descifrar las palabras, pero no puedo, así que me dirijo hacia el sonido. No hay puntos de referencia por los que guiarme mientras avanzo, aunque sé que estoy aproximándome a alguien porque la voz aumenta de volumen. Es una sensación muy extraña escuchar cómo el sonido de la voz se va acercando más y más, aunque no haya nada a la vista, ni un edificio, un árbol o una cueva. Nada.

Mientras me aproximo al lugar de donde surge la voz, tengo la certera sensación de que está pidiendo ayuda. Camino más aprisa pese a lo incómodo que resulta recorrer el traicionero terreno y pese a no estar segura de la clase de ayuda que podría ofrecer. Ahora la voz está muy cerca. Me detengo y echo un vistazo alrededor en busca del lugar de donde puede proceder antes de avanzar de nuevo con la sensación de estar jugando al juego infantil de frío o caliente. Sé que el chico de la playa me diría que me callase y que esperase a mi padre, pero resulta imposible estar tan cerca de los gemidos y no preguntar quién está haciendo ese ruido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Se encuentra bien? —me siento estúpida gritándole al vacío.

Los gemidos cesan, pero solo por un instante. Se reanudan casi de inmediato y, al menos, ahora consigo entender algunas palabras.

—Ayúdame... Ayúdame... Por favor —parece la voz de una mujer.

Miro a mi alrededor tratando de imaginar desde dónde puede estar llamando esa persona.

—¿Hola? ¿Dónde está?

—Ayúdame —la voz parece provenir de algún lugar cercano a mi codo, casi la tengo encima de mí—. Por favor... sálvame.

Esta vez no hay duda. La voz no proviene de un lugar cercano a mi codo, sino de debajo de mis pies. Bajo la vista al hielo y me resbalo al ver la figura congelada que está debajo. Sofoco un grito, pero un brusco movimiento me hace resbalar y agitar brazos y piernas mientras me caigo. Me incorporo a gatas sobre las manos y las rodillas, resbalando y deslizándome para alejarme de la persona sepultada bajo el hielo justo debajo de mí, aunque no hay razón alguna por la que debiera tenerle miedo. Tiene el rostro descolorido, aunque perfectamente conservado dentro del hielo. Incluso sus cabellos están congelados y desparramados en el hielo.

Al hablar, sus labios se mueven casi imperceptiblemente.

—Ayúdame. Ya... vienen.

Me invaden a un tiempo el terror y la compasión. Quisiera ayudarla, pero, a decir verdad, mi deseo de prestarle ayuda se contrapone con una poderosa necesidad de huir, de alejarme corriendo lo más lejos posible de la horripilante imagen. Mi mente sopesa las posibilidades y llega a una rápida conclusión: no tengo tiempo para ayudarla. Si tengo que encontrar a mi padre y localizar la lista, debo evitar a las almas a toda costa. De nada sirve quedarse mucho tiempo en un lugar, especialmente en uno tan aterrador y peligroso como este.

Mientras hago lo posible por ponerme en pie, la voz de la mujer que está debajo de mí se convierte en un coro de voces. Todas ellas gimen y llenan el aire que me rodea, tratando de agarrarme y de tirar de mí, hasta el punto de que llego a sentir sus heladas manos arrastrándome hacia el hielo.

—Ayúdanos... Perdidas... Muere... Por favor... Libéranos... Niña...

Las voces se fusionan, se distorsionan y se insinúan en mi mente hasta que me llevo las manos a los oídos y me pongo en pie tratando de tomar aire, paralizada por el miedo y el horror.

Recuerdo mi último pensamiento cuando abandoné la playa. Y sé que me encuentro en el Vacío.



Muevo la cabeza tratando de sacudirme de encima esa certeza, pero la verdad es innegable. No me han traído aquí las almas, sino mi propio miedo..., mis propios pensamientos.

«Los pensamientos son poderosos, Lia. Especialmente en los otros mundos».

La evocación de la voz de Sonia me saca de mi estupor. Cierro los ojos y pienso en la imagen de mi padre. Vacío mi mente de todo lo demás.

«Papá, papá, papá».

Me elevo, el paisaje helado a mis pies comienza a distanciarse. Al ascender, veo los rostros, tantos rostros atrapados bajo el hielo que se extienden hasta donde me alcanza la vista. Una multitud de almas desterradas y paralizadas para toda la eternidad.

Y entonces regreso al torbellino. Regreso a la oscuridad.

Cuando abro los ojos, floto por encima de la hierba húmeda por el rocío. Sé que estoy cerca de Birchwood, en un plano paralelo de otro mundo, aunque no hay más que campos y árboles en todas direcciones. Está anocheciendo y al mirar al cielo me doy cuenta de que no se trata de ese cielo gris bajo el que Alice formuló sus amenazas, sino del cielo de intenso y oscuro color violeta de mi primer viaje sobre el mar.

Reconozco el alto roble que da sombra al claro junto al río. Cuando era niña, mi padre me traía aquí a menudo para leerme libros en verano a la sombra del frondoso gigante. Poso los pies sobre la hierba.

No tengo miedo.

Mientras camino hacia el árbol, siento una enorme expectación, como si me esperase algo maravilloso que ni siquiera me atrevo a insinuar. Cuando salen del bosque, comprendo por qué.

Mi padre parece más joven de lo que yo le recordaba, pero mi madre está tal

como me la imaginaba, una esposa y madre joven. Su risa me llega a través del suave viento mientras se acercan cogidos de la mano. Ella mira a papá con adoración. Me siento una intrusa, como si este momento solo les perteneciese a ellos. Aunque eso solo dura un segundo. En cuanto me ven, una sonrisa ilumina sus rostros.

Al momento los tengo frente a mí. Me arrojo a los brazos de papá.

—¡Papá! ¿Eres tú? —mi voz queda amortiguada por la hombrera de su abrigo.

Nos envuelve su estrepitosa carcajada, que reverbera a través de su pecho.

—¡Pues claro que soy yo, cariño! ¿Quién si no iba a estar paseando cogido del brazo de tu encantadora madre?

La mención de mi madre me recuerda que, después de todo, papá y yo no estamos solos.

—Mamá, no... no puedo creerlo. No puedo creer que seas tú.

Ella sonrío, ladeando la cabeza en un gesto que me recuerda a tía Virginia y un poco a Alice.

—Tenía que venir. Al parecer, nos necesitas ahora más que nunca —la preocupación tiñe su mirada.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—He venido para informarme sobre la profecía y sobre el lugar que me corresponde en ella. Debo encontrar la lista de los nombres, pero no sé dónde la ocultó papá —vuelvo el rostro hacia él—. ¿Cuando hablamos a través de Sonia..., a través... de la mediadora de los espíritus, eras tú? —recuerdo las palabras que empleó mientras Sonia estaba en trance.

Titubea antes de asentir con la cabeza.

—Intenté decirte lo de la lista, pero no te oía con claridad. Y entonces vino él.

Sus palabras hacen que me estremezca, pese a que el viento es tan agradable como antes.

—Sí.

—Me vi obligado a marcharme si no quería arriesgarme a ser retenido y conducido al Vacío. Estaría allí ahora de no ser por el poder de tu madre. Intervino cuando las almas trataban de desterrarme allí. Desde entonces no hemos dejado de huir de ellas.

Se vuelve a mirarla, rodea sus hombros con un brazo y la atrae hacia él en un gesto de profunda ternura que me provoca un nudo en la garganta.

—Sabía que me necesitabas —dice dirigiéndose a mí—. Por eso aún no he cruzado... no hemos cruzado ninguno de los dos —echa una ojeada a su alrededor y baja la voz—. Han corrido la voz por los otros mundos, Lia. Si alguien te ve, debe detenerte. Todos temen a Samael, y su ejército se asegura de que los espíritus más débiles hagan lo que pide. Tienen espías por todos los rincones. Nosotros tenemos aliados... que nos ayudarán si pueden, pero no es posible retener a las almas por

mucho tiempo. Ni tú estás a salvo aquí ni nosotros.

—Entonces tendremos que darnos prisa —respiro hondo—. Papá, dime dónde está la lista para que pueda encontrar a las otras llaves.

Él se inclina hacia delante, acerca sus labios a mi oído y susurra:

—La dejé al cuidado de mi amada. En mi habitación.

Trato de descifrar sus palabras mientras recuerdo nuestra búsqueda por su habitación.

—Pero he...

Levanta una mano como para impedirme que siga hablando. Mientras posa un dedo sobre sus labios, mira a nuestro alrededor. Entiendo lo que quiere decirme; puede que nos estén espiando incluso ahora mismo.

Sacudo la cabeza, tratando de decirle que la lista no está allí. Que he mirado y remirado, pero que aún no la he encontrado.

Sin embargo, él afirma insistentemente con la cabeza, como diciendo: «Sí. Está allí. Tienes que volver a mirar».

Repito mentalmente sus palabras: «La dejé al cuidado de mi amada... En mi habitación». De pronto se me aparece la imagen, como si siempre hubiese estado allí. Le miro a los ojos y digo que sí con la cabeza, sintiendo el placer de la esperanza.

Él levanta la vista cuando el cielo empieza a oscurecerse, lanzando sombras sobre nosotros donde antes no había ninguna.

—Debemos irnos, Lia. Se nos acaba el tiempo.

Se me encoge el corazón al pensar que van a marcharse. En contra de mis deseos me he acostumbrado a la responsabilidad de mi cometido en la profecía, a prescindir del reconfortante abrazo de mi padre, de su mano firme. Pero estar de nuevo con mis padres, aunque haya sido tan solo por unos instantes, me ha recordado todo cuanto he perdido.

—No quiero marcharme. Quiero quedarme con vosotros —no me avergüenza parecer una cría.

Mi madre da un paso adelante para abrazarme.

—Lia —respira sobre mi pelo y yo olfateo el olor a jazmín en su cuello—, siento haberte dejado esta carga. Pero tú eres el ángel, la hermana que puede terminar con la profecía para siempre. Y así debe ser, por mucho que deseemos que sea de otro modo. Debías ser tú, Lia. No hay ningún error. Nunca lo ha habido. Las hermanas llevan tiempos inmemoriales esperando tu llegada.

Quisiera renegar de sus palabras aun después de todo lo que he visto. Pero tan solo encierran la verdad. Así que asiento y la miro fijamente a esos ojos tan parecidos a los que veo cada mañana cuando me miro en el espejo del lavabo de mi cuarto. Asiento para decirle que lo entiendo. Que acepto mi deber en la profecía, el deber que ella me ha traspasado. Que no tengo miedo.

Papá levanta la vista al cielo. Aún está azul, pero de nuevo el viento es frío y advierte vagamente del peligro.

Me mira con pena.

—Debemos marcharnos.

Yo levanto la barbilla.

—Sí —le digo y asiento con la cabeza, percatándome de que es inútil tratar de retenerlos conmigo.

Ahora parecen menos vívidos, menos presentes que hace apenas unos instantes.

Mi madre me abraza por última vez.

—Desde el principio supe que eras tú, aunque vi algo en tus ojos, algo que me daba esperanza. Lo que más siento es no haber sido lo suficientemente fuerte como para luchar por ti.

—Recuerda, mamá —le digo sacudiendo la cabeza—. No hay ningún error.

Ella sonrío a través de las lágrimas y se inclina para besarme en la mejilla.

—Ningún error, ángel mío.

Ambos se dan la vuelta para marcharse, mucho más deprisa de lo que yo quisiera. Mi madre se vuelve una vez más, con su rostro nublado por la preocupación.

—Cuida de Henry, Lia. ¿Lo harás?

No espera a que responda. De todos modos, yo asiento y grito tras ellos:

—Os quiero. Os quiero a los dos.

Es cuanto llego a decir. Luego desaparecen.



Me embarga la emoción al emprender el viaje en dirección a Birchwood. Siento una enorme pena por despedirme de mi padre y de mi madre, pero también una gran felicidad, que me llena de tal forma que siento como si su amor me impulsase a través del cielo.

Me sorprende el control que he logrado en los otros mundos en tan corto plazo, la nueva seguridad que siento en la dirección y la velocidad a la que vuelo.

Aunque eso es antes del distante crujido que surge del cielo a mis espaldas.

Comienza con una vibración y estoy segura de que el suelo se agita pese a que no lo estoy tocando. Le sigue un ruido sordo proveniente de la tierra, como si fuera a abrirse a causa de esa fuerza inmensa y atronadora que se me viene encima.

Más adelante percibo algo. Estoy casi segura de que es Birchwood, pero cuando miro atrás veo una inmensa y negra multitud de almas rugientes que vienen hacia mí. Desde lejos semejan una nube de insectos zumbadores, pero sé que estarán aquí en



cualquier momento y ahuyentarlas no va a ser tarea fácil.

El reclamo de Birchwood, del hogar y de la seguridad es poderoso, aunque no confío en poder huir de las almas. Tras haber tomado la única decisión que me ofrece alguna esperanza de escapar, me detengo en pleno vuelo y me imagino a mí misma suspendida por encima del suelo hasta que me encuentro haciendo eso precisamente.

Y luego me quedo a la espera, observando cómo crece la nube, cómo se oscurece y aumenta su ruido mientras se dirige hacia mí. Debería enfrentarme a ellas aquí, en los cielos de su propio mundo. Me gustaría decir que no siento miedo, que permanezco firme y resuelta frente a las almas. Aunque sería una falsedad, pues ¿cómo no voy a sentir miedo ante la rugiente legión que se me viene encima? No, estoy más que asustada. Estoy tan aterrorizada que me echo a temblar, incluso con mi cuerpo astral. Pero permanezco firme, procurando quedarme quieta.

Lo que he planeado no es muy inteligente, pero es todo cuanto tengo, así que permanezco a la espera de que las almas se hayan aproximado lo bastante para poder apelar a la energía de la que Sonia me habló. Debo calcularlo cuidadosamente, con la suficiente antelación como para detener el avance de las almas, aunque no con demasiada, para no desperdiciar el poco tiempo de que dispondré para escapar. Evoco la voz de Sonia en mi cabeza y cuento.

«Uno... dos... tres...».

Aún no.

«Cuatro... cinco... seis...».

Ahora están más cerca, lo suficiente como para distinguir sus rostros torturados y enfurecidos, sus largas barbas desvaneciéndose sobre los negros chalecos desgarrados que cuelgan de sus descomunales cuerpos.

«Siete... ocho...».

Los aullidos que emanan de la multitud son inhumanos, gritos de guerra propios de animales salvajes. Según van acercándose, se colocan por encima de mí, a mi derecha y a mi izquierda, incluso por debajo de mi cuerpo suspendido, hasta el punto de que pienso que he esperado demasiado tiempo. Hasta que estoy segura de que van a devorar por completo mi alma. No puedo hacer otra cosa sino cerrar los ojos e imaginar la semilla, minúscula y guardada en la parte más profunda y secreta de mi cuerpo. Veo cómo se van retirando las capas que la cubren, dejando al descubierto otras de color cada vez más claro, hasta que llego al mismo centro de su lozana y viva esencia. Respira. Late. Palpita llena de vida.

Aún oigo a las almas, aunque sus gritos forman parte de otro lugar, pues yo me he aislado en un mundo propio, secreto y silencioso. El único sonido que escucho con claridad es el latido de un corazón. Al principio me parece que proviene de mi propio pecho, pero entonces abro los ojos y observo la luz rojiza que late en el interior de la multitud, las atronadoras alas que baten el aire con un inquietante sonido desde el

interior de las oscuras sombras de las almas. Desde allí emana el resplandor rojizo de Samael, su corazón late al mismo tiempo que el mío, sus múltiples y enormes alas se extienden por encima de su ejército.

Tengo que obligar a mi mente a retroceder hasta la semilla, hasta su esencia. Veo cómo se abre, se despliega, revienta y se extiende por cada recoveco de mi cuerpo. Al mirar abajo, mi piel, mis ojos, mi boca despiden una luz de color azul lavanda que se hace más intensa por momentos, como una energía, jamás sentida ni imaginada antes, que emana de mi cuerpo en forma de pequeñas ondas que crecen hasta convertirse en olas.

Cualquier sonido que pueda provenir de las almas se pierde en la armonía de mi propio poder y en el palpar del corazón que resuena entre Samael y yo. Creo que ha llegado el momento de echarme a volar y ponerme a salvo en Birchwood mientras las almas siguen contenidas por esa autoridad que he logrado imponer. Pero entonces escucho la voz.

—Señora... Deja que reine el caos... Abre la puerta.

Sacudo la cabeza instintivamente, temiendo pronunciar palabras que puedan estropear la ventaja que he conseguido con mi pequeña demostración de fuerza.

—El poder y la paz serán tuyos... Extiende tus brazos, ángel del caos, y deja que la confusión de la bestia fluya como un río... Abre la puerta...

La voz se desliza hasta mí a través de las almas, a través del sedoso cielo. Se abre paso a través de la luz violácea, al contrario que las almas. No son más que palabras, pero me invocan como si fueran al mismo tiempo una amenaza y una caricia.

La luz sigue fluyendo de mi cuerpo, pero mis fuerzas flaquean cuando las palabras de Samael se abren paso hasta mis oídos, hasta mi mente, incluso más adentro, hasta un lugar remoto que lleva mucho tiempo esperando tan solo esa llamada. La voz es una promesa de liberación. Liberación de una lucha interminable, aunque yo llevo muy poco tiempo tomando parte en ella. Liberación de una lucha que se prolongará en el futuro, en un futuro que no me augura lo que más deseo: seguridad, amor, esperanza.

Pero el brote de la semilla sigue creciendo hasta más allá de lo concebible, hasta que su poder parece querer partirme en dos, cuerpo y alma. Y con este último impulso de fuerza encuentro la determinación que necesito.

No pierdo el tiempo mirando atrás. En lugar de eso me repliego dentro de la luz e invoco el poder místico que poseo. Lo invoco para regresar a casa con la mayor rapidez posible. Lo invoco para verme de nuevo en Birchwood, para contener a Samael y a su ejército el tiempo suficiente y así poder regresar al cuerpo que me aguarda en el sofá de la biblioteca.

Me desplazo a toda velocidad en la oleada de luz hacia aquella masa que asoma a lo lejos. No tardo mucho en confirmar que el edificio que hay más allá es Birchwood.

De ahí que mi padre quisiera reunirse conmigo en el mundo más próximo a nuestra casa. Él sabía que vendrían.

Un enorme rugido estalla a mis espaldas entre un enfurecido griterío. No me vuelvo a mirar a pesar de la poderosa necesidad que siento de hacerlo. Me limito tan solo a volar y, mientras me aproximo a la casa, los campos desfilan a mis pies a una velocidad vertiginosa. Solo cuando me encuentro más cerca de mi casa es cuando comienzo a perder fuerzas. No sucede de repente. Se trata más bien de un lento agotamiento que se filtra en mis huesos y debilita la luz que irradia mi cuerpo. Estoy muy cerca, lo bastante como para distinguir los vidrios emplomados en forma de rombo de las ventanas. Lo bastante cerca incluso para ver el brillo de las lámparas mientras comienza a oscurecer rápidamente. Pero de nuevo se reanuda a mis espaldas un rotundo clamor y cuando me doy la vuelta sé por qué he desfallecido justo antes de poder completar la huida.

Samael ha venido a por mí. Se ha colocado al frente de las almas, y el tranquilo latido del corazón aumenta de volumen mientras se dirige hacia mí. La fuerza de las almas no es nada comparada con la de Samael. Su poder, su furia son primigenias. Se acrecientan en una oleada de maldad que me priva de mi capacidad de movimiento.

Sobrevuelo la ventana de la biblioteca mientras noto cómo mi voluntad me abandona y entonces recuerdo algo que dijo Virginia. ¿No fue esta misma mañana? «... Llegado el momento, si tienes que recurrir a alguien, siempre habrá una persona dispuesta a ayudarte».

Mi cuerpo está demasiado cansado para continuar. Pero mi mente... mi mente aún puede defenderse solicitando la ayuda que necesito.

—Hermanas... de la antigua comunidad de las hermanas... —no parece mi propia voz, suena diminuta y muy lejana, pero aun así prosigo cerrando los ojos y tratando de no pensar en que Samael está cada vez más cerca—. Os invoco, hermanas, para que ayudéis a una de las vuestras. Para que me salvéis y yo pueda después salvar a todos.

Ni siquiera soy capaz de sentirme ridícula por solicitar tal ayuda frente al ser rugiente que se me viene encima. Mientras el tiempo marca su ritmo —¿son segundos, minutos, horas?—, decido cerrar los ojos para aguardar con dignidad lo que haya de sucederme.

Noto entonces un viento intenso, cálido, seguido de un crujido que me hace levantar la vista a los cielos. Cuando la mujer se hace visible, Samael y sus almas parecen aminorar su avance. Se ha detenido a unos pocos pasos de distancia, entre mí y el ejército que se aproxima rápidamente. Hay algo en el aspecto testarudo de su mandíbula, en el profundo verde de sus ojos que me resulta familiar.

La mujer sin nombre permanece parada entre las almas y yo mientras otras mujeres aparecen en el cielo, como salidas de la nada, y se despliegan en abanico y

formando un círculo alrededor de las almas y de Samael. Sus etéreos vestidos se inflan alrededor de sus traslúcidas piernas mientras levantan las manos hasta casi tocarse. De las palmas de sus manos surgen llamaradas candentes que forman un círculo de fuego místico que me separa de la bestia.

La primera mujer queda suspendida en el aire, más próxima a mí; la débil luz de color lavanda que mana de mi cuerpo es en el suyo de un brillante color púrpura que se extiende y derrama a su alrededor hasta rebotar en el círculo, en cuyo interior los corceles de las almas se encabritan levantando las patas.

No la veo mover los labios cuando su voz me llega desde la distancia. Resuena en mi mente y me doy cuenta de que no está hablando en voz alta.

—Adelante, muchacha. Reúne fuerzas. Nos encontraremos de nuevo.

Samael aúlla y alza una espada desde el centro del círculo. La hoja emite un siseo con destellos de color naranja que crepitan contra la luz del círculo de las hermanas. A pesar de la clara superioridad de estas, no deseo comprobar más su fuerza frente a Samael. Respondo a las palabras de la mujer con un gesto afirmativo y me impulso a través de las paredes de la casa con las últimas fuerzas que parecen quedarme.

Sonia y Luisa están sentadas en el suelo cerca del sofá, Sonia sostiene mi mano inerte con los ojos cerrados y murmura una silenciosa plegaria. Caigo dentro del cuerpo que me aguarda, jadeando entrecortadamente entre los dos mundos, inhalando aire como si hiciera rato que me faltase la respiración y acabase de revivir.

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! —la voz de Luisa emerge del suelo, muy cerca de mí.

Apenas siento el suave tacto de Sonia en mi mano, como si aún no se hubiesen restablecido del todo los sentidos de mi cuerpo. Intento hablar, decirles que debemos regresar a la habitación de mi padre a buscar la lista, pero de mi boca no salen más que una serie de ruidos y sonidos que nada se parecen a las palabras. Sacudo la cabeza, desesperada, mientras Sonia me habla con brusquedad.

—¿Lia? ¿Lia? Mírame, Lia. Escúchame.

Aparta su mano de la mía y me hace girar la barbilla, de modo que me veo obligada a encararme con ella. Clava sus ojos en los míos con tal autoridad que no me queda más remedio que responderle del mismo modo. En ellos se refleja la paz del mar de los otros mundos.

—Debes tranquilizarte. Es natural no poder hablar después de regresar de un viaje así, ¿de acuerdo?

No puedo hacer otra cosa que mirar, sin atreverme a hablar de nuevo.

—¿De acuerdo, Lia? Debes confiar en mí. Recuperarás el habla en unos segundos. Respira con calma y espera. Debes permitir que tu mente procese todo lo que has hecho, todo lo que has visto. Debes permitirle reposar unos momentos para que regrese a su estado físico. ¡Mírame, Lia! Y mueve la cabeza si me entiendes.

El tono de su voz es áspero. De pronto me siento como una niña, pero sé que

estoy a salvo bajo el mandato firme de sus palabras y la miro a los ojos, asintiendo.

—Bien. Ahora quédate tranquila. Quédate quieta y respira.

Me abandono a la indefensión de mi cuerpo. Cuando miro a Luisa, el miedo de sus ojos me atemoriza aún más, así que me vuelvo de nuevo hacia Sonia para contemplar la inmensidad azul de sus ojos hasta que comienzo a respirar con más normalidad.

Para comprobar que mis dedos funcionan, les ordeno que se muevan y agradezco que lo hagan tal como he dispuesto. Sigo el mismo procedimiento con el resto de mi cuerpo sin exigirme demasiado, hasta que veo que todo parece funcionar correctamente. Solo entonces trato de hablar. Sonia y Luisa escuchan con suma atención mientras intento esbozar las palabras.

—S-s-su habitación. La lista está en la habitación. Detrás del retrato de mi madre.



—¿Estás segura de que está aquí?

Luisa me entrega la fotografía de mi madre tras haberla sacado de la habitación de papá. Me he visto forzada a permanecer en el sofá cuando Sonia me ha informado de que uno de los desgraciados efectos secundarios de realizar un largo y difícil viaje por el plano astral es la debilidad en los miembros. Por si eso no bastara, la cabeza me palpita, lo cual hace que vuelva a sentir lástima por los sufrimientos de la vida de Sonia como espiritista. Aunque nadie lo haya dicho abiertamente, la oscuridad que asoma tras los vidrios de las ventanas nos está advirtiéndome de que el tiempo corre en nuestra contra. Tía Virginia estará de vuelta en cualquier momento con Alice y Henry.

—No del todo, aunque bastante, dadas las circunstancias.

Contemplo la imagen de mi madre. Su mirada no es menos intensa en la foto en blanco y negro y yo la recuerdo vibrante durante nuestro breve encuentro en el otro mundo.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta Sonia con delicadeza.

—No. Lo haré yo —digo sacudiendo la cabeza.

Le doy la vuelta a la foto y la deposito boca abajo sobre mi regazo. La delgada pletina de metal de la parte de atrás sale con facilidad de su sitio, permitiéndome despegar la delgada pieza de madera del marco. Al principio pienso que no hay nada allí. Puedo ver el reverso de la foto y estoy a punto de quitarla también cuando algo capta mi atención en una esquina del marco, entre el cristal y el metal decorado.

Al levantar el marco para acercármelo a la cara interviene Luisa.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo ahí?

—No estoy segura...

Pero no me lleva mucho tiempo comprobar que, en efecto, hay algo. Tiro de ello con dedos temblorosos, aunque no sabría decir si me tiemblan a causa de los nervios,

del miedo o debido a mi reciente visita a los otros mundos.

—¡Es tan pequeño! —dice Sonia—. ¡Seguro que no es la lista!

No es más que un pedacito de papel, un minúsculo trozo arrancado sin duda de otro más grande, aunque a mí no me defrauda tanto como había imaginado. Hasta ahora es lo más cerca que hemos estado de la lista. Y aunque ya no está escondida allí, tal como la dejó mi padre, de una cosa estoy segura: antes sí lo estaba.

Sonia y Luisa están tan calladas como yo. La decepción se puede oír en el silencio de nuestras respiraciones, en la ausencia de palabras. Soy yo quien por fin se decide a hablar, quien finalmente rompe con una palabra el pesado silencio de la biblioteca.

—Alice.



Camino de un lado a otro de mi habitación tratando de ordenar mis pensamientos antes de enfrentarme a Alice. No he podido hacerlo entre tanto bullicio, mientras tía Virginia y Henry repartían sus compras y rememoraban las anécdotas de su jornada. Solo he tenido tiempo de encontrarme con la mordaz mirada de Alice antes de que se retirara a su habitación. Después hemos estado cenando, un tenso aunque gran acontecimiento, pues aún hay huéspedes en la casa, pese a que el día de Acción de Gracias en realidad ya ha pasado.

Luisa y Sonia se han ofrecido a acompañarme cuando me enfrente a mi hermana, pero esta parte de la profecía, esta parte de la batalla me corresponde a mí. He estado aguardando toda la tarde, cada vez más furiosa.

Alice, trabajando del lado de las almas, que querrían verme muerta.

Alice, exponiéndome a sufrir daños al deshacer el hechizo de mi madre.

Alice, apoderándose de la lista.

Cuando todo el mundo ha ido a acostarse, estoy más que preparada para recuperar la lista, así que salgo de mi habitación con paso decidido, pero no tan silencioso como debiera dada la hora que es. Al llegar a su puerta llamo con los nudillos, aunque la abro antes de que me responda. No tendrá ocasión de negarme la entrada.

Su rostro muestra un gesto de auténtica sorpresa que jamás había visto en ella. Su mano sale volando hacia su pecho, su boca forma una O de desconcierto.

—¡Lia! ¿Qué...?

Me dirijo con paso firme hacia ella y por primera vez en todos estos años que llevamos siendo hermanas, en todos estos años que hemos sido amigas y confidentes, mi hermana parece asustada de mí.

—Dámela, Alice.

Extiendo la mano, esperando que comprenda que no pienso marcharme sin la lista de nombres, pues es mi pasaje a la libertad.

Ella sacude la cabeza, haciendo una buena demostración de falsa confusión.

—No sé... no sé a qué te refieres.

—Sí... que... lo... sabes, Alice —digo abriendo mucho los ojos—. La tienes tú. La has robado de la habitación de papá.

Se endereza con los ojos resplandecientes, su expresión atemorizada se desvanece tras su propia indignación.

—Lia, te digo que no tengo eso que tú crees que está en mi poder. Pero, por lo que veo, debe ser muy importante para ti. Casi desearía tenerlo ahora, sea lo que sea —sus ojos vuelven a mostrar el brillo siniestro que siempre me hace temer lo que hará o dirá a continuación. Cuando prosigue, entiendo por qué—. Especialmente porque tú tienes una cosa que es mía.

Durante unos instantes nos contemplamos mutuamente, escuchando en el silencio de la habitación nuestra respiración tranquila. No tengo intención de confirmar que el cuchillo está en mi poder, ni tampoco tengo intención de devolvérselo. Así que me empeño en calmar mi voz para que no se note.

—Devuélvemela, Alice.

Ella inclina la cabeza y me mira fijamente sin inmutarse.

—Aún no sé a lo que te refieres.

La desesperación me va a hacer perder los papeles. Ella sabe a lo que me refiero. De eso estoy segura. Aunque no me queda más remedio que explicárselo detalladamente, a menos que quiera quedarme en la habitación de Alice dedicada a los juegos de palabras toda la noche.

—La lista. La lista de papá con los nombres. Estaba en su mesilla de noche, detrás de la foto de mamá. Y ha desaparecido.

Alice se da la vuelta, camina despreocupadamente en dirección a su cómoda y se quita las horquillas del pelo mientras me mira en el espejo de su tocador.

—Ah... Ya veo. Por fin te has dado cuenta de la importancia de las llaves —se da la vuelta y aplaude como si estuviese en el teatro—. Bien por ti, Lia. Estarás orgullosa. Sin embargo, yo no tengo la lista. Claro que la quería. Incluso fui a la habitación de papá para recuperarla. Miré detrás de la foto de mamá, pero la lista tampoco estaba allí.

No puedo ocultar la confusión que delata mi rostro.

—¿Pero cómo lo sabías? ¿Cómo sabías dónde estaba mientras que yo no conseguía dar con el lugar donde la escondió papá?

Se echa a reír estrepitosamente, mostrando auténtica diversión.

—¡Oh, Lia! Aún no lo entiendes, ¿verdad? —vuelve a girarse para ponerse frente



a mí, haciendo rebotar sus largos cabellos sobre sus hombros en una cascada de rizos—. No necesito a papá para que me cuente cosas. Hace mucho que comprendí que yo no le interesaba nada mientras tuviera a su preciosa Lia. No, no le necesité en este mundo y tampoco le necesito ahora que está en el otro. No necesito a Virginia. Y tampoco te necesito a ti. Yo tengo mis propios métodos para averiguar cosas. Lo único que siento es no haber encontrado la lista a tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que la encontraste demasiado tarde?

Suelta un suspiro, como si estuviese explicándole algo muy simple a un niño pequeño.

—El marco solo contenía el retrato de nuestra querida madre—sus palabras están llenas de sarcasmo—. Yo sabía que la lista había estado allí alguna vez, así que simplemente asumí que la habrías encontrado y escondido en algún sitio.

Teniéndola de frente, no se me ocurre nada que decir. Mi rabia ha sido sustituida por un profundo e inquietante desconcierto. Si yo no tengo la lista..., si de verdad Alice no la tiene...

¿A quién más puede serle útil una cosa tan secreta y peligrosa?



«El ángel, guardado solo por un tenue velo protector, frágil y mundano, que se rasga fácilmente».

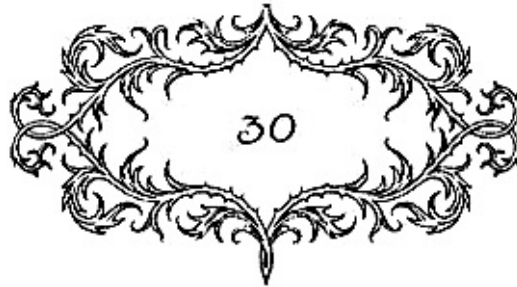
Abro mis ojos a las palabras, susurradas desde algún remoto lugar de mi inconsciente. He estado durmiendo de forma intermitente y he tenido multitud de sueños que por una vez adivino que no son más que eso. Sueños. Me despierto, aunque no con la respuesta que necesito, sino con esas palabras tan familiares resonando en mi mente: «El ángel, guardado solo por un tenue velo protector. Guardado solo por un tenue velo protector. Guardado solo por... Velo protector... protector... protector...».

Las palabras se repiten como en uno de los discos rayados del gramófono de mi padre.

Como si alguien estuviese tratando de decirme algo.

Y luego están las palabras entrecortadas que mi padre pronunció a través de los mundos: «Henry es cuanto queda del velo...».

De pronto sé lo que significan.



Bajo las escaleras a la carrera. Ni se me ocurre pensar en la impresión que causo cuando llego al final, aunque debe ser considerable, pues Luisa y Sonia salen asustadas del comedor. Sonia lleva una servilleta en la mano, se me queda mirando sorprendida.

—¡Lia! ¿Qué te...?

—¿Tía Virginia? —mi voz resuena como un bramido por la casa, cada vez estoy más desesperada.

Luisa y Sonia contemplan espantadas mi comportamiento.

El taconeo de unos zapatos sobre el mármol hace que me dé la vuelta. Siento el alivio por todo el cuerpo y luego desaparece igual de rápido cuando me percato de que no se trata de mi tía, sino de Margaret, que me mira como si me hubiese vuelto loca para ir gritando por la casa como una chiquilla.

—¿Por qué grita, señorita Milthorpe?

—Yo... lo siento, Margaret. Tengo que hablar ahora mismo con mi tía. ¿La has visto? —mi voz temblorosa me traiciona.

—Vaya, pues claro, querida —dice con una sonrisa—. Está arriba. En la cama.

—¿En la cama?

Margaret podría haber dicho también que tía Virginia estaba cepillando a los caballos; me habría sorprendido tanto como que se quede en la cama durante el día.

—Sí. Está en la cama. No se encontraba bien. En los últimos días se ha sentido inusualmente cansada y la he mandado a la cama para que descanse. Nada preocupante, estoy segura. Debe ser por el tiempo —sonríe, como si con eso pudiese calmar la agitación que siento en mis venas—. Vaya a verla más tarde, querida. Cuando haya dormido un rato. Estoy casi segura de que estará rebotante de salud.

Asiento con la cabeza, recordando el cansancio de tía Virginia después de acudir en mi ayuda en los otros mundos. Al asomar la cabeza en el salón, compruebo que

está vacío y me vuelvo hacia Margaret.

—¿Margaret?

—¿Sí, señorita?

—¿Dónde están Henry y Alice?

La inseguridad se refleja en sus facciones, habitualmente imperturbables.

—Bueno, ese es un asunto que quería discutir con la señorita Spencer...

—Bueno, quizás deberías discutirlo conmigo —le digo, enarcando las cejas.

Se balancea nerviosa con los pies y puede que esta sea la primera vez que me haya sentido señora de mi propio hogar.

—Bueno, señorita... Alice se llevó a Henry al río.

Me quedo boquiabierta mientras echo un vistazo por la ventana al cielo plomizo.

—¿Al río? ¿Ahora? ¡Pero si parece que se va a poner a llover de un momento a otro, Margaret!

Tiene la gentileza de mostrarse avergonzada.

—Quise decírselo a la señorita Spencer, pero como se sentía mal, pues... —su voz se quiebra y aparta la mirada.

—¿Pero cómo la has dejado marchar? ¿Cómo has dejado que Alice se llevara a Henry? ¡No es más que un niño!

Se trata de una acusación abierta, aunque sé que es injusta. Después de todo, Alice es hermana de Henry. ¿Por qué no va a llevárselo a tomar un poco de aire fresco, a pesar de lo amenazante que está el día, si es lo que le apetece a él? ¿Qué motivo debería tener Margaret para dudar de que a Alice solo la han impulsado a hacerlo su amor fraternal y su sentido del deber?

—Bueno, por si quiere saberlo —dice endureciendo el gesto—, ha sido Alice quien ha insistido en que le apetecía pasar un rato a solas con Henry. Y ha dejado claro que es ella la dueña de Birchwood, no la señorita Virginia. Y que yo no soy quién para cuestionar lo que hace. Exactamente eso fue lo que dijo, señorita: «Tú no eres quién para cuestionar lo que hago, Margaret». Lo siento, pero no había manera de detenerla.

—Quedaos aquí —digo dirigiéndome a Sonia y a Luisa—. Ocurra lo que ocurra, no salgáis de esta casa.

Agarro mi capa, abro la puerta y acto seguido me interno en el frío del exterior.

Doy la vuelta a la casa y los veo parados junto a la orilla del río cuando empiezan a caer las primeras gotas. Me detengo un instante para levantar la cabeza. Una gota fría cae sobre mi mejilla.

Entonces echo a correr.

Mis faldas se balancean pesadamente alrededor de mis muslos mientras corro por el sendero empedrado. A lo lejos, Alice está de pie, tan solo a una corta distancia de Henry. Todo parece ir bien y durante un instante pienso que quizás me equivoque. No

parece que estén haciendo otra cosa más que conversar.

Pero entonces el cielo se abre con un estruendoso trueno y empieza a llover en serio. En cuestión de segundos el pelo se me pega a la cabeza, y mis faldas empapadas se hacen más pesadas y difíciles de manejar. Y Henry y Alice siguen en la orilla del río, como si hiciese un sol espléndido, sin moverse e ignorando, al parecer, el torrente de agua que sin duda los está empapando también. Ahora sé que no me he equivocado y me empeño en mover más aprisa aún las piernas.

Están fuera de la zona empedrada, en el bancal de tierra junto a la orilla. Demasiado cerca de la orilla, pienso. Ninguno de los dos se vuelve cuando los alcanzo, a pesar de que tienen que haberme oído jadeando y tratando de recuperar el aliento a cinco pies escasos de ellos.

—¿Qué estáis haciendo? —grito por encima del furioso bramido de la lluvia, aunque creo saber bien para qué ha traído aquí Alice a Henry.

Ninguno contesta durante unos momentos. Se limitan a mirarse uno a otro como si solo existiesen ellos. Es Alice quien por fin habla.

—Márchate, Lia. Ya va siendo hora de que te mantengas al margen. Déjame hablar a solas con Henry. Voy a arreglar este asunto aquí y ahora.

Miro a Henry —ya lo creo que le miro— y me pongo furiosa. Está sentado en su silla y parece más pequeño que nunca, como si de algún modo le hubiese encogido la lluvia hasta semejar a aquel gatito del granero al que tratamos de bañar en una ocasión en una tina detrás de los establos. Le castañetean los dientes a causa del frío. No lleva puesto más que el abrigo.

—Esto me incumbe tanto como a ti, Alice. ¿No te da vergüenza sacar a Henry con lo que llueve?

Me dirijo hacia él con la intención de devolverlo al calor y a la seguridad de la casa. Ya habrá tiempo más tarde de ocuparse de lo que sea. Pero Alice se interpone.

—Henry no se irá a ninguna parte, Lia. Aún no. No hasta que me entregue la lista.

Quisiera que lo negara. Quisiera que protestara, que dijera cualquier cosa que pudiera salvarle del tormento de encontrarse entre nosotras dos con lo único que ambas deseamos más que nada. Pero no es eso lo que dice.

—Iba a cogerla, Lia. La vi buscándola. Es mi obligación protegerte. Lo dijo papá.

—¡Papá... está... muerto, Henry! —grita Alice al viento, levantando las manos a ambos lados—. Ya no queda nadie ante quien tengas que responder. Nadie excepto yo y Lia. Y tú puedes liberarla, Henry. Puedes liberarla para siempre si me das a mí la lista —su voz está llena de energía renovada y se eleva por encima de la veloz corriente del río y del martilleo de la lluvia.

—¡Henry! ¡Mírame, Henry! —quiero que vea que no estoy asustada y trato de sostenerle la mirada solo con la fuerza de mis pensamientos—. No tengo miedo, Henry. No hace falta que me protejas, ¿de acuerdo?

Sus labios han tomado un malsano tono azulado, que llega a ser púrpura en las comisuras. Apenas puede hablar, apenas puede pronunciar las palabras a causa del frío.

—Papá me dijo que la pusiese a salvo. P-p-para ti, Lia.

Y entonces veo lo que más me temía. El puño de Henry aferra algo mustio y blanco. Me maldigo para mis adentros. Al exigirle la lista a Alice, tan solo le he demostrado que yo no la tengo. Y le he proporcionado un motivo para seguir buscándola en otro sitio.

—Guárdatela en el bolsillo, Henry. Guárdatela hasta que volvamos a casa.

Me dirijo hacia él con toda la autoridad que soy capaz de exhibir. Voy a llevarle adentro. Que Alice trate de detenerme.

Pero no lo hace. De hecho, ni se me acerca. En lugar de eso, va hacia Henry y agarra el manillar de su silla mientras se gira de costado y vuelve su rostro en mi dirección.

—No te acerques ni un paso más, Lia. Te he dicho que te mantengas al margen — luego se dirige a Henry—. Dame la lista, Henry. Si quieres proteger a Lia tal como dices, tal como quería papá que hicieras, me darás la lista. Si no, Lia no se verá nunca libre de la carga que le corresponde —no necesita amenazarme con palabras, ya bastante amenazadora resulta con las manos sobre la silla de Henry tan cerca del río.

Henry sacude la cabeza, testarudo.

—No. Solo voy a hacer lo que me pidió papá —le tiemblan los labios, delatando el miedo y el frío que está tratando de ocultar tras su firme negativa.

Ya he tenido bastante. Doy un paso hacia Henry, simulando una confianza que no siento.

—Esto es ridículo, Alice. Suelta ya a Henry. Voy a llevarle adentro.

Acabo de tocarle el hombro cuando Alice se da media vuelta mucho más deprisa de lo que parece posible con esta lluvia. Ella y Henry quedan colocados de cara al río mientras mi hermana vuelve su rostro por encima del hombro para mirarme.

—Ni se te ocurra acercarte más, Lia. Ni se te ocurra.

Me paro y me quedo muy quieta. Pensando. Pensando lo más aprisa que puedo. La expresión de su rostro es indescifrable: una mezcla de rabia, miedo y tristeza, tan imbricados que resulta difícil determinar dónde termina una cosa y comienza la otra. Parece medio chiflada, con los ojos enloquecidos. No me fío de lo que pueda hacerle a nuestro hermano. Lo más prudente sería coger a Henry y ponerlo cuanto antes fuera de su alcance. Doy un paso más hacia ella, fingiendo una confianza en su racionalidad que no siento realmente.

—No —sus ojos me suplican, me imploran algo que ni comprendo ni puedo garantizar—. Por favor, Lia.

Es esa última súplica la que me hace sentir segura de que debo seguir avanzando,

la que me hace creer que Alice no pretende causarle daño a Henry.

Pero me equivoco, me equivoco por completo, pues nada más dar un paso, Alice mueve un poco la cabeza y arroja a Henry con su silla al río como si se tratase simplemente de una piedra.

Parece extraño que pueda oír el escalofriante crujido de la silla por encima del ruido del aguacero, pero lo hago. Las ruedas avanzan atravesando el bancal pedregoso del río, no demasiado rápido al principio, aunque comienzan a coger velocidad en cuanto alcanzan la pendiente.

Y lo más raro es que todo parece suceder despacio. Mi lógica me dice que las cosas ocurren con mucha mayor rapidez, mucho más peligrosamente, pero en ese momento todo parece haberse ralentizado y el tiempo transcurre en una distorsionada versión de sí mismo.

Me arrojo sobre la tierra mojada tratando desesperadamente de agarrar a Henry por una pierna, de agarrar el radio de una rueda, lo que sea, mientras se aproxima al río cada vez más. Estirándome sobre el barro, mis dedos agarran el radio de una de las ruedas, lo cual me provoca una punzada de dolor que se extiende hasta mi muñeca en cuanto logro detener con los dedos el movimiento de la silla.

Henry permanece lastimeramente callado, agarrado a los brazos de su silla con toda la fuerza que le permite su pequeño cuerpo. Lo estoy intentando. Intento sujetar la silla, pero es muy pesada y mis dedos no son lo bastante fuertes para detener tanto acero. Se me suelta de la mano tras un último y terrible tirón.

Y entonces Henry cae, cae abajo por el bancal del río. Increíblemente, continúa sentado hasta que la silla choca contra una roca cerca del final de su recorrido y le arroja fuera.

Directo a la corriente de agua.



—Yo... yo... yo no... —tartamudea Alice por encima de la lluvia en el momento en que me lanzo a toda velocidad a la orilla del río.

No pienso en nada salvo en Henry, indefenso sin poder hacer uso de sus piernas en la corriente de agua. No llego al río con la suficiente rapidez. Me sumerjo de cabeza en el centro, sabiendo que ahí es más profundo y que el agua me arrastrará más deprisa hacia mi hermano. El agua fría me sorprende cuando me cubre la cabeza, arrastrándome corriente abajo incluso mientras me sumerge bajo la superficie. Lucho contra la corriente antes de dejarme llevar por fin, permitiendo que la fuerza del agua me impulse de acá para allá, lanzándome penosamente contra el fondo y arañando mi cuerpo con las piedras del mismo.

Tan solo cuando comienza a faltarme el aire entro en razón y me impulso desde el pedregoso lecho del río con todas mis fuerzas en un desesperado intento por coger aire. Hace mucho tiempo que aprendí a nadar en las tranquilas aguas de la isla donde solíamos pasar las vacaciones de verano, pero los violentos tumbos que doy por el río nada tienen que ver con el suave movimiento del océano. Mi cabeza emerge desde las tenebrosas profundidades, pero el río me tira de las faldas amenazando con arrastrarme abajo una vez más. Me parece haber visto algo oscuro flotando corriente abajo justo en el momento en que mi cabeza es arrastrada nuevamente por debajo de la corriente.

Esta vez me defiendo, pensando que Henry no puede estar muy lejos de mi alcance. Pataleo y me estiro, abriéndome paso hasta la superficie y tomando todo el aire que puedo. La lluvia aún sigue cayendo, dibujando círculos en la superficie del agua que enseguida se incorporan a los rápidos. Busco y busco, explorando los remolinos del río tras un rastro de mi hermano, pero el agua está turbia, la lluvia no cesa y no veo nada que me dé alguna esperanza antes de ser arrastrada de nuevo al fondo.

Mis huesos están cansados, ateridos por el frío y el continuo maltrato de las piedras del fondo del río. Sacudida por el agua como una maleta desechada, comienzo a sentir el atrayente imán del sueño eterno. Dentro de mí, algo me pide que me abandone. Que abra la boca y deje que el agua fluya a todos los rincones de mi cuerpo, que concluya mi lucha contra el río, contra la profecía, contra la carga que me pertenece.

Es la voz de mi madre la que me devuelve un instante de lucidez. «Cuida de Henry, Lia». Es un eco en la parte medio muerta de mi mente, la parte que ha estado a punto de darse por vencida, y con él me impulso hacia la superficie, luchando por mi vida y por la de mi hermano.

—¡Lia! ¡Por aquí! ¡Ven por aquí! —al principio creo estar imaginándomela, pero la voz es real y me llama desde la orilla.

Alzo la cabeza por encima de los rápidos, recorriendo con la vista la ribera hasta que la veo. Es Alice, está parada al borde del río con una rama larga y gruesa en la mano.

—¡Vamos, Lia! ¡Tienes que intentarlo! Intenta llegar hasta mí —apenas se oye su voz, aunque debe estar gritando con todas sus fuerzas para que pueda oírse desde tal distancia.

Se encuentra lo bastante lejos corriente abajo como para que yo pueda conseguirlo si chapoteo con furia y con todas mis fuerzas. Pero Henry... La desesperación me está volviendo loca y de nuevo comienzo a hundirme mientras recorro con la vista el río. No hay ni rastro de él. Ni rastro de su silla, tan pesada que seguramente se habrá hundido en cualquier lugar del curso del río.

—¡Lia! ¡Por aquí! —Alice sigue haciéndome señas. Llamándome. Buscándome solo a mí. ¿Quién se ocupará de buscar a Henry?

Decido intentarlo y agarrarme a la rama, siquiera tan solo por concederme un momento de descanso mientras examino el agua y la ribera del río buscando la cabeza oscura de Henry. El río me empuja con tal fuerza y a tal velocidad que nadar contra la poderosa corriente arrebató las últimas fuerzas que le quedan a mi cuerpo extenuado.

Por extraño que parezca, consigo cambiar de dirección y me desvío lentamente hacia la orilla a mi derecha. A medida que mi cuerpo se mueve en esa dirección, soy capaz de usar la corriente a mi favor y cuando me acerco a Alice y a la rama que me ofrece, me desplazo a tal velocidad que temo pasar de largo, arrastrada por alguno de los largos brazos del río.

—¿Estás lista, Lia? Agárrate al pasar, ¿vale? —me ordena Alice más allá, y me descubro asintiendo con la cabeza a pesar de todo lo que ha pasado.

Me deslizo hacia el punto donde la rama desciende hasta el agua.

—Estate atenta, Lia. Uno... dos... Espera... ¡Ahora, Lia! ¡Agárrala!



Está tan inclinada sobre el río que pienso que va a perder el equilibrio y que también ella se va a caer, pero mientras sigo deslizándome, extendo una mano y forcejeo con el agua. Estoy a punto de pasar de largo por el lugar que podría ser mi salvación cuando noto en la palma de la mano la crujiente y rugosa rama. Cierro mis dedos sobre ella de inmediato, antes de que sea demasiado tarde.

Enseguida mi cuerpo detiene su viaje río abajo. Aún noto el empuje de la corriente. Aún noto el peso de mis faldas embebidas de agua sacudiendo mis piernas y tirando de mi cuerpo hacia abajo. Aunque, al menos por ahora, tanto la rama como mi hermana me ayudan a mantenerme a flote en el agua.

—¡Lia! Lia —Alice jadea sin aliento y empapada hasta los huesos, como si también ella hubiese estado a punto de ahogarse en el río. Extiende una mano haciendo un gran esfuerzo, mientras con la otra sujeta el extremo de la rama—. Dame la mano, Lia.

Ya apenas la oigo. Mis ojos rastrean el curso del río hasta que desaparece en un meandro. «Puede que se haya agarrado a alguna rama baja —pienso—. Puede que se haya quedado retenido en alguno de los tramos poco profundos del río. Puede que haya encontrado una roca a la que agarrarse hasta que llegue ayuda».

Repaso mentalmente todas las posibilidades, como si estuviese sopesando qué probabilidades hay de tomar el té. Como si cualquiera de ellas fuese tan válida como la anterior, sin tener en cuenta el hecho de que no hay rastro alguno de Henry. Ni de su silla. Contemplando el río, se diría que Henry jamás ha estado allí.

—¡Ahora, Lia! Tienes que agarrarte a mi mano. Esta rama no podrá aguántarte indefinidamente —Alice está enfadada y me sorprende que su enfado aún pueda llamar mi atención.

—H-h-henry —tengo tanto frío que ni noto el tacto de la rama en la mano, aunque aún veo cómo la sujeto con el puño.

—Montaremos una partida de rescate para buscar a Henry, Lia. Pero tienes que salir del agua ahora, antes de que se parta la rama.

Aún sigo pensando. Pensando. Pensando en cómo salvar a Henry.

—¡Lia! —Alice me grita entre lágrimas y por primera vez me doy cuenta de que está llorando, tanto que apenas puede hablar—. Vas a salir del agua ahora mismo. ¿Me has oído? No le servirás de nada a Henry muerta en el fondo del río.

No es el momento de cuestionar su ofrecimiento de ayuda. Hay algo en el tono de su voz, en sus lágrimas, en su expresión aterrada que me hace asentir. Tiene razón. Toda la razón. Tengo que salir del agua para ayudar a Henry como es debido, y ahora mismo, no me queda otra salida.

Una de las manos de Alice sujeta la rama. La otra me la tiende a mí.

Me lleva unos instantes reunir el valor necesario, pues tengo tanto frío y el río baja tan veloz que temo volver a caer dentro de la corriente. Y no sobreviviría a ello

otra vez.

Agarro la rama con más fuerza con una mano. Y llevo la otra hacia Alice.

Ella se aferra a mi mano con tal fuerza que por un momento no me cabe la menor duda de que, antes que dejarme escapar, caerá conmigo al río. Tira de mí con una fuerza que yo desconocía que tenía, hasta que se cae de espaldas en el barro y yo me quedo tumbada con medio cuerpo fuera del agua. Se pone en pie apresuradamente, resbala en el barro y me coloca boca arriba.

—¿Lia? ¿Lia? ¿Estás bien? —tiene la cara pálida y mojada. No sé si es la lluvia o sus lágrimas lo que cae sobre mi rostro mientras me sumerjo en la oscuridad.



Hace calor en la habitación, aunque lo percibo solo como la ausencia del frío que parecía haberse instalado cada vez más hondo en mis huesos antes de que Alice me sacara del agua. Aún estoy entumecida. Pero no sé si es a causa del frío o del miedo. Ivy y tía Virginia han estado yendo y viniendo, trayendo más mantas para mi cama y obligándome a beber té tan caliente que tengo la lengua escaldada.

—Aquí tienes. ¿Notas suficiente calor? ¿Quieres que te traiga algo más? —siento la mirada de tía Virginia en mi rostro, pero yo no puedo mirarla a los ojos.

Sacudo la cabeza, examinando los finos bordados de la colcha de mi cama. La partida aún está fuera buscando a Henry. Sonia y Luisa están en el piso de abajo, en algún lugar de la silenciosa casa. Todo eso lo sé, aunque no consigo encauzar mis pensamientos en nada concreto.

Una llamada a la puerta obliga a tía Virginia a desviar los ojos hacia Ivy, que se encuentra junto a una palangana llena de agua humeante que hay en el lavabo. Ivy va a la puerta y la abre una rendija antes de cerrarla y volver junto a tía Virginia.

Cuando se inclina para susurrar algo al oído de tía Virginia, sé que me creen tan cerca del delirio que tienen miedo de hacer que me vuelva loca del todo, aunque, de hecho, no siento absolutamente nada.

—Enseguida vuelvo, Lia —tía Virginia me alisa el pelo de la parte alta de la cabeza antes de inclinarse para besarme la frente. Noto sus labios fríos sobre mi piel caliente.

Miro un instante de reojo hacia la puerta, donde distingo a un caballero vestido con ropas toscas, de pie en el pasillo, con el sombrero entre las manos. En apenas un segundo bajo de nuevo la cabeza buscando el amparo de la colcha.

Es imposible saber el tiempo que tía Virginia ha estado fuera, porque resulta difícil de evaluar en el calor y la seguridad de mi habitación. Casi me siento

defraudada cuando regresa para sentarse con delicadeza a un lado de mi cama. Me gustaría quedarme a solas en el silencio de mi habitación, sin que nadie me hablase durante mucho tiempo.

—Lia —al principio, el tono de voz es amable, pero como no contesto, se vuelve ligeramente insistente—. Lia. Tengo que hablar contigo. Sobre Henry. ¿Quieres mirarme?

Pero no puedo. No puedo romper el hechizo de la habitación en calma. La habitación que ha sido mía desde que a Alice y a mí nos trasladaron fuera de nuestro cuarto infantil hace ya tanto tiempo. La habitación donde siempre he envuelto los regalos de Navidad para Henry. La habitación en la que he soñado con los labios de James sobre los míos. Nada demasiado terrible puede suceder aquí.

—Lia.

Su voz se quiebra y su tristeza es tan insoportable que casi obedezco. Casi la miro a los ojos.

Pero no puedo. Vuelvo el rostro hacia la pared y levanto la barbilla en un gesto de testarudez, negándome a escuchar lo que sé que va a decir. Lo que me va a hacer imposible seguir adelante.



Me quedo escuchando un momento antes de cerrar la puerta con cuidado tras de mí y salir al frío de la noche. Quiero escuchar el silencio de mi hogar, el único hogar que he conocido, antes de cometer este último acto de traición. He sido lo bastante precavida como para ponerme las botas antes de salir. Tienen un aspecto extraño vistas a la luz de la luna y asomando por debajo de mi delicado camisón blanco.

Mis sentidos se agudizan mientras asciendo la ladera del risco sobre el lago. El aire es frío y limpio, y el inminente perfume invernal mucho más nítido para mí que hace apenas unos días.

Trato de no pensar. No quiero pensar en mi madre. No quiero pensar en Alice, en la terrible combinación de odio y amor que mostró en la orilla del río.

Pero, ante todo, no quiero pensar en Henry.

Tengo que detenerme para recuperar el aliento cuando llego a la cima de la colina. Aún siento debilidad en las piernas por el tiempo que pasé en el río. Cuando por fin consigo respirar sin sentir pinchazos de dolor en el pecho, continúo hasta el borde del risco. Incluso ahora resulta difícil no maravillarse ante la belleza del lago. ¿Cómo negar el precioso destello de sus aguas? No es tan mal sitio para morir y durante un malsano instante de claridad casi comprendo por qué lo escogió mi madre.

Lentamente arrastro los pies hasta el borde, más y más cerca, hasta que los dedos de mis pies casi quedan fuera de la superficie rocosa. El viento me barre el pelo de la cara y hace que susurren las hojas de los árboles que están a mi espalda. Pienso que aquí siento a mi madre más que nunca. Me pregunto si ella estaría en el mismo lugar en el que estoy yo ahora, si vería mecerse estas mismas aguas. Por primera vez en mi vida sé con certeza que estoy vinculada a ella, que ella y yo formamos una unidad con todas y cada una de las demás hermanas.

Pero les he fallado a esas hermanas. Mi padre se pasó más de una década confeccionando la lista que nos habría de dar la libertad, y he fallado incluso con tal

ayuda, mucho mayor de la que ninguna hermana anterior hubo recibido. La lista ha desaparecido y con ella cualquier esperanza de encontrar las llaves, de terminar con la profecía. Comenzar de nuevo llevaría años, durante los cuales correrían peligro las vidas de Sonia y de Luisa. Años en los que yo sería constante objeto del tormento de las almas. Años durante los cuales no me estaría siquiera permitido caer en la paz del sueño sin miedo a dejar entrar a la bestia para que destruyera el mundo.

Y, además, está Henry. Si yo hubiese nacido deseando desempeñar mi papel en la profecía, Alice no hubiese acorralado a Henry en el río para apoderarse de la lista. En otra vida, en otro mundo, quizás Alice y yo podríamos haber intervenido en la profecía con un propósito común. En lugar de eso, Henry se convirtió en un simple peón de este cruel juego.

«Cuida de Henry, Lia». Las palabras de mi madre rebotan en las paredes de mi cerebro hasta hacerme derramar lágrimas, al principio pocas, luego las suficientes para humedecer el cuello de mi camisón. Lloro al viento, deseando abandonarme, abrir los brazos y caer. Pero, entonces, ella me habla de nuevo.

«No hay ningún error, Lia».

Lloro aún más fuerte.

—No quiero ser yo —les grito a las aguas que se encuentran abajo—. ¿Por qué tengo que ser yo?

Las aguas no contestan, pero el viento sí. Se levanta de golpe y me empuja hacia atrás dando tumbos, hasta que me dejo caer en el suelo a cierta distancia del borde del risco.

El viento se calma, no poco a poco, sino de repente. Las hojas de los árboles se quedan calladas, el único sonido es el jadeo de mi trabajosa respiración. Permanezco allí sentada durante un tiempo sin sentir el frío, pese a que mi aliento forma una nube blanca cada vez que lo exhalo.

No va a concluir tan rápida y fácilmente mi papel en una profecía que comenzó tantos años atrás. Tras limpiarme las lágrimas de la cara, me pongo en pie y me alejo del lago sin mirar una sola vez atrás.



El cielo azul se está burlando de mí, una broma cruel que me gasta Dios precisamente en este día.

El entierro de Henry no es lluvioso y gris como el de papá. El sol nos calienta las espaldas y los pájaros cantan como si se alegraran de que Henry esté con su padre y con su madre. Y no me cabe la menor duda de que ahí es donde está. No me cabe la

menor duda de que está paseando con ellos, riendo bajo aquel cielo aterciopelado. Pero eso no lo hace más fácil de soportar.

Mientras el reverendo recita el vigésimo tercer salmo, noto la mirada de Alice al otro lado de la tumba, aunque no voy a mirarla. No he vuelto a mirarla a los ojos desde el momento en que me sacó del río. De hecho, creo que no he mirado a nadie desde entonces, aunque Sonia y Luisa y, por supuesto, James han venido a verme varias veces. Me sienta fatal pedirles que se marchen, pero apenas puedo soportar mi propio dolor por la muerte de Henry. No podría verlo reflejado y multiplicado en los ojos de los que me rodean.

—Cenizas a las cenizas, polvo al polvo —dice el reverendo.

Tía Virginia da un paso adelante, abre el puño sobre el hoyo en el suelo y deja caer tierra en la tumba de Henry. Tiene el rostro demacrado y pálido. Si hay alguien que conozca mi dolor, es tía Virginia.

En varias ocasiones he empezado a hablarle acerca de los últimos momentos en el río con Alice y Henry, pero algo me advierte que no debo pronunciar esas palabras en voz alta. En parte, porque sin pruebas ni testigos no cabe duda de que la versión de Alice y la mía serán distintas. Pero también hay algo más: la expresión ausente en los ojos de tía Virginia, comprender que ni siquiera ella es capaz de soportar tanto. Y si he de ser honesta, aunque solo sea conmigo misma, una dolorosa y violenta rabia me está consumiendo por dentro. Una rabia que buscará venganza llegada la ocasión.

A mi modo.

Aparto la mirada mientras Alice se encamina hacia la tumba, levanta la mano y con un ruido sordo deja caer tierra sobre el pequeño ataúd de Henry.

Tía Virginia se me queda mirando, pero digo que no con la cabeza. No quiero tener nada que ver con ninguna de las partículas de tierra que van a enterrar a Henry en el suelo al lado de mi padre y de mi madre. Ya bastante tengo con soportar mi parte de culpa.

Es más que suficiente.

Mi tía asiente con la cabeza y dirige al reverendo un gesto silencioso que él parece comprender. Cierra su Biblia y le dirige a ella unas pocas palabras antes de hacer un gesto afirmativo con la cabeza y murmurarnos algo ininteligible a Alice y a mí. Apenas puedo soportar su presencia, su figura vestida de negro, tan llena de muerte y desesperación. Asiento y giro la cabeza, agradeciendo que se marche enseguida.

—Vamos, Lia. Volvamos a casa —tía Virginia está a mis espaldas, con una mano sobre mi brazo. Noto su preocupación, aunque no consigo levantar la vista hacia ella.

Solo puedo decir que no con la cabeza.

—No puedes quedarte aquí todo el día, Lia.

Tengo que tragar saliva para usar la voz que hace tanto que no ejercito.

—Iré dentro de un rato.

Se queda dudando antes de asentir a mi lado.

—De acuerdo. Pero no tardes demasiado, Lia.

Se marcha y Alice sigue sus pasos. Ahora solo estamos Edmund y yo. Edmund permanece en silencio con el sombrero en la mano, mientras las lágrimas se derraman por su rostro de líneas ásperas como si fuera un niño. Su presencia me consuela y siento que no son necesarias las palabras.

Me quedo contemplando el vacío en el que el cuerpo de mi hermano reposará eternamente. Me aterroriza y me entristece abandonar en esta tierra su sonrisa de niño y sus brillantes ojos. Esta tierra que se enfriará y se endurecerá conforme avance el invierno, antes de que vuelvan a brotar unas flores silvestres que yo no veré porque no estaré aquí.

Trato de imaginármelo, de ver la tumba de Henry cubierta de flores violetas. De retenerla en la memoria para evocarla cuando me encuentre lejos de ella. Y luego me despido.



A pesar de lo agotada que estoy, la noche del entierro de Henry me resulta imposible dormir. Aunque no es mi pena lo que me mantiene despierta. Es otra cosa, algo que me ronda por la cabeza. Sé que es importante, aunque no sé cómo ni por qué.

Lo que escucho en mi mente es una historia de mi infancia. La historia que mi padre utilizó como prueba de su identidad cuando habló a través de Sonia, antes de que la bestia comenzase a hablar en su lugar. La recuerdo. Recuerdo a Henry tratando de comportarse con valentía, aunque incapaz de esconder las lágrimas que caían de sus ojos cuando su pequeño barco desapareció río abajo. Recuerdo a Alice, que no quería que construyese la desafortunada balsa, ni siquiera quería que lo intentase. Y me recuerdo a mí misma sudando, sintiéndome pesada y torpe embutida en mi mandil, claveteando descuidadamente los tablones desiguales, porque no podíamos quedarnos allí viendo llorar a Henry mientras su juguete preferido desaparecía de nuestro alcance.

Es el recuerdo de Henry el que me lleva a su cuarto. Sus ojos, su rostro, su radiante sonrisa. Tal vez necesite tan solo estar cerca de él una última vez antes de marcharme.

El silencio reina en su habitación, sus cosas están tal como él las dejó. Cierro la puerta tras de mí, deseando pasar a solas este último momento con mi hermano. Me siento en el borde de su cama y cojo su almohada. Aún conserva su olor. El olor de

los libros —la casa era su refugio y su prisión— y el débil aroma dulzón de sus pequeños y pegajosos dedos de niño. La aprieto con tal fuerza contra mi pecho que temo no poder respirar.

Devuelvo la almohada a su cama, le doy la vuelta y la aliso como solía hacer cuando Henry era más pequeño y le arropaba o le leía un cuento antes de dormir. Me dirijo hacia la estantería, a Henry le encantaban las buenas historias, al igual que a papá y a mí. Hay muchos libros allí, todos los que me gustaban de niña y algunos más. Atrae mi atención el lomo de *La isla del tesoro* y recuerdo lo que le entusiasmaba a mi hermano la historia cuando a veces la leíamos juntos. Lo saco de la estantería y disfruto de su peso en mi mano, del tacto del cuero viejo.

El libro es como lo recordaba, lleno de grabados que ilustran diversas escenas de la historia. En una de ellas, los hombres están trabajando en la playa, cavando para desenterrar el tesoro, y eso es lo que despierta mis recuerdos.

«Papá me dijo que la pusiese a salvo. Para ti, Lia».

Mi mente pretende rehusar la posibilidad, pero el corazón ya me ha dado un vuelco y me pregunto si mis pensamientos a la deriva quizás no vayan tan a la deriva después de todo.

Examino la estantería. Sé que está aquí desde que Henry perdió su barquito en el río. Al principio no lo veo. Alguien lo ha empujado hasta el fondo, entre el extremo de un libro y el interior del estante. Pero sé que lo he encontrado cuando mis ojos se encienden ante esa particular sombra de un rojo tan vivo aun después de todos estos años.

Al ponerme de puntillas para coger la caja de vidrio, me acuerdo de las horas que trabajó papá con Henry para construir la réplica. Papá, a quien usar sus manos no le interesaba realmente más que para sostener sus preciados libros, se pasó días y días con la cabeza inclinada sobre la de Henry, claveteando las minúsculas piezas de madera. Lo pintó con los colores exactos del barco original de mi hermano y luego se lo llevó al vidriero para que lo metiera en una caja de cristal, herméticamente cerrada, de modo que Henry conservara para siempre un recuerdo de su querido juguete.

Noto el tacto frío y suave del vidrio en mi mano y trato de separarlo de la base sobre la que descansa el barco. Está perfectamente sellado y, aunque una parte de mí se avergüenza de desmontar la maqueta de Henry, otra más poderosa presiente que precisamente para eso he llegado hasta aquí.

Al darle la vuelta a la caja en mis manos, me fijo en que hay un número limitado de sitios donde buscar, de modo que me centro en la base de madera. Es cuadrada y con un acabado en laca negra. Tiro de ella con más fuerza, pero aun así no se separa del envoltorio de vidrio. La profundidad de la base me da que pensar. Con al menos tres pulgadas de altura, parece demasiado grande para sustentar un barco tan pequeño. Claro que podría haberse construido así simplemente para colocar el barco



de Henry en un lugar de honor, un tributo de mi padre a su único hijo.

O podría estar ocultando algo.

Mientras sujeto firmemente con la mano la parte superior del vidrio, examino el extremo inferior de la base en busca de un saliente, una lengüeta, algo de lo que poder tirar. Como no da resultado, intento hacer que gire, aunque enseguida me doy cuenta de lo ridículo que es girar algo cuadrado. Sus ángulos perfectos, su trazado de líneas limpias sugieren algo más simple, más elemental, y cuando coloco los pulgares en el mismo borde y empujo, la fina pieza de madera de la base se desliza sin esfuerzo alguno, como si todo este tiempo hubiese estado esperándome solo a mí.

El papel doblado que se encuentra en la pequeña cavidad hace que contenga la respiración. Se me eriza el vello de los brazos y de la nuca. Las manos me tiemblan con tanta violencia que regreso a la cama, extraigo el papel y deposito la caja de vidrio sobre la colcha.

Por mucho que piense que estaba en lo cierto, cuando veo los nombres, no puedo por menos que sentirme impresionada por mi hermano pequeño. Se extienden por la página como una columna de hormigas, uno detrás de otro.

Sonia Sorrensen	Londres, Inglaterra
Elena Castilla	Barcelona, España
Luisa Torelli	Roma, Italia

Philip Randall, investigador  
Avenida Highgrove 428, Londres, Inglaterra

Me dejo caer sobre la cama sacudiendo la cabeza. Después de todo, él no la tenía. El papel arrugado en su mano no era más que eso, un trozo de papel, seguramente en blanco o lleno de nombres falsos. Quizás tenía pensado arrojarlo al río para que Alice no siguiera buscándolo. Quizás pensara entregarle una lista falsa para embarcarla en un viaje sin fin. Cualquiera que fuese su propósito, su regalo me permitirá continuar con la profecía, terminar con ella sin más demora. Me pregunto si el nombre que figura al final de la lista es el de la persona a quien mi padre confió la búsqueda de las llaves.

Y ahora lo sé: solo tres de ellas fueron identificadas antes de la muerte de mi padre.

Tres, no cuatro.

Aun así, es un comienzo.



Mientras levanto la mano para llamar a la puerta, no puedo evitar acordarme de la última vez que estuve aquí. Por entonces, la profecía y mi papel en ella aún constituían un misterio.

Esta vez, tía Virginia está visiblemente más sorprendida de verme.

—¡Lia! —me coge del brazo, tira de mí para que entre en la habitación y cierra la puerta tras nosotras—. ¿Te encuentras bien? ¿Algo va mal?

Quisiera decirle que, por supuesto, todo va mal. Que Henry está muerto, que no volverá nunca más y que Alice no se detendrá ante nada para traer a la bestia. Pero tía Virginia lo sabe. Repetirlo sería perder un tiempo que no nos podemos permitir el lujo de perder.

Sacudo la cabeza.

—No. Es que yo... —me miro las manos—. Debo marcharme, tía Virginia.

Cuando levanto la vista, se limita a afirmar con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Cojo sus manos entre las mías. Son suaves, secas y ligeras como una pluma.

—Ven conmigo.

Me mira a los ojos con una tímida sonrisa antes de estrecharme entre sus brazos.

—Oh, Lia. Ya sabes que nada me gustaría más.

—Entonces dime que lo harás.

Ella dice que no con la cabeza.

—Aún no ha llegado la hora de marcharme.

—Pero Henry está... —casi me dan náuseas esas palabras. Creo que me matarán en cuanto salgan de mi boca. Aun así me empeño en decirlas—. Henry se ha ido, tía Virginia. Ya no te queda nada aquí.

—Está Alice.

—¿Alice? —no puedo ocultar mi sorpresa.

—Sé que es difícil de entender, Lia. Pero le hice una promesa a tu madre. Le prometí que cuidaría de todos sus hijos. No puedo evitar dejar de pensar que ya le he fallado.

Sus ojos se ensombrecen. Sé que está pensando en Henry, pero sus remordimientos y su tristeza solo acrecientan mi enfado.

—¿Alice? ¿Vas a quedarte para cuidar de Alice? ¿Y también la entrenarás para que se convierta en guardiana? ¿Vas a revelarles los secretos de las hermanas para ayudar a su causa?

—Lia —dice con voz calmada; no se trata de una regañina exactamente, aunque sí percibo cierto tono de advertencia—, jamás haría algo así. Yo no puedo ayudar a Alice. No puedo intervenir en sus cosas. Y no voy a entrenarla como guardiana porque no desea desempeñar ese papel. Pero tampoco puedo abandonarla sin más.

Quisiera gritar: «¿Y qué pasa conmigo? ¿Me abandonas para que siga mi propio camino en la profecía sin que nadie me guíe?».

Tía Virginia prosigue como si estuviera respondiéndome:

—Y tampoco te estoy abandonando a ti, querida. Contarás con el apoyo de las llaves y el consejo de las hermanas, y yo me reuniré contigo en cuanto pueda. Tienes mi palabra.

—¿Reunirte conmigo dónde, tía Virginia? —pregunto moviendo la cabeza—. Ni siquiera sé adónde debo ir. Necesito tiempo. Tiempo para perfeccionar mis conocimientos sobre los otros mundos y sobre los dones que apenas controlo aún. Necesito un lugar donde sentirme a salvo, aunque solo sea por un tiempo.

—No te preocupes —posa sus ojos en los míos—. Sé adónde puedes ir. No puedo garantizarte nada, por supuesto, pero es un lugar razonablemente seguro.



—Edmund.

Se me quiebra la voz cuando pronuncio su nombre.

Está sacando brillo al carruaje con largas y lentas pasadas, de espaldas a la entrada de la cochera. Se detiene en cuanto escucha mi voz, la mano aún levantada sobre el reluciente flanco del carruaje, que parece haber sido lustrado constantemente estos tres días desde la muerte de Henry. Cuando se vuelve a mirarme, quisiera que no lo hubiese hecho, pues es tal su pena, su descarnada angustia, que casi me quedo sin aliento.

Me dirijo hacia él y me detengo para poner una mano sobre su hombro.

—Yo... lo siento, Edmund. Lo siento mucho por ti.

Las palabras quedan en suspenso entre nosotros y por un instante me pregunto si no estará terriblemente enfadado. Si alguna vez me perdonará la pérdida del niño al que tanto cariño tenía.

Pero cuando levanta la vista para mirarme, lo hace con la sorpresa y la amabilidad que son tan propias de él. Asiente con la cabeza.

—Gracias. Y yo lo siento por usted.

Dudo antes de pedirle un favor, pues no tengo ningún derecho, ahora menos que nunca. Aun así, debo hacer algo y no puedo llevarlo a cabo sin la ayuda de Edmund.

—Necesito ir al pueblo, Edmund. Yo... necesito ver a James. Y necesito verle esta noche. ¿Me llevarás?

Se han derrumbado las barreras que nos separan. No estoy pidiendo a nuestro criado que me lleve al pueblo. Se lo estoy pidiendo a Edmund. La persona más cercana a un padre que me queda.

Él asiente sin vacilar, echando la mano atrás para coger su sombrero.

—Haré todo lo que me pida, señorita. Cualquier cosa.

Y dicho esto, abre la puerta del carruaje.



La luz que sale de la librería es escasa ante el inminente anochecer. Edmund espera pacientemente y sin moverse junto a la puerta abierta del carruaje, como si supiese lo difíciles que serán los próximos instantes. Tiene intención de concederme el tiempo que necesite.

He intentado practicar lo que debo decir, cómo le explicaré a James la profecía, mi papel en ella y por qué debo marcharme, aunque sea solo por un tiempo. Aun así, nada de lo que he practicado me va a garantizar que James siga queriéndome, de modo que no he decidido nada al respecto. Tendré que hablar con él como pueda, dejando que las cosas sigan su propio curso.

Tras salir del carruaje, camino a toda prisa en dirección a la librería sin percatarme de que Edmund está pegado a mis talones hasta que le oigo hablar:

—La esperaré aquí, señorita.

Se apoya contra la pared que está junto a la puerta de un modo que no admite discusiones y yo sonrío débilmente antes de entrar al calor de la tienda.

Me quedo un instante aspirando el olor de los libros, tratando de retenerlo en la memoria. No sé cuándo volveré. Ya me he ido acostumbrando a estos pequeños instantes de melancolía, estos momentos en los que me doy cuenta de todo lo que voy a dejar atrás. No tiene sentido luchar contra ellos.

—¡Lia! —James sale de detrás de la cortina que separa la trastienda. Viene hacia mí a toda prisa, sus ojos reflejan preocupación—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

Bajo la vista a mi falda por un instante, preparándome para las difíciles palabras que debo pronunciar. Cuando por fin le miro a los ojos, quisiera echarme en sus brazos, perderme en el consuelo que sé que voy a encontrar en ellos, olvidar lo que nos separa.

—Yo... voy tirando. Supongo que se puede decir que estoy tan bien como cabría esperar.

Trato de sonreír valientemente, aunque no debe resultar muy convincente, pues James se apresura a abrazarme.

—¡Lia...! ¡Oh, Lia! He intentado verte. He ido a verte todos los días. ¿No te lo ha dicho Virginia? —su voz es un feroz susurro en mi pelo.

—Sí. Lo siento, James. Yo... es que no podía hablar con nadie. Con nadie.

Él se echa hacia atrás y sostiene mis hombros mientras estudia mi cara.

—Por supuesto. A cualquiera le pasaría lo mismo. ¿Pero por qué? ¿Por qué has venido hasta aquí? Solo tenías que mandarme un recado y habría ido yo a verte. No deberías haberte molestado en venir con este frío y de noche.

Se asoma por la ventana y parece satisfecho de ver a Edmund apoyado contra la pared de fuera.

Inspiro hondo.

—Tenía... tenía que hablar contigo. Esta noche. Necesitaba preguntarte una cosa.

«Eso es —pienso—. Así. Poco a poco».

—De acuerdo. Pero tienes que entrar en calor, Lia. Ven y siéntate al lado del fuego.

Me coge de la mano, casi tirando de mí para llevarme al calor de la trastienda.

Sacudo la cabeza con los pies firmes en el suelo.

—¡No! —exclamo con más aspereza de lo que pretendía, pero no debo dejar que me arrullen el consuelo del fuego y de la trastienda, pues una vez allí quizás podría desear no marcharme nunca—. No puedo. Eso es, yo... Hablemos aquí, James. Por favor.

Sus ojos parecen oscurecerse por la desesperación de mi voz. Asiente de mala gana, pero cuando comienza a hablar, su tono de voz es tan decidido que no puedo negar la verdad de lo que dice.

—Debes saber que haré por ti cualquier cosa que necesites. Haré por ti todo cuanto esté en mi mano.

Siento su mirada sobre mí mientras me concentro en los libros que están más allá de su hombro. Sus palabras deberían darme consuelo y coraje. Deberían servir para recordarme que James hará cuanto le pida y que me dará cuanto necesite. Pero por

alguna razón no lo hacen. De algún modo, su determinación solo parece demostrarme lo que vengo sospechando desde hace ya bastante tiempo para mis adentros: James no dará su brazo a torcer. Insistirá en acompañarme a Londres, al fin del mundo si es necesario, antes que verme marchar sola para ponerme a salvo.

Cuando vuelvo a mirarle a los ojos, lo que digo es la mentira más difícil que jamás llegaré a pronunciar:

—No es... no es nada, la verdad. Solo que me temo que pasará algún tiempo hasta que me encuentre como antes. Hasta que pueda... superar lo que ha sucedido.

El tono de mis palabras se debilita conforme las voy pronunciando hasta terminar en un susurro y descubro que no es una mentira después de todo. Pues sé que jamás volveré a encontrarme como antes.

Él inspira hondo, como aliviado, me sonrío con dulzura y me toma de las manos.

—Nadie pretende que sea de otro modo. Y yo menos que nadie. Te estaré esperando aquí por mucho tiempo que te lleve.

Mientras le devuelvo la sonrisa, me pongo de puntillas para besar su tersa mejilla.

—Gracias, James. Rezo por que sea así.

Me doy media vuelta antes de que pueda cambiar de idea.

—¿Lia?

Cuando me giro, tiene su mano posada en la mejilla, como tratando de retener mi beso para que no salga volando.

—Te quiero —me dice, como si supiera que no va a volver a verme, aunque seguro que no puede saberlo—. Te quiero, Lia.

—Y yo a ti, James —siento un nudo en la garganta al pronunciar estas palabras.

Luego, tras franquear la puerta y cerrarla con decisión detrás de mí, me vuelvo hacia Edmund.

—Gracias, Edmund. Ya he terminado.



Esta vez, al llamar a la puerta de Alice, espero su respuesta. Que te salven la vida suscita una extraña clase de cortesía, no importa lo que haya sucedido antes.

—Entra.

La voz de Alice suena lejana tras la puerta gigante, igual que cuando éramos niñas. Abro la puerta muy despacio. He estado evitando esta conversación, el último adiós verdadero que debo dar. Y, con mucho, el más difícil por las consecuencias que tendrá.

—Alice.

Me quedo ceremoniosamente a los pies de la cama, mientras ella permanece en la misma posición junto a la cómoda.

—Lia, ¿te encuentras bien? —su mirada es amable, su voz sincera.

Sacudo la cabeza mientras ella abre los ojos preocupada.

—¿Qué... qué pasa? ¿Has hablado con el médico?

Me duele la garganta al tragar saliva y por un instante me pregunto si no debería echarme a llorar, si las lágrimas a las que me he acostumbrado hasta la extenuación pueden repetirse tan pronto.

—No. No hay nada que el médico pueda hacer por mí. No puede devolverme a Henry, ¿verdad?

Escucho en mi voz la lastimera pregunta. En realidad, no es una pregunta. Y, sin embargo, deja un margen para una respuesta distinta a la que ambas sabemos que es la verdadera.

—No —responde Alice, sacudiendo la cabeza.

Me agarro a un poste del dosel de su cama y restriego mi pulgar contra la cálida madera para hacer algo con mis manos inquietas.

—Me marcho mañana temprano.

—Me lo ha dicho tía Virginia. Entonces, ¿te vas a Londres?

Asiento. Tía Virginia y yo estuvimos discutiendo sobre la conveniencia de guardar en secreto mi destino, pero lo cierto es que temo más a Alice en los otros mundos que en este. Y, además, está la cuestión de mi condición de puerta. Lo más probable es que Alice se encuentre en un dilema, pues, a pesar de que quiera verme fuera de su camino, también tiene que reconocer, aunque sea solo para sí misma, que es mejor para ella esperar a que yo cambie de opinión que tener que eliminarme totalmente.

Al menos eso es lo que me digo en los peores momentos. En los momentos en los que me obligo a reconocer que mi vida corre peligro a causa de mi propia hermana.

Alice inspira hondo antes de continuar.

—Lia, yo no pretendía... Vaya, no sé por qué... por qué lo hice. Todo sucedió tan deprisa, ¿no es cierto?

Debería estar enfadada. Debería estar furiosa. Y, sin embargo, me encuentro como insensibilizada. Mi rabia es tan inútil y débil como mis miembros después de que me sacaran del río.

—Sí, sucedió muy deprisa —susurro. El recuerdo de aquellos momentos es un espectro que no va a darme descanso—. Pero tú te has situado muy claramente a un lado de la profecía. Al otro lado.

—Desde el principio hemos estado en lados opuestos, Lia. Jamás hemos tenido ocasión de ser otra cosa que adversarias. ¿Ni siquiera ahora te das cuenta de ello? ¿Aún pretendes que tenga la culpa una de las dos? ¿No podemos aceptar simplemente que ese es nuestro destino? ¿Que ninguna de las dos tiene la culpa?

Inclino la cabeza contra la cama y contemplo los intrincados grabados de la esbelta columna.

—Es cierto que hace mucho tiempo que nuestros nombres están escritos en la profecía, Alice. Pero podíamos escoger. Tú ya has hecho tu elección y yo la mía. Lo malo es que no hayamos elegido lo mismo.

Viene hacia mí exhibiendo su auténtica sonrisa de Alice, aquella que sé que recordaré siempre que piense en mi hermana. Esa sonrisa radiante que consigue que hagas casi cualquier cosa por sentir su calidez. Cuando llega hasta mí, coloca su mano en la columna al lado de la mía y se inclina hasta que nuestras frentes se tocan, tal como hacíamos de niñas.

—Te echaré de menos, Lia. Pase lo que pase.

Noto su piel fresca sobre la mía.

—Yo también —me enderezo, temiendo que si permanezco cerca de mi hermana demasiado tiempo puede que me olvide de quién es. Que me olvide de lo que pretendo, de lo que ha hecho—. Pero volveremos a encontrarnos.

Ella retrocede un paso, me coge la mano y la deja caer al instante.

—Sí.



Me quedo mirando el verde infinito de sus ojos, un reflejo de los míos.

—¿No vas a reconsiderar tu postura? ¿Ni siquiera ahora?

Ella sacude la cabeza.

—Especialmente ahora. Sería de locos abandonar nuestra causa por alguien destinado al fracaso —su mirada, fija, se vuelve tan gélida y vacía como el lago en invierno—. Y yo no estoy loca ni mucho menos.

Tan solo puedo asentir. Con sus palabras han quedado bien delimitados los frentes de batalla. La próxima vez que nos encontremos no nos trataremos con tantas contemplaciones.

Ya no queda nada por decir. Me doy la vuelta rápidamente, desbordada ya por tanto lamento, tanta tristeza y tanta rabia. Salgo de su habitación sin mirar atrás y cierro la puerta tras de mí. Cierro la puerta a la hermana que una vez conocí.



Regreso a mi habitación y me encuentro la puerta entreabierta, aunque no es eso solo lo que me detiene. Es esa curiosa sensación de vacío tan difícil de definir, pero que se siente a menudo cuando se abandona un cuarto. Echo una ojeada a mi alrededor tratando de descubrir si pasa algo, pero las ventanas están cerradas y todo sigue tal y como lo dejé.

Excepto el trozo de papel que está sobre mi escritorio.

Atravieso la habitación con cierta reserva. Aunque estoy casi segura de que me encuentro sola, resulta desconcertante saber que alguien ha estado entre mis cosas. Al llegar al escritorio, levanto el papel que hay encima. La habitación está en penumbra, iluminada tan solo por el suave resplandor del fuego. Tengo que acercarme mucho al papel para distinguir lo que hay escrito y, aun así, tardo un poco en concentrarme en la escritura curva, pese a que el mensaje es simple y corto.

Para encontrar el final del libro  
cruza el antiguo bosque hasta la isla mística.  
Hasta entonces, prepárate para la batalla que está por venir...  
Y no confíes en nadie.

Me dejo caer en la silla del escritorio sosteniendo aún el trozo de papel en la mano. La impotencia, que ha sido mi fiel compañera estos días desde la muerte de Henry, cede un poco y deja paso a una meta.

Vuelvo a mirar la nota. No está firmada, pero no importa. Aunque no conozca a su autor, el hecho de que comprenda bien el significado que hay tras esas crípticas

palabras es una clara señal de lo mucho que ha cambiado mi vida.

Las páginas que faltan del libro aún están en algún lugar.

Debo encontrarlas y usarlas para terminar con la profecía.

Y luego comenzar de nuevo.



Durante un rato me detengo con la pluma sobre el papel, tratando de encontrar las palabras. A pesar de nuestra conversación en la librería, sería injusto que me marchara sin contarle a James parte de la verdad, pues ¿acaso no es él mi mejor amigo, mi más querido y fiel aliado? Y, sin embargo, no hay cabida en la profecía para el amor. Ahora no.

Involucrarle no sería más que egoísmo, pero tampoco quisiera hacerle daño. Debo intentar explicárselo sin contarle demasiado. Debo tratar de hacerle entender que necesito tiempo. Tiempo para alejarme de él, de Birchwood, de Alice. De todas las cosas que me distraen de las respuestas que contribuirán a terminar con la profecía de una vez por todas.

No sé si serán suficientes mis escuetas frases, los tópicos sin sentido, mis vacíos pretextos. Pero es todo cuanto me dejó mi madre y todo cuanto puedo decir bajo el peso de mi dolor y conociendo la batalla que me espera.

Queridísimo James:

No quiero decirte adiós, pues este no es el final de nuestro amor. ¿Cómo podría serlo si tu corazón ha latido junto al mío desde que ambos comenzaron a latir?

No, somos dos caras de la misma moneda. Nos pertenecemos el uno al otro, siempre nos hemos pertenecido el uno al otro.

Pienso en tus labios sobre los míos, en aquello que dijiste el día de Acción de Gracias y te digo que sí. Sí, seré tuya. Sí, deseo pasar mi vida contigo. Sí, estoy deseando sentir mi mano entre las tuyas para toda la eternidad.

Pero esas cosas no sucederán hasta que encuentre la respuesta a un interrogante que solo va dirigido a mí, un interrogante tan peligroso como oscuro. Y mientras busco la respuesta, no deseo que te veas involucrado en ello, aunque sé que, si pudieras, pondrías en duda esta decisión.

Te escribo esta carta en lugar de decírtelo cara a cara porque sé que intentarías detenerme. Sé que esperarías respuestas. Sé que no me dejarías marchar sin ofrecerme tu ayuda, tu consejo. Y lo cierto es que no confío en que pudiera resistirme.

Sin embargo, he de hacerlo. Debes confiar en mí si alguna vez has confiado en mí, si alguna vez me has amado. Debes confiar en que jamás te dejaría si hubiese otra posibilidad. Y debes confiar en que volveré contigo. Pues lo haré, James, lo haré. Tienes la promesa de mi amor y debes llevarla en tu corazón hasta que pueda dar fin a las cosas que se interponen entre nosotros.

Tú siempre me has protegido. Y ahora debes creer que es mi obligación hacer lo mismo. Protegernos a ambos para que algún día podamos estar juntos.

Me esfuerzo por ser sincera contigo, James. Y confío en que me esperarás. Si lo haces, regresaré. Tienes mi palabra y mi amor.

Tuya,

LIA



El tren traquetea mientras nos adentramos a toda velocidad en la noche. Hay ventanas, pero no sirve de nada mirar a través de ellas. Ya lo he intentado y está todo oscuro como boca de lobo.

Al principio me preocupa la posibilidad de que vaya a marearme, tal como me pasa a menudo en los carruajes cuando no puedo ver nada por las ventanillas, pero esta vez el movimiento y el balanceo me reconfortan. Pienso que si pudiéramos quedarnos en este tren, meciéndonos y balanceándonos para siempre, todo iría bien. No como antes, pero quizás igual de bien.

Una mano cálida cubre la mía. Al levantar la vista me encuentro con la sonrisa de Sonia, nerviosa y preocupada al mismo tiempo. Convencerla para que me acompañara no ha resultado tan difícil como esperaba.

Tan solo llevo una bolsa, que está ahora metida debajo de mi asiento. En ella hay un vestido, unas cuantas cosas imprescindibles y el cuchillo que encontré en la habitación de Alice. El resto de mis cosas ya han sido enviadas a Londres. Tía Virginia se ha encargado de todo y ha escrito una carta a los empleados de la casa avisándoles de mi llegada. La Casa Milthorpe, al igual que Birchwood, es propiedad de la familia desde hace siglos. Sonia y yo estaremos cómodas mientras ella me instruye en el uso de nuestros dones. Mientras contactamos con Philip Randall y buscamos a las otras llaves. Mientras voy haciendo suficiente acopio de fuerzas tanto en este mundo como en los otros, para luchar en la batalla cuya protagonista central soy yo.

Luisa se reunirá más tarde con nosotras, cuando encuentre el modo de salir de Wycliffe sin levantar demasiados recelos ni disgustar a su padre en Italia. Despedirse ha sido difícil. Pero está escrito en las estrellas y en las marcas de nuestras muñecas que volveremos a encontrarnos de nuevo.

Sonia me aprieta la mano y al bajar la vista veo el medallón, reluciente, tenso y

pegado a su muñeca. Es el acuerdo al que hemos llegado. No sé si el medallón se quedará en su muñeca o si encontrará el modo de regresar a mí igual que en ocasiones anteriores. Tengo la esperanza de que ahí estará seguro, de que el poder de la persona a la que le he confiado su cuidado le impedirá regresar a mí. Sonia no es la puerta. Samael no puede pasar a través de ella, aunque mi amiga me ha advertido de que las almas tratarán de engañarla, de aterrorizarla, de hostigarla de todas las maneras posibles para conseguir llegar hasta mí. Pero su resistencia en los otros mundos es mayor que la mía. Si hay alguien capaz de contenerlas, de concederme el tiempo necesario para prepararme para la batalla que me espera, esa persona es Sonia.

¿Funcionará? ¿O encontrará el medallón la manera de volver a mi muñeca durante alguna de esas noches caprichosas, con el fin de conducirme a los otros mundos y de que la bestia me use como puerta, como conducto para la batalla que dará comienzo a las siete plagas?

No tengo las respuestas. Aún no.

Todo cuanto puedo hacer es viajar al encuentro de mi futuro, hacia esa oscura y amorfa sombra que me aguarda, hacia ese futuro que mi madre nunca alcanzó, con la esperanza de hallar el modo de cumplir con el papel que me corresponde en la historia. Y con la esperanza de encontrar las páginas que faltan y a las restantes llaves. Hay quienes siempre estarán conmigo: mi madre y mi padre, tía Virginia, James, incluso Alice.

Y Henry. Henry es mi talismán en las noches más negras.

Recuerdo sus sombríos ojos durante aquella última conversación privada. Sus ojos y sus palabras, demasiado sensatas para un niño de tan solo diez años: «Solo el tiempo lo dirá, Lia».

Al final supongo que así será.

## AGRADECIMIENTOS

*La trayectoria hasta la publicación de este libro incluye cinco manuscritos inéditos y más personas maravillosas de las que puedo nombrar. No obstante, lo intentaré. Doy las gracias primero a Steven Malk, el más sincero defensor de la literatura infantil y juvenil que conozco: tu instinto y tu talento son inestimables. A mi fantástica editora Nancy Consecu, por su apoyo y su talento profesional, tan gratificantes. Al Departamento de Derechos Subsidiarios de Little Brown por ayudar a la profecía a conquistar el mundo y a todo el equipo de relaciones públicas y marketing de Little, Brown and Company. No existe ningún equipo de personas más entusiastas y competentes. A mis lectores y extraordinarios amigos Madeline Rispoli, Beth Helms, Karen Barton y Jackie Lynch. A mis amigas Karla Galazzo, Eileen Cole y Kathy Strucker: la vida sería mucho más triste sin las patatas fritas y las locas conversaciones de sobremesa. A Maddi Collier, mi primera admiradora, que tiene un brillante futuro por delante como poeta y escritora. A todos los jóvenes que tan generosamente han compartido conmigo la magia, la alegría, el humor y las penas de la adolescencia: Morgan Doyle, Mike Strucker, Jake Marks, Emily Sawitsky y Conner Raymond. Es un privilegio para mí haberos conocido. Mi especial agradecimiento a Anthony Galazzo, a quien quiero como a un hijo: mi admiración y respeto por tu inteligencia, perspicacia y creatividad; tu entusiasmo por la vida, la lectura y la escritura es un constante recordatorio de por qué me gusta lo que hago. ¡Estoy deseando saber qué pasará después! A mi padre, Michael St. James, por sus genes de escritor. Y ante todo a mis queridísimos hijos Kenneth, Rebekah, Andrew y Caroline Zink, por su resignado sacrificio para que yo pudiera alcanzar mi sueño; sois mi diaria inspiración.*



MICHELLE ZINK (Nueva York, 1969). Es una escritora estadounidense dedicada a la literatura juvenil, siempre con grandes dosis de fantasía, generada a través del uso de mitos y leyendas.

Es conocida por su trilogía de fantasía gótica *La profecía de las hermanas*. *La profecía de las hermanas* (2009) dio inicio a la serie, y fue elegido como uno de los *Booklist's* Top 10 de entre las novelas debut de 2009 y como uno de los mejores libros de la Biblioteca Pública de Chicago para jóvenes lectores.

Completan la trilogía: *El ángel del caos* (2010), y *El ritual de Avebury* (2011). En 2012 publicó *Tentación de ángeles*, también traducida al español.